
SERIE
MI PEQUEÑO DUENDECILLO
1
El Sassenach que quiso domarme
ELIZABETH KINSLEY

# El Sassenach que quiso domarme

ELIZABET KINSLEY



**Copyright 2025 de Elizabeth Kinsley**
**- Todos los derechos reservados –**

**Romance Histórico**

Libros de Afrodita



En las ruinas del imponente castillo de Cairndale, Graham Blackwell busca un refugio donde escapar de un mundo que empieza a resultarle vacío y repetitivo. Libertino, seductor y acostumbrado a no comprometerse con nada ni con nadie, está convencido de que el amor verdadero no es para él.

Hasta que una mañana, en la habitación equivocada, se encuentra con Caitlin Cameron: una mujer de cabello rojo fuego, ojos verdes como los páramos escoceses y un temperamento tan indomable como su espíritu. A diferencia de las damas delicadas a las que está habituado, Caitlin es fuerte, orgullosa, marcada por un pasado doloroso y una reputación injustamente rota. La atracción entre ambos estalla desde el primer roce… aunque ella no está dispuesta a dejarse arrastrar por otro hombre encantador.

Entre secretos familiares, pasiones prohibidas y las tensiones de un castillo venido a menos, Graham descubrirá que lo que empezó como un juego puede convertirse en aquello que nunca buscó y, sin

embargo, más necesitaba: un amor capaz de derribar todas sus defensas.

*Una novela romántica apasionante, donde la intensidad de las Tierras Altas se mezcla con la fuerza de dos corazones destinados a desafiar las normas de su tiempo.*

?? Aunque este libro pertenece a una serie, se puede leer de forma independiente.

# Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

# Capítulo 1

Llovía. No era una lluvia suave y susurrante, de esas que envuelven el mundo en una bruma que lo vuelve más verde, sino un diluvio duro y pesado que empapaba la tierra y saturaba el aire con un gris interminable. El agua se arremolinaba, se hinchaba y luego irrumpía en los campos, se enfurecía en las zanjas y arrasaba los caminos.

Bajo aquel torrente, el pesado carruaje llegó al fin a su destino, ya entrada la noche. El cochero y los lacayos iban exhaustos; los caballos se esforzaban por arrastrar las ruedas ornamentadas, convertidas en costras de barro, a través del fango donde antes hubo calzada.

Diez minutos más tarde, tras la curva de una colina, apareció un imponente castillo de piedra levantado contra la oscuridad. El cochero ni siquiera se secó la cara al detenerse ante la puerta.

Demasiado empapado para otra cosa, solo inclinó el ala del sombrero para vaciar el agua acumulada y entrecerró los ojos hacia la mole sombría frente a ellos.

—Gor… —murmuró con un asombro que superaba el cansancio de su voz.

A su lado, en el pescante, estaba Joe, lacayo e incorporación reciente al considerable servicio de Graham Blackwell. Joe estaba de acuerdo con Thomas, el cochero.

—Está todo a oscuras. ¿Seguro que hemos llegado al lugar correcto?

—El señor Blackwell ordenó venir al castillo de Cairndale, y al castillo de Cairndale hemos venido —replicó el cochero, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Aunque, a decir verdad, creo que el señor Blackwell se dio un golpe en la cabeza.

—¿Por qué lo dice?

—Fíjese en los hechos. Primero abandona la boda de su propio hermano antes de que empiece y luego manda que lo traigamos hasta aquí, conduciendo bajo una lluvia interminable durante días. Y cuando llegamos a este montón de piedras, ¡no se ve una sola luz!

—Lanzó una mirada amarga al edificio—. Parece abandonado… y embrujado, si no me equivoco.

Joe se puso en pie y examinó de nuevo la silueta del castillo. Aunque no creía en fantasmas, le recorrió un escalofrío tan pertinaz como la lluvia.

Reprimiendo un suspiro, bajó del pescante y cayó en un charco que le tragó las botas hasta los tobillos.

—El camino está hecho un desastre —rezongó—. Solo espero que tengan un granero… aunque, por el aspecto del lugar, será más permeable que un colador. ¿No sabían que veníamos?

—Se les avisó. Yo mismo envié la carta del señor Blackwell —contestó, calándose más el sombrero, ya inútil de tan mojado.

Joe esperaba que el propietario no fuera tan destartalado como su edificio y tuviera un cobijo preparado para todos. Con ese pensamiento por toda certeza, volvió a paso pesado para abrir la portezuela de su amo. Antes agarró una linterna del gancho lateral. Le costó encender la condenada mecha, pero al fin prendió.

Acercó la luz a la puerta, la colgó y tiró de la manija. El peldañeado crujió bajo su peso.

En el interior del lujoso carruaje, una figura alta y esbelta se incorporó. Llevaba un abrigo y pantalones bien cortados, botas relucientes y una corbata almidonada con un zafiro que parecía reflejarle los ojos. No había duda: aquel era un Blackwell. Cabello negro, ojos azules, barbilla firme y un ingenio afilado que la familia tenía por marca.

En ese momento, sin embargo, Joe no distinguía el rostro de su amo entre las sombras, lo que le provocó un amago de ansiedad. Graham Blackwell rara vez se irritaba, pero sabía ser frío y cortante cuando la ocasión lo exigía. Joe carraspeó.

—Señor Blackwell, hemos llegado al castillo de Cairndale.

La figura se estiró con pereza.

—Ya era hora. Me temo que me había quedado aturdido cuando… ¡Dios santo! —Los ojos azules de Graham se abrieron de par en par al mirar a Joe—. ¡Estás empapado!

—Solo un poco, señor.

—Eso es quedarse corto. Adelante, dilo: que es una lluvia miserable, horrible y maldita, y que te preguntas por qué llegamos tan tarde.

Joe vaciló y acabó asintiendo.

—Sí, señor. Todo eso y más.

—En efecto —concedió Graham—. La razón por la que te apremié fue que pensé, equivocadamente, que podíamos escapar de la maldición familiar.

—¿Maldición, señor?

—El anillo talismán de los Blackwell. Una maldición, si alguna vez la hubo. Parece que quienquiera que posea esa condenada pieza está abocado al matrimonio.

Joe había oído hablar del talismán y le parecía realmente terrible.

—¿Lo tiene usted, señor?

—Sin saberlo, lo llevaba desde antes de salir de Inglaterra. Mi hermano Brad lo escondió en el maldito carruaje. Debió de adivinar que huiría antes de la boda, el muy… —se contuvo—. No lo descubrí hasta que ya estábamos en camino.

Joe negó.

—Entonces está condenado.

Graham sonrió con una dulzura extraña que hizo a Joe enderezarse a pesar del cansancio y el agua que le corría por la

espalda.

—Ni hablar. No estoy hecho para el matrimonio. Ni ahora ni nunca. Me temo que el destino tendrá que esperar unas semanas para dictar su veredicto.

—¿Unas semanas, señor?

—Hasta que ponga este maldito anillo en manos de mi hermano mayor. Jason es el último soltero, aparte de mí.

—Que Dios le ampare, señor. El matrimonio es algo horrible —se estremeció Joe, recordando cuántas veces había estado a punto de casarse—. No le envidio.

Los ojos de Graham brillaron.

—Yo tampoco me envidio, Joe. Al menos, no en esta ocasión.

A ninguno de sus anteriores empleadores se le había ocurrido aprender su nombre, de modo que impresionaba a Joe que Graham Blackwell sí lo hiciera. No es que su nuevo amo fuera excesivamente familiar; toleraba alguna broma de cuando en cuando, pero no consentía faltas de respeto, robos ni descuidos.

Esa mezcla de cercanía y severidad, templada por la justicia, volvía a Joe, y al resto del servicio, leal hasta la muerte a Graham

Blackwell. Era bien sabido en los círculos de servidumbre de Londres que no había mejor casa donde trabajar. Si el último lacayo de Blackwell no hubiera sucumbido a una dolencia estomacal que resultó fatal, Joe no habría heredado una colocación tan ventajosa. A pesar de la lluvia, aún le costaba creer su suerte.

Sonriendo, abrió más la portezuela.

—La lluvia ha amainado, así que no debería mojarse demasiado.

—Gracias a Dios —gruñó Blackwell, encajándose el sombrero sobre el cabello negro y haciendo una mueca al pisar el barro espeso —. Bentley se horrorizará cuando vea mis botas nuevas.

Bentley era el ayuda de cámara de Blackwell, y Joe aún no había conocido a nadie más tieso e indignado.

—En efecto, señor. No me sorprendería que, al verlas, rompiera a llorar —bromeó mientras alzaba el farol para iluminar el camino hacia las grandes puertas de madera.

—Estoy seguro de que Bentley no dudará en decirme lo que piensa del barro —repuso Graham—. Tiene una lengua capaz de quemarte el alma si fueras tan tonto como para merecerla.

Llegaron al pórtico y se cobijaron bajo el alero, con la lluvia cayendo sin tregua a sus espaldas. Graham se detuvo en los escalones y frunció el ceño ante la fachada de piedra.

—Maldita sea… Parece desierto. ¿No hay nadie despierto?

Joe dejó a un lado el farol y se acercó al gran aldabón.

—Quizá pensaron que se retrasaría por la lluvia. Llamaré, a ver si despertamos a alguien.

Golpeó. Luego volvió a golpear, cada vez con más fuerza, hasta que una luz vacilante asomó por las rendijas de las puertas de roble.

Tras lo que pareció una eternidad, la hoja cedió con un chirrido y dejó ver a una mujer de aspecto demacrado. Llevaba un abrigo ceñido a toda prisa sobre la camisola, y asomaban por debajo unas botas grandes, sin atar. Un manojo de llaves colgando del cuello la delataba como ama de llaves. Se quedó en el umbral con un par de velas en una mano y su gruesa trenza gris caída sobre un hombro. Entornó los ojos hacia los dos hombres como si fuesen gárgolas animadas.

—¿Qué queréis? —preguntó con marcado acento escocés.

—¿Es este el castillo de Cairndale? —intervino Joe con una altivez que hizo sonreír a Graham.

—Lo es. ¿Y quiénes sois vosotros?

El lacayo se irguió cuanto pudo y anunció:

—El señor Graham Blackwell desea ver al vizconde Fairfax.

La mirada de la ama de llaves saltó de Joe a Graham. Tras dudar un momento, salió al zaguán y les indicó que pasaran.

—No conozco a ningún Blackwell, pero entrad mientras lo aclaramos —dijo, encendiendo las lámparas del vestíbulo y rezongando—. ¿Dónde se ha metido ese maldito mayordomo? Nunca está donde debe.

Gary, uno de los criados de Blackwell, llegó con el equipaje. Graham observó cómo apilaba las maletas junto a la puerta, hacía una reverencia y se retiraba. El plan había sido sencillo: Graham solo quería ausentarse de Inglaterra unas semanas. Unas semanas y todo iría bien.

Pero el destino no cooperaba. Primero la lluvia. Luego el hallazgo del anillo escondido entre las mantas del carruaje. Y ahora, en Cairndale, nadie parecía preparado para recibirlo. Lo que debía ser un refugio empezaba a torcerse.

Graham sostuvo la mirada hosca de la ama de llaves y le dedicó una sonrisa. Ella resopló y le dio la espalda. Él ocultó una

mueca al echar un vistazo al interior. No estaban en un mero vestíbulo, sino en un gran salón. Sobre sus cabezas colgaban vigas pesadas; la pared exterior era de piedra, y las interiores, enfoscadas, lucían armas antiguas y un puñado de armaduras enhiestas.

Lo más llamativo, sin embargo, era la pátina de polvo que lo cubría todo y el leve olor a humedad. Junto a la chimenea, dos butacas desparejadas, una con el brazo roto. En una mesa cercana a la entrada, un vaso sucio apestaba a vino avinagrado. Las alfombras, grises de ceniza, parecían no haber visto un cepillo en años.

Gary volvió con el último baúl, saludó y desapareció.

—¿Qué es esto? —exclamó la ama de llaves con la vista clavada en la pila de maletas, ofendida por el bulto.

—He escrito al vizconde Fairfax —respondió Graham con frialdad, demasiado cansado para lidiar con insolencias—. Me espera. Supongo que tendrá acomodo para mis sirvientes y mis caballos.

La expresión de la mujer no lo tranquilizó en absoluto. Graham contuvo un suspiro y se volvió hacia Joe.

—Regresa a la posada por la que pasamos en el camino. ¿Te queda dinero suficiente para el alojamiento y la comida de todos?

—Sí, señor. Por supuesto.

Graham asintió. No era un hombre tacaño. Cuando tocaba gastar, gastaba sin arrepentirse de un penique.

—Gracias, Joe. Vuelve por la mañana.

—¿A las diez, señor?

Graham arqueó una ceja.

—He dicho por la mañana. Y mi mañana no empieza hasta bien entrado el mediodía.

Joe esbozó una sonrisa renuente.

—Sí, señor.

—Y, Joe…

—¿Señor?

—Asegúrate de que todos reciban una comida caliente y toda la cerveza que puedan beber. Hemos hecho un tiempo excelente y te lo agradezco.

El lacayo se animó.

—Sí, señor.

Hizo una reverencia, lanzó una mirada severa al malhumorado mayordomo que asomaba por un pasillo y salió, cerrando la puerta con un golpe que sonó siniestro.

Graham se quitó el abrigo mojado. Gracias al cielo, solo se quedaría tres semanas antes de atender ciertos asuntos de Jason.

—¿Puedo preguntar cuándo se espera la llegada de lord Fairfax?

—¿Esperarlo? Pero si ya está aquí.

Graham no pudo evitar echar un vistazo al caos que reinaba en la sala principal. Por lo que recordaba de Duncan Cameron en sus días de colegio, aquel desorden resultaba sorprendente. ¿Qué había provocado que el castillo de Cairndale estuviera en tal estado?

La ama de llaves carraspeó, haciendo tintinear las llaves que llevaba colgadas al cuello.

—Ojalá estuviera aquí Flynn.

—¿Flynn?

—El mayordomo.

—Ah.

La mujer frunció el ceño.

—El desgraciado estará durmiendo en algún rincón, si lo conozco.

Graham se imaginó al instante a un anciano que apestaba a ginebra.

—Supongo que querrá una habitación para dormir —añadió ella.

—Por favor —dijo Graham, quitándose los guantes y dejándolos, junto con el abrigo mojado, sobre la mesa de la entrada, sin atender a la gruesa capa de polvo que seguro se había adherido a la lana—. Y algo de comida, si no es mucha molestia.

La ama de llaves negó.

—No hay ni una migaja hasta el desayuno. La cocinera cierra la despensa cada noche.

Maravilloso. Graham no pudo evitar pensar, con cierta envidia, en sus criados a resguardo en la posada seca y acogedora.

—Solo una cama, entonces. Mi ayuda de cámara llegará en breve en otro carruaje.

—¡Ay, cielos! ¿Ha traído un ayuda de cámara? ¿Para qué? Esto no es Edimburgo —se rascó la barbilla—. Necesitará una habitación,

¿no? Maldito Flynn, que elude sus obligaciones…

Graham contuvo un suspiro.

—Estoy seguro de que usted sabe mejor que él qué habitaciones están listas y cuáles no.

Aquello pareció apaciguarla. Asintió.

—Es poco probable que la habitación dorada esté preparada, aunque serviría en un apuro. Quizá la verde no esté tan mal. Supongo que podemos poner a su criado…

—Escribí a lord Fairfax la semana pasada —lo interrumpió Graham, algo frustrado—. Debería haber recibido mi carta con la fecha de mi llegada y…

—No se preocupe por Su Señoría. Estoy segura de que se le ha olvidado, con todo lo que… —apretó los labios, como si tragara algo amargo. Graham esperó, pero ella desvió la mirada. Interesante. ¿Qué ocurría en Cairndale? Tal vez, después de todo, se había equivocado al venir a Escocia.

La mujer suspiró.

—Acompáñeme, por favor. Vamos a buscarle un lugar donde dormir.

Tomó una lámpara y empezó a subir las escaleras sin mirar atrás ni una sola vez para comprobar si Graham la seguía.

—Nadie me ha dicho nada de un visitante, y tengo demasiado trabajo como para adivinar lo que hay que hacer. Iremos primero a la habitación verde a ver si está lo bastante limpia. Lo pondría en la dorada, pero las sábanas no se cambian desde no sé cuándo y…

Siguió parloteando, apenas deteniéndose para tomar aire. Graham la siguió, notando con cada peldaño lo cansado que estaba. Le dolía la espalda tras tanto viaje, tenía los hombros rígidos y la paciencia se le agotaba por momentos.

Al llegar al rellano recorrieron un pasillo oscuro y húmedo que parecía interminable hasta que la ama de llaves se detuvo. Alzó la lámpara y abrió una gran puerta de roble. Un aire espeso y polvoriento los envolvió. Graham miró la estancia: no había fuego encendido, las telarañas colgaban de todas las esquinas, una mancha de humedad se extendía junto a la ventana y la alfombra estaba negra por donde se filtraba el agua.

La mujer siguió su mirada y restó importancia con un gesto.

—¡Shhh! No es nada, esa gotera. Debería ver la del comedor. Cuando llueve de veras, es un torrente —se adelantó y palpó las

sábanas—. Me parece que hace unos tres meses que cambiamos esta cama por última vez, así que no puede estar tan mal.

¿Tres meses? Graham arqueó las cejas.

Antes de que respondiera, ella suspiró.

—No servirá, podría coger fiebre. Diría que las sábanas necesitan airearse.

Por decirlo suavemente. Graham se obligó a controlar la impaciencia.

—¿No hay otras habitaciones?

—Este es un castillo grande, no se equivoque —repuso con orgullo—. Solo en esta planta hay diez cuartos de invitados.

—Bien. Alguno habrá preparado.

—Oh, yo no diría tanto. Es la triste realidad. Como Su Señoría prefiere quedarse en Edimburgo, no tenemos motivo para mantenerlas todas a punto.

Graham tuvo que morderse la lengua para no soltar una blasfemia.

—Es tarde. Estoy cansado. Tiene que haber al menos una habitación.

Le quitó la lámpara y avanzó por el pasillo abriendo puertas y asomándose al interior.

—No soy exigente, solo quiero algo seco y…

Se detuvo en el umbral de una estancia. A diferencia de las anteriores, no olía a humedad.

En el centro había una cama especialmente grande, con gruesas cortinas de terciopelo azul y un ejército de almohadas blancas con encaje. Aunque no había fuego, la leña estaba preparada en el hogar. El aire resultaba limpio y fresco, con un aroma a lavanda y algo más.

—Perfecto —dijo. Y lo era.

La ama de llaves apareció a su lado. Le arrebató la lámpara, lo tomó del brazo y lo sacó con firmeza.

—Perfecto o no, no puede quedarse aquí.

Graham plantó los pies en el quicio.

—¿Qué tiene de malo esta habitación?

—Nada, pero…

—¿La ropa de cama está limpia?

—Las cambié yo misma ayer, pero…

—¿Hay goteras en suelo, paredes o techo?

—No, pero…

—Me quedaré con esta.

Recuperó la lámpara y la alzó para iluminar mejor la estancia.

—Sí, esta estará bien.

—Sí, pero la habitación es… —se mordió el labio, vacilante ante su expresión obstinada—. Supongo que una noche no hará daño. Mañana prepararé otra.

—Por supuesto —dijo él, aunque no pensaba renunciar a lo que sospechaba era la única habitación decente del castillo.

Ella lo miró con mal humor, pasó a su lado y encendió el candelabro de la mesita.

—Si promete no mover nada, le dejaré quedarse aquí. Esa puerta conduce a la suite de la señora de la casa, aunque milady Fairfax prefiere la parte nueva del castillo y nunca ha dormido ahí. Este cuarto se construyó para la doncella; por eso es tan pequeño.

—No me importa. —Graham se preguntó por qué estaba tan limpio cuando los demás no lo estaban—. Las habitaciones pequeñas son más fáciles de calentar.

La ama de llaves asintió.

—Tiene razón. Y tampoco echa humo. Lord Fairfax mandó revestir la chimenea para que no silbara.

—Maravilloso —dijo Graham, y esbozó su sonrisa más encantadora—. Gracias por su ayuda. Estoy tan cansado que me habría caído de bruces si hubiese tenido que esperar a ese Flynn.

La expresión de la mujer se suavizó, como si hubiese conjurado ella misma la habitación.

—Entonces, váyase a la cama, mi buen señor. En cuanto llegue su criado, lo enviaré arriba. Y por la mañana, cuando milord Fairfax despierte, le diré que está usted aquí.

Hizo una reverencia y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Graham agradeció quedar, por fin, a solas. Encendió el fuego y, para su satisfacción, la leña prendió al instante y derramó un calor acogedor. Agotado, se descalzó y empujó las botas bajo la cama. Luego se quitó el abrigo, se desató la corbata y los arrojó a un rincón. Bentley los recogería por la mañana para que los lavasen. Bostezó y se desprendió del chaleco. Justo cuando lo sacaba del brazo, oyó un leve tintineo y algo plateado cayó del bolsillo y rodó por el suelo.

Siguió el pequeño círculo y lo atrapó justo antes de que se colara por una ancha grieta de la chimenea que conducía a saber dónde.

—Oh, no, ni lo sueñes —murmuró, recogiendo el anillo y dejándolo en el platillo de la vela sobre la mesilla.

No deseaba aquella condenada pieza, pero el anillo talismán de los Blackwell era una reliquia de familia y, si lo perdía, sus hermanos lo matarían. Peor aún, lo harían uno por uno para asegurarse de que doliera.

Contempló el talismán y sintió una opresión de inquietud en la garganta. Maldito Brad por esconderlo en el carruaje. Graham había pensado que, si él desaparecía, Brad se vería obligado a engañar a Jason, su hermano mayor, para que se hiciera cargo del anillo.

Por supuesto, Graham no creía en maldiciones. Pamplinas. Un cuento que su madre inventó para entretener a seis hijos traviesos. Y, aun así… lanzó una mirada de reojo al anillo, con una punzada de recelo. Hasta el momento, la leyenda parecía cumplirse. Tres de sus hermanos ya habían caído: Brad, Finlay y David estaban casados.

—Bien por ellos —le dijo al anillo—. Pero no por mí.

Algunos hombres estaban hechos para el matrimonio. Graham no. A veces, muy de noche, en las pocas ocasiones en que se encontraba solo, un pensamiento horrible le rondaba. Nunca lo decía en voz alta. Tenía casi treinta años y, hasta ahora, el amor lo había pasado de largo. Por completo. Oh, se había enamorado muchas veces, pero no había estado enamorado: no de esa pasión que tuvieron sus padres, la que dura para siempre… o al menos más de dos meses, que era lo máximo que lograba mantener el interés por una mujer, por muy hermosa, ingeniosa y aceptable que fuera.

Cada vez que creía haber hallado a la mujer perfecta, en cuanto la conquistaba y la tenía en sus brazos, ya estaba buscando otro reto por encima de su hombro. Aquello lo inquietaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Por eso el anillo lo desasosegaba. ¿Y si sucumbía al talismán y acababa casándose, solo para despertar un mes después con la escalofriante certeza de haber cometido un error?

Durante el viaje a Cairndale había urdido un plan para protegerse: evitaría la compañía de las mujeres. De todas. Al menos hasta volver a Londres y entregar el anillo a Jason, que no sospechaba nada.

Se despojó de la última prenda y la arrojó junto al chaleco, en el rincón más alejado. Luego, desnudo y entibiado por el fuego, se dejó caer en la cama y se cubrió con las mantas. Las almohadas, mullidas y con bordes de encaje, lo recibieron; las sábanas, suaves y frescas, le acariciaron la piel. Giró la cabeza, respiró el aroma femenino de lavanda y pensó en lo agradable que sería entrelazar sus piernas con las de una mujer… Se detuvo. No. No hasta librarse del maldito talismán.

Apartó esos pensamientos, se acurrucó y cerró los ojos. Pero el sueño se le resistía. Por muy cansado que estuviera, la idea de pasar semanas sin mujeres lo deprimía. Amaba a las mujeres: sus sonrisas, su fascinación por cintas, lazos y joyas, la manera en que se irritaban por nimiedades y, sin embargo, tenían un corazón tan grande que podían perdonar la indiscreción más grosera con unas palabras bien dichas. Le gustaban sus perfumes, el sonido de sus risas, la suavidad de su piel, el sabor de sus bocas de capullo de rosa. Le gustaban las risitas, los suspiros, la franqueza de sus sentimientos. Le gustaban todas.

Solo que… no era amor verdadero. No podía serlo. Era el único amor que Graham sabía sentir: excitante, apasionado y lamentablemente breve.

Recordó la mirada de su hermano menor, Brad, a su futura esposa, Agatha, durante la boda. Había en ella algo intenso, casi mágico. Cuando Graham le preguntó cómo supo que Agatha era la mujer de su vida, Brad respondió: "Porque la vida sin ella sería peor que la muerte".

—Qué dramático —bufó Graham, no sin una punzada de celos.

Dramático o no, parecía que Brad y Agatha habían encontrado algo especial. Algo duradero. Algo para siempre.

No así Graham. Le picaban las rodillas de ganas de salir corriendo, lejos de la idea de atarse a una mujer que terminaría por aburrirlo. Cuando la magia del descubrimiento se desvanecía, no quedaba suficiente sentimiento para sostener ninguna relación. Quizá esa era una verdad incómoda que Brad aún no había descubierto.

El cansancio le pesaba en los párpados. Corrió con más fuerza las cortinas de la cama, esperando que la oscuridad lo arrullara. Tal vez no tenía que renunciar a todas las mujeres. Tal vez bastaría con evitar a aquellas que fueran una amenaza para su corazón.

Hm. Ese era un plan más digno. Solo tenía que definir qué cualidades tenían en común las mujeres por las que solía sentir algo

—por breve que fuera— y evitar el trato prolongado con ese tipo. En su mente enumeró conquistas pasadas y empezó a comparar rasgos.

Media hora después, hubo de admitir su inclinación por las mujeres menudas y muy femeninas, damas de buena cuna que sabían los beneficios de la astucia. Decidió que no le sería difícil mantenerse alejado de ese tipo en particular. En su lugar, se divertiría solo con mujeres no elegibles y con las que no despertaran ternura alguna.

Ahí estaba. Eso debería solucionar el problema del maldito anillo. Al fin y al cabo, la vida no era tan difícil.

Se le cerraron los ojos poco a poco y cayó en un sueño profundo y ligero.

# Capítulo 2

Amanecía, y con ello soplaba una brisa fresca y firme que ondulaba los páramos cubiertos de hierba y empujaba las nubes de lluvia hacia regiones lejanas, más allá de Cairndale. La luz del sol se colaba por las estrechas ventanas de la habitación de Graham; pícara y dorada, una hebra atravesó la rendija de la cortina para hacerle cosquillas en la nariz.

Graham se frotó el rostro con ambas manos. Bostezó y parpadeó ante el hilo de luz, tomando poco a poco conciencia de dónde estaba: las ruinas en pie del castillo de Cairndale. Agradeció entonces las cortinas de la cama, que lo protegían de la mayor parte del resplandor. Habría sido deprimente enfrentarse a la devastación del entorno antes del desayuno.

La puerta se abrió de golpe y unos pasos entraron en la estancia.

¡Ah, Bentley! Menos mal. Su ayuda de cámara tenía el don de hacer que todo resultara más llevadero. A esas alturas, seguro tendría la ropa colgada y lista.

Graham se incorporó sobre un codo y levantó el borde de la cortina. No era Bentley. Una mujer estaba de espaldas a él; por la ropa sobria, una criada.

Abrió de un empujón el armario y la puerta chocó contra la pared. Justo cuando Graham iba a preguntarle qué necesitaba, ella suspiró hondo y se pasó la mano por el cabello, moviéndose ligeramente hacia la luz. Las mechas, rojas y doradas, chispearon como si compitieran por el sol.

Graham quedó prendado del brillo; el color era casi hipnótico. Se preguntó si su cabello sería tan suave como parecía, tan espeso y rizado, con vida propia. La mujer se inclinó para sacar una caja de sombreros del fondo del armario. Quitó la tapa y empezó a rebuscar entre un enredo de cintas, murmurando para sí.

Graham arqueó las cejas. Desde su puesto entre cortinas, sus ojos quedaban a la altura exacta de su trasero, muy bien delineado por el tejido fino del vestido. Era casi una tentación.

Aquel rojo dorado… aquel trasero exuberante. ¿Así lucía la tentación pura? Bien redondeado, decidió, y casi ahuecó las manos para medir su tamaño aproximado. Exuberante. Sensual. Generoso. Lo bastante para despertar a cualquier cuerpo adormecido. Notó cómo la excitación le respondía, expectante.

Su mirada descendió. Además de pleno y curvilíneo, aquel trasero coronaba unas piernas largas. La imagen acudió sola: el cuerpo firme y bien proporcionado de la criada contra el suyo, sus manos sosteniéndola por las caderas mientras esas piernas se enroscaban en su cintura. Bajo las sábanas, se le endureció aún más el deseo.

Una sonrisa cálida le afloró a Graham. ¡Aquello sí que era interesante! Se había acostado decidido a perseguir solo a mujeres inalcanzables, y despertaba con una candidata perfecta al alcance de la mano: una sencilla criada, con cabello de fuego y un cuerpo redondeado y generoso. Tan distinta de las damas menudas y sofisticadas de su pasado que bien podía ser su salvación. Si la entretenía en su cama, no tendría tiempo para pensar en el amor ni en nada parecido.

La observó con renovado aprecio, deseoso de sortear los incómodos primeros momentos. Era deliciosamente distinta de sus conquistas habituales y más alta de lo común, con hombros y caderas más anchos. Un magnífico espécimen, si se le permitía pensarlo. Mejor aún, nunca había estado con una mujer de ese tono rojo dorado. En suma: una experiencia nueva, atrevida y tentadora.

—El dragón de San Jorge —murmuró la mujer con una voz rica y algo ronca, como bruma templada que se extiende por el páramo a primera hora.

Le dio una patada a la caja, como si le repugnara, y se volvió hacia la puerta; su perfil se recortó contra el armario de cerezo.

Graham alcanzó a verle una nariz recta, labios carnosos y sensuales, y pestañas largas que proyectaban sombra sobre unos ojos de color incierto. ¡Vaya! La cosa prometía.

Sonrió y apartó las cortinas.

—Buenos días, cariño.

Al primer rozar del terciopelo, la mujer se volvió.

—¿Quién es usted? —frunció el entrecejo, aún recuperando el aliento—. ¿Y quién le ha dejado entrar aquí?

No tenía el acento marcado que él esperaba; su tono habría pasado sin desentonar en Londres. Pero lo que de veras llamó su atención fueron sus ojos: un verde vivo que centelleaba de ira.

Graham se tomó un momento para componerse.

—Soy amigo de Fairfax.

Ella lo sostuvo con la mirada, nada impresionada.

—¿Sabe él que está usted aquí?

Graham se encogió de hombros.

—Le envié una carta, pero da la impresión de que se guardó la noticia para sí. Nadie parecía saber que yo llegaba.

—¿Y quién es usted?

—Graham Blackwell.

Esperó algún atisbo de reconocimiento. No lo hubo. Bien. Maldición o no, no pensaba usar el apellido para allanar su camino hasta aquella cama. Nunca lo había necesitado y no iba a empezar ahora.

Recogió las almohadas, las apiló a su espalda y se recostó para no perder detalle de la expresión de la mujer.

Ella lo observó con cautela, sin embargo no corrió hacia la puerta.

—¿Quién le ha dejado entrar? —insistió.

—La ama de llaves, creo. Una mujer bajita, bastante delgada —hizo un gesto con la mano—, más o menos así de alta, con pies grandes y una trenza gris muy gruesa.

—Debe de ser ella —replicó la criada con severidad—. Me pregunto por qué demonios no lo llevó a una de las habitaciones de invitados.

—Ninguna estaba preparada.

—No me extraña. Aun así, no tenía derecho a cederle esta habitación —lo miró a los ojos y añadió, rígida—: Es mía.

La ama de llaves había dicho que era el cuarto de la doncella de una dama, lo que explicaba el tono refinado de la mujer de ojos verdes.

—Así que esta cama es suya, ¿no? —Graham desplegó su sonrisa más amable—. Me encanta el aroma a lavanda.

Y le habría gustado más si, en vez de olerlo en almohadas y sábanas, lo percibiera en su piel.

—Qué amable —repuso en un tono que sugería lo contrario—. Seguro que alguien le habrá preparado ya una habitación. Es hora de que se marche.

Tan hospitalaria como la ama de llaves de anoche. El servicio del castillo de Cairndale estaba mal entrenado; de lo peor que Graham había visto, con la única excepción del cochero de su hermano David, que era un ladrón no del todo reformado.

Con todo, convenía animar a la criada, sobre todo si pretendía visitar esa cama con ella dentro. Dejó que la vista le resbalara por el cuerpo, deteniéndose en la plenitud de los pechos y la curva de las caderas. Aquel cuerpo, rico como un colchón mullido, lo invitaba a pasar horas deliciosas. La imaginó entre las sábanas y tuvo que moverse para acomodarse de nuevo. No sabía si era el tenue aire de desafío que se aferraba a sus generosas formas o las formas mismas, pero estaba más que dispuesto a comprobarlo.

Se estiró apenas y dejó que la sábana descendiera un poco. En cuanto los ojos de ella recorrieron su pecho hasta el regazo, dijo:

—Esta cama es magnífica. Tiene un colchón firme y sábanas con buen olor. Quizá debería quedarme aquí.

Ella le sostuvo la mirada y se puso las manos en las caderas.

—No, no lo hará.

Ahí estaba: el más leve eco de acento escocés. Al parecer, cuando la doncella de milady se enfadaba, su acento afloraba. Graham ocultó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Ya lo veremos.

—No veremos nada. Se irá ahora mismo.

Él bajó la vista hacia su regazo, apenas cubierto por la sábana.

—¿Ahora?

La mirada de ella siguió la suya hasta el punto en que su evidente reacción marcaba los pliegues. Las mejillas se le encendieron, rosa intenso bajo la blancura cremosa.

—No —apresuró—, ahora no. Pero en cuanto me haya ido. Entonces podrá vestirse y marcharse.

Graham no pensaba irse sin, al menos, un beso —o algo más— que le armara contra la tentación del maldito talismán. Lanzó una ojeada a la caja en la que ella había hurgado.

—¿Qué está buscando?

—Un ch… —cerró los labios de golpe y lo fulminó, como si hubiese cometido una insolencia—. No es asunto suyo.

Se agachó, colocó la tapa en la caja y la devolvió al armario repleto, cerrando de un golpe las puertas.

—Le dejaré que se vista y luego volveré para terminar lo que estaba haciendo.

—No se vaya todavía —palmeó la cama a su lado, mirándola por debajo de las pestañas—. Quédese y conversemos un poco.

Ella alzó una ceja, escéptica.

—¿Hablar? —dejó caer la vista, significativa, hacia su regazo—. No parece eso lo que desea.

Graham se atragantó con una risa inesperada. Era descarada y tenía ingenio. Una pena que dispusiera de tan poco tiempo; habría sido un deleite perderse en aquel cuerpo deliciosamente decadente. Tal como estaban las cosas, debía actuar.

La miró de frente.

—Ojalá pudiera quedarme más aquí, en Cairndale.

—¿No piensa quedarse mucho?

Ignoró la pequeña nota de satisfacción en su voz.

—Tengo asuntos de mi hermano que atender. Debo marcharme en tres semanas. Una gran y triste lástima.

La observó por debajo de las pestañas y aguardó. Ella cambió el peso de un pie al otro, la curiosidad asomándole a los ojos. Al final, preguntó, casi a desgana, como si las palabras se le escaparan:

—¿Por qué es una lástima?

—Porque, de no ser así, me quedaría para pasar días, semanas, seduciéndola poco a poco, provocándola y deshaciendo esos ceños fruncidos, hasta dejarla reducida a jadeos extasiados y suspiros satisfechos.

Si antes se había ruborizado, no era nada en comparación con el calor rosado que ahora le coloreaba las mejillas.

Graham se inclinó hacia delante.

—Más que nada, quiero besarla. Ahora mismo. ¿Puedo?

Ella parpadeó, y él advirtió que sus pestañas eran tan largas que casi se enredaban en las comisuras de los ojos.

—¿Un beso?

No era exactamente una invitación, pero serviría. Con un movimiento suave, Graham se deslizó hasta el borde de la cama, bajó los pies al suelo, le tomó el brazo y la atrajo hacia su regazo

casi desnudo. Una lástima que la sábana se le hubiese enredado en las caderas, porque, de no ser así, solo la falda de ella los habría separado. Sin darle tiempo a reaccionar más allá de un jadeo, inclinó la cabeza hacia la suya y la besó.

La besó hondo, plenamente, abriendo la boca sobre la de ella y empujando la lengua entre sus labios. Saboreó, provocó, vertió cada gramo de deseo en ese único contacto.

Ella se tensó, pero no se apartó. No lo acogió ni lo rechazó, aunque él percibía el calor vibrando bajo sus manos mientras la sujetaba con firmeza. Le pareció gustarle; podía paladear la respuesta a su propia ansia.

Un gemido suave le tembló en la garganta y Graham profundizó el abrazo. Aun así, en sus brazos ella se volvió lánguida, apartó el rostro y jadeó buscando aire.

Fue increíble sentirla así, el sabor en sus labios, el corazón de ella latiendo con tanta fuerza que el suyo respondió al unísono.

La estrechó un instante más sin moverse. Cuando por fin dominó la oleada de deseo que le apretaba el vientre y le quemaba la garganta, alzó la cabeza para mirarla.

Esperaba sorpresa. O incluso una indignación fingida que él estaba dispuesto a borrar con otro beso.

En cambio, y pese al rubor de sus mejillas, ella lo miró de frente y dijo con voz entrecortada:

—Maldita sea, otra vez no.

Para su asombro, enseguida recompuso el gesto hasta un desinterés absoluto.

De los cientos —no, miles— de besos que Graham había dado, ninguno había suscitado algo semejante: desdén teñido de aburrimiento. No estaba acostumbrado a ver tedio en los rostros de las mujeres a quienes había obsequiado con su pericia. Perplejidad, sí. Asombro, también. Incluso devoción. ¿Pero aburrimiento?

Se apartó lo justo para verla mejor.

—Disculpe, ¿ha dicho "maldita sea, otra vez no"?

—Sí —respondió ella, sosteniéndole la mirada. Tenía las mejillas encendidas, los labios algo hinchados y el pecho se le alzaba deprisa. Para él, aquello confirmaba que fingía indiferencia.

Aun así, le intrigó la serenidad de su voz.

—¿Qué quiere decir con "otra vez"?

Ella intentó incorporarse, pero como él no aflojó el abrazo, se limitó a suspirar; su aliento era dulce, con un toque de canela.

—Cada vez que Fairfax tiene un invitado, me maltratan. Estoy harta.

Los labios de Graham se curvaron. Agradable aliento, lengua afilada.

—Si no quiere que la acosen, quizá debería procurar ser un poco menos tentadora.

—¿Tentadora? ¿Yo?

Cait Cameron parpadeó ante aquellos ojos azules, empeñada en parecer impasible. La mente le daba vueltas: el hombre más apuesto que había visto la tenía sentada en su regazo y la había besado con una pericia arrebatadora, dejándola aturdida. Y su cuerpo —traidor— se había ablandado al instante; el corazón le galopaba y una emoción desconocida le oprimía el pecho.

Lo único que podía hacer era mostrarse aburrida, y lo logró. Era el modo más eficaz de desanimar atenciones no deseadas, campo en el que Cait tenía práctica. Demasiada. En cierto modo, era culpa suya, pues había vendido su reputación por algo que entonces

le pareció más importante, solo para descubrir que se equivocó y había tenido que soportar ocho años de consecuencias.

Graham alzó un dedo y rozó la curva de su mejilla con un contacto desconcertantemente suave.

—Eres una mujer exuberante y tentadora, querida. Y lo sabes.

Las defensas de Cait vacilaron. Maldita fuera: ¿cómo luchar contra su propio cuerpo cuando ese sinvergüenza —Graham lo-que-fuese—, repetía halagos con la justa sinceridad para dejarla sin aliento y con ganas de más?

Tonterías ensayadas, se recordó. Ella era todo menos tentadora. Podía verse bien cuando se lo proponía, pero era grande, algo desgarbada, y era demasiado temprano para lucir otra cosa que palidez. Los ojos aún pesados de sueño; el cabello, lavado la noche anterior, se había secado rebelde y esponjado, con un lado claramente más voluminoso que el otro. Llevaba, además, un vestido de labor en lana gris, demasiado ceñido en los hombros y holgado en la cintura. Con esa convicción, le sostuvo la mirada y afirmó:

—No soy tentadora.

—Yo diría que tentadora… y mucho más —replicó Graham, sin dudar—. Tus ojos brillan de un verde intenso. Tu cabello tiene el

color del cielo matutino cuando lo toca el sol: rojo y dorado a la vez. Y el resto de ti… —dejó que la mirada descendiera hasta encenderle otra vez las mejillas—. El resto de ti es…

—Ya basta —atalayó ella—. Estás hecho de luz de luna y sombras, eso es lo que eres.

—No sé nada de luz de luna ni de sombras. Solo sé que eres preciosa. Y exuberante.

—¿Con esto? —bajó la vista a su vestido desvaído—. ¿Llamaría a esto precioso o exuberante?

Él fijó la mirada en la prenda, se detuvo un instante en su busto y sonrió.

—Oh, sí. Si quieres pasar desapercibida, tendrás que vendarse el pecho.

Ella se atragantó.

—Y añadir relleno en otras zonas —prosiguió él.

—No sé de qué habla, pero, por favor, déjeme levantarme…

—Me refería al relleno. Quizá, si te fajases las caderas hasta parecer más rechoncha, no tendrías que lidiar con groseros como yo que intentan besarte a cada momento.

Cait advirtió el destello de humor en sus ojos y aquello la desarmó un poco.

—Además —continuó con toda naturalidad—, tendrías que ocultar esos ojos y quizá ponerte un turbante, si quieres que hombres como yo dejen de mirarte.

—Hmph. Lo recordaré la próxima vez que me encuentre con usted o con cualquiera de los libertinos compinches de Fairfax. Ahora, si me suelta, tengo cosas que hacer.

Los ojos de Graham chispearon.

—¿Y si me niego?

—Entonces tendré que ocuparme yo misma de usted.

—¡Oh, oh! Una mujer con carácter. Me gusta.

—Oh, oh —replicó con sequedad—, un hombre que no valora sus apéndices.

El comentario debía marchitarlo. En cambio, él rió por lo bajo, con voz grave.

—Querida, yo valoro mi apéndice. Aunque debería ser tu trabajo admirarlo.

—No deseo ese trabajo, gracias.

—Oh, pero si lo tuvieras, sería mi tarea manejar tal apéndice de forma que despertara tu admiración hasta hacerte confesar en voz alta —se inclinó y le susurró al oído—: Tienes un gemido delicioso, mi amor. Lo oí cuando nos besamos.

Las mejillas de Cait ardieron.

—Lo único que va a conseguir que grite es auxilio.

El humor se apagó en la mirada de él y habló con una seriedad inesperada:

—Daría la vida por ganarme ese gemido otra vez. ¿Me lo negarías?

En todos los años que llevaba esquivando manos ávidas entre los amigos de su medio hermano, ninguno había intentado cortejarla con palabras. Ni uno. La táctica la sorprendió y pocas cosas lo lograban.

—Por favor, déjeme ir. Es muy impropio de mí estar en su regazo.

Él frunció los labios.

—No estoy seguro de poder hacerlo. No sin un peaje.

—¿Un precio? ¿Por liberarme de mi propia cama?

Un brillo asomó a sus ojos y una sonrisa sensual le curvó la boca; a Cait se le estremeció el corazón. Sus manos, cálidas antes, parecían ahora más ardientes a través de la lana.

—Mi dulce —dijo—, no estás en la cama, sino en mi regazo. Si estuvieras en la cama, te pediría mucho más que un beso a cambio de tu libertad.

—Eso no es justo.

—La vida rara vez lo es.

En eso Cait no podía contradecirlo; la vida ya se había encargado de demostrárselo. Maldita sea, no valía apelar a la lógica.

—Ya le di un beso —dijo con sensatez.

—Tú no me besaste; yo te besé a ti.

—Eso es todo lo que obtendrá de mí.

—¿De veras? —entrecerró los párpados con una languidez descarada que la dejó sin pensamiento—. Qué lástima, porque disfruté de ese beso más de lo debido. Ha sido, sin duda, el más intrigante y delicioso que me han dado.

Pese a su empeño en mostrarse fría, a Cait la recorrió un destello de orgullo. Por la actitud y el aplomo del desconocido,

estaba segura de que estaba muy acostumbrado a los besos; de hecho, había algo de maestro en su forma de besar. Y, aun así, él había quedado impresionado. Ella ni siquiera había intentado impresionarlo. ¿Qué pensaría si lo intentara? Se quedaría asombrado y…

Parpadeó. Por San Jorge, si seguía por ahí, acabaría convenciéndose sola de besarlo otra vez. ¡Y sin que él dijera una palabra más!

Alzó la vista. Él estudiaba sus expresiones con una sonrisa satisfecha, como si supiera exactamente a dónde la llevaba su pensamiento.

¡Estoy cayendo en su trampa, maldita sea!

—Basta. Le daré hasta que cuente tres para que me suelte.

Una chispa de diversión danzó en los ojos azules de Graham.

—¿O qué?

—O me veré obligada a hacerle daño.

Él soltó una risita grave.

—¿De veras? ¿Y cómo vas a…?

—Uno.

—Oh, vamos. Solo quiero un beso. Ya me has dado uno, ¿qué hay de malo en…?

—Dos.

—Lo juro, eres testaruda. Más incluso que mi hermana…

—Tres.

Alzó el pie y lo lanzó hacia atrás con decisión. Sonó un golpe seco cuando el tacón de su bota se estrelló contra la espinilla desnuda de él. Sus brazos se aflojaron al instante. Cait se puso en pie y cruzó la estancia mientras su captor encadenaba una serie de improperios de colores vivos.

Llegó a la puerta, salió y la cerró de un portazo. Luego descendió las escaleras, atravesó el gran salón y cruzó la entrada hasta alcanzar el aire libre, donde echó a andar hacia los establos.

No creía que el señor Graham Blackwell la siguiera: tendría que invertir unos minutos en vestirse. Aun así, el corazón le latía como si la pisara los talones. Y quizá, en cierto modo, así era.

Encontró los establos en calma. Avanzó deprisa por las cuadras casi vacías, donde el aroma del heno y la avena se mezclaba con el aire fresco. Fue directa a la guadarnés, echó el cerrojo y se quedó

de espaldas a la puerta, luchando por recuperar el aliento y su habitual calma.

En todas las ocasiones en que había rechazado las manos insinuantes de los huéspedes de Cairndale, Cait nunca había permitido que nadie la tocara, y mucho menos que la abrazaran y la besaran. Aquel hombre la había sorprendido con palabras suaves y ojos risueños. A partir de ahora sería cauta con él. Muy cauta.

Jamás había disfrutado de las atenciones de los otros amigos de Duncan. Esta vez debía admitir que había sentido una emoción distinta. Sentimientos, en plural, mientras estaba en brazos de Graham Blackwell. Y ninguno era seguro.

Con esa idea bien grabada, aguardó lo justo para que la respiración volviera a su ritmo. Salió de la guadarnés, buscó su caballo, montó y partió al galope, atravesando el bosque y las colinas como si los sabuesos del infierno le pisaran los talones.

# Capítulo 3

La mocosa le había dado una patada. Fuerte. El temperamento de Graham pasó de un interés divertido a una indignación atónita en cuestión de segundos, y su irritación se redobló cuando ella salió de la habitación con una indignación que parecía justificada, dando un portazo tras de sí.

En suma, fue una experiencia nueva y desagradable. Las mujeres rara vez rechazaban sus invitaciones al coqueteo, y nunca se habían tomado la molestia de atizarle una patada antes de abandonar la estancia.

Maldita sea, ¿qué le pasaba a esa mujer? Un simple "no, gracias" habría bastado. Aunque… —se frotó la espinilla con una mueca de dolor— quizá había estado demasiado empeñado en mantener a raya el maldito efecto del talismán reteniéndola en su regazo. No había albergado mala intención. Solo había reconocido

que ella era perfecta para sus planes y, al tenerla tan a mano, le resultó difícil atender a su ruego de soltarla.

Por supuesto, la mayoría de las mujeres que conocía no se habrían quejado si las hubiese mantenido en su regazo bastante más que unos míseros minutos. Si se lo hubiera propuesto, muchas se habrían quedado e incluso habrían sugerido diversiones adicionales para acompañar una postura tan lujosamente traviesa. Pero, al parecer, las señoritas de Londres eran menos exigentes que las escocesas. Quizá una pequeña parte de ello se debía a su posición en la sociedad londinense…

Una idea insidiosa se coló en su mente y se aferró a sus pensamientos. ¿Y si todas las mujeres que se habían acostado con él lo habían hecho simplemente porque sabían quién era, porque era un Blackwell?

Miró su "apéndice" listo —como lo había llamado la chica— y sintió un gran alivio. Puede que su nombre hubiese sido la razón por la que algunas se acostaran con él, pero no era el motivo por el que tantas suplicaban volver.

Sintiendo que recuperaba el aplomo, Graham se puso en pie y empezó a vestirse. No tenía la destreza de Bentley para borrar

arrugas, pero se las apañó. Su corbata estaba lamentablemente ajada; sin embargo, allí, en medio de la nada, ¿quién iba a notarlo? La anudó lo mejor que pudo y la sujetó con un alfiler de zafiro. Se agachaba para alcanzar las botas bajo la cama cuando vio el anillo talismán de los Blackwell, aún en el platillo del candelabro de la mesilla. Entrecerró los ojos, alargó la mano y rozó la delgada banda de metal.

El anillo estaba caliente al tacto y sorprendentemente liso, a pesar de las runas grabadas en el costado. Por algún motivo, la sedosidad del metal le recordó a la criada: igual de espinosa por dentro y, al tiempo, asombrosamente suave al tacto.

Siguió con los dedos la curva del aro, perdido en el recuerdo. De pronto cobró conciencia de sí, se apartó de la mesilla y se metió las manos en los bolsillos. Maldita sea: si no tenía cuidado, acabaría acostándose con ella y casándose antes de que terminara el día.

No con aquella descarada criada, claro está; no solo era por completo inadecuada, sino que parecía haber desarrollado una aversión irracional hacia su presencia, como lo demostraba el moratón de su espinilla. En realidad, le había hecho mucho más daño que eso: su orgullo también estaba magullado.

Se encogió de hombros y se puso el chaleco. Tenía que haber otras mujeres "inadecuadas" con quienes entretenerse, aunque dudaba que ninguna tuviese la piel cremosa, el pelo rojo dorado o la pura audacia de la que se le había escapado.

Maldita sea. Le dio la espalda al anillo, sacó las botas y puso mala cara al ver el barro donde antes brillaba el cuero. Suspirando, abrió una ventana y, asomándose, sacudió el polvo de las botas sobre los jardines. El aroma de flores y hierbas ascendió a su encuentro. A pesar de la mala gestión dentro del castillo de Cairndale, los jardines eran magníficos. El verde de la hierba le recordó los ojos de la mujer que le había soltado la patada.

Maldita sea. Otra vez lo mismo. Al parecer, tenía debilidad por las mujeres de ojos verdes y zapatos puntiagudos. Cerró la ventana y alzó las botas hacia la luz. Ya sin barro, estaban cubiertas de una especie de mugre grisácea. A Bentley no le haría ninguna gracia.

Graham las repasó con la toalla de manos de la mesilla, se calzó, se puso el abrigo. Cuanto antes atrajera a la sirvienta a su cama, antes podría relajarse y dejar de temer toparse con un dechado de virtudes femeninas: justo el tipo de mujer con la que uno se sentiría obligado a casarse.

Una mujer a la que quizá no podría decir que no.

Puede que el destino conspirase contra él, pero aún no lo había vencido. Silbó entre dientes al salir de la acogedora habitación al pasillo y se detuvo un instante para orientarse.

Si la noche anterior, con un vistazo rápido, el castillo de Cairndale le había parecido de mala nota, a la luz del día se veía aún más desolado. A primera vista, el ancho corredor de piedra se beneficiaba de un par de grandes ventanales en lo alto y un techo alto que se arqueaba con elegancia sobre un conjunto de elaboradas arañas de hierro. Pero, al mirar de cerca, se distinguía el polvo acumulado en las esquinas y la espesa trama de telarañas desde la cornisa hasta el soporte de una lámpara. Siguió con la vista una especialmente larga que llegaba a la esquina de la alfombra que corría por el centro del pasillo. Probablemente antaño fue de un rojo vivo; ahora era de un pardo indefinido.

En conjunto, resultaba extraño, teniendo en cuenta que, en Eton, Duncan había sido tan exigente con sus pertenencias que sus compañeros se burlaban de él a menudo. Duncan había tenido que recurrir a los puños —y a su temperamento— para callar a la mayoría de detractores.

Desde entonces, claro está, Duncan se había casado, ese supuesto "estado bendito" que parecía transformar a un hombre sensato y lógico en un tembloroso soñador de ojos brillantes. Graham había presenciado esa metamorfosis en, al menos, tres de sus propios hermanos.

Gracias al cielo, él estaba preparado para combatir la maldición del anillo. Era un hombre que prefería una vida más animada. Sus necesidades eran sencillas: disfrutar, una copa de brandy de cuando en cuando y la cálida compañía de numerosas mujeres.

Le rugió el estómago. Suspiró y bajó las escaleras. Se preguntó si habría desayuno o si tendría que procurárselo él mismo. Con el estado del castillo, no le habría sorprendido descubrir que había jamón… pero que antes debía cazar al cerdo, estrangularlo y despiezarlo por su cuenta.

El inconfundible repiqueteo de una fuente resonó al pie de la gran escalera y alivió sus temores. Siguió el sonido, con el hambre creciendo a cada paso a medida que el aroma del beicon le llenaba las fosas nasales.

Ni siquiera se detuvo al llegar: entró de inmediato. Solo había dos personas. Una era un anciano encorvado, con librea de lacayo,

de pie junto a un aparador cuajado de bandejas humeantes. Ni levantó la vista cuando Graham apareció; siguió moviendo, muy despacio, una jarra de agua hacia un vaso vacío.

Al otro extremo estaba el otro comensal, un hombre delgado y bien vestido, de rostro expresivo y cabello castaño rojizo. Parecía pequeño y solitario en la enorme mesa reluciente, sentado en una silla ornamentada con un plato ante sí.

Llevaba un bocado de huevo a la boca cuando su mirada tropezó con Graham. Abrió los ojos de par en par y dejó caer el tenedor.

—¡Maldita sea, me vas a descuartizar!

—Así será, Fairfax —dijo Graham—. Es algo que he vaticinado más de una vez.

Duncan sonrió de oreja a oreja y se levantó de un brinco.

—¡Graham Blackwell! ¡Cómo estás, perro sifilítico, adúltero y de orejas rizadas!

Graham estrechó la mano que Duncan le tendía.

—Dios nos asista: Duncan Cameron, azote de Escocia y pesadilla de Gran Bretaña. ¡Esconded vuestro dinero y a vuestras

mujeres!

Duncan rió.

—¡Och, muchacho! ¡No has cambiado nada! ¿Cuándo llegaste? No te esperaba hasta que pasara este diluvio.

—Anoche, bastante tarde. ¿Nadie te lo dijo?

—¡Nadie me ha dicho nada! ¿Quién te recibió?

—La ama de llaves. Al parecer, tu mayordomo no estaba disponible.

—Flynn —bufó Duncan, con disgusto—. Nunca está donde debería. Aun así, me extraña que ninguno de los lacayos me lo mencionara.

Dirigió una mirada al anciano jorobado junto al aparador y alzó la voz:

—¡Maldita sea, Potter! ¿Por qué no me dijiste que Blackwell había llegado?

El viejo no levantó la vista. Continuó en su tarea, manos venosas y trémulas, alzando la jarra para verter agua. Grandes gotas salpicaron por doquier, chisporroteando en el plato de jamón.

—¡Por el barco de san Brennan, estoy rodeado de sordos e ineptos! —Duncan suspiró y se encogió de hombros, con una sonrisa resignada—. Ya no tiene remedio. Acepta mis disculpas, Blackwell. Me veré obligado a hacerte beber una o dos botellas de mi mejor oporto para compensar mis carencias de anfitrión.

—Acepto —repuso Graham sin dudar.

—Gracias. Siempre fuiste generoso.

Duncan fulminó con la mirada al viejo sirviente.

—Como habrás notado, esto está un poco desbaratado.

Eso era quedarse corto. Graham carraspeó, cortés:

—Seguro que no es tan grave.

—Sí lo es. Estos criados son horribles. La mayoría vienen de mi padre, los únicos que se quedaron. Excepto ese —inclinó la cabeza hacia el lacayo, que ahora limpiaba el agua derramada con la esquina del abrigo—. Fue un regalo de boda de la madre de Sybil. La arpía juró que nos hacía un gran favor y afirmó que era indispensable para su casa. Entonces me pareció generosa; ahora no estoy tan seguro.

—¿Un regalo de tu suegra, eh?

—Sí. Creo que la verdadera razón por la que lo envió fue causarnos la mayor molestia posible. Graham, de veras: ese hombre no oye ni una palabra.

Graham rió entre dientes.

—Qué desconsideración.

—Sí. Pero basta de mis desgracias —señaló la mesa—. ¡Ven a comer!

Esperó a que Graham tomara asiento y luego se sentó. Dijo muy alto, casi a gritos:

—¡Potter, trae otro plato!

El anciano ni parpadeó. Siguió, con lentitud exasperante, limpiando otra gota del aparador.

Duncan cerró los ojos; una arruga honda le frunció la frente. Al cabo, los abrió.

—Quizá debería servírtelo yo mismo.

—Oh, no…

—Tonterías —zanjó Duncan, poniéndose en pie con la resignación de quien sufre desde hace tiempo sin ver el final. Fue al aparador, dejó pasmado al mayordomo al pasar por delante para

coger un plato y lo llenó con una cucharada de cada fuente disponible.

Graham parpadeó ante la abundancia que terminó frente a él.

—Estoy abrumado.

Bien podía acostumbrarse a pasillos con corrientes de aire, camas húmedas y rincones cuajados de telarañas si, a cambio, el castillo de Cairndale prometía desayunos así.

—No creo haber visto nada más hermoso.

Duncan regresó a su sitio y sonrió, satisfecho.

—El desayuno es mi comida favorita. Sybil se encarga de ordenar la cena, así que yo tengo que…

Se interrumpió al ver la expresión de Graham.

—No importa. Come y disfruta.

Miró al viejo lacayo y, alzando la voz hasta rozar el alarido:

—Potter, ¿podrías avisar a milady Fairfax de que tenemos invitado?

El criado se apartó del aparador y se llevó una mano a la oreja.

—¿Eh?

Duncan masculló y repitió la petición, aún más alto.

—Sí, milord —dijo el anciano.

Enderezó los hombros y levantó los pies a duras penas. Más que andar, arrastraba las botas, y tardó una eternidad en llegar a la puerta.

En cuanto salió, Duncan acercó su plato y recuperó el tenedor.

—¿Cómo están tus hermanos?

—Brad acaba de casarse. David volvió hace unos meses de su luna de miel, y Finlay y Amelia hablan de tener más hijos.

—¿Brad se casó? ¿Y David también? Por Dios, parece que os habéis vuelto todos locos.

Duncan recorrió a Graham con la mirada.

—No llevarás ese maldito anillo, ¿verdad?

Graham asintió.

—¡Maldición! Lo sabía.

—¿Y qué más da?

Duncan se echó hacia atrás, los ojos desorbitados.

—Porque significa que estás perdido, amigo mío.

—No significa tal cosa —replicó Graham con mucha más firmeza de la que pretendía.

Aquello provocó una carcajada.

—¿Cómo piensas escapar?

—Manteniéndome ocupado.

Se movió en la silla y su espinilla golpeó la pata de la mesa justo donde su visitante matutino le había dado una patada. Hizo una mueca.

Duncan frunció el ceño, preocupado.

—La mesa tiene las patas mal colocadas.

—No es eso. Me he dado en una lesión anterior. Un moratón causado por una yegua bastante enérgica.

—¿Una yegua?

—Sí. Una con unos ojos verdes muy intrigantes.

Era curioso, pero cada vez que Graham pensaba en la descarada criada, sonreía.

Duncan le devolvió la sonrisa.

—¡Oh, oh! ¿Era muy fuerte?

—Bastante —Graham se frotó la espinilla una vez más—. Además calza botas puntiagudas. Al parecer, tomó a mal algo que dije y me soltó una patada digna de mi nuevo castrado.

—¿Qué le dijiste para provocar tal reacción?

—Nada que recuerde. Solo que tenía que pagar un peaje para salir de mi habitación: un beso. Inexplicablemente, se ofendió.

—Vaya, te has topado con una muy temperamental —murmuró Duncan, untando mermelada en una tostada—. ¿Dónde conociste a esa criada? ¿En una taberna del camino?

—No. Aquí. En la habitación azul.

La risa de Duncan se congeló en sus labios y un destello extraño cruzó su mirada. Bajó la vista hacia la tostada con una expresión rara.

—¿Has dicho… la habitación azul?

—Sí —respondió Graham con cautela—. ¿Por qué?

Duncan se sacudió como si despertara de un sueño.

—Oh, nada. Un pensamiento, eso es todo. ¿Cómo acabaste en la habitación azul?

Tranquilizado, Graham tomó el salero.

—Era la única lo bastante limpia como para habitarla. Cuando me desperté esta mañana, la criada estaba allí y reclamó la habitación como suya. Así que, a cambio de desalojarla, le pedí un beso.

Duncan acercó la tostada a la boca, pero, pensándolo mejor, la dejó en el plato.

—¿Y qué dijo esa… muchacha a tu precio?

Graham sonrió.

—No dijo nada mientras la besaba.

A Duncan se le enrojeció el cuello.

—¿Te dejó besarla?

—Sí. Luego decidí que quería otro, y eso provocó nuestro pequeño desacuerdo.

—Pero te dejó besarla una vez —repitió Duncan, como si no pudiera creerlo.

Graham frunció el ceño a su anfitrión, con una inquietud hormigueándole en la nuca.

—¿Por qué? ¿Es la doncella de tu esposa?

—¿La doncella de…? ¡Oh, no! —Duncan soltó una risa burlona —. Cait no es la doncella de nadie. Cuéntame más de ese encuentro.

Así que la chica se llamaba Cait. Probablemente abreviatura de Caitlin. Graham se encogió de hombros ante la mirada interesada de Duncan.

—No hay mucho más que contar.

—¿Qué opinas de ella? ¿Te parece guapa?

"Guapa" no era la palabra. En comparación con lo que era en realidad, "guapa" era una sombra invernal. "Exuberante" encajaba mejor. Bien proporcionada, cabello rojo dorado, ojos verdes y…

Se interrumpió, sin saber cuánto revelar.

—Una mujer bastante llamativa.

Un eufemismo, desde luego. Nunca convenía descubrir todas las cartas. Por lo que Graham sabía, Duncan podía estar interesado en la joven. Lo observó durante un largo momento.

—¿Por qué lo preguntas?

Duncan hizo un gesto amplio con la mano.

—Por nada en particular. ¿Hablasteis mucho?

—Unos minutos. Es perspicaz. Y tiene un cuerpo que pide a gritos ser explorado a fondo.

—Deduces bien que la conozco.

Duncan esbozó una sonrisa.

—Oh, sí. Y por eso me sorprende que solo te diera una patada en la espinilla. Es un milagro que no te dejara inconsciente.

—Es luchadora, lo admito. En un momento dado amenazó con, eh, extirparme cierto "apéndice". Uno al que tengo mucho aprecio y del que no quiero prescindir.

Duncan estalló en carcajadas.

—¡No lo hizo!

—Sí. Intenté convencerla de que admirara mi apéndice más de cerca, en vez de amenazarlo, pero se negó…

Graham frunció el ceño.

—Dios mío, ¿qué pasa?

Duncan tomó aire, se recostó en la silla, el rostro encendido, y luchó por contener la risa.

—¡No sigas! ¡Déjame… recuperar el aliento!

Era demasiado. Duncan siempre había sido risueño, de hecho, era una de las cosas que más le gustaban a Graham de él. Pero, por alguna razón, ahora tenía la sensación de que se reía de él y no con él.

Adoptó un tono frío:

—Disculpa, pero, aunque fue un momento gracioso, no tanto.

Duncan se secó los ojos, todavía riéndose.

—¡Ah, muchacho! ¡Si supieras!

Graham tiró la servilleta sobre la mesa.

—¿Saber qué?

—Que… por los santos, no puedo hablar.

Duncan volvió a caer en otra oleada de risa.

Graham se vio obligado a esperar a que se repusiera. Pasaron varios minutos y tres o cuatro tragos de cerveza tibia antes de que Duncan recuperara la respiración. El escocés se enjugó los ojos.

—La cuestión es esta: la mujer a la que besabas en tus aposentos esta mañana no era otra que la señorita Caitlin Cameron.

Graham se quedó inmóvil. Seguramente Duncan no se refería a…

—¿Caitlin Cameron?

—Sí. Mi media hermana.

—¿Esa amazona alta es tu hermana? —repitió, demasiado desconcertado para decir más.

Maldita sea. Y él había supuesto que era "segura".

Duncan interpretó su gesto de disgusto de otra manera.

—Sí, es triste que mi padre tuviera un hijo tan bajo y luego le saliera una giganta por hija, pero así fue, dado que su madre es algo inglesa.

—Eso explica su falta de acento.

—¿Falta? Querrás decir que explica por qué tiene acento.

Graham sonrió.

—Eso también.

—Cait es una chica salvaje. El matrimonio de mis padres no fue precisamente feliz. Tras cierta disputa, mi padre se marchó hecho una furia y no volvió en tres meses. Por lo visto, encontró a una costurera en un pueblo cercano, una inglesa sin recursos que vivía de sus bordados. Alta, de ojos verdes y cabello rojo dorado; se

rumoreaba que era una dama venida a menos, aunque nunca se confirmó. Cait es su viva imagen.

El ánimo de Graham empezó a levantar. Así que Cait Cameron era fruto de una aventura ilícita. Tal vez, después de todo, fuese buena candidata para un romance. Siempre y cuando, claro, a Duncan no le importara. No sabía qué sentía por su media hermana, pero, a juzgar por la alegría que mostraba… quizá la situación no era tan sombría.

—Háblame de tu media hermana… de Caitlin.

—Llámala Cait, salvo que te gusten los moratones en las espinillas. No soporta "Caitlin" y jamás lo usa.

Cait, entonces.

—¿Creciste con ella?

—¿Bajo el mismo techo? Por Dios, no. Mi madre no la toleraba. Mi padre pidió una y otra vez que viviera aquí, pero mi madre no era indulgente. Al final, dejó de insistir y mandó construir una cabaña acogedora en el bosque cercano para Cait y su madre. Cait vive allí ahora.

Graham alzó las cejas.

—Pero tiene una habitación aquí, en el castillo.

—Así es. A menudo viene a cenar y a veces se queda a dormir. Hice preparar la habitación para ella cuando heredé el título. A mi madre le sentó fatal, pero me pareció lo correcto.

—Tu madre parece una mujer muy obstinada.

Duncan puso cara de asco.

—No sabes ni la mitad. Al principio se negaba rotundamente a tener nada que ver con Cait, aunque era dolorosamente obvio que la chica necesitaba orientación. Al final conseguí hacer entrar en razón a mi madre.

—Después de la muerte de tu padre, seguro que algunos de sus resentimientos se disiparon.

—Curiosamente, solo empeoraron las cosas. Creo que mi madre culpaba a la madre de Cait de los problemas de su matrimonio, aunque ya existían mucho antes de que ella apareciera.

—Qué incómodo.

—Para mí fue difícil —la expresión de Duncan se volvió grave—. Para Cait fue doloroso. Pero al final convencí a mi madre. Le dije

que, si quería seguir viviendo en Fairfax Dower House, en Edimburgo, tenía que acoger a Cait y presentarla en sociedad.

—Así que Cait es una señorita de la alta sociedad.

Algo cruzó el rostro de Duncan, pero lo reprimió enseguida.

—Difícilmente. Cait no… —vaciló y se encogió de hombros—. No encajó.

Graham estaba seguro de que había más en esa historia. Sin embargo, parecía igual de claro que Duncan no quería contarlo.

Era muy posible que Cait no hubiera sido aceptada por las circunstancias de su nacimiento. Y también por ser demasiado atrevida, demasiado luminosa para el tibio aplauso de la sociedad. Allí se alababa a las bellezas menudas y de boca recatada, no a mujeres altas y firmes con tanta belleza pelirroja como para volver fresca e intrigante una mañana húmeda.

Graham asintió.

—Me imagino que no la aceptaron.

Duncan abrió la boca como para añadir algo, pero cruzó la mirada con la de Graham y, tras un instante tenso, cambió de idea.

—Sí. Me sorprende que estuviera tan alegre contigo esta mañana.

—¿Alegre? Yo no la describiría así.

—Te dejó besarla y no te arrancó el brazo. Eso, tratándose de Cait Cameron, es despreocupación.

Las palabras intrigarom aún más a Graham. Fue un trago amargo descubrir que su coqueta perfecta era la media hermana de su anfitrión. Pero el hecho de que fuese ilegítima, de que la sociedad la hubiera rechazado y de que ahora viviera retirada en una cabaña del bosque, no lejos del castillo, volvía a convertirla en el blanco perfecto para un flirteo.

Solo sabía que necesitaba una distracción que lo entretuviera hasta marcharse a Edimburgo. Alguien lo bastante apasionado y desafiante como para evitar que cayera víctima de una mujer elegible, con sólidas conexiones familiares y un nombre bien asentado… si es que quedaba alguna por allí. Hasta el momento, el castillo parecía inusualmente libre de encantos femeninos.

Hm. Quizá, después de todo, iba a ser bendecido con un poco de paz.

—Duncan, espero no haber llegado en mal momento. No querría molestarte si tienes otros invitados.

Duncan alzó la vista del plato, visiblemente sorprendido.

—¿Otros invitados?

Miró alrededor, y Graham siguió su recorrido. Aunque el comedor no padecía el abandono evidente del resto del castillo, estaba lejos de perfecto. Las alfombras pedían limpieza y dos telarañas polvorientas colgaban de esquinas opuestas.

—Solíamos recibir invitados cada semana —dijo Duncan—. Ahora, no tanto —señaló las telarañas—. Solo vienen algunos amigos de Sybil, y rara vez pernoctan. Ojalá su hermana, Priscilla, viniera menos. Es una…

La puerta se abrió. El anciano lacayo regresó con el rostro encendido, jadeando. Se detuvo junto a Duncan y carraspeó. Como el esfuerzo parecía robarle todo el aire, tardó en hablar.

Duncan dejó escapar un suspiro explosivo.

—¡Por el amor de san Brennan! ¡Dinos de una vez qué ha dicho Su Señoría!

El lacayo lo miró con desaprobación y, sin aliento, logró articular:

—Sí, mi señor. Su Señoría dice que no se unirá a ustedes para desayunar.

Duncan frunció el ceño.

—¿Eso es todo?

El color del viejo se apagó mientras recuperaba el resuello.

—Creo que sí, mi señor.

—¿Crees? En otras palabras, ¿no lo recuerdas?

Los labios arrugados del anciano se fruncieron, pensativos.

—Creo… Estoy bastante seguro de que Su Señoría no dijo nada más.

Duncan arrojó la servilleta sobre la mesa, con disgusto.

—¿Estás bastante seguro? ¿Crees que no tenía nada más que decir?

El criado asintió, satisfecho consigo mismo.

—Normalmente se me olvida algo si me dicen más de una cosa, pero esta vez lo recuerdo todo. —Su sonrisa se desvaneció—.

Creo.

—Gracias, Potter —concedió Duncan, cansado—. Iré a ver a milady Fairfax en cuanto termine aquí.

—Sí, milord.

El anciano giró sobre los talones y salió arrastrando los pies.

En cuanto se cerró la puerta, Duncan miró a Graham.

—¿Ves con lo que cargo? ¿Lo ves?

Graham rió entre dientes.

—Necesitas nuevos sirvientes.

—Los tenía. Bien entrenados. Excelentes. Pero se marcharon porque Sybil… —se interrumpió, con el rostro encendido—. Supongo que no se puede ocultar que las cosas no están como deberían. Sybil y yo estábamos bien. Hasta que, hace seis meses, discutimos por Cait.

—¿Cait? —Graham alzó las cejas.

—No soporto a la hermana de Sybil, Priscilla, e hice un comentario despectivo. No era mi intención, pero, si alguna vez la conoces, entenderás por qué. Es hermosa por fuera, pero tiene una ambición que excede lo aceptable.

Graham tomó nota de evitar a Priscilla. Era exactamente el tipo de mujer que quería esquivar.

Duncan negó con la cabeza.

—Sybil se ofendió y dijo que, al menos, su hermana no se había arruinado como Cait al fugarse con un… —se detuvo y se sonrojó—. No importa. No necesitas oír nuestras miserias familiares.

¡Ajá! Graham estaba intrigado y deseaba saber más, aunque solo respondió:

—Todas las familias tienen problemas.

Y así era. La suya cargaba con la maldita maldición de un anillo. Por eso, de algún modo, le resultó una suerte confirmar lo que sospechaba: la encantadora, impulsiva y apasionada Cait Cameron era una mujer arruinada. Las mujeres arruinadas no podían exigir matrimonio si un coqueteo iba a más. Por supuesto, Graham no tenía intención de ir adonde no lo invitaran. No era hombre que tomara lo que no le ofrecieran. Pero la pasión que había percibido en el beso de Cait le hacía pensar que quizá había más.

Echó un vistazo a Duncan. El gesto habitualmente risueño de su amigo se había tornado sombrío. Permanecía callado, clavando la

mirada en el plato a medio comer, los hombros caídos. Al notar la atención de Graham, esbozó una sonrisa dolorida.

—Disculpa la ausencia de mi esposa.

Por eso, decidió Graham, jamás se casaría. De pronto le pareció ridículo incomodarse por el talismán. Quizá fuese mágico, pero él tenía su propia defensa contra tales tonterías. Solo con ver el rostro de Duncan, cargado por un matrimonio problemático, otra hilada de ladrillos se sumó al muro grueso que cercaba su renuente corazón.

—Maldita mujer —suspiró Duncan, pasándose la mano por el pelo. Una emoción fugaz cruzó su rostro expresivo.

Graham recordó cuántas veces, a lo largo de los años, ambos habían reído de los hombres atrapados en las garras de la enfermiza dolencia del matrimonio. Ahora Duncan parecía otra víctima. Una verdadera lástima.

La sonrisa de Duncan se estiró, torpe.

—Sé lo que estás pensando y…

—No tienes idea de lo que pienso. Ninguna —zanjó Graham, acercando su plato, ya frío.

La comida podía estar fría. Sus pensamientos, no. Se estaban calentando.

—Comamos y hablemos de asuntos más alegres.

En el fondo, sin embargo, germinaba un plan. Uno que tenía que ver con la solitaria y arruinada Cait Cameron. Un plan que le garantizaría que, fueran cuales fuesen los obstáculos que el destino le pusiera delante, estaría preparado para todos.

Sonrió a su amigo.

—Háblame de tus establos. He traído conmigo ese castrado del que te hablaba en mi carta.

—¿Ah, sí? Estoy deseando verlo. Cait también está loca por los caballos. Tiene casi dos docenas, comiéndole las cabezas en sus cuadras.

Graham archivó la información y aportó otro comentario ecuestre. Pronto la conversación derivó hacia caza y deporte, y no se interrumpió. Incluso mientras discutían la escasez de zorros de la temporada, Graham planeaba cómo averiguar la ubicación de cierta cabaña escondida en el bosque, junto al castillo de Cairndale.

# Capítulo 4

A un lado de Cairndale discurría un río sinuoso, una cinta de plata que cortaba los campos de verde joya que rodeaban el castillo. Proporcionaba agua fresca y limpia y, además, hacía innecesario cercar todo el flanco norte de la propiedad. Al otro lado se extendía un bosque profundo y oscuro, poblado de enormes robles de fuste agreste y cubierto por un musgo espeso que trepaba por grandes rocas irregulares y por la rica tierra negra del suelo.

Algunos aldeanos afirmaban que el bosque de Cairndale estaba encantado, rumor que cobró fuerza cuando Cait Cameron se mudó a la cabaña abandonada. Mucho tiempo atrás había vivido allí su madre, una mujer de la que se decía que había hechizado al último señor del castillo. Para la gente del lugar, el bosque había estado encantado y seguía estándolo.

—¡Maldito inglés maleducado y arrogante! —masculló Cait a su caballo, alzando la voz por encima del cascabeleo de los herrajes de Merriweather sobre el camino de tierra compacta—. Te juro que he terminado con Duncan y sus invitados.

Tocaba evitar cualquier visita. Al menos, el último huésped no había sido tan odioso como Fitzhugh, que intentó apretarle la rodilla bajo la mesa del desayuno incluso después de que ella ya le hubiera dado una buena lección.

—Hombres. Siempre piden más de lo que una quiere dar.

Merriweather sacudió la crin, como si aprobara que aquel comportamiento era inaceptable. Cait le acarició el cuello.

—Es exactamente lo que pienso.

Se aflojó un poco en la silla, aún nerviosa por el contratiempo de esa mañana con el apuesto desconocido. Decidió no volver a pensarlo: la mañana era demasiado hermosa para desperdiciarla.

El sol, perezoso, parpadeaba entre las hojas conforme se internaban en el bosque y salpicaba los ijares rojizos de la yegua con toques de ámbar y vetas doradas. Cait alzó el rostro hacia las copas que entrelazaban sus ramas sobre el sendero, y muy pronto el tupido techo de hojas verdes los envolvió por completo.

El aire era más fresco allí, en lo hondo. A Cait le encantaba estar entre los árboles, lejos de las palabras duras y de las manos inquietas de Cairndale. La calma empezó a posarse en su espíritu, aunque una esquina de su mente seguía adherida al encuentro de la mañana. Por lo común, aunque la irritaba ese trato, no dejaba que le hiciera mella. Esta vez había sido distinto. Por un lado, se había dejado besar; por otro, debía admitir que pocas veces había visto a un hombre más hermoso. Bueno, quizá una. Y aquella debería haberle enseñado a desconfiar de los hombres así.

Recordó, no sin nostalgia, los cumplidos de Blackwell, todos dichos con un destello de sinceridad que la desarmaba. Ese brillo fue lo que la hizo vacilar. La mayoría de los invitados de Duncan conocían su pasado y venían con la intención de arrastrarla un tramo más por la senda de la perdición: promesas huecas, manos ansiosas… Nada de eso la afectaba, salvo para encenderle la ira. Blackwell, en cambio, parecía admirarla de verdad.

Se miró con honestidad. No solo era más alta que la mayoría, sino que cargaba con una abundancia de formas que a veces detestaba. Cuando la presentaron en sociedad en Edimburgo, aprendió con rapidez que la atención recaía en mujeres pequeñas, delgadas y de apariencia delicada.

—Me sentía como un toro torpe y mal vestido en una tienda de porcelana —confesó a Merriweather.

Su hermano había hecho cuanto pudo: no escatimó en vestidos ni en nada. Compró lo mejor de las modistas. El problema era la moda en sí, que favorecía a las figuras menudas y dejaba a mujeres sanas y corrientes como Cait incómodas y poco favorecidas.

Se alisó la falda. Era de lana lisa, sin adornos, pero cortada a su medida, con la cintura donde debía estar y no justo bajo el busto, ese estilo que hacía que pecho y caderas parecieran el doble.

—¿De veras creen los diseñadores que todas las mujeres son como Sybil, pequeñas y delicadas como muñecas?

Chasqueó la lengua.

—Deberían mirar alrededor. La mayoría somos como yo: un poco anchas por aquí y por allá para lucir esas necedades.

Merriweather se pavoneó un poco. Cait rió por lo bajo.

—Exactamente.

Había dejado atrás las frívolas expectativas de la sociedad y ahora gozaba de la libertad de ser y vestir como le placía. Aspiró hondo: el aire limpio le arrancó una sonrisa amplia.

Tomaron una curva cerrada y desembocaron en un claro. Los árboles y el follaje habían sido podados y mantenidos con cuidado, dejando que el sol campeara allí a sus anchas, cálido y brillante, bañándolo todo de oro.

La cabaña, si cabía llamarla así a una casa de doce estancias, se alzaba en el corazón del bosque. Era alta, de dos pisos, con techo pronunciado y grandes ventanas cuadradas. El cuerpo, de ladrillo hecho a mano, revestido de barro y mimbre, lucía muros de buen grosor para proteger de los rigores del clima en aquella parte del país. Y, sin embargo, pese a la severidad del trazo, la casa emanaba acogimiento: un tejado de paja trenzado con dibujos alegres; jardineras repletas de lavanda e hipérico en cada ventana; una puerta roja, viva, que invitaba a entrar. La mayor parte de los días, las contraventanas quedaban abiertas y se oía cantar: a veces un coro grave de barítonos que pasaba; casi siempre, la voz contralto de Cait.

Amaba aquel lugar con fiereza. No solo por su belleza, sino porque era suyo. Cada rincón en flor. Un hecho que esgrimía ante cualquiera que osara hablar mal de ella o de su modo de vida. Desde que recordaba, había tenido gente diciéndole qué hacer,

cómo lucir, cómo comportarse y quién ser. Aquí no. Aquí era, sencillamente, Cait.

—Es encantador, ¿verdad, Merriweather? —sonrió.

El tintineo de la brida pareció darle la razón.

Triste era la realidad de quienes nacían por el lado equivocado de las sábanas: vivían en un perpetuo «casi». Casi parte aceptada de la comunidad. Casi miembro de una familia. Casi, pero nunca del todo. Así fue hasta que descubrió su «don», como lo llamaba Duncan. Entonces todo cambió.

Lo encontró por casualidad. Buscaba algo útil que hacer con su tiempo. Un día, sentada en la iglesia, se quedó prendada de los colores de las vidrieras y se preguntó si quizá —solo quizá— podría entregarse a un pasatiempo más significativo que el bordado o la acuarela, ninguno lo bastante vibrante para sostener su interés. Necesitaba algo que produjera belleza verdadera, como esos cristales que derramaban sombras rojas, azules y doradas sobre el suelo.

La idea prendió y creció. Hizo averiguaciones y, para su alegría, supo que uno de los mozos de cuadra de Duncan, un hombretón rubicundo llamado Simon, había sido aprendiz de vidriero. Pronto

Cait visitaba la misma tienda y aprendía el oficio. Le llevó tiempo, sí, pero tenía instinto para el color y el diseño, y disfrutaba cada minuto minucioso.

El vidrio pasó de pasatiempo a propósito. Con él, se abriría un hueco propio en el mundo. La cabaña fue la elección natural: había crecido allí y, aunque precisó arreglos tras quedar vacía a la muerte de su madre, estaba firme. Pese a las enérgicas protestas de Duncan, se mudó un mes después, llevándose a Simon. Su hermana, Annie, llegó poco más tarde.

Cait condujo a Merriweather por el claro hasta el granero. La yegua, adivinando una zanahoria, pateó el suelo e intentó trotar. Cait rió.

—Tranquila. Tendrás tu premio a su tiempo.

Un hombre grande y pelirrojo salió por la puerta con una tabla al hombro. Se detuvo al verla; la aspereza del rostro se le suavizó un punto.

—¡Ahí estás! Annie te ha estado buscando por todas partes.

Cait sonrió mientras sacaba el pie del estribo y bajaba.

—¿Qué quiere?

Simon frunció el ceño.

—No lo sé, pero viene con algunas de sus íntimas. Lo último que oí es que hablaban del huésped nuevo del castillo.

Cait desabrochó la silla, la alzó del lomo y la apoyó en la valla.

—Lo conocí esta mañana.

—¿Ah, sí? ¿Qué te parece?

A su mente acudieron unos ojos azules, traviesos, enmarcados por pestañas negras; una corriente tibia le recorrió el cuerpo al recordar unas manos firmes moviéndose con insolente pericia. Se encogió de hombros con indiferencia fingida.

—No tengo gran cosa que decir. —Al menos, no a Simon.

¿Por qué había tardado tanto en reaccionar cuando aquel desconocido la besó? Ningún otro invitado de Duncan había arrancado jamás un beso. Pero este… Se le curvó la boca sin querer. Fuera cual fuese la razón, no se arrepentía. Era un recuerdo cálido y amable y, mientras no fuese más allá, no había daño. Ninguno. Además, el hombre sabía lo que hacía. Eso la obligó a sonreír un poco más.

Simon entrecerró los ojos y dejó la tabla junto a la valla.

—Suéltalo, muchacha. ¿Qué te hace sonreír tanto?

Cait notó las mejillas encendidas.

—Nada. Pensaba en… —¡cielo santo, en qué iba a decir!— cosas.

Cosas como unas manos bien cinceladas capaces de una caricia íntima que tensaba el vientre; cosas como unos labios cálidos que sabían arrastrar los pensamientos hacia lugares poco prudentes.

—Hmph —rezongó Simon, mirándola de arriba abajo mientras ella cepillaba a Merriweather y la llevaba al frescor del box. La siguió, sin apartarle la vista—. Sea lo que sea, te pone colorada.

Cait, sensata, lo ignoró. Aunque apenas le llevaba dos años, para ella Simon contaba casi como un padre. Había estado más presente que el suyo.

—Estoy bien, Simon. Solo un poco acalorada del camino —dijo, cerrando el pestillo del establo y saliendo al patio—. ¿Dónde está Annie?

Simon la siguió afuera.

—En la cocina con la gorda Mary.

Cait frunció la nariz. Simon asintió, taciturno.

—Eso mismo pensaba. Mary no hace más que esparcir chismes, de día y de noche. No sé por qué Annie la aguanta.

Cait bien podría haberle dicho que su hermana era adicta a los rumores. Aunque rara vez repetía cuanto recababa con meticulosidad, le encantaba saber más que nadie.

—Tengo a los muchachos en el taller —añadió Simon, cruzándose de brazos y echándose atrás sobre los talones—, rematando la última ventana para el conde de Argyll. Les he dicho que más les vale hacer algo digno de verse. Si queda bien, habrá más encargos.

—El conde tiene esposa nueva —asintió Cait—. Querrá dejar su marca en la casa. Me dijo que encargará una ventana por cada hijo que tengan.

—Las mujeres —bufó Simon, sacudiendo la cabeza—. Siempre encuentran formas de gastar el dinero.

Cait alzó una ceja.

—Yo soy mujer.

Simon carraspeó, derrotado por la evidencia, y esbozó una mueca apurada mientras Cait contenía una sonrisa.

Simon miró hacia la casa un instante y añadió en voz baja:

—Sí, pero no estás tan empeñada en decirle a todo el mundo lo que tiene que hacer. Fíjate en Annie. Mi hermana tiene la mala costumbre de mandar a los hombres hasta que estos están dispuestos a recoger sus cosas y salir corriendo.

—Solo asegúrate de que tú no huyas —respondió Cait, inclinándose para darle un abrazo rápido—. Y si lo haces, prométeme al menos que volverás después de disfrutar de una pinta o de unos días de libertad. No puedo estar sin ti más de un día. Quizá dos, si las cosas van tranquilas.

Simon sonrió.

—Tengo que volver, muchacha. ¿Quién más va a hacer las ventanas con el escudo de armas para esos elegantes condes y duques?

—¿Quién, en efecto? —Le besó la mejilla y se volvió hacia la casa—. Diles a los muchachos que iré enseguida. Solo quiero ver lo que Annie ha comprado hoy en el pueblo.

—Se lo diré —prometió Simon. Cogió su tabla, se la echó al hombro y le guiñó un ojo—. También les diré que estás de humor excepcional. Eso debería animarlos.

—No quiero que se animen, solo que trabajen. Tenemos más pedidos que horas tiene el día.

—No se preocupe, señorita Cait. Lo conseguiremos, ya lo verá.

Con un gesto tranquilizador de la cabeza, se marchó hacia el taller, un edificio largo y bajo al otro lado de la cabaña, de espaldas a la línea de árboles.

Ella lo siguió con la mirada, una sonrisa cariñosa en los labios. Simon tenía un gran sentido de la responsabilidad y una tendencia natural a intervenir donde más se le necesitaba. Eran solo dos de las muchas cosas que le encantaban de él.

Cait se dio la vuelta y cruzó hacia la puerta trasera de la cabaña. Si había alguna posibilidad de traer barro en las botas, siempre entraba por la cocina. Al detenerse en el umbral para limpiarse los pies, oyó voces en el interior.

—¡Yo misma lo vi, lo vi! —una mujer hablaba con la respiración entrecortada. Cait reconoció a la gorda Mary, una criada de cocina de Cairndale. Redonda como un barril, su voz áspera era inconfundible—. Es tan guapo como Lucifer, con el pelo negro y los ojos azules.

—¿Es alto? —preguntó otra mujer. Debía de ser Lucy, la que venía del pueblo para ayudar a Annie en la cocina.

—Es alto —asintió Mary con tal entusiasmo que Cait frunció el ceño—. Y tiene un buen trasero.

¿Trasero? ¿Cómo demonios podía saber eso Mary? Cait se inclinó hacia la puerta abierta e intentó asomarse por la esquina.

—Vaya, ¿y cómo sabes lo del trasero de ese hombre? —preguntó Annie con voz aguda.

Dios bendiga a Annie, pensó Cait con creciente satisfacción. La ama de llaves no toleraba tonterías.

—Porque entré en su habitación para avivar el fuego y allí estaba, tumbado sobre la colcha, profundamente dormido y con el trasero al aire como el día en que nació.

Cait dio un paso rápido, pero se contuvo. Blackwell había llegado a media noche y ella misma había estado allí cuando despertó; era muy improbable que Mary conociera otra cosa que la apariencia perfectamente vestida del hombre. Mary estaba mintiendo, tenía que estarlo. Irrumpir indignada solo atraería una atención indebida hacia ella.

Desde que Cait la conocía, Mary había lanzado y difundido más de un globo de chismes, ninguno cercano a la verdad. Pero si empezaba a circular un rumor así sobre el nuevo invitado de Duncan, todas las criadas del contorno buscarían excusas para visitar Cairndale con tal de ver al apuesto desconocido. Por alguna razón, aquello la molestaba.

Alzando la barbilla, entró en la cocina y miró de frente a Mary.

—Esta misma mañana estuve en el castillo, y no encendiste las chimeneas de ninguna habitación.

Mary se sonrojó. Era grande y carnosa, con el pelo pálido y lacio, y unos ojos grises y llorosos.

—¡Encendí la chimenea de la habitación de invitados!

—¿Ah, sí?

—Sí. Fue entonces cuando lo vi, mientras encendía la chimenea.

Cait arqueó las cejas.

—¿En qué habitación dijiste que dormía Blackwell?

—¿En cuál…? —Mary se removió, inquieta—. No lo recuerdo exactamente… Quizá fuera la verde.

—Pero me dijiste de camino aquí que estaba en la habitación dorada y… —frunció el ceño Lucy.

—¡Ja! —Annie se puso las manos en las caderas y fulminó a Mary—. Nos estabas engañando, ¿verdad? Contando mentiras sobre uno de los invitados de lord Fairfax. Deberías avergonzarte.

—No estoy contando mentiras —protestó Mary, aunque la mirada se le iba a la puerta como si pensara salir corriendo—. Lo vi, lo vi. ¡Y también su trasero!

—No sé a quién "viste" ni de quién era ese trasero, pero no era el de Blackwell —replicó Cait—. Estaba en la habitación azul porque ninguna de las otras estaba lista.

—¡Ahí lo tienes! —Annie miró a Mary con disgusto—. ¿No es hora de que regreses a Cairndale? Me atrevo a decir que tienen más ollas sucias para que friegues.

Mary se tensó y sus hombros regordetes subieron casi hasta las orejas.

—Solo os he contado lo que vi, eso es todo.

—Lo que te gustaría haber visto —corrigió Annie. Aunque más baja que cualquiera en la estancia, dominaba la conversación por pura fuerza de carácter. Con el pelo recogido bajo la cofia, el cuerpo

delgado como un látigo, el vestido gris y los zapatos sólidos, estaba claramente al mando—. Fuera. Mary, ya sabes dónde se te quiere… y dónde no. Haré que traigan tu carro. Lucy, gracias por la mermelada. Dile a tu madre que lo agradecemos.

Cait observó cómo Annie acompañaba a sus visitantes hasta el carro y las despedía con la mano. Después, secándose en el delantal, regresó, sacó un cuenco de madera y un saco de patatas, y empezó a pelarlas.

Cait tomó otro cuchillo y se unió a ella.

—Siento que tu visita haya acabado así.

—Oh, no le des vueltas. Mary es como es. Mañana a estas horas ninguna de las dos recordará quién se enfadó por qué —zanjó Annie con un giro experto de muñeca.

—Es una fanfarrona, eso está claro —asintió Cait.

—Desde luego. Actúa como si fuera la única que lo vio en el castillo —Annie se volvió y la recorrió con la mirada—. ¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —Cait se inquietó. Se concentró en la patata que estaba pelando para no cruzar la mirada con ella.

—¿Qué tienes que decir del desconocido del castillo?

—Sé que se llama Blackwell. Y que tiene una boca hecha para besar.

Cait cortó la patata con más fuerza de la necesaria, y el cuchillo golpeó la tabla.

Annie miró el filo reluciente con cierto recelo.

—¿De verdad?

—Sí. Si recuerdo lo que Duncan me contó hace tiempo, creo que se conocieron cuando ambos estaban en Eton. O eso creía ella.

—¿Eso es todo lo que sabes? —inquirió Annie.

—Eso es todo.

—Hum. Supongo que tendré que esperar a que mi prima Jane lo vea. Siempre ha tenido buen ojo para los hombres guapos.

A Cait no le gustó nada. Jane era la doncella de arriba en Cairndale, y era difícil encontrar una mujer más lasciva. De hecho, Cait estaba bastante segura de que Jane se había acostado con la mayoría, si no con todos, los invitados de Duncan.

—Me atrevería a decir que Blackwell no es el tipo de hombre con el que a Jane le gustaría entretenerse.

Annie abrió mucho los ojos.

—Respiraba, ¿no?

—Sí, pero…

—Entonces Jane disfrutaría coqueteando con él. Nuestra Jane no es exigente.

Cait partió otra patata en dos, esta vez con tanta fuerza que clavó la punta del cuchillo en la mesa.

—¡Oh! Lo siento.

Annie le sujetó la mano.

—Deja el cuchillo ahí. Yo me encargo del resto.

—¿Estás segura? Al menos puedo…

—Estoy segura. Además, ¿no te están esperando los chicos?

Por supuesto. Como las tareas domésticas nunca la habían atraído, Cait se lavó las manos en un cubo y se las secó con una toalla cercana.

—Tienes razón. Tenemos que terminar las ventanas antes de que acabe la semana o nos quedaremos atrás.

—No hay "quedarnos muy atrás", solo "quedarnos atrás". Ponte a trabajar, señorita Cait —Annie esbozó una sonrisa que iluminó su rostro anguloso y, por lo general, taciturno—. No dejaría a

los muchachos solos ni un minuto. Vaya usted a saber en qué se meterán.

Cait asintió, devolviéndole la sonrisa. Los hombres que habían reunido como vidrieros formaban un grupo singular, todos de carácter fuerte. Simon había reclutado a la mayoría, examinándolos con cuidado. Cait pagaba más que un salario justo y premiaba el trabajo bien hecho, de modo que los mejores se sentían atraídos por su casa.

Se despidió de Annie con la mano y se marchó. Al cruzar el claro hacia el taller, alzó la cara al sol; el agradable repiqueteo de los martillos y las voces masculinas la hizo sonreír. En definitiva, era bueno no volver al castillo de Cairndale en lo que quedaba de semana. Ya había pasado demasiado tiempo pensando en el apuesto inglés, y todo por un simple beso. Solo Dios sabía en qué estado estaría si él hubiera ido más allá. Para preservar su paz, se mantendría alejada de Cairndale. Al menos hasta que Blackwell emprendiera camino.

El carruaje entró en el camino de entrada y se detuvo frente al castillo de Cairndale, igual que la noche anterior. Joe se inclinó hacia delante y distinguió una figura solitaria en el pórtico.

—El señor Blackwell está impaciente, ¿verdad? —comentó Thomas, el cochero.

—Eso parece.

Joe saltó al suelo en cuanto se detuvieron. No estaba del todo seguro de encontrar al señor despierto y en pie: apenas eran las once. Sin embargo, allí estaba, paseándose por el pórtico con el sombrero en la mano y vestido para montar.

En cuanto Joe se acercó, Blackwell sonrió.

—¡Ahí está! ¿Qué tal la posada?

—Aceptable, señor —apenas—. Pero mejor que quedarse en el castillo.

—Excelente. Cairndale me resulta igual de satisfactorio.

A Joe se le dibujó una sonrisa sin querer.

—Me sorprende que se haya levantado tan temprano, señor.

—¿Yo? ¡Me encantan las mañanas! —Graham hizo un gesto amplio—. Solo hay que oler el aire fresco y saborear la brisa del

amanecer.

Joe se guardó que el amanecer quedaba ya horas atrás.

—Cierto, señor. No me había dado cuenta.

—Será mejor que te despejes, Joe. No abundan mañanas tan gloriosas. Casi nunca, en lo que a mí respecta —añadió con un destello travieso en los ojos.

—No, señor. ¿Desea que lo llevemos a algún sitio hoy?

—En realidad, sí. Pero no estoy seguro de dónde.

—¿Señor?

—Quiero encontrar una casa en el bosque. Pequeña, por lo que me han dicho.

—¿Una casa pequeña? ¿Quiere alquilarla?

—¡No, no! Esa casa tiene dueña y deseo visitarla.

De pronto, Joe lo entendió. Olía a faldas.

—Señor, ¿de quién es esa casa?

—De la señorita Caitlin Cameron.

Por la expresión del amo, estaba claro que se trataba de un encargo prometedor de naturaleza romántica.

—Si la señorita Cameron vive por aquí, en el establo sabrán indicarnos el camino.

—Excelente idea. Iré yo mismo. Solo necesito las direcciones.

—Por supuesto, señor. ¿Le preparo el caballo?

—Sí. A Thunder le vendrá bien estirar las piernas.

Graham había pagado una pequeña fortuna por el animal y nunca se arrepintió, menos aún hoy, cuando podía cabalgar hasta la cabaña de Cait montado en un corcel digno de un caballero.

Joe hizo una reverencia y se marchó. No tardó en regresar con las indicaciones y condujo a Thunder hasta los escalones. El animal imponía: un bloque de músculos negros, con la crin y la cola onduladas. Graham se enfundó los guantes. La señorita Caitlin perdería la cabeza.

Momentos después, galopaba por los prados verdes de Cairndale rumbo al bosque, impulsado por el recuerdo del cuerpo exuberante de Cait en su regazo.

Mientras cabalgaba, ponderó la advertencia que Duncan había dejado caer. Entre caballeros existe un código tácito: no se corteja a las hermanas de los mejores amigos. Duncan debía de haber concluido que cualquier atrevimiento de Graham no pasaría de un

coqueteo, un juego que empezaba y terminaba en un beso. Además, sabía que Graham jamás cruzaría los límites de lo aceptable sin el permiso y el aliento de la dama.

Lo que escocía era la impresión de que, por alguna razón, Duncan creía a su hermana inmune a los encantos de Graham, como si Cait no fuera a desear nada más que un beso. Pero él no estaba tan seguro. Cait parecía de naturaleza apasionada. Fuera cual fuese la verdad, sospechaba que haría falta algo más que un beso para aplacar sus pensamientos lujuriosos sobre Cait Cameron y satisfacer la curiosidad —y el ardor— que había visto arder en sus ojos.

Había, además, otra ventaja inesperada: cuanto más tiempo pasara con la inalcanzable hermana de Duncan, menos probabilidades tendría de caer víctima de los supuestos poderes del anillo talismán. Con Cait y su reputación intacta —y él decidido a no arruinarla—, Graham se sentía a salvo, por mucho que juguetease con el coqueteo. Una prueba más, se dijo con una sonrisa, de que era más listo que cualquier anillo jamás forjado.

Espoleó a Thunder para internarse bajo la sombra de los árboles, convencido de que avanzaba, ligero y seguro, hacia el modo de zafarse de un destino maligno.

# Capítulo 5

Graham siempre había creído que la mayor fortaleza de una persona era también su mayor debilidad. Al menos, en su caso. Desde niño nunca se había distinguido por la falta de perseverancia.

Una vez, recién cumplidos los cinco años, sus padres se marcharon a Londres para una breve visita. Graham les suplicó que lo llevasen, pero se lo negaron.

Ahora, al mirar atrás, comprendía que quizá sus padres deseaban pasar un tiempo a solas. Aunque contaban con un escuadrón de institutrices y tutores, seis hijos debían de agotar las reservas de cualquier matrimonio.

En aquel momento, sin embargo, lo único que Graham sabía era que lo dejaban atrás. Esperó a que los baúles del viaje estuvieran en el vestíbulo, abrió el más grande, sacó uno de los

voluminosos vestidos de su madre y lo escondió bajo el sofá del salón delantero. Luego pagó a su hermano Brad un chelín para que cerrara el baúl y lo encerrara dentro.

Instantes después, un lacayo desprevenido cargó el baúl en el carruaje y lo ató a la parte trasera. Ni Graham ni Brad pensaron en asuntos tan mundanos como la comida o el aire. A los treinta minutos de traqueteo por el largo camino de entrada, Graham empezó a notar las deficiencias de su plan.

Cada vez tenía más calor; el aire, sofocante primero y luego escaso; y, por si fuera poco, una urgencia terrible por hacer sus necesidades. Al cumplirse la primera hora, cayó en el pánico e intentó llamar la atención del cochero, pero el crujir y balanceo del carruaje y el clop-clop de los caballos ahogaron el golpeteo de sus pequeños puños contra la tapa. Nadie lo oyó.

Menos mal que el viaje a Londres duraba solo tres horas; aun así, cuando lo descubrieron, estaba enfermo por el calor y el encierro. Tardó casi dos días en poder levantarse de la cama.

Con todo, agradeció aquella convalecencia: le evitó recibir el castigo que merecía. Como diría después su padre, cuando se

mencionaba el incidente: «La determinación de Graham será su salvación y su perdición. Solo Dios sabe cuál de las dos».

Ahora estaba allí, no en Londres, sino en un claro del bosque, contemplando lo que debía de ser la cabaña de Cait Cameron; y esa misma determinación que lo había llevado a viajar en un baúl lo impulsaba a seguir adelante. El sol brillaba sobre la casa e inundaba el claro hasta el punto de que casi esperaba que la puerta se abriera de par en par y salieran unos hombrecitos con túnicas a juego, convirtiendo los ranúnculos en oro o transformando las setas en pasteles dulces, o alguna otra necedad por el estilo.

—O eso, o siete hermosas doncellas —se dijo, tratando de recordar los cuentos de hadas que a su madre le encantaba narrar. Algo sobre siete pares de zapatos y bailes… Frunció el ceño. Fuera cual fuese el relato, lo había olvidado casi por completo. No importaba. Eran cosas de niños.

Espoleó a Thunder para cruzar el claro. El caballo castrado brincaba y retozaba, encabritándose como si temiera las manchas de sol que temblaban en el suelo al compás de la brisa. Iban a mitad de camino cuando Graham se dio cuenta de que tenían público.

Un grupo de hombres aguardaba frente a un edificio largo y bajo. El grupo era pequeño, pero los hombres no: todos enormes.

—Gigantes —murmuró—. Uno. Dos. Tres… Dios mío. Siete gigantes.

Detuvo a Thunder. No le asustaban los gigantes: los altos siempre caían más fuerte. Aun así, la grosería no era una opción.

Condujo a Thunder hasta ellos y desmontó.

—Buenos días. Estoy buscando…

Cait estaba en la puerta, detrás de los hombres, con el mismo vestido grisáceo de antes. Le quedaba magníficamente, ceñido a sus curvas y contornos. La luz del sol salpicaba su cabello de dorado, atenuando el rojo y haciéndolo brillar como una guinea nueva. Junto a aquellos hombres, parecía menuda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con una mano en la cadera.

No era la bienvenida que él deseaba.

—He venido a hacerte una pregunta —repuso. Miró a los hombres y les dedicó una sonrisa para suavizar sus miradas fulminantes—. En privado.

Ellos no se movieron. Graham, tampoco.

—No deseo hablar en privado contigo… —La mirada de Cait se desvió hacia Thunder y los ojos se le agrandaron—. ¡Qué caballo tan precioso!

Graham ocultó una sonrisa. Duncan tenía razón: a Cait le encantaban los caballos.

—Thunder es un animal magnífico. Y él también lo sabe.

Uno de los hombres, pelirrojo, corpulento, de gesto severo, intervino:

—Señorita Cait, tenemos trabajo que hacer.

—Sí, Simon —concedió ella, aunque siguió acercándose a Thunder—. ¿Cuánto hace que lo tienes?

—Lo compré hace un año.

Llegó hasta ellos y posó la mano en el cuello del animal. El caballo fingió asustarse. Ella rió y afianzó la brida mientras le acariciaba el costado.

—Es muy nervioso, ¿verdad?

—¡Señorita Cait! —interrumpió otro, grande, de cabello castaño, barba y cejas espesas—. Tenemos que trabajar con el vidrio y se nos acaba el tiempo.

Mientras hablaba, fulminó a Graham con la mirada.

—¿Vidrio? —susurró Graham, solo para Cait.

Ella iba a responder, pero vaciló.

—No importa. Es solo un asunto de negocios —dijo al fin. Luego se volvió hacia el hombre de cabello castaño—. Quiero hablar con el señor Blackwell. Adelante, empezar con los siguientes cortes.

Los hombres lo miraron con mal humor, como si Graham fuera culpable de aquella decisión. Él aprovechó para devolverles la ojeada. Era un grupo extraño: algunos castaños, otros pelirrojos; algunos pecosos, otros no. Salvo por el tamaño y las cejas fruncidas, eran tan distintos como largo era el día.

Graham se preguntó si permitirían que Cait se quedase a hablar con él. Hm. ¿Cómo se lidia con siete gigantes? No recordaba ningún cuento de su madre que incluyera instrucciones. Ojalá tuviera unas judías mágicas. La idea le arrancó una sonrisa, que al cónclave de gigantes no le hizo ninguna gracia.

—Señorita Cait —espetó el pelirrojo, a todas luces el líder—. No creo que deba quedarse ahí, hablando con un extraño.

—Simon, por el amor de Dios, ¿qué podría pasar? Estamos en medio del claro. Si el hombre es tan tonto como para intentar abusar

de mí, le pondré los ojos morados y lo mandaré a freír espárragos.

Graham tuvo que reprimir una sonrisa ante la calma con que lo soltó. No conocía a otra mujer capaz de hacer una declaración así con tanta impasibilidad.

—Simon —ordenó Cait—, lleva a los chicos dentro; iré enseguida.

—Tenemos que hacer dos ventanas más —replicó él, sin apartar los ojos de Graham.

—Me doy cuenta —respondió, firme—. Por eso debéis volver al trabajo. No puedo hacer los cortes hasta que tengáis el cristal listo.

Fuera lo que fuese aquello, debía ser cierto, porque los hombres empezaron a moverse, incómodos. Finalmente, Simon encajó los hombros y asintió una vez.

—Muy bien. Si nos necesita, llámenos. —Lanzó a Graham una última mirada gélida y se dirigió a los demás—. Volved dentro, muchachos. Cuanto antes tengamos el cristal listo, antes podrá cortarlo la señorita Cait.

En cuanto desaparecieron en el edificio, Graham se volvió hacia ella.

—¿Son tus sirvientes?

—No. Aprendices. Excepto Simon. —Le dio a Thunder una última palmada y se apartó, mirándolo de frente—. ¿Por qué estás aquí, sassenach?

—¿Sassenach?

—Inglés.

No estaba seguro de que le gustara el tono.

—Tú también lo eres. Al menos a medias.

Ella apretó los labios; en sus ojos verdes asomó una acusación.

—Has estado hablando con Duncan.

Graham asintió. Un leve rubor tiñó el rostro de Cait, que volvió la vista hacia el edificio.

—Supongo que no debería sorprenderme.

Graham vio un gran rizo atrapado en el cabello rojo dorado de Cait. Alargó la mano para desenredar una astilla de madera, pero ella se apartó con brusquedad.

—¿Qué estás haciendo?

Él sonrió y volvió a extender la mano, más despacio. Ella se quedó quieta, aunque su cuerpo se tensó tanto que él casi pudo sentir la vibración de su nerviosismo.

Al parecer, cuando no la sorprendían, Cait Cameron era un poco tímida al contacto. ¿Consecuencia del incidente que la había «arruinado» a ojos de la sociedad? ¿O del manoseo insistente de ciertos invitados de Duncan?

Le quitó la astilla y se la mostró.

—¿En qué has estado trabajando?

Ella la tomó y la dejó caer.

—Ayudando a Hamish con los marcos.

—¿Marcos?

—Entonces Duncan no te lo ha contado todo. No soy una dama, Blackwell. Me gano la vida por mi cuenta. —Alzó la barbilla con sereno orgullo—. Los muchachos y yo somos vidrieros. Los mejores que hay.

—Si eres vidriera, ¿por qué llevas una viruta de madera en el pelo?

—Porque el vidrio debe encajar en un marco. Y el marco adecuado es tan importante como elegir los colores justos para la imagen.

—¿Tú y los "chicos" lo hacéis todo?

—Sí. Y tenemos más trabajo del que podemos abarcar.

Su mirada recorrió a Cait, del brillo orgulloso de los ojos a la fuerza de su cuerpo y la elegante amplitud de sus manos. Un enigma: una mezcla de fortaleza y… ¿vulnerabilidad? ¿O era orgullo? Algo dulce y delicado descansaba en lo hondo de su mirada, y él estaba decidido a descubrir qué era.

Aun con su propósito de reducirse a un simple coqueteo, Graham debía admitir que estaba fascinado. No demasiado, claro. No era un novato que confundiera interés con amor. No lo era. Pero aquello prometía convertir el juego en algo especial, y a él le parecía perfecto. Hacía mucho que ninguna mujer, ninguna, lograba intrigarle de verdad.

Pensó que, de todas las mujeres que conocía —salvo un ama de llaves, una lavandera o alguna criada—, ninguna tenía oficio propio. En verdad, todo en Cait Cameron parecía más grande que la vida: su estatura, su color llamativo, incluso el ronroneo suave de su

voz ronca… todo era más. Más de lo esperado y mucho más de lo que una dama "apropiada" debería ser.

La idea lo entusiasmó.

—¿Sabes lo que pienso?

Aunque su expresión no cambió, él sintió cómo ella se replegaba, como si aguardara un golpe. Graham colocó un dedo bajo su barbilla y alzó su rostro hacia el suyo.

—Creo que eres una mujer excepcional y asombrosa, y quiero saber más de ti.

Cait comprobó que era posible dejar de respirar y, aun así, jadear. Y estaba jadeando. Había algo mágico en aquel desconocido, algo que hacía que su cuerpo se estremeciera en cuanto él se acercaba. Si echaba la vista atrás, solo recordaba otra ocasión en que un hombre la había afectado tanto. El recuerdo le oprimió la garganta y le impidió hablar.

—Además —prosiguió Graham, en voz baja y suave—, me pregunto por qué eres como eres. —La recorrió con la mirada, de la cabeza a los pies, con una pregunta encendida en los ojos azules—. ¿Quién eres, Caitlin Cameron?

Ella se tensó.

—Soy quien soy. Y preferiría que no me llamaras por ese nombre.

—¿Caitlin? ¿Por qué no? —Sus ojos chispearon—. Es tu nombre verdadero, ¿no?

—Sí. Pero mi madre solo lo usaba cuando estaba enfadada, así que prefiero Cait. O, en su caso, señorita Cameron.

Él rió quedo.

—"Señorita Cameron" será. Pero solo si tú me llamas Graham. —La mirada se le oscureció apenas—. Quiero oír mi nombre en tus labios.

Cait tuvo que frotarse los brazos para contener la piel de gallina que le provocó el tono sedoso de su voz. Reunió toda su compostura para responder con firmeza:

—Espero que no cuente con ello. Nunca diré su nombre.

Él se inclinó, con un azul tan intenso en los ojos que a ella le fue imposible apartar la vista.

—¿Es una apuesta?

—No, señor Blackwell. Es un hecho.

Entonces él sonrió, una curva leve en la boca bien formada que atraía la mirada de Cait y encendía pensamientos peligrosos.

—Señorita Cameron, permítame decirle que espero con interés el reto de continuar nuestra amistad.

¿Amistad? ¿Eso era? Cait se quedó pensativa. Hacía mucho que no contemplaba tener un amigo, ni siquiera uno tan peligroso como Graham Blackwell. Le lanzó una ojeada furtiva desde debajo de las pestañas.

Cait estaba acostumbrada a ver a hombres robustos palidecer al lado de sus muchachos, sobre todo Alistair y Simon, que tenían que agachar la cabeza para entrar por la puerta baja del granero. Pero este hombre se movía con tal naturalidad masculina que se sorprendió mirando sus piernas, sus caderas, sus manos… preguntándose cómo sería en la cama. Ya sabía que sus besos eran ardientes y letales, hecho que solo avivaba su curiosidad por el resto.

Se sonrojó. Bendita sea, era peor que Jane, la prima de Annie. Bueno, quizá no tanto, pero lo suficiente.

—Soy exactamente lo que ves, Blackwell. ¿Puedes decir lo mismo?

—Creo que sí —asintió, pensativo—. Nunca he sido de los que disimulan.

Antes de contenerse, ella resopló, incrédula.

Él frunció el ceño.

—Lo digo en serio. No miento.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Alguna vez le ha dicho a una mujer que tiene unos ojos preciosos sin otro motivo que tentarla para que se rinda en sus brazos?

Abrió la boca; luego la cerró. Tras un largo instante, suspiró.

—Hasta ahora, no lo había considerado una mentira.

—¿No? ¿Cómo lo llamaría?

—Un cumplido ganado con esfuerzo.

A Cait se le crisparon los labios, pero tragó la sonrisa antes de que floreciera.

—Ese es el problema con hombres como usted. Mienten tanto y tan a menudo que ya no distinguen la verdad. Y ahora, si me

disculpa, Blackwell, tengo trabajo.

Se dio la vuelta para marcharse, pero él le sujetó la muñeca antes de que diera un paso.

—He venido por una razón, señorita Cameron. Quiero pedirle el honor de dar un paseo conmigo.

—¿Un paseo? —Intentó fingir que el contacto de aquella mano firme en su muñeca no encendía un calor inquietante en su estómago.

—Un paseo —repitió. Esbozó una sonrisa triste y torcida—. Eso es todo. Un simple paseo. Estoy aquí solo, ya lo sabe, y no tengo adónde ir durante tres semanas. Seguro que puede dedicar unas horas a algo tan inocuo como cabalgar.

Por un instante de bendita locura, Cait estuvo a punto de aceptar. Casi podía verse a ambos, atravesando los campos, riendo y conversando. Pero volvió a la realidad y recordó otra ocasión, otro hombre, que también suplicó «solo unas horas». Entonces se preguntó qué daño podía ocurrir en tan poco tiempo. Ahora lo sabía.

Liberó su muñeca.

—No, gracias, señor Blackwell. Tendrá que encontrar a otra persona con quien pasar el rato. Yo no estoy disponible.

Con el orgullo afianzando su voluntad debilitada, dio media vuelta y se encaminó con paso rápido hacia la tienda.

Duncan subió las escaleras hacia el dormitorio de su esposa, con las botas hundiéndose en la alfombra grisácea. Intentó ignorar las pequeñas nubes de polvo que se arremolinaban a cada paso y la pulcritud polvorienta de la barandilla bajo su mano, del mismo modo que intentó pasar por alto las telarañas colgando de las lámparas del techo y el leve olor a humedad que iba adueñándose de su hogar, antes tan ordenado.

Aunque no había podido explicarle todo a Graham, la verdad era que Duncan y su esposa no discutían: estaban en guerra. Lo que comenzó como una diferencia de opinión se había convertido en algo mucho peor. En esencia, el asunto era sencillo. Él quería tener hijos; su esposa no. Peor aún, él deseaba quedarse en Cairndale y disfrutar de la vida en el castillo, mientras ella estaba decidida a llevarlo a Edimburgo.

Duncan no tenía nada contra Edimburgo. De hecho, disfrutaba de la ciudad de cuando en cuando. Pero después de que Sybil rechazara su petición de tener un hijo y se negara a permanecer en Cairndale más de dos semanas seguidas, él se plantó y rehusó ir a ninguna parte. Más aún, se negó a permitir que ella viajara también. Creyó que así la agotaría y cedería a sus deseos: una vez que tuviesen un hijo, podría viajar cuanto quisiera y con su bendición. Le parecía razonable, pero ella no estaba en absoluto de acuerdo. Lo peor fue que subestimó un rasgo del carácter de su encantadora esposa: su orgullo desmesurado. Tan grande como el suyo, quizá mayor y más arraigado.

En respuesta a sus ultimátums, Sybil hizo cuanto pudo por convertir el castillo en el caos incómodo que era hoy, irritando a los sirvientes competentes hasta que se marcharon y descuidando la supervisión de los que quedaron. Duncan tenía sueños inquietantes en los que Sybil danzaba por el castillo lanzando polvo al aire y, cansada del juego, se sentaba en su sillón favorito junto al fuego para tejer telarañas de todas las formas, tamaños y colores.

Se detuvo ante la gran puerta de roble y enderezó los hombros.

—No cedas ni un ápice —se murmuró.

Su padre jamás habría tolerado semejante disparate, y Duncan tampoco. Aun así, le resultaba difícil sostener el orgullo porque amaba a Sybil… ¿o no?

Una frialdad incierta lo mantuvo inmóvil. Era la única pregunta que no podía responder. ¿Y si su amor por su esposa duraba lo mismo que el de su padre por su madre? Recordaba el dolor de ella cada vez que su padre se desviaba.

Pasó un largo momento antes de alzar la mano, llamar y entrar.

La habitación estaba decorada en delicados tonos azules y blancos, los colores favoritos de Sybil. Una gran cama ocupaba el centro de una pared, y al otro lado, cerca de la chimenea, se alzaba un tocador ornamentado.

Su esposa estaba sentada ante el tocador, con un vestido de encaje sobre los hombros y el cabello suelto cayéndole por la espalda, mientras su doncella le cepillaba los largos rizos. La mirada de Sybil se cruzó con la de Duncan en el espejo y un rubor obstinado le tiñó las mejillas antes de apartar la vista.

Duncan miró de reojo a la doncella.

—Marie, deseo hablar en privado con Lady Fairfax.

El rostro demacrado de Marie se sonrojó. Apretó el respaldo de la silla de Sybil con gesto protector.

—Solo estaba cepillando el cabello de Su Señoría y…

—Eso es todo, Marie —cortó Duncan, firme.

La criada sorbió por la nariz y miró a Sybil.

—¿Señora?

Sybil suspiró.

—Puedes irte, Marie.

—Oui, pero…

La mirada que dirigió a Duncan, como pidiendo su venia, lo irritó. Por todos los santos, él era el hombre de la casa y no toleraría impertinencias. Se volvió, abrió la puerta y la mantuvo así.

Con la cabeza alta, como quien camina hacia la guillotina, Marie avanzó con lentitud. En cuanto cruzó el umbral, Duncan la cerró de una patada.

Sybil dio un respingo.

—¡Duncan!

—Lo siento. Se me resbaló el pie. Quería darle una patada en el trasero.

—No hay necesidad de ser grosero.

—No estoy de acuerdo —replicó. La miró a los ojos a través del espejo—. He venido a hablar de lo de esta mañana. Señora, está traspasando los límites.

Sybil dejó un juego de jarras de cristal sobre la cómoda.

—No es cierto.

—Le envié una invitación para desayunar con nosotros y rehusó acudir.

Tomó el cepillo y empezó a peinarse.

—Aún no me había levantado.

—Entonces envíe un mensaje diciendo que tenía que vestirse. Le pedí que nos acompañara y debería haberlo hecho.

Alzó la barbilla.

—Sabes cuánto valoro mis mañanas.

Las mañanas. El pensamiento le golpeó. En otro tiempo las había amado: aquellas en que entraba en esa misma estancia y se

metía en la cama de Sybil para hallarla cálida y suave, acurrucada bajo las mantas. Un dolor le retorció el corazón.

—Hace tiempo que no se me permite compartir las mañanas contigo.

Las mejillas de Sybil se encendieron, aunque sostuvo la mirada.

—Sabes el precio que tendrás que pagar por volver a mi cama.

Duncan vaciló. Parte de él deseaba acabar con aquel enfrentamiento ridículo y regresar a la calidez de lo que tuvieron. Pero no podía ceder.

—Y tú sabes el precio que tendrás que pagar por volver a Edimburgo. Voy a tener un hijo, señora.

Sybil pasó el cepillo por un mechón largo. Era grueso y marrón como el suelo del bosque, con hilos dorados que brillaban en la masa sedosa.

—Como antes, estamos en un punto muerto.

Duncan se frotó el cuello, donde empezaba a formarse una punzada.

—Mira, Sybil, no he venido a discutir. He venido a pedirte que seas cortés con Blackwell.

—¡Oh! —Soltó el cepillo sobre el tocador y este cayó con estrépito entre frascos de cristal—. ¿Cuándo he sido grosera con alguno de tus invitados?

—Nunca. Solo que creo que quizá Blackwell esté interesado en Cait.

—Todos lo están, al principio. Ya sabes qué ocurre: Blackwell echará una mirada impertinente, Cait le dará un puñetazo y, a partir de ahí, él no querrá saber nada. La atracción rara vez dura más allá del primer encuentro.

—Esto parece distinto.

Sybil arqueó las delicadas cejas.

—¿Ah, sí?

—Se han visto esta mañana y, si no yerro, Graham está bastante interesado.

—Pero Cait es… —Sybil se mordió la lengua.

Duncan entornó los ojos.

—¿Qué es?

—Nada.

—Mi hermana puede ser algo inusual, pero está perfectamente. Dale a un hombre la oportunidad de conocerla y estará a la altura. Ya lo verás.

—No tengo nada contra tu hermana, lo sabes. Es solo que un hombre como Blackwell estaría más cómodo con alguien como… oh, Priscilla.

—¿Tu hermana? —Duncan casi tartamudeó.

Sybil se irguió.

—¡Nunca te ha gustado Priscilla!

—Eso no es cierto…

—¡Admítelo!

Él hizo una pausa, conteniendo la bola de ira que le ardía en el estómago.

—Nunca me ha gustado Priscilla y lo sabes, aunque eso no viene al caso.

Sybil lo sostuvo la mirada un instante.

—Salvo porque es otra prueba de lo distintos que somos. Te juro que estoy harta de nuestras disputas. Ojalá hubiera una forma de… —Se detuvo; los ojos se le iluminaron—. Duncan.

—¿Sí? —respondió, con un estremecimiento de alarma recorriéndole la nuca—. ¿Qué pasa?

La mirada que le dirigió casi cegaba de luminosa.

—¡Sé cómo poner fin a esta discusión!

—¿Cómo?

—Tú y yo haremos una apuesta. Invitaré a Priscilla y veremos a cuál de las dos hermanas prefiere el señor Blackwell.

Duncan frunció el ceño. ¿Priscilla allí? ¿Bajo su techo?

—No creo poder soportarlo.

—¡No hay nada malo en ella!

Él se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

—Al menos mi hermana sabe vestirse.

—En eso tienes razón. Cait nunca ha sido de sacrificar el sentido común por la moda.

—No —replicó Sybil—, solo su virtud.

Duncan apretó la mandíbula hasta el dolor.

—Puede que mi hermana cometiera errores en su juventud, pero debes admitir que ahora vive con prudencia.

—¿Prudencia? ¿Llamas prudente vivir con siete hombres en medio del bosque…?

—Son sus aprendices. Te lo he explicado una y otra vez.

—Por supuesto —zanjó Sybil con severidad—. ¿Entonces hay apuesta? Mi hermana contra la tuya.

Duncan lo meditó. Estaba tan desanimado por sus desacuerdos que quizá aquello devolviera algo de paz.

—Hecho. ¿Y los términos?

—Si gano, dejarás de importunarme con lo del hijo y pasaremos todas las temporadas de los próximos cinco años en Edimburgo.

—¿Toda la temporada? —balbuceó—. ¿Durante cinco años?

—Toda. Y no escatimarás en gastos.

—Es una apuesta arriesgada.

—¿Temes perder?

Apretó los dientes.

—No. Conozco a Cait, y hay cosas de ella que no entenderías. Cosas que me hacen estar seguro de que superará sin esfuerzo a tu pálida hermana.

—¡Oh! —Sybil se puso en pie con un leve susurro de seda—. ¡No te atrevas a hablar mal de mi hermana! Al menos Priscilla tiene modales. Cait va por ahí con el vestido cubierto de virutas de madera y oliendo a metal quemado.

Duncan se metió las manos en los bolsillos para no acercarse a ella.

—¡Basta! Mi apuesta, esposa, es que se me permitirá volver a tu cama hasta que nazca el fruto de ese esfuerzo. Tendré un hijo. De un modo u otro.

Sybil apretó la mano sobre el respaldo de la silla, con lágrimas en los ojos.

—Sé lo que ocurre con los matrimonios cuando llega un hijo. Mi propio padre…

—Yo no soy tu padre. Nunca te abandonaría.

—Él tampoco nos abandonó. No físicamente. Una vez tuvo a su heredero, simplemente se interesó más por otras cosas.

Duncan se pasó la mano por el pelo.

—Sybil, no voy a…

Ella dio un paso adelante, con una mirada casi suplicante.

—Duncan, ¿puedes prometerme que tus sentimientos hacia mí no cambiarán? ¿Ni siquiera cuando tengamos un hijo?

Él abrió la boca para pronunciar la palabra, pero no ocurrió. ¿Podría amar a una mujer para siempre? Sybil lo vio en sus ojos: un destello de incertidumbre, oscuro y temeroso. El corazón se le hundió, y le hizo falta todo su orgullo para mantener la cabeza erguida. Había obrado bien al rechazarlo. Había hecho bien en temer que sus sentimientos por ella no fueran inmunes al cambio. Endureció el corazón otra vez. Él estaba furioso por su decisión de no tener hijos, pero podía soportar mejor su enfado que su ausencia. Quizá algún día aceptara tener uno, pero no ahora. No mientras siguiera desesperadamente enamorada de su propio marido.

Duncan negó.

—Sybil, espero tu respuesta. ¿Aceptas nuestra apuesta?

Ella rezó para que los labios no le temblasen mientras volvía a sentarse y recuperaba el cepillo.

—Sí, acepto. Y espero de corazón ganar.

Él apretó la mandíbula.

—Entonces queda acordado. No te importunaré más con mi compañía.

Se volvió y se marchó, dando un portazo.

Sybil apenas esperó a que sus pasos se desvanecieran. Soltó el cepillo, se incorporó de un salto y se arrojó sobre la cama, donde lloró hasta no poder llorar más.

# Capítulo 6

Después de cabalgar a Thunder otras dos horas, por colinas y valles, Graham regresó a Cairndale. El ánimo no le había mejorado. Era la segunda vez que Cait Cameron lo rechazaba, y ya eran demasiadas.

Pero no pensaba rendirse. Ni hablar. Si alguien merecía que le bajaran los humos, era aquella vagabunda rubia que se creía por encima del mundo. Ahora tenía dos razones para visitar el valle del bosque: escapar de la amenaza del anillo y darle una lección muy necesaria a cierta señorita altanera.

Entró en Cairndale con la mente fija en el problema. ¿Qué podía hacer? Si tan solo…

—¡Graham!

Se detuvo. Duncan estaba de pie en la puerta de una estancia junto al gran salón, con una copa de brandy en la mano.

—¡Duncan! ¿Qué tal el día? He dado un paseo…

—Ven a tomar una copa conmigo —alzó la copa y señaló el interior—. Es el mejor brandy que he probado nunca. Y hay más de donde salió este.

A Graham le pareció una buena idea. Siguió a Duncan a una acogedora biblioteca, templada por una gran chimenea. Apenas mostraba algunos signos del abandono que infestaba el resto del castillo.

Duncan se acercó a un aparador, sirvió una generosa medida en una copa limpia y rellenó la suya.

—Aquí tienes.

Graham tomó la bebida y se encaminó hacia dos sillones de cuero junto al fuego. Duncan lo imitó, estirando las piernas. Lo observó un instante y, al fin, preguntó:

—¿Dónde has estado hoy?

Graham pensó en esquivar la pregunta, pero algo en la expresión de Duncan lo detuvo.

—Fui a montar —admitió—. Y encontré la cabaña de tu hermana en el bosque.

Los ojos de Duncan se iluminaron.

—¿De veras?

—De veras —se encogió de hombros—. Estaba muy ocupada y no pude hablar mucho con ella.

La próxima vez sería distinto; se encargaría de ello.

—¿Ocupada?

—Sí —remató, procurando cortar el tema—. Monté por los terrenos. Tienes una propiedad magnífica.

—Es bonita —dijo Duncan, distraído—. Mientras visitabas la cabaña, ¿viste algunos de los trabajos de Cait?

—¿Las vidrieras? No. Me sorprende que no lo mencionaras en el desayuno.

—Debería haberlo hecho, pero me dejó perplejo que te permitiera besarla.

—Si hubiera sabido que era tu hermana…

—Bah. No habría cambiado nada.

Graham le sostuvo la mirada. Al cabo, sonrió.

—Tienes razón, claro.

Duncan soltó una risita.

—Lo sé. Cait es encantadora, pero terca como una mula. Francamente, ni tú ni nadie conseguiréis más que un beso furtivo.

Graham dejó la copa a medio camino.

—¿No?

—No —afirmó—. Cait tiene un carácter fuerte. No querrá un trato con un hombre que no la aprecie por lo que vale. Y la mayoría no valoran su independencia. La mayoría prefieren —estúpidamente — a una mujer más parecida a Sybil… o a su hermana, Priscilla Spalding.

—No creo haber conocido a la señorita Spalding.

—Da gracias por ello —bajó la voz, echando un vistazo a la puerta—. Es una bruja consumada. Oh, luce bien. Como Sybil, rezuma una feminidad frágil. Pero, a diferencia de Sybil, el corazón de Priscilla es de mármol y su alma es tan fría que el diablo teme llevársela por si congela las llamas del infierno.

Graham rió por lo bajo.

—No puede ser para tanto.

—Ya lo verás. Su ambición es casarse, y casarse bien —lo miró con intención—. Tú quizá estarías a salvo: no tienes título. Pero está esa maldita fortuna de Blackwell…

—Eso suena de veras terrible.

—Sí —negó con la cabeza—. No me extrañaría que Sybil la invitara. Mi consejo es que la evites como a la peste.

A Graham le pareció un consejo sensato. El recuerdo del anillo talismán, aún en el candelabro de su mesilla, le revolvió el ánimo.

—Mientras tanto —siguió Duncan, ajeno a la inquietud que acababa de sembrar—, quizá puedas ayudarme con un pequeño problema.

—¿Ah, sí?

—Sí. También tiene que ver con Cait. Y como parece que la conoces…

—Apenas.

—Suficiente —prosiguió, imperturbable—. Quizá puedas arrojar luz.

—¿Cuál es el problema?

—Me ha quedado claro que Cait no se casará. O eso dice.

Bien por ella, pensó Graham, alzando la copa en silencio.

—Pero no puedo evitar creer que debería presentársela a algunos pretendientes, por si acaso se precipita a una vida dedicada solo a ser maestra vidriera.

—¿Es feliz?

—¿Con el vidrio? Por supuesto. ¿Quieres ver algunos de sus trabajos?

Graham asintió antes de contenerse. Le picaba la curiosidad y pensó que aquello podía ser otro puente hacia ella.

Duncan se animó, dejó su copa y tiró de una cortina en la ventana más alejada. Arriba asomó un óculo que la tela había ocultado.

Graham se acercó. Era exquisita, incluso para un profano. El cristal dibujaba un gran ciervo en un risco, las astas hacia el sol, erguido con orgullo sobre la hierba ondulante y el bosque al pie. La combinación de colores, la línea del acantilado y la cabeza altiva atrapaban la mirada.

—Es precioso.

—Es una maestra. Hay veintiséis ventanas como esta en Cairndale: antiguas saeteras de los primeros años del castillo.

—Ah, las delicias de una residencia antigua.

—En efecto. Antes tenían contraventanas de madera y entraba un frío de muerte, hasta que Cait empezó a sustituirlas. Algún día te enseñaré todas.

Bajó la cortina y ambos volvieron a sus asientos.

Graham apuró un trago, distraído. Cait Cameron era compleja, y él apenas empezaba a calibrarlo.

—¿Crees que es feliz viviendo en el bosque?

—Nadie es feliz solo.

—No está sola.

El rostro de Duncan se abrió en una sonrisa repentina.

—Och, conociste a sus alegres muchachos.

—¿Alegres? Parecía que querían matarme.

La próxima vez iría armado con un buen garrote, por si acaso.

—Alegres cuando tú no estás. A mí me toleran. Con los extraños se ponen hoscos.

—Supongo que protegen mejor que una jauría de perros.

—Y tanto —bebió otro sorbo—. Si yo tuviera que montar una campaña para conquistar a Cait, empezaría por ganarme a sus muchachos. Ella los gobierna con mano de terciopelo, pero tienen carácter y no se muerden la lengua.

Graham miró el ámbar del brandy, donde temblaba la luz del fuego. Sería eso verdad. No es que quisiera "ganarse" a Cait: sonaba demasiado a cortejo y poco a seducción.

—Y luego —siguió Duncan, como si reflexionara en voz alta— me ocuparía de Annie.

—¿Annie?

—La ama de llaves de Cait —miró alrededor con melancolía—. Intenté llevármela, es implacable con el orden, pero le es leal a muerte.

—¿Intentaste llevarte a la ama de llaves de tu hermana?

—Estaba desesperado. Y lo sigo —señaló las copas—. ¿Ves? He tenido que lavarlas yo mismo. No había un sirviente a la vista.

Graham sonrió.

—Me atrevo a decir que te vino bien.

—Quizá, pero que me parta un rayo si vuelvo a lavar mi propia ropa —frunció el ceño—. Graham, nunca te cases con una mujer de aspecto delicado: no lo son. Te arruinarán la paz, vaciarán tu casa de comodidades y luego se quejarán de que no tienen nada que hacer, y querrán volver a la ciudad.

—Por fortuna para todos, no tengo planes de casarme. Nunca.

—Ya veremos qué dice el anillo talismán.

—Me da igual lo que diga. No voy a casarme. Punto.

—Hum. Pues, hablando de anillos, no creo que a Cait le gusten las joyas. Si le hiciera un regalo, sería algo para su cristalería o su casa.

Graham dejó la copa.

—Duncan, si crees que voy a lanzarme a conquistar a tu hermana, estás muy equivocado.

Duncan abrió mucho los ojos.

—Por todos los santos, ¿de dónde sacas eso?

—De ti. De tus "si yo quisiera conquistar a Cait".

—Estás muy lejos de la verdad, muchacho. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque no tienes la menor posibilidad de despertar su interés. Eres, exactamente, el tipo de hombre con el que menos se relacionaría.

Graham no supo si sentirse insultado.

—¿Qué insinúas?

—Que ya se ha topado con libertinos y…

—No soy un libertino.

—Entonces, un mujeriego. ¿O prefieres "pícaro"? —preguntó con cortesía, divertido.

A pesar de la irritación, Graham sonrió. Al relajarse, admitió a regañadientes que quizá había algo de verdad. Suspiró.

—¿Tuvo una mala experiencia, eh?

La sonrisa se borró del rostro de Duncan.

—La peor. Creo que le dolió más de lo que dejó ver. Por eso ha dado la espalda a los hombres. Especialmente a los de lengua tan afilada como la tuya —suspiró—. Solo hay una cosa que remedia eso.

—¿El qué?

La mirada de Duncan se tornó grave.

—La verdad. Necesita a alguien que nunca le mienta, cueste lo que cueste.

Las palabras se asentaron en el silencio. Graham miró la copa entre sus dedos.

—Espero que lo encuentre.

Duncan iba a responder, pero se contuvo.

—Yo también.

—No quiero entrometerme, pero parece que tu hermana está condenada a quedarse soltera.

—Lo sé —exhaló—. Me preocupa que… —se mordió el labio y alzó los hombros—. No importa lo que yo piense. Ni lo que pienses tú. Cait es aún más terca que tú, y no muchos pueden decir eso. Es una pena que seas justo el tipo de hombre que más evita. De lo contrario… pero no, no creo que tengas ninguna oportunidad. No le gustarás en absoluto.

Graham bajó la copa, a punto de dar un sorbo. Desde que tuvo edad para casarse, la gente intentaba emparejarlo con hermanas, primas o amigas. Era la primera vez que alguien le decía que no le gustaría a su hermana; ni siquiera a su hermanastra. Fuera como fuese, Graham siempre caía bien.

Abrió la boca para replicar cuando Duncan, de pronto, preguntó por Thunder, comentando que lo había visto desde la ventana esa mañana. La charla ya no volvió a Cait ni a su autoimpuesto retiro en la cabaña. Pero la mente de Graham seguía prendida en ella, más que antes. Nadie le decía que no podía lograr algo, ni siquiera sus propios hermanos. Y las palabras de Duncan, por casuales que sonaran, lo habían puesto a la defensiva. ¿Podría ganarse otro beso de Cait Cameron, esta vez sin sorpresa? ¿Sin engaño? La idea lo intrigó.

Frente a él, Duncan ocultó una sonrisa tras la copa. Las respuestas de Graham se volvían vagas, señal inequívoca de que pensaba en Cait. Lo cual era bueno: temía que, en cuanto viera a Priscilla Spalding, se olvidara de su hermana. Por muy encantadora que fuese Cait, Priscilla era exquisita.

Por eso, Duncan estaba decidido a que Graham pasara con Cait todo el tiempo posible. Priscilla podía ser hermosa, pero no podía competir con la fuerza ni la inteligencia de Cait. El problema era que la mayoría de los hombres sentían primero con los ojos y luego con el juicio.

Si su apuesta con Sybil funcionaba, Duncan lo tendría todo: a su esposa de nuevo a su lado, un hijo y a Cait felizmente casada. En cuanto a sus sentimientos por Sybil… frunció el ceño. Seguramente no era tan voluble como su padre. El amor que sentía por Sybil era tan intenso, tan parte de sí, que, de perderlo, quizá una parte de él se iría con él.

¿Era eso lo que había sentido su padre? Un peso le oprimió el pecho y le costó volver a centrarse en Graham. Sería un buen cuñado. Muy bueno, de hecho.

Otros hombres dudarían antes de presentar a sus hermanas a alguien que proclamaba no tener intención de casarse, pero Duncan contaba con tres cosas a su favor. Primero, sabía que, pese a sus aventuras, Graham era un hombre íntegro. Todos los Blackwell lo eran, lo supieran o no. Segundo, estaba el anillo talismán. Los ignorantes podían burlarse, pero Duncan creía en él. Y, al fin y al cabo, Graham también acabaría haciéndolo. Y tercero, si por un milagro Graham lograba quebrar las defensas de Cait, él se encargaría de que se hiciera lo correcto. Amigo o no, si Graham comprometía a Cait Cameron, se casaría con ella, quisieran o no.

En resumen, era un plan sólido, y solo Sybil y su maldita hermana podían echarlo a perder. Duncan se guardó sus cavilaciones y se levantó para servir más brandy. No era momento de celebrar. Aún no. Pero, a juzgar por la mirada pensativa de Graham, las cosas empezaban bien.



l acercarse la tarde, un carruaje tirado por seis caballos se detuvo con estrépito ante la puerta principal. Como de costumbre, nadie respondió a la primera llamada. Por fin, la ama de llaves salió, dejó entrar a la única ocupante y envió una nota a la habitación de milady para avisar de la visita.

Momentos después, un torbellino de pasos sacudió el rellano.

—¡Priscilla! —Sybil bajó volando las escaleras hacia el vestíbulo, con el vestido flotando a su alrededor, una espuma de rosa y encaje. Sus zapatillas apenas rozaban la alfombra gastada—. ¡Has venido! —La abrazó—. ¡Y tan deprisa! ¡Qué alegría verte!

Priscilla hizo una mueca.

—¡Sybil, mi pelo!

Se soltó y miró el espejo polvoriento junto a la puerta. Lo que vio le agradó, pues no había mujer más bella en toda Escocia. Su delicado cabello rubio caía hacia atrás en una masa de rizos brillantes enmarcando un rostro tan perfecto que ningún retratista había logrado captarlo. Su piel lucía blanca aun bajo la luz tenue que se colaba por los cristales cubiertos de polvo, y su figura se realzaba con la pelisse blanca y el vestido azul a juego con el gorro.

Sybil juntó las manos.

—¡Lo siento! Estaba tan contenta de verte que no pensé. Tu pelo sigue precioso.

Y así era: cada rizo en su sitio, con una cinta atada con arte en torno al conjunto.

Priscilla acarició un rizo especialmente grueso que le caía sobre el hombro.

—Ha quedado mejor de lo que esperaba, aunque no sé por qué me he molestado. No hay nadie en toda Escocia que merezca tal esfuerzo.

—¡Oh! —Sybil dio un saltito de emoción—. ¡Por eso justo te pedí que vinieras!

—Sí, bien, solo puedo quedarme una noche. Voy camino de Duart, a casa de los Maclean.

—¿No puedes quedarte? Pero… —Sybil contuvo un suspiro—. Quería que te quedaras al menos una semana. Necesito que te quedes una semana.

—No te desanimes. Aún nos queda buena parte del día para estar juntas.

Priscilla se quitó los guantes y buscó con la mirada al mayordomo, endureciendo la expresión de sus ojos verdes. Solo encontró a un lacayo anciano, medio dormido y de pie.

Priscilla se acercó.

—Tú, comoquiera que te llames, guarda esto en un lugar limpio. Y espero que te hayas lavado las manos en los últimos días. La última vez que dejé aquí mis guantes, parecía que los hubieran metido en la chimenea.

El anciano parpadeó, confundido. Al cabo, se inclinó y recogió los guantes con un dedo y el pulgar.

—Sí, señorita.

Sybil apenas esperó a que se diera la vuelta antes de tomar la mano de Priscilla entre las suyas.

—Quizá, cuando te explique las cosas, cambies de opinión y te quedes.

—Por mucho que me guste conversar contigo, no puedo permanecer aquí, en medio de la nada, sin que me duela la cabeza. Creo que es por el silencio. No me deja dormir.

—Sí, pero…

Sybil se mordió el labio. ¿Cómo iba Priscilla a atrapar a Graham Blackwell si no se quedaba en Cairndale? Eso, suponiendo que pudiera convencerla de intentarlo.

Aunque ante Duncan se había mostrado descaradamente segura, Sybil no tenía claro que su hermana colaborase en aquella empresa. Priscilla era famosa por la seguridad en su propio valor y había rechazado cuantas propuestas de matrimonio le habían hecho. Sybil la observó por debajo de las pestañas. Realmente no había una mujer más hermosa en toda Escocia. Y Priscilla lo sabía; su confianza irradiaba como un faro.

Llena de orgullo, Sybil la abrazó de nuevo.

—Ven a mi habitación. Haré que traigan té y te explicaré por qué te pedí que vinieras.

Hablando deprisa, la condujo escaleras arriba.

Unos instantes después, sentadas frente a la chimenea en los aposentos de Sybil, esta sirvió té para su hermana y le tendió la taza.

—¿Cómo estás, Priscilla? ¿Te encuentras bien?

Priscilla arqueó las cejas.

—¿No lo parezco?

Sybil percibió la reprimenda y se sonrojó al instante.

—¡Por supuesto que sí! Estás preciosa, radiante, de hecho. Siempre lo estás, ya lo sabes. Incluso cuando éramos niñas, tú…

—Sybil.

Priscilla frunció el ceño sobre el borde de la taza y la posó en el platillo.

—¿Qué quieres? En tu nota decías que era urgente. ¿Has decidido dejar a Duncan?

Sybil parpadeó. ¿Dejar a Duncan? ¿De dónde había sacado Priscilla semejante idea? ¿Habría dicho algo Duncan? El pánico la

invadió.

—Claro que no voy a dejarlo. ¿Por qué haría algo así?

—Vamos, Sybil. No finjas que no lo pensaste. Vosotros dos nunca os habéis llevado como debierais. Te trata de forma abominable.

Aquello sí que era angustioso. ¿De veras la trataba mal? Sybil bajó la mirada a la taza.

—Creo que no entiendes cuánto nos queremos Duncan y yo. Solo hemos tenido… desacuerdos. Nada más.

Priscilla no parecía convencida.

—Es un monstruo por querer tenerte encerrada aquí, en Cairndale. Es un milagro que no nos haga trepar por tu cabello para visitarte. En mi opinión, tu matrimonio ya ha terminado.

Sybil dejó escapar una risita ahogada, con los ojos nublados. Dios santo, ¿y si Priscilla veía lo que ella no quería ver? ¿Y si se habían distanciado tanto que estaban condenados? Un nudo le cerró la garganta. Peor aún, ¿y si Duncan pensaba lo mismo?

La idea dolía como una astilla clavada en el fondo del alma. Solo le quedaba la esperanza… la de que, de algún modo, los

sentimientos de Duncan por ella volvieran a ser tan apasionados como antes, como en el cortejo. Tal vez si regresaban a un ambiente parecido al de entonces, rodeados de gente alegre, diversiones brillantes y la emoción constante de una agenda social repleta. Una esperanza débil, pero esperanza al fin.

Priscilla se encogió de hombros con elegancia.

—No te aflijas; me atrevo a decir que todo el mundo sabe cómo es.

—¿Quieres decir que muchos hablan de esto?

—Supongo que sí. A mí no, por supuesto. Nadie se atrevería. Pero no será ningún secreto que tú y Duncan no coincidís en nada. Es lo primero que noto cada vez que vengo.

Las palabras vaciaron el corazón de Sybil y lo hicieron latir dolorosamente contra las costillas. Forzó una risa tardía.

—¡Priscilla, qué tonta eres! Duncan y yo estamos bien. Te escribí porque… Bueno, he de pedirte un favor.

—¿Un favor? —curvó la bonita boca hacia abajo—. Espero que no sea dinero. Solo tengo lo que mi padre me dejó en fideicomiso y apenas basta para…

—¡No, no! —apresuró Sybil—. No tiene que ver con dinero. Priscilla, ¿has encontrado a alguien que te interese en Edimburgo?

—Difícilmente. Todos son provincianos.

¡Gracias a Dios! Por asegurarse, Sybil insistió con ingenuidad:

—¿Y milord Flynn? Ha estado en París y me parece el caballero más sofisticado que he visto nunca.

Priscilla le lanzó una mirada fulminante, con el ceño fruncido y los labios en puchero.

—Eso demuestra lo poco que sales en público. Cuando hayas estado en Londres, como yo, sabrás que en Escocia hay pocos hombres elegibles.

—¿Prefieres a los ingleses?

—Prefiero hombres con título, ricos, guapos y sofisticados —irradiaba insatisfacción—. Aquí no hay ninguno. Si tuviera fondos para quedarme en Londres, conquistaría la ciudad. Lo sé.

Era una buena noticia. Si no fuera por el pensamiento deprimente de que su matrimonio quizá estaba en serio peligro, Sybil habría estallado de gozo. Tal como estaban las cosas, apenas logró sonreír.

—Precisamente por eso te invité. Duncan tiene aquí a un viejo amigo de Eton de visita y pensé que sería perfecto para ti.

—¿Un amigo de Duncan? —había un deje burlón en su voz.

Sybil se tensó.

—Duncan tiene muchos amigos inteligentes y bien educados. Es amigo personal del conde de Argyll, y no sé cuántas veces nos ha invitado el conde de Carlysle a su finca junto a Stirling.

—De verdad, Sybil, no necesitas insistir tanto.

—Sí, bueno, creo que el señor Blackwell es exquisitamente educado y…

Algo le aferró el brazo. Sybil miró abajo: era la mano de Priscilla.

—¡Ay!

Priscilla no la soltó.

—¿Has dicho Blackwell?

Sybil asintió, tirando del brazo.

—¿Pelo negro? ¿Ojos azules?

—No lo sé, aún no lo he visto. Priscilla, mi brazo…

Priscilla la soltó, con los ojos encendidos.

—¿Qué Blackwell? ¿Jason? ¡No me digas que es el marqués!

—No, es Graham Blackwell.

—Graham. ¡Casi tan bueno! No tiene título, pero… —se inclinó sin notar que el encaje de la manga rozaba el plato del té—. Sybil, ¿sabes quiénes son los Blackwell?

—No. Quiero decir, Duncan insinuó que eran importantes, pero nunca he oído hablar de ellos…

—¡Son la familia más rica de toda Inglaterra, quizá del mundo! —Priscilla se levantó y empezó a pasear por la estancia, arrastrando el encaje del vestido azul sobre la alfombra. Los ojos le brillaban—. Y pensar que Graham Blackwell está aquí, de entre todos los lugares. No puedo creerlo. —Se volvió—. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo estará?

—No lo sé. No lo ha dicho. Solo pensé que quizá tú…

—¿No lo sabes?

—Una semana, creo. Tal vez dos…

—Necesito más tiempo.

Priscilla se arrodilló junto a Sybil y volvió a agarrarle el brazo.

—Debes hacer que se quede.

—¿Cómo?

—Por el cielo, ¿tengo que pensar en todo? Organiza algo en su honor, una cacería o un baile. Se verá obligado a quedarse hasta el final.

—¿Sin pedirle permiso? ¿No sería descortés?

Priscilla hizo una mueca.

—¿No deseas verme casada con uno de los hombres más ricos del país?

—Por supuesto, pero…

—¿Y con uno de los más guapos?

—Sí, pero…

—Entonces haz esto por mí.

Se acercó a la repisa de la chimenea para mirarse en el espejo. Se frotó las mejillas para darles más color.

—Es el destino, Sybil. Lo sé. Estará aquí semanas, sin nada más que hacer. No puedo fallar en estas circunstancias.

Sybil deseaba con toda el alma que Priscilla tuviera éxito. Si su hermana llevaba razón y su matrimonio ya estaba herido de muerte, debía ganar la apuesta. Tenía que ganarla.

Priscilla juntó las manos y entornó los ojos, pensativa.

—Graham Blackwell en casa de mi hermana. Y sin competencia que temer.

—Bueno, hay cierta competencia. Un poco, al menos.

Priscilla se volvió, los ojos encendidos y el rostro contraído por una furia súbita. Sybil retrocedió y se apresuró a aclarar:

—Solo es Cait.

—¿Qué? ¿La hermanastra de Duncan?

Priscilla soltó una carcajada.

—Dios mío, creí que hablabas en serio.

—En cierto modo, sí. Verás… —Sybil bajó la cabeza—. Priscilla, esto es más importante de lo que piensas.

—¿Por qué?

—Porque Duncan y yo hemos hecho una apuesta.

—¿Una apuesta? ¿Sobre mí?

—Espero que no te importe, pero estaba tan engreído, diciendo que el señor Blackwell había mostrado un interés decidido por Cait y regodeándose por ello, que… aposté que tú eras más del gusto de Blackwell y atraerías su interés mucho más deprisa que su hermana.

Priscilla sonrió sin esfuerzo.

—Espero que hayas apostado algo de importancia.

—Lo hice —Sybil se humedeció los labios, nerviosa—. Si pierdo, me temo que mi matrimonio habrá terminado definitivamente.

Decirlo en voz alta le dolió.

Priscilla frunció el ceño.

—No vas a llorar, ¿verdad?

Sybil parpadeó para contener las lágrimas.

—¡No! Claro que no.

—Bien. Odio cuando lloras. Pero no tienes por qué inquietarte. Si depende de mí, no solo atraeré el interés del señor Blackwell, sino que me lo aseguraré —alzó la mano y la contempló como si ya luciera un anillo—. Para esta fecha el mes que viene, el señor Graham Blackwell será mío.

Sybil suspiró aliviada. Una vez resuelta su disputa con Duncan, quizá todo volviera a ser como cuando se casaron. Sabía que, en cuanto regresara a Edimburgo, volvería a ser feliz, y Duncan también.

—¡Gracias, Priscilla! Sabía que podía contar contigo.

Priscilla alisó el vestido con las manos, realzando el busto, con los ojos brillando suavemente.

—Por supuesto que sí, Sybil. Ganarás esta apuesta. Graham Blackwell no sabrá qué le ha pasado.

# Capítulo 7

-¿Seguro que te encuentras bien?

Cait se volvió desde donde supervisaba la carga del carro. La noche anterior habían terminado la última ventana del conde y aquella mañana habían lijado los bordes y limpiado el cristal hasta dejarlo brillante. Ahora todas las piezas estaban embaladas con seguridad en sus marcos, listas para la entrega.

—Estoy bien, Simon. Y también hace cinco minutos, cuando me lo preguntaste.

Él se sonrojó.

—Lo siento, señorita Cait. Solo me preguntaba… —cerró la boca—. No importa.

Cait se despidió de Alistair y Donald, que le devolvieron el saludo con obediencia. Alistair, como de costumbre, sonreía de oreja

a oreja, mientras Donald —profeta habitual de la fatalidad— murmuraba sobre los malos caminos que les aguardaban y cómo su rodilla izquierda anunciaba tormenta fuerte.

Esperó a que se alejaran por el sendero y entonces se volvió hacia Simon.

—Ya estoy lista. Puedes empezar.

—¿Empezar qué?

—Lo que sea que te viene rondando todo el día. Suéltalo antes de que revientes.

—No hay nada que me preocupe, señorita Cait. Solo me preguntaba… —se rascó el cuello—. No me corresponde decir nada, pero por lo que he oído del sassenach, más vale que tengas cuidado.

—¿Cuidado con qué? Solo he hablado con él una vez.

La que Simon sabía y ella no veía necesidad de informarle de la otra: solo suscitaría preguntas que no estaba segura de querer responder.

—Lo sé, señorita. Pero cuando estuvo aquí hace unos días parecía decidido a llevarla a dar un paseo. Pensé que ya habría vuelto —entrecerró los ojos—. No me fío de él ni un ápice.

—Bueno, le dije que no, ¿no? Así que no tienes nada que temer.

Simon la miró fijo.

—¿Qué?

Alzó las cejas y dejó caer la mirada hacia su vestido.

Cait se sonrojó y alisó la falda con la mano.

—Hoy me he puesto un vestido distinto al de siempre. Eso no significa nada.

—Desde su última visita te has puesto un vestido más bonito cada día. ¿Deseas que vuelva?

—¡No! En absoluto.

Simon volvió a levantar las cejas.

Cait se encendió aún más.

—¡Por el dragón de San Jorge, no voy a disculparme por no llevar uno de mis viejos vestidos grises de trabajo! Además, no es como si hubiera venido a trabajar vestida para un baile ni nada parecido.

Era, claro, un vestido mejor que los de diario: de algodón gris paloma, caía en pliegues amplios y elegantes, y el escote —sin ser

ostentoso— lucía un fino ribete cosido. Cait recorrió el remate con los dedos, un poco cohibida.

—Llevo este vestido todo el tiempo.

—A la iglesia, quizá. Pero no para trabajar. No es práctico; acabarás con hollín y las chispas te lo estropearán.

Había verdad en ello, pues ningún vestido de trabajo suyo estaba libre de algún quemado en la falda.

Simon cruzó los brazos sobre el pecho ancho.

—¿Sabes lo que pienso?

—No, pero seguro que me lo dirás.

—Creo que esperabas que el sassenach viniera.

—No hice tal cosa —saltó Cait, acalorada.

Aunque, siendo honesta, el día anterior creyó oír el cascarete de unos cascos en el camino y el corazón le dio un brinco. Suspiró para sí. Muy bien… quizá había deseado volver a ver al sassenach. Últimamente ocupaba más espacio del debido en sus pensamientos. Pero jamás se lo admitiría a Simon.

La verdad era que le molestaba un poco que Blackwell no hubiera regresado todavía. Tal vez no estaba tan interesado como

fingía. La idea le hirió el orgullo.

—Muchacha, sueñas si crees que ese sassenach vendrá a verte. No porque no seas una mujer encantadora —que lo eres—, sino porque él no parecía el tipo que se tome la molestia de portarse como caballero… —la mirada de Simon se desvió y frunció el ceño—. ¡Maldita sea!

Cait se giró, aunque ya sabía lo que iba a ver. Allí estaba Graham Blackwell, cabalgando al claro. Sin sombrero, con el sol prendido en su cabello negro, el puente de la nariz iluminado y los pómulos recortados por la luz. Con chaqueta azul y pantalones de montar beige, estaba demasiado guapo para aquel bosque.

Ahí lo tenía. Había hecho bien en ponerse uno de sus mejores vestidos. Se aclaró la garganta.

—¿Simon?

—¿Sí, muchacha?

Era prueba de su enfado que la voz le saliera más gruñido que palabra.

—¿Por qué no te llevas al resto y empezáis a limpiar el taller? Iré en un instante.

Simon frunció el ceño.

—No me gusta dejarte con Su Señoría el Mimado. Necesitas acompañante.

—¿Aquí fuera? ¿En medio del claro? ¿Qué va a hacer, tirarme al suelo y abusar de mí delante de todos vosotros y del personal de la casa?

—No lo descartaría, ese sinvergüenza.

—Simon, te has vuelto loco. Ahora ve. Enseguida voy a ayudarte.

—Pero…

—Por favor.

Simon suspiró.

—Muy bien —murmuró. Se dio la vuelta despacio, mirando a Graham con el ceño más fruncido a cada paso.

Graham detuvo a Thunder cuando Simon pasó a su lado. No hacía falta tener un gran discernimiento para leer el mensaje en aquel rostro arrugado. Graham confió en que devolverle la mirada sin pestañear bastara para enviarle el suyo.

Llegó hasta Cait y desmontó. Ella estaba especialmente hermosa ese día, con el cabello apenas revuelto por el viento y el vestido ceñido a sus curvas generosas.

Todo el esfuerzo había merecido la pena. Creyó ver un destello de emoción en sus ojos verdes, una tibia bienvenida muy distinta del rechazo sereno de la última vez. Bien. Aunque después de aquel encuentro lo que deseaba era darse media vuelta y volver al claro, decidió que la señorita Cait necesitaba tiempo para decidir qué quería. Esperaba que la soledad del bosque, el trabajo de siempre y las mismas voces de cada día le despertaran el antojo de algo distinto. Algo especial. Como un inglés con sonrisa siempre lista.

Le sonrió, inclinándose apenas.

—Buenos días.

La noche anterior él y Duncan habían jugado al billar y bebido brandy. En cuanto cayó la noche, Graham se excusó y subió a su habitación, donde empezó a pergeñar un plan, con la pesada presencia del anillo talismán en la mesa de noche. Con lo que había sacado de Duncan, su propio olfato para las mujeres y lo poco que sabía de Caitlin Cameron, estaba bastante seguro de que, al final de la semana, si no estaba en su cama, estaría cerca. Era una mujer

muy atractiva y solo tenía que romper algunas de las barreras que ella había alzado alrededor de su corazón.

No demasiadas, claro: no pensaba instalarse en él. Solo quería el placer de su cuerpo, un breve sabor de su espíritu. El corazón podía guardarlo para quien llegara a amarla, siempre que no fuera Graham.

Pero primero debía ganarse su confianza. Luego la cortejaría con una minuciosidad que los dejaría a ambos jadeantes y satisfechos. Duncan había dicho que Cait necesitaba la verdad, y Graham estaba dispuesto.

Hizo una leve reverencia y la miró a través de las pestañas.

Ella se sonrojó, aunque sostuvo la mirada.

—Quizá deberíamos saltarnos las formalidades y pasar al motivo por el que estás aquí.

Graham no pudo evitar sonreír.

—He venido a preguntarte, una vez más, si te gustaría dar un paseo conmigo.

—No.

—Pobre Thunder. Le habría encantado llevar a una amazona tan encantadora.

Su boca formó otro «no», pero las palabras no llegaron. En su lugar, la mirada se le fue al hombro de Graham, hacia donde estaba atado el caballo, con el sol revelando las líneas puras y poderosas del castrado.

Tras un largo instante, volvió a mirarlo. A Graham le divirtió —y le contrariò un poco— comprobar que parte de la admiración que había brillado al mirar al caballo se había apagado al centrarse en él.

Cait era muy distinta de las mujeres que él solía tratar: la cuñada de Duncan, por ejemplo. Priscilla Spalding era tal cual Duncan le advirtió: menuda, muy femenina, un encanto indefenso… exactamente el tipo de mujer que Graham debía evitar, por más que le costara. Priscilla parecía empeñada en cruzarse en su camino a la mínima, lo que hacía que la reserva de Cait resultara aún más atractiva.

—Si monto tu caballo, ¿qué montarás tú? —preguntó ella.

—Me atrevería a decir que en tu establo habrá animales que soporten mi peso.

—Ninguno tan bueno como Thunder.

—No, pero tu encantadora compañía me compensará con creces.

Supo que había metido la pata en cuanto lo dijo. Cait Cameron no quería florituras ni palabras vacías. Ella quería… ¿qué quería?

Su expresión se cerró y él la sintió alejarse. No quedaba otra que la verdad.

—Señorita Cameron… Cait, por favor. Soy un extraño en Escocia. Y, aunque agradezco la hospitalidad de tu hermano, en el castillo la situación está bastante tensa.

La expresión de ella se suavizó apenas.

—¿Sybil y Duncan siguen igual?

—Oh, sí. Hasta ahora no los he visto hacer otra cosa que discutir, aunque imagino que fueron encantadores cuando se casaron.

Ella ladeó la cabeza; la curiosidad aclaró sus ojos.

—No parece que apruebes el matrimonio.

—¿El matrimonio? —él arqueó una ceja.

Ella asintió.

—No creo en él. Al menos, no para mí.

Una sonrisa leve le tocó los labios, la primera del día. Por alguna razón, Graham sintió que el sol brillaba un poco más solo por ese gesto en aquella boca generosa.

—Así que no eres un hombre que se case —sus ojos destellaron de diversión—. Me sorprende que lo admitas.

A él también. Pero era verdad. Si se lo hubiera dicho a una señorita londinense con brillo matrimonial en los ojos, lo habrían tachado de grosero. Cait, en cambio, se limitó a asentir.

—Creo que yo tampoco creo en él. Ya no.

Un filo de tristeza cruzó su sonrisa. Graham adivinó que visitaba su pasado y tuvo que contener las ganas de preguntar. No la conocía lo suficiente como para indagar tanto… aunque presentía que, si lo hacía, ella respondería. Cait no tenía nada de fingido: era, simplemente, Cait.

Thunder relinchó, harto de esperar, y pateó el suelo con impaciencia.

Cait rió por lo bajo.

—Será mejor que te vayas. No parece muy contento.

—Puede quedarse donde está hasta que me des una respuesta. ¿Quieres acompañarme?

Ella volvió la cabeza para dedicarle a Thunder una última y larga mirada. Graham supo el momento en que tomó su decisión: enderezó los hombros.

—Muy bien. Te acompañaré. Pero no puede ser mucho tiempo. Tengo trabajo.

—Lo sé. Una hora, no más.

Ella arqueó una ceja.

—Media hora, entonces. ¿Esta tarde?

—No. Mejor mañana.

Él había esperado hoy, pero si quería derribar las barreras de Cait tenía que dejar que marcara el ritmo. Así que, en lugar de insistir, le tomó la mano y la giró entre las suyas.

—¿A las diez?

—De acuerdo.

Le abrió los dedos y besó la palma. La piel era cálida y firme, con los dedos, ásperos. Le acarició las yemas con el pulgar y le sonrió a los ojos.

—Trabajas demasiado.

Ella retiró la mano y volvió a cerrar el rostro.

—El trabajo es bueno para el alma, señor Blackwell. Quizá algún día lo pruebe y lo compruebe.

—Puede que no me gane la vida cortando leña, pero he trabajado lo suficiente.

—¿De verdad?

—Soy responsable de varios asuntos de las propiedades de los Blackwell. Más que cualquiera de mis hermanos —salvo Jason—, he protegido la fortuna familiar y contribuido a su crecimiento.

—Eso no es trabajar.

Pensó en las reuniones interminables, en negociaciones duras, en las horas de viaje a sus tierras.

—Dígame, señorita Cameron, ¿lo ha probado?

Ella frunció los labios.

—No.

—Entonces quizá no debería hablar.

—No —admitió—. Tampoco debería hacer suposiciones sobre tu trabajo con el vidrio.

Dudó un instante y añadió:

—Quizá algún día me enseñes el taller. Me gustaría ver cómo funciona todo.

Ella le lanzó una mirada insegura.

—Nadie me ha pedido eso nunca.

—Pues yo tengo curiosidad. Sobre todo después de que tu hermano me enseñara algunos de tus trabajos.

—Podría escupir en un vaso, decirle a Duncan que es el escudo y él pensaría que es lo mejor que ha visto en su vida.

Graham sonrió.

—Para eso están los hermanos.

Ella asintió y esbozó una sonrisa. Por un instante pareció nacer entre ambos una armonía sencilla. Quizá fuera la brisa fresca que le movía el vestido y le agitaba los mechones, o la lenta comprensión de que no eran tan distintos como habían pensado. Fuera lo que fuese, Graham se descubrió demorándose, con ganas de quedarse un poco más. Y un poco más aún.

Cait rascó el suelo con la punta del zapato.

—¿Cuántos hermanos tienes, Blackwell?

—Cuatro. Y una hermana.

—¿Tantos?

—Mi padre decía que éramos su ejército; la casa parecía un campamento militar.

Ella lo miró con nostalgia, aunque no dijo nada.

—Tú y Duncan parecéis muy unidos.

—Ha sido un buen hermano para mí.

—Y estoy seguro de que tú has sido una buena hermana.

—Lo intento —murmuró—, aunque él hace tanto…

—Me atrevería a decir que haces más de lo que crees.

Se oyó un caballo acercarse por el camino. Graham reconoció a Duncan al mismo tiempo que Cait.

—Maldita sea —suspiró—. Tu hermano tiene una extraña habilidad para aparecer cuando menos se le necesita.

—La ha tenido toda su vida —respondió ella, sombría.

Graham acercó a Thunder.

—¿Nos vemos mañana, entonces?

—A las diez.

—Excelente.

Le tomó la mano y dejó un último beso en el dorso. Cait tuvo que luchar contra un escalofrío cuando sus labios rozaron su piel. Todo su cuerpo se tensaba en cuanto él estaba cerca y, cuando la tocaba, debía apretar los dientes para contener el temblor que le subía por la columna.

—Hasta mañana, señorita Cameron.

La dejó y volvió a montar. Cait lo vio alejarse, elegante sobre el caballo negro. Un caballo que ella montaría mañana. Y, oh, qué caballo. Lo contempló con avidez, a punto de dar un pequeño salto de emoción. Solo pensar que Simon, probablemente, estaría en la ventana observándola la contuvo. No le entusiasmaba ver a Graham Blackwell, se dijo; lo único que quería era montar a aquel hermoso animal.

Aun así, no podía negar que sería agradable tener con quién pasar un rato ahora que las ventanas del conde estaban terminadas. Había más pedidos, como siempre, pero ninguno tan urgente.

Duncan se detuvo a hablar con Blackwell y ella se quedó allí un momento, observándolos, extrañamente desamparada. Toda su compañía eran los muchachos, Annie y el propio Duncan, cuando Sybil podía prescindir de él en el castillo. Aunque todos eran buena gente, a veces deseaba algo más. Había algo vagamente inquietante en cómo se había asentado su vida. Tal vez una o dos conversaciones con el señor Graham Blackwell la ayudasen a descubrir qué era. Por supuesto, se aseguraría de que fueran a plena luz del día. Y también de que las manos de Blackwell permanecieran más cerca de él que de ella. No es que estuviera preocupada: tenía experiencia, y él ya lucía un moretón que lo demostraba.

Duncan y Blackwell se despidieron, y Duncan giró su caballo hacia Cait. Saltó del gran bayo y le dedicó una sonrisa amplia.

—¿A qué viene eso? —preguntó ella al instante, recelosa.

—¿Qué? —parpadeó con inocencia sin perder la sonrisa.

—Esa sonrisa. No me fío. Nunca sonríes así.

Duncan hizo un pequeño baile, moviendo los brazos de manera ridícula.

—Ya está —dijo al detenerse, jadeante, con los ojos aún brillantes—. Tampoco suelo bailar, pero hoy sí.

Ella no pudo evitar reír; se sentía un poco mareada. Por un momento se preguntó si se debía a la presencia de Blackwell, pero enseguida desechó la idea.

—Bueno, ¿por qué estás de tan buen humor? ¿Sybil y tú habéis resuelto vuestras diferencias?

Al instante deseó no haberla mencionado, pues a Duncan se le apagó parte de la alegría.

—Todavía no —su boca se volvió seria—. Espero que pronto.

—Yo también lo espero.

Y lo decía: sabía cuánto quería él a su esposa. Aunque Sybil no pareciera capaz de verlo, para los demás era dolorosamente obvio.

—¿Le habéis enviado ya las ventanas al conde?

—Sí. Acabamos de hacerlo.

—Excelente.

Se frotó las manos.

—Tengo que pedirte un favor, Cait. Uno muy grande.

—¿Cuál?

—Necesito que entretengas a Blackwell un poco… —alzò la mano cuando ella iba a negarse—. Solo durante el día. Nada más.

—¿Por qué?

—Porque Priscilla llegó al castillo a principios de esta semana.

—Priscilla ha puesto los ojos en Blackwell —resumió Cait, apretando los labios.

—Y ya sabes cómo es. No parará hasta conseguirlo.

—Seguro que él puede evitarla si quiere…

—Podría, pero está ese maldito anillo talismán —negó con solemnidad.

Cait lo sorprendió mirándola desde debajo de las pestañas.

—¿Qué anillo talismán?

—¿No te lo ha dicho?

—No.

—Vaya. Supongo que le avergüenza —suspiró—. Pobre Graham. Su familia está maldita con un anillo que parece provocar el matrimonio.

—¿El matrimonio?

—Eso les pasó a tres de sus hermanos. Y cada uno tenía el anillo cuando ocurrió. Graham huyó de Londres para escapar, pero lo encontró en su carruaje después de partir. Aquí está, atrapado con esa maldita cosa.

—Duncan… ¿de verdad crees en ese anillo?

—Quizá.

—Yo no.

—¿En absoluto?

—Ni un poco.

—¡Bien!

Metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño objeto.

—Como no crees en él, no te importará probártelo.

Cait parpadeó ante el aro de plata, grabado con pequeñas runas. Parecía inofensivo.

—¿Sabe Blackwell que tienes eso?

—Quizá —admitió con un atisbo de vergüenza.

—¿Quizá? ¡Ay, Duncan! Es tu invitado.

—Silencio, Cait. Voy a devolverlo. Solo tenía curiosidad —alzó el círculo hacia la luz—. Debes admitir que es bonito.

Lo era, y, mientras lo miraba, una necesidad de tocarlo empezó a hervirle por dentro. Sacudió la cabeza.

—No quiero saber nada de él.

—¡Maldita sea, Cait! ¿Tienes que ser tan terca?

—Sí —replicó sin pestañear.

—Eres la mujer más irritante que conozco, con la excepción de Sybil.

—Gracias. Atesoraré esas palabras.

—Solo lo tomé prestado, no lo robé, así que deja de mirarme así.

—¿Por qué harías algo así?

—Por curiosidad, nada más. Lo devolveré a su habitación antes de que se dé cuenta. Mientras tanto, extiende la mano y veamos si te queda.

—¿Que me quede? —frunció el ceño—. ¿Para qué?

—Porque tengo curiosidad, por eso.

Le atrapó la mano y, antes de que Cait pudiera protestar, le deslizó el anillo en el dedo. Al principio no sintió nada. Ni siquiera el frío del metal.

—No es nada…

Contuvo el aliento. Un calor lento, insistente, comenzó a irradiar desde el dedo. La mano ardía, el brazo hormigueaba… y los pechos empezaron a encenderse.

—¿Qué pasa? —Duncan se inclinó hacia ella, atento—. ¿Qué sientes?

—Siento…

¡Maldita sea! ¿Qué sentía? El calor se extendió del pecho al vientre y más abajo. Y, de algún modo, vio a Blackwell: su rostro sobre el suyo, sus manos recorriéndola, sus caderas encontrándose con las de ella… Apretó los dientes contra la avalancha de sensaciones. Era como si todos sus pensamientos, todas sus emociones, se precipitasen a la vez. Casi insoportable. El cuerpo le temblaba y le dolía. Reunió fuerzas, agarró el aro y lo arrancó del dedo. En cuanto se liberó, se desplomó, respirando a la carrera.

—¡Dios mío, Cait! —El brazo de Duncan la sostuvo. Le quitó el anillo de los dedos flojos—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Es el

corazón? Por favor, háblame.

—Estoy bien —la voz le tembló—. Es solo que no he desayunado y…

No pudo terminar la mentira. Inspiró hondo, apartó el brazo de sus hombros y se alejó: de él y del anillo.

—Ahora sí. De verdad.

—¿Segura? Quizá deberías entrar y tumbarte un rato.

—No, no. Solo ha sido un mareo.

Le dolía todo el cuerpo y el corazón aún le golpeaba el pecho.

Duncan contempló el aro largo rato, con expresión extraña. Luego lo guardó con tanto cuidado como si fuera de cristal.

—Se lo devolveré.

—Sí.

Se llevó la mano a la frente, intentando ordenar el torbellino de su mente. ¿Qué había sido aquello? Jamás había sentido algo igual, aquel calor, y desde luego no por un simple anillo. Era casi como si… Se sonrojó. No. Seguro que no.

Duncan desató su caballo de la barandilla y lo adelantó.

—Lo siento, Cait. Si me hubiera dado cuenta… —se detuvo; la comprensión le cruzó la cara—. ¡Cait! Si el anillo te ha hecho reaccionar así, entonces debes de ser…

—La mujer equivocada para el señor Blackwell —replicó con más firmeza de la que sentía.

—¡No, no! Si el anillo…

—Duncan, piensa un momento. Si ese anillo "encuentra" a la futura esposa de Blackwell, tendrá que ser otra. Yo no voy a casarme. Te lo he dicho una y otra vez.

—Sí, pero…

—Sin peros. No necesito marido. Me gustan mi libertad y mi soledad. Además, ¿qué hombre me permitiría mantener a mis muchachos y la cristalería? No puedo dejarlo, igual que tú no puedes dejar de preocuparte por Sybil.

—No…

—Es cierto y lo sabes.

Duncan suspiró.

—Tenía la esperanza de que tú y Blackwell…

—Pues no. Y él no es más hombre de casarse que yo de casarme —sonrió, pobre broma.

Duncan sacó de nuevo el anillo y lo miró.

—Supongo que tienes razón. En cualquier caso, no te ha sentado bien. ¿Estás… segura? Parecía que te dolía.

—Estoy bien —sonrió sin sentirlo. No había sido dolor, sino placer. Puro y verdadero.

Él la sostuvo un segundo más con la mirada y guardó el aro en el bolsillo del chaleco.

—Odio pedirte esto, porque aún estás un poco pálida…

—¿Qué?

—Procura que Blackwell se quede por aquí esta semana. Por su bien, si no por el mío.

Una punzada de pánico la atravesó.

—Blackwell no necesita una niñera.

—Entonces no conoces bien a Priscilla. Es una mujer sin escrúpulos y no confío en ella.

—Puede cuidarse solo.

—¿Cómo puedes decir eso? Está acostumbrado a las señoritas frágiles de Londres. Priscilla se lo merendaría con té y bollos y él ni se enteraría.

—Exageras.

—Cait, no descartes que intente engañarlo para atraparlo. Incluso alegaría ruina si hiciera falta.

Cait se detuvo. Las reglas sobre la reputación de una mujer eran turbias, lo que las hacía fáciles de quebrar. Con una familia tan poderosa como la de Blackwell, bastaría con lograr que Graham se quedara a solas con ella y arreglar que alguien los «descubriera». En un castillo del tamaño de Cairndale era sencillo. Más aún si Sybil ayudaba.

Suspiró.

—Si gritara «¡traición!», aunque él no hubiera hecho nada, quizá lo obligarían a casarse.

—Y sería una lástima —asintió Duncan—. No imagino dos personas menos compatibles en la tierra.

Cait tuvo que concederle razón. Miró el chaleco donde guardaba a buen recaudo el anillo. Había demasiadas cosas que no

entendía. ¿Por qué la había afectado tanto? ¿Por qué el cuerpo se le encendía cada vez que Blackwell estaba cerca?

Nunca se había considerado especialmente sensual, pero cada minuto con él parecía demostrar lo contrario. Tenía que averiguar más: qué era ese anillo y qué significaba. Y quién era en realidad Graham Blackwell.

—Muy bien —se oyó decir—. Mañana vendrá a montar. Veré si se queda también a comer algo.

—¡Gracias, Cait! —El rostro de Duncan se iluminó—. No te arrepentirás.

Cait no estaba tan segura. Solo sabía que jamás había temido nada como aquel anillo talismán. Excepto, quizá, al propio Graham Blackwell.

# Capítulo 8

-¡Ahí está! —exclamó Sybil.

Priscilla corrió hacia la ventana y casi empujó a Sybil a un lado con tal de ver.

—¡Ya era hora! Lleva una hora fuera.

—Sí.

Una chispa de satisfacción cruzó el rostro de Priscilla mientras observaba a Graham.

—Es magnífico. Formaremos una pareja estupenda: él, moreno; yo, rubia.

Sybil sonrió.

—Es muy presentable.

—¿"Presentable"? Es mucho más que eso —Priscilla comenzó a alisarse el vestido—. ¿Qué tal estoy?

Sybil admiró su elección. El conjunto, crema sobre blanco, llevaba encaje denso color marfil sobre una seda interior nívea. Entre el encaje, pequeñas flores azul pálido y rosa, con hojitas verde agua que daban toques de color. El efecto era de delicadeza feérica, realzado por los tonos rosados y dorados de Priscilla. Y, en verdad, si una no miraba demasiado de cerca sus ojos, parecía fresca, inocente y dolorosamente hermosa.

Priscilla se acomodó el cabello. Lo había recogido en un moño sencillo que alargaba la línea del cuello y realzaba la curva de los hombros. A juicio de Sybil, nunca había estado tan perfecta.

Solo cabía esperar que bastara. Por algún motivo, Graham Blackwell no se había mostrado tan entusiasmado con Priscilla como pensaban. Oh, había sido amable, la había colmado de elogios y le había prestado atención; pero también incluía a Sybil en conversaciones de las que Priscilla, a todas luces, deseaba excluirla. Todo resultaba confuso. ¿Le gustaba Priscilla? ¿O solo estaba siendo cortés?

Unos pasos resonaron en el pasillo.

—¡Rápido! —apremió Priscilla, dejándose caer junto al fuego. Tomó el bastidor de bordado y arregló la falda—. ¡Llegará en

cualquier momento!

Sybil se sentó enfrente y aguardaron. Los pasos se acercaron… más y más… se detuvieron ante la puerta… y empezaron a alejarse.

—Maldición —murmuró Priscilla—. ¡Creí que tu lacayo lo traería aquí!

Sybil se levantó.

—Espera. Iré a buscarlo yo misma.

Se alisó la muselina rosa y abrió la puerta. No era Graham quien se alejaba, sino Duncan. Se volvió al oírla y se detuvo con un pie en el primer escalón. Sonreía, pero al verla la sonrisa se desvaneció.

A Sybil le dolió el corazón. Tiempo atrás, él se iluminaba en cuanto ella entraba. Tragó la decepción e hizo una rápida reverencia.

—Milord.

Él asintió, el hermoso rostro serio.

—Esposa.

Su mirada resbaló hacia la puerta entreabierta.

—¿Cómo va tu campaña?

—Mejor que la tuya, me atrevería a decir. Lo sabrías si desayunaras a una hora decente. Ni tú ni nuestro invitado estabais allí.

Una leve suficiencia le cruzó la expresión.

—Blackwell y yo acordamos comer antes de lo habitual para salir a cabalgar. Luego se fue a visitar a Cait.

—Deberías habérmelo dicho —replicó Sybil, y se mordió por dentro al oírse petulante.

Duncan dejó ver los dientes y se le arrugaron los ojos, esa combinación que siempre la empujaba a devolverle la sonrisa. Era un hombre apuesto. No muy alto —detalle que a Sybil le gustaba, porque las estaturas imponentes la abrumaban—, ágil y encantador. Una mezcla letal, a su juicio.

Se descubrió echando de menos los desayunos juntos y sus visitas a su alcoba… Las lágrimas amenazaron. Para ocultar la angustia, dijo:

—Priscilla y yo aguardábamos a Blackwell. Acabo de verlo en el patio.

—Me temo que perderás esa apuesta antes de empezar. Parece bastante prendado de Cait.

Sybil se tensó.

—Por supuesto que no. De hecho…

Volvieron a sonar pasos, esta vez más lentos y arrastrados. El lacayo anciano condujo a Graham escaleras abajo. Él se inclinó al ver a Sybil.

—Me han dicho que me esperabais.

Ella sonrió y posó la mano en su brazo.

—Así es. Pasad, por favor. Priscilla y yo queremos vuestra opinión sobre algo.

Lo condujo hasta el salón. Desde el rellano, Duncan alcanzaba a ver a Priscilla junto a la chimenea con una expresión de ingenua inocencia. Maldita sea, estaba preciosa. Más que preciosa. Pensó en Cait aquella mañana, con su vestido sencillo y el pelo apenas revuelto, y frunció el ceño. Tendría que hacer algo, y pronto.

Se le encogió el ánimo al notar el brillo de admiración en los ojos de Graham al mirar a Priscilla. No había justicia en este mundo.

Justo antes de cruzar el umbral, Graham se volvió hacia Duncan con una mirada interrogante.

—¿Vienes?

—¡No, no! ¿Nos vemos dentro de una hora para el billar?

—Por supuesto. Espero que estés preparado para volver a perder.

Con una sonrisa, Graham siguió a Sybil al interior. Cuando ella iba a cerrar, su mirada se cruzó con la de Duncan y, por un instante, un silencio tenso los anudó. Duncan no había deseado nada más que dejar a un lado la prudencia y el orgullo y reclamarla para sí. ¿Qué haría ella si la alzaba al hombro, la llevaba a su habitación y se encerraba con ella una semana?

El impulso era casi irresistible. Pero antes tendría que prometer algo que no sabía si podía cumplir. Dejó que las palabras murieran en la lengua. La mirada de Sybil vaciló y cayó. Los hombros se le encogieron; se volvió y cerró la pesada puerta.

Refunfuñando para sus adentros, Duncan subió las escaleras, esperando contra toda esperanza que Graham fuese más duro de pelar que la mayoría.



A la mañana siguiente, Graham pasó un extremo de la corbata sobre el otro y lo retorció en un nudo intrincado. Tardó casi quince minutos, pero, al terminar, lucía una fabulosa creación conocida como la «matemática».

Bentley, su ayuda de cámara, observaba a una distancia respetuosa, en silencio absoluto. Cuando Graham terminó, lo miró divertido.

—Puedes hablar, ¿sabes? No necesito silencio para atarme la corbata.

—Dicen que Beau Brummell exigía callar, y que el más mínimo ruido le provocaba un ataque —resopló Bentley.

—Brummell era un necio. Un necio bien vestido, pero necio al fin —Graham hizo el último ajuste—. Ya está. ¿Qué tal?

—Magnífico, señor. Simplemente magnífico —apreció la obra un instante más y, tras asentir levemente, tomó el abrigo que acababa de cepillar—. Lástima que ayer por la mañana se llenara de polvo.

—Estaba montando. Eso les pasa a mis chaquetas de montar cuando las uso.

—Ha montado antes, pero nunca le había visto levantar tanta polvareda.

—Porque cabalgué por el bosque, no por un parque elegante con senderos cuidados.

Bentley frunció la nariz.

—Qué descuido por parte de lord Fairfax no tener un parque para su entretenimiento.

—Se lo diré de tu parte.

—Por favor, hágalo. De lo contrario, me veré obligado a compartir mi opinión con el mayordomo principal, con la esperanza de que se lo cuente a la segunda doncella que, según me han informado, se acuesta con el ayuda de cámara de Su Señoría. No me agradaría que a lord Fairfax le llegara mi parecer de forma tan… laberíntica.

—Considéralo hecho —Graham hizo un gesto con la mano.

—¿De verdad lo haría, señor?

—Por supuesto. Nunca hay que pedir a un sirviente lo que uno no está dispuesto a hacer. Puede que algún día quiera que difundas algún chisme por mí.

El ayuda de cámara soltó un resoplido, con las finas fosas nasales dilatadas.

—Supongo que lo siguiente será ofrecerse a planchar sus propios chalecos. Qué dicha para mí.

—No iría tan lejos.

—Entonces, ¿he de entender que, a cambio de mis servicios adicionales, solo me exigirá tareas como propagar rumores y, si me apura, hacer llegar alguna nota de cita, y no menesteres como lavar ropa, alisar las arrugas de sus camisas o lustrar sus botas?

—He de dejarte algo que hacer. De lo contrario, podrías caer en la cuenta de que no te necesito y perderías el puesto.

—No me tiente, señor. El duque de Claridge lleva años solicitando mis servicios.

—¿Ese palurdo venerable? Serías desgraciado. No se viste: se enfunda la ropa. Además, sé de buena tinta que tiene sus fondos inmovilizados en la Bolsa y paga con tacañería a sus criados.

—Entonces, el vizconde Addinton. Da buena impresión.

—Cuando no está borracho. Si ese es el camino que deseas, te deseo fortuna.

Graham sabía que Bentley no lo dejaría: se tenía a sí mismo en demasiada estima como para servir a alguien con menos estilo.

Además, cobraba generosamente y tenía poco de qué quejarse.

Echó un vistazo a la habitación a la que Bentley acababa de trasladarlos. El ayuda de cámara había llegado al día siguiente que su amo y obraba un pequeño milagro en una de las estancias menos húmedas. El polvo, la suciedad y el aire lúgubre habían desaparecido. Sábanas y colcha, limpias y frescas. Incluso la alfombra parecía de un tono más vivo que en el resto del castillo.

Bentley valía su peso en oro. Graham tomó los guantes y se los guardó en un bolsillo.

—Voy a dar un paseo con la señorita Cait.

—¿Cat, señor?

—La señorita Caitlin Cameron. Cait.

—Ah. La media hermana de Su Señoría.

—¿Has oído hablar de ella?

—Por supuesto, señor. He oído todo acerca de la señorita Cameron y de la señorita Spalding.

Graham miró hacia la mesita de noche, donde había dejado el anillo el día anterior. Frunció el ceño.

—Creía haberlo puesto en el candelabro. ¿Lo has movido?

La mirada de Bentley siguió la suya. El anillo ya no estaba dentro, sino apoyado al lado.

—No, señor. No he tocado nada.

Graham se acercó, lo tomó y lo sopesó.

—Quizá lo olvidé. Guárdalo en un lugar más seguro.

—Por supuesto, señor —Bentley lo dejó en una caja con los alfileres de corbata—. Ya está. Menos mal que no cree en el poder del anillo, porque circula el rumor de que ha venido a Cairndale a conocer a su futura esposa.

—¿Qué has oído exactamente?

—Que hay apuestas sobre a quién elegirá, si a la señorita Cameron o a la señorita Spalding. El salón de criados se inclina claramente por la señorita Spalding.

Graham frunció el ceño.

—No me inclino por ninguna. No deseo casarme. Justo por eso estoy a punto de salir del castillo. Menos mal que hoy veré a Cait, porque, de otro modo, no sé si escaparía al hechizo de Priscilla.

—Conozco muy bien sus sentimientos respecto al matrimonio, señor. Traté de informar al resto del servicio, pero me temo que

llegué demasiado tarde para influir en sus cábalas.

Le molestaba que los criados especularan sobre su futuro.

—Son un nido de chismosos.

—Más bien anticuados, señor. Me siento como si hubiera entrado en un mundo plagado de gota y con una inquietante fascinación por las ventosidades —Bentley echó un vistazo a la sala verde, aún lejos de sus estándares—. Intentaré organizar mejor su habitación hoy, aunque no albergo muchas esperanzas.

—Ya has hecho milagros —concedió Graham.

No había gran cosa que remediar en la chimenea humeante o en las paredes manchadas, pero el cambio era notable. Consultó el reloj de bolsillo y se sobresaltó: llegaría tarde si no partía de inmediato. Solo faltaba salir sin verse obligado a rendir homenaje otra vez a la hermana de Sybil.

—No me esperes hasta el anochecer.

—Espero que su caballo mantenga el ritmo.

—Espero mantenerlo yo —replicó Graham con una sonrisa.

Se caló el sombrero y salió. Bajó a toda prisa las escaleras y alcanzaba la entrada principal cuando se abrió una puerta del gran

salón. Sybil apareció en el umbral.

—¡Ahí está, señor Blackwell! —lo detuvo, entrecortada.

Graham reprimió la impaciencia.

—Buenos días, milady Fairfax.

—Me alegra haberlo encontrado. Priscilla y yo hablábamos de lo placentero que sería que nos visitara.

—Estoy a punto de salir, así que solo puedo quedarme unos minutos.

La siguió al salón y saludó a Priscilla con una reverencia. Ella estaba junto al pianoforte, sosteniendo unas partituras, tan hermosa y resplandeciente como el día anterior. Graham sabía lo que eso anunciaba: deseaba tocar para él como prueba de su esmerada educación. Todas las jóvenes aprendían lo mismo. Una verdadera lástima.

—Ahí está —lo recibió Priscilla con voz cálida y una sonrisa.

—Aquí estoy.

—Viene vestido para montar.

—Así es.

Ella rió, suave.

—Perdón. No quería señalar lo obvio. ¿Adónde cabalgará hoy?

—Al bosque.

Se preguntó si la risa de Cait sería tan seductora como aquella; había visto su sonrisa, pero aún no la había oído reír. Decidió remediarlo ese mismo día.

—Qué delicia —exclamó Priscilla—. Me atrevo a decir que allí el aire será fresco y agradable.

Se sentó al pianoforte, dejando a su hermana el peso de la conversación. Graham le reconoció el mérito: sabía lo que hacía. No lo presionaba, solo marcaba su presencia como compañía grata y hermosa. Precisamente por eso no pensaba dedicarle más de un minuto, no mientras el anillo siguiera en su poder.

Si esperaba a que empezara a tocar, quedaría atrapado una hora. Así que, tan pronto como pudo, se excusó y se marchó.

Al cruzar el zaguán, los pasos se le hicieron más ligeros y la sonrisa, genuina. Para no alimentar una pasión innecesaria por Priscilla, pasaría el resto del día empeñado en sonsacar besos a la mujer menos deseable de Escocia.

Un plan perfecto. La sonrisa se le ensanchó y, con el ánimo renovado, abandonó por fin Cairndale y se internó en los bosques.



Simon se asomó por la ventana.

—¿Señorita Cait?

Cait levantó la vista desde el escritorio de la sala principal, donde revisaba con esmero los libros de contabilidad.

—¿Sí?

—¿Desea ver el nuevo envío de vidrio?

—¡Por supuesto! Iré en un momento.

Simon asintió y retiró la cabeza.

Cait volvió a mirar las cuentas. Trataba de mantenerse ocupada para no pensar en Blackwell y en su sonrisa devastadora. Detestaba llevar la contabilidad, pero era una tarea absorbente… o debería serlo. No funcionó. Llevaba una buena hora mirando por la ventana y garabateando caballitos que representaban su próximo paseo con Blackwell.

Suspiró, guardó la pluma y cerró los libros. Era agradable tener algo que esperar que no fuese trabajo. No es que no amase la

cristalería, pero había algo especial en ser cortejada.

En realidad, no le había faltado la atención masculina. Duncan tenía suficientes amigos de Edimburgo como para que ella hubiese estrechado más de una mano… y propinado más de una patada en la espinilla. Como al señor Blackwell. Pero ninguno la había cortejado de veras: nadie se había tomado el tiempo de conocerla, de preguntarle nada, ni siquiera algo tan simple como ofrecerle dar un paseo…

Suspiró de nuevo y se encaminó a la puerta. La invitación de Blackwell había sido tan inesperada, tan… grata. Y, aunque sabía que debía haberla rechazado, también sabía que se habría arrepentido. Sospechaba que, en parte, se debía a los ojos azules del caballero: tenían una manera de mirarla como si lo entendiesen todo, una curiosa empatía en alguien tan obviamente mimado por la vida.

—Hmph —masculló al salir—, seguramente aún está en su habitación, sentado en la cama, esperando a que su ayuda de cámara acuda a vestirlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Douglas desde la caja del carro. Era la mano derecha de Simon y tan desconfiado como los demás.

Ella se sonrojó.

—Nada. Hablaba conmigo misma.

—Es una mala costumbre —asintió Simon.

—Desde luego —concedió—. Por fortuna, solo me ocurre cuando enfrento circunstancias extremas. —Antes de que añadieran nada, cortó—: ¿Ha llegado bien el cristal nuevo?

Simon se animó.

—Por supuesto, señorita Cait. Donald nos consiguió un buen precio. —Desató la lona, la levantó y, satisfecho, se apartó—: Apuesto a que nunca ha visto un azul más bonito.

Ella se inclinó sobre el borde del carro y pasó un dedo por la gran plancha. Era un azul intenso, profundo. Simon tenía razón: era precioso. Le recordó, no obstante, otro azul igual: el de los ojos del hombre que la había abrazado hacía menos de una semana.

—Es un color magnífico.

—Es bonito —gruñó Douglas—. A mí me gustaría ver más vidrio verde, pero eso es otra cosa.

—Necesitamos más verde si queremos completar el nuevo pedido —advirtió Cait.

—Sí, y habrá que encontrarlo pronto —asintió Douglas—. Se avecina lluvia y los caminos se pondrán imposibles. El hombre de la señorita Spalding dijo que la calzada hacia Sterling está anegada.

Cait intentó mostrarse indiferente.

—Había oído que la señorita Spalding está en Cairndale.

—Llegó a principios de semana. Al principio no creí que fuese a quedarse, porque no descargó los baúles. Me atrevo a decir que los criados de Cairndale se alegraron de verla partir. Pero cambió de idea y puso todo patas arriba, mandando este baúl aquí y aquel allá. Incluso hizo que Janie lavase las sábanas de su cama, diciendo que estaban polvorientas.

—Probablemente lo estaban —respondió Cait, distraída.

Simon volvió a cubrir el cristal.

—La señorita Spalding ha sido problemática desde que se puso sus primeras enaguas. Espero que te mantengas lejos de ella. No hay motivo para provocarla; sería como meter un palo en un panal. Seguro que te pican.

—Por supuesto que me mantendré lejos. Para empezar, no tengo razón para hablar con ella.

Si ese era el tipo de mujer que admiraba Graham Blackwell, que se la quedase. Priscilla era hermosa, sin duda, pero no particularmente agradable. Al menos no para Cait. Siempre había tenido cierto aire de superioridad, como si fuese consciente de su belleza y la valorase por encima de todo.

—¿Guardamos el cristal? —preguntó Simon, calzándose los guantes de cuero.

—Sí —asintió ella.

—Muy bien, señorita Cait.

Él y los demás subieron a los asientos y condujeron el carro hacia el taller. Cait entró en la casa y alzó la vista al reloj sobre la repisa de la chimenea.

¡Dios mío! ¿Dónde se había ido la mañana? Blackwell llegaría en breve y todavía llevaba ropa de trabajo. Recogió los libros y subió a toda prisa con las botas puestas. Se detuvo en el cuarto peldaño: Annie estaba a medio tramo, con desaprobación en sus claros ojos grises.

—¡Qué vergüenza, señorita Cait! —frunció el ceño—. Va a destrozar la alfombra con esos zapatos.

—Lo siento —murmuró, aminorando el paso y subiendo el resto con aparente calma. Era difícil moverse con tanta moderación cuando, segundos antes, había volado escaleras arriba; aun así, logró dar tres o cuatro pasos más o menos femeninos hasta que Annie desapareció de su campo de visión.

En cuanto la ama de llaves dejó de verla, Cait se quitó las botas, se recogió la falda y corrió descalza hasta su cuarto, resbalando al tomar la puerta.

Sobre la cama yacía un hábito verde esmeralda, extendido en todo su esplendor. Cait tuvo que detenerse antes de tocarlo solo para admirarlo otra vez.

—Es un color precioso para usted, señora —dijo Annie, que la había seguido—. Verde intenso y con un corte muy elegante. Estará guapísima.

Cait se sonrojó.

—Gracias.

Era la única prenda que había conservado del generoso guardarropa que Duncan encargó. Principalmente, porque le encantaba montar. A caballo, volando por el sendero, se sentía ligera, esbelta, hermosa.

—Será mejor que se dé prisa —apremió Annie—. O Su Señoría llegará antes de que esté lista.

—No es un lord.

—Och, lo parece. Deberían llamarlo Lord Guapo. Ahora venga, que hay que vestirla.

Más tarde, Cait se miró al espejo. Annie tenía razón: el hábito le sentaba como un guante. El estilo, sencillo, casi severo, la favorecía. La chaqueta seguía la línea de los hombros, descendía en ángulo hasta la cintura y remataba en la cinturilla. Las mangas, largas y estrechas; las faldas, amplias sin exceso, para acomodarse a la silla de montar a la amazona.

Lo único frívolo era una corbata blanca almidonada que llenaba el hueco del cuello y un pañuelo igualmente blanco que le cubría un hombro. Aquellos toques tenían un propósito: realzar las curvas del busto. Cait frunció el ceño. Tenía más curvas de las que le correspondían, y eso complicaba encontrar ropa bien cortada.

—¿Y bien? —preguntó.

Annie suspiró con una sonrisa que revelaba su exasperación cariñosa.

—Pienso lo mismo que hace dos minutos. Está hecha un ángel. Si no me cree, pregúnteselo a los muchachos. Ellos le dirán lo que piensan, le guste o no.

Era verdad.

—Gracias, Annie.

Le dio un beso rápido en la mejilla, tomó el sombrero y bajó al trote hasta el taller. Se detuvo ante la puerta ancha, respiró hondo para armarse de valor. Del interior llegaba el murmullo cálido de voces masculinas entre golpes, bromas y pullas.

Cait acarició con los dedos el paño rígido del hábito. Quizá no debería preguntarles qué pensaban. No estaba segura de que ese tipo de ropa atrajera a un hombre. Tal vez debía ponerse el traje negro: no le quedaba tan bien, pero era de corte más moderno.

Tomó aire y cruzó el umbral.

—Tengo una pregunta —anunció, esperando a que todas las miradas recayesen en ella. Abrió los brazos—: ¿Qué opináis?

Reinó el silencio, salvo por el crepitar del fuego en la gran chimenea.

Por fin, Simon dejó el torno con el que alisaba una tabla. Se frotó la nariz con un dedo grueso y la examinó.

—Vaya, muchacha. Estás estupenda.

Donald asintió deprisa.

—Sí. Y… ah… el pelo también está muy bien.

Lanzó una mirada nerviosa a Will, que cebaba el fuelle de soldar. Le señaló a Cait con la barbilla.

Will frunció el ceño; las mejillas pesadas le temblaron. Era enorme, más de metro ochenta, con brazos tallados a golpes de fragua. Parpadeó, confuso, hacia Donald, que seguía indicándole a Cait.

—¿Qué?

—Es Cait —insistió Donald—. Quiere saber qué pensamos.

—¿De qué? —Will estaba perdido.

—Del pelo.

Will la miró entornando los ojos, pensativo.

—Hum… bueno, no parece muy distinto a la última vez. Al menos yo no diría que…

—Will —murmuró Simon, con el ceño hondo.

El grandullón se limpió las manos en la bata de trabajo, resignado.

—¡Ay, no sé qué esperáis que diga! —y, más directo, a Cait—: Señorita, está preciosa, se haga lo que se haga en el pelo.

Cait suspiró.

—No me he hecho nada en el pelo.

—¡Ajá! —Will miró a Simon y a Donald, indignado—. ¡No se ha hecho nada en el pelo!

—La he oído —chistó Donald, perplejo hacia Cait—. Entonces… ¿qué te has hecho?

Simon cruzó los brazos, estudiándola como un acertijo.

—Si hay algo que sé de las mujeres es que les encanta preguntarte qué opinas de su nuevo peinado o de sus nuevas prendas.

Alistair se frotó la barbilla, rozando los bigotes rubios.

—Quizá sean las botas.

Siete pares de ojos bajaron a los pies de Cait.

Ella dejó caer los brazos.

—Por el amor de Dios: no es el pelo ni son las botas. —Ante las miradas cada vez más desconcertadas, cedió—: Es el traje de montar. ¿Os gusta?

Neal echó una ojeada discreta y sentenció:

—¿Es nuevo? Qué bonito.

Ella dio una patadita en el suelo.

—¡No! Es el de siempre, pero lo mandé limpiar y planchar.

Todos parecieron aliviados.

—¡Está limpio! ¡Por supuesto! —exclamó Simon.

—Esa era mi siguiente suposición —sonrió Donald.

—Calla —le atajó Will con severidad—. No ibas a decir nada del traje y lo sabes.

—Sí iba a hacerlo —se sonrojó Donald—. Si no era el pelo ni eran las botas, tenía que ser el traje. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Donald tiene razón —concedió Neal, muy serio.

—Silencio —zanjó Hamish con su tono tranquilo—. La señorita Cait está preciosa con su traje. Y eso es lo único que necesita oír de

nosotros.

Los demás asintieron. Simon, aliviado de que el momento hubiese pasado, remató:

—Ahí lo tiene, señorita Cait. Todos convenimos en que está maravillosa.

Cait no pudo evitar sonreír. En los últimos años, aquellos hombres se habían convertido en su familia y los quería. Era admirable cómo cada uno contribuía a la vida y al sustento de la casa. Tras años de práctica, Simon esmaltaba mejor que ella, con mano suave. Donald y Hamish tenían un pulso para la soldadura que la dejaba boquiabierta. Alistair sabía exprimir al máximo cada panel. Neal era una maravilla grabando, y la capacidad de Douglas para trazar y replicar un diseño resultaba casi sobrenatural: le bastaba una mirada para reproducirlo. Y la pericia de Will con la madera creaba marcos que unían la belleza del vidrio con la funcionalidad que exigían los clientes.

Aun así, por mucho talento que tuviesen, ninguno tenía su ojo para el diseño ni su comprensión del color, aunque se había desvivido por explicárselo una y otra vez. Era la suma de todas

aquellas habilidades lo que hacía su trabajo tan inusual, tan exquisito.

Un ruido en el exterior los interrumpió. Simon se acercó a la ventana, frunciendo el ceño.

—Ahí está otra vez ese sassenach. ¿No tiene nada mejor que hacer que venir aquí?

—Ha venido a verme. Vamos a montar.

El cálido resplandor de aprobación se esfumó tan pronto como había llegado.

—¿Vas a montar? —se le escapó a Donald—. ¿Con un sassenach?

—Con un invitado de Duncan —replicó Cait, a la defensiva—. Además, voy a montar su caballo castrado.

—El animal es una preciosidad —admitió Simon—, pero espero que tengas cuidado. No me fío de ninguno de los invitados de lord Cameron, y menos de los sassenach.

Cait se colocó el sombrero ladeado con aire alegre y se dirigió a la puerta.

—Tendré cuidado, Simon. Te doy mi palabra.

—Como si fueras a recordarlo en cuanto te pongas a retozar con el sassenach —gruñó.

—Prometo no dejar que el "retozar" se me suba a la cabeza. —Sonrió a los muchachos—. Vuelvo pronto y nos ponemos con los diseños de las ventanas de esa iglesia de Londres. Tengo una idea para un panel que os dejará sin aliento.

Se despidió con la mano y salió casi danzando, cerrando la puerta tras de sí.

# Capítulo 9

Todas las miradas se clavaron en la puerta cerrada.

Simon se pasó la mano por el cabello, preguntándose qué debía hacer. No confiaba en el sassenach. En realidad, no confiaba en ningún hombre cerca de la señorita Cait.

Donald frunció los labios.

—¿Soy yo o la señorita Cait está actuando un poco extraña?

—Yo pensaba lo mismo —asintió Neal.

—Y yo —secundó Hamish.

Los demás murmuraron su acuerdo.

Simon alzó una ceja hacia Donald.

—Yo diría que está actuando muy extraña. Y todo tiene que ver con ese Blackwell.

—No puede ser otro —dijo Donald.

—¿Has hablado con él? —preguntó Neal.

—No —negó Donald—, pero Annie sí. Aunque no sé de qué le habrá servido. Dijo que era un sassenach muy guapo. No paró de hablar de sus ojos azules hasta que casi vomito la comida.

—Sassenach —escupió Simon.

Los demás asintieron con seriedad. El silencio se adueñó del taller. Una cosa era que la señorita Cait tuviera un pretendiente —Dios sabía que era una mujer atractiva y, a veces, necesitaba una mano firme—. Pero que fuese un sassenach… eso era distinto. Habría que vigilarlo de cerca.

Simon flexionó los hombros.

—Diré esto: si parece que está pasando algo impropio, echaremos un vistazo a ese hombre. Quizá lo invitemos a una reunión.

Donald se animó.

—Es una buena idea. Pero… ¿y si no nos gusta?

Neal se frotó la nariz.

—Entonces nos aseguraremos de que la señorita Cait lo sepa. Lo que haga después… será cosa suya.

Los demás asintieron, murmurando su conformidad.

Más tranquilo, Simon se puso en pie y descargó un puñetazo suave sobre la mesa.

—Bien, entonces. Cuando llegue el momento, veré si podemos convencer a Su Señoría para que se una a nosotros para una breve conversación.

—Pero… —Hamish frunció sus cejas rubias—. ¿Y si no quiere venir a vernos? Es un hombre rico y bien posicionado, y nosotros solo somos aprendices.

Simon lo meditó un instante y negó con la cabeza.

—No os preocupéis por si se niega; puedo ser muy persuasivo. De verdad que puedo.

Una lenta sonrisa recorrió la estancia. Neal tomó el martillo que había dejado cuando Cait entró.

—Entonces queda decidido. Si las cosas se descontrolan, Simon irá a buscar al sassenach y le haremos una prueba para la señorita Cait, quiera él o no.

Graham no estaba muy seguro de qué esperar del viaje… y, más tarde, se diría que quizá era mejor no albergar más expectativa que la de escapar de la presencia empalagosa de Priscilla. Sin embargo, el día se convirtió en una sucesión de sorpresas, casi todas relacionadas con Cait.

La primera llegó al verla. Cait estaba tentadoramente hermosa, incluso más que antes. Tal vez fuese el hábito verde, que se ceñía a sus curvas como si estuviese pintado. O el cabello recogido, que despejaba el rostro y realzaba la nitidez de sus rasgos. Fuera lo que fuese, había en Cait Cameron algo que lo atraía de forma irrefrenable. Priscilla podía ser encantadora en el sentido más convencional, pero Cait le sugería sábanas enredadas, piel húmeda y placeres delirantemente terrenales.

Por más vueltas que le dio, no supo precisar qué poseía ella para volver lascivos sus pensamientos al instante. No era una actitud descarada ni insinuante. Era la curva de la mejilla, la plenitud de los labios, la redondez de las caderas. Todo le decía que, si alguna vez

tenía la fortuna de ganarse el acceso a aquella cama tan bien defendida, no lo olvidaría jamás.

De ahí la segunda sorpresa del día: desde el momento en que la vio cruzar el claro, su cuerpo reaccionó. Y no solo entonces. Durante el resto de la jornada bastaba posar la mirada en las caderas de Cait, balanceándose en la silla delante de él, para que su virilidad se endureciera al instante.

Jamás había sentido tal lujuria por una mujer. Quizá fuese una ventaja, porque desvanecía el recuerdo de Priscilla hasta hacerlo casi inexistente. Pronto comprendió que, estando cerca de Cait Cameron, pensar en otra era imposible: era vibrante, franca, distinta a cualquiera que hubiese conocido.

La tercera sorpresa fue menos espectacular, aunque más desconcertante. Pese a la fuerte atracción que lo dominaba, parecía del todo unilateral. Él era quien lanzaba miradas furtivas, buscando atraer su atención, y se sentía desolado cuando ella ni reparaba en él. Cait estaba absolutamente absorta en la experiencia de montar a Thunder, hecho que le resultó algo insultante.

Cabalgaron casi veinte minutos sin cruzar palabra. El orgullo de Graham se resintió. No estaba acostumbrado a ser desairado. Una

parte de él admitía que no era deliberado y que, en justicia, él había bailado con innumerables señoritas para olvidar luego sus nombres. Eso no hacía la experiencia menos molesta.

Decidió que ya era suficiente; espoleó levemente a su montura hasta que Cait lo miró. Ella parpadeó, sorprendida, y sonrió, dejando ver los dientes blancos entre los labios. La irritación de Graham se evaporó al instante cuando ella detuvo al caballo.

—¡Qué caballo tan precioso! —exclamó radiante—. ¿Dónde lo conseguiste?

—En Italia. Mi hermano trata con un criador. Cuando el hombre no pudo pagar, le ofreció enviarle el caballo para saldar la deuda.

Cait se inclinó para acariciar el cuello de Thunder.

—¡Tu hermano es digno de elogio! No sé cuánto le debía el comerciante, pero Thunder valía cada guinea.

Graham, al mirarla, habría pagado el doble con tal de que aquella sonrisa fuese para él y no para el caballo.

Se preguntó si Priscilla sabría montar y, de ser así, cómo se compararía con la facilidad con que Cait guiaba a Thunder. Ninguna mujer que conociese tenía un asiento tan seguro, y desde luego ninguna manejaría a Thunder con tanta soltura.

—Hacía mucho que no montaba así —suspiró Cait, feliz—. Me temo que he sido grosera dejándote atrás.

—Tonterías. Trusty y yo nos arreglábamos bien solos —admitió, reconociendo que ella le había cedido un bayo excelente a cambio de Thunder. No igualaba su velocidad, pero tenía la boca limpia y el paso firme—. Es un buen animal.

—Trusty es de mis favoritos —concedió—, aunque temo que montar al tuyo me ha malacostumbrado. Ahora tendré que vender el resto.

—¿Cuántos tienes?

—Más de los que debería —sonrió con un deje de culpa, colocándose un mechón tras la oreja—. Me sentí muy decadente al empezar a comprarlos, pero puedo permitírmelos, así que… ¿por qué no?

—¿Por qué no? —asintió él.

—Además, tener que alimentarlos me levanta de la cama a la misma hora que los muchachos. Es un incentivo magnífico.

Graham rió por lo bajo. Nunca había tratado con una mujer que se ganase la vida por sí misma. Antes de conocer a Cait, habría supuesto que una mujer dedicada al comercio sería dura y poco

femenina. Descubría, en cambio, que le confería un agradable halo de seguridad.

—¿Y tú? —preguntó ella, curiosa, con la piel suave iluminada por los rayos que se filtraban entre las ramas—. ¿Cuántos caballos tienes?

No lo sabía con certeza.

—Muchos más de los que montaré jamás.

—Yo también. Pido a los muchachos que los ejerciten cuando pueden.

—¿«Los muchachos»? —sonrió él—. ¿Así los llamas?

—Sí. Eso son.

—¿Incluso Simon?

—Es el mayor de los chicos —concedió, divertida—. Y, como tal, está a cargo de muchas cosas.

—Incluida tu virtud.

La sonrisa se le borró.

—De mi virtud me ocupo yo.

—Creo que Simon no estaría de acuerdo. Me fulmina con la mirada cada vez que nos cruzamos.

—Es su forma de ser.

—Hum —replicó, sin convencerse. Reconocía un desafío cuando lo veía y, como hermano, conocía bien las actitudes protectoras—. Si algún día decidieras que necesitas a alguien que vele por tu virtud, él sería excelente elección. —Miró alrededor. Estaban en un camino amplio y transitado—. ¿Adónde vamos?

—Este sendero lleva al pueblo. A la derecha hay otro que baja a un arroyo. Podemos abrevar allí a los caballos, si te parece.

—Excelente.

La siguió por la vereda estrecha hasta que el murmullo del agua se hizo audible. Ya junto a la orilla, desmontó y ató a Trusty a una rama baja. Se acercó a Cait justo cuando ella recogía las faldas para bajar. Le tendió la mano.

—Gracias, pero no necesito ayuda —rehusó. Subía y bajaba del caballo cuatro o cinco veces al día; le molestaba la idea de no poder hacerlo sola.

—Qué pena —replicó, abriendo los brazos—. Porque insisto.

Ella vaciló. Mientras dudaba, él dio un paso y le rodeó la cintura con las manos, la alzó con facilidad, como si no pesase nada… y no la soltó. Sonreía. Las manos, cálidas a través del hábito. La boca, a un suspiro de la suya. Si quisiera besarlo, bastaría ponerse de puntillas y…

Para su disgusto, el cuerpo respondió, ablandándose. Con aquella sonrisa pícara y el cabello negro, era un hombre arrebatador. Y, a diferencia de tantos visitantes empeñados en engañarla hasta llevarla a la cama, este desconocido de ojos brillantes no intentaba retenerla contra su voluntad. Estaba segura de que, si se movía, él apartaría las manos sin forzar nada. Ese conocimiento la mantuvo quieta, disfrutando de la sensación casi olvidada de unas manos masculinas en su cuerpo. Una sensación que había tratado de enterrar.

Graham mostró un hoyuelo en la mejilla.

—¿Sabes en qué estoy pensando?

—¿En qué?

—Que hueles tan bien como eres guapa. A días templados de verano y a bollos calientes con mantequilla.

Aquel hombre parecía hecho de palabras: unas suaves, otras urgentes, otras divertidas, todas seductoras. Por primera vez desde que aceptó montar con él, una alarma genuina le apretó el pecho. Maldición. No debería haber accedido a ayudar a Duncan a mantener a Graham alejado del castillo.

Como si adivinase su inquietud, él le apartó un mechón de la frente con un gesto suave. Los ojos se le oscurecieron.

—También pienso en otra cosa.

—¿Que tienes hambre y deberías marcharte en seguida a casa? —aventuró ella, esperanzada.

Él rió por lo bajo.

—No. Aunque la palabra «apetito» sí me ha cruzado la mente.

Cait se sonrojó.

—Ya basta, señor Blackwell.

—¿Lo dices en serio?

Se humedeció los labios. Si era sincera, reconocería que le gustaba sentir aquellas manos en la cintura.

—¿Qué hay de malo en que te abrace? —preguntó él, como si leyera su pensamiento.

Lo meditó. ¿Por qué no disfrutar, sin más, de unas manos en su cintura?

Se obligó a relajarse un poco.

—Supongo que nada. Es solo que estoy acostumbrada a que otros me dicten lo apropiado.

—La sociedad es una amante caprichosa.

—Es cruel —dijo, recordando el peso entero de la desaprobación sobre su espalda.

Él apretó apenas y la acercó, rostro a un suspiro, mirada intensa.

—Escúchame. Cuando tú y yo estamos solos, no existe la sociedad. No existe Cairndale. No existe Simon. Solo Graham y Cait. ¿Crees que podrás recordarlo?

En su mirada había sinceridad… y algo más. Cait se mordió el labio.

—Señor Blackwell, tengo que hacerle una pregunta.

Él alzó las cejas.

—¿Cuáles son sus intenciones?

La observó un largo momento, escrutándola con sus ojos azules.

—¿Para hoy?

Ella asintió.

—Para hoy, pienso besarla otra vez. Es un objetivo realista. No hay nada malo en un beso entre amigos.

—¿Amigos?

—Como nosotros. Después de hoy… —se encogió de hombros, con humor en la mirada—, dependerá de ti. Aunque confieso que espero que un beso conduzca, con el tiempo, a otras cosas.

—Vaya —parpadeó—. Sin duda eres sincero.

—No imaginé que aceptaras menos.

No estaba habituada a que le dijeran la verdad de forma tan directa. La verdad, en su experiencia, era esquiva, algo escondido que una debía descubrir por sí misma. Quizá Graham Blackwell fuese distinto a los holgazanes que visitaban a su hermano. Y tenía razón en una cosa: no había nada de malo en un beso entre nuevos amigos. Ya había prometido que sería ella quien decidiese hasta dónde.

Además —le lanzó una mirada furtiva bajo las pestañas—, quizá otro beso aquietase su curiosidad y quebrase ese tirón de deseo que él le provocaba. Aun ahora era dolorosamente consciente de las manos en sus caderas y del pecho de Graham a un palmo del suyo.

—Supongo que un beso no hará daño.

—Excelente —dijo con gravedad—. Llegaremos a eso en un momento. Ahora, relájate y disfruta de mi abrazo. ¿No es agradable?

Más que agradable. Cálido. Cada vez más sensual. Cait lo miró a los ojos y esbozó una sonrisa.

—Tienes razón. Se siente bien.

—Eso creo. Eres hermosa, inteligente, perspicaz. Todo eso me hace querer abrazarte más. Si hay algo malo en ello, dímelo.

Dicho así, le entraron ganas de rodearle el cuello y besarlo con fervor. La sorpresa de esa urgencia le aclaró la garganta.

—Y si te digo que quiero que me sueltes, Blackwell…

Él bajó los brazos al instante y se apartó. Cait sintió un extraño vacío.

—¿Ves? —murmuró—. Basta una palabra y paro.

Asintió. El gesto pretendía tranquilizarla, aunque solo consiguió acrecentar sus temores.

—Entonces… —retornó a su lado y trazó pequeños círculos con los pulgares en su espalda—. ¿Puedo decirte en qué pienso ahora mismo?

Dios santo. Un hombre al que le gustaba hablar con una mujer entre sus brazos. Frustrante. Cait ansiaba el beso prometido, y tanta cercanía le entorpecía el pensamiento. Quizá, si fingía escuchar, lo conseguiría antes.

—Sí. ¿En qué piensas?

—En todas las razones por las que un coqueteo con una mujer alta es beneficioso. Por ejemplo, ninguno de los dos tiene que agacharse tanto —alzó la mano y le acarició el rostro con los dedos.

El roce, simple y suave, le provocó un escalofrío, como el tono casi sombrío de su voz.

—Nunca me ha gustado ser alta —confesó, sin aliento.

—Debería. Tienes unas piernas increíbles —su mano volvió a la cintura y la sostuvo frente a él.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera puedes verlas.

—¿No? Cuando montabas a Thunder, las faldas las perfilaban. —Hizo una pausa—. Junto con otras cosas.

Cait se ruborizó.

—Oh.

—Unas piernas capaces de cautivar a un hombre y no soltarlo jamás.

Atrevido. Guapo. Y, aun así, había en él un poso casi melancólico. Como si buscara algo.

—Por fortuna para ambos —sonrió—, no pienso usar mis piernas para cautivar a ningún hombre.

—¿No?

—No —respiró hondo, consciente del calor que iba naciendo entre los dos—. Señor Blackwell, yo…

—Graham.

El nombre se le coló en la mente y se aferró a ella como si no fuese a soltarla. Cerró los ojos un instante, pero se negó a repetirlo. No creía poder. El momento se estiró, despertando viejas emociones que creía olvidadas.

Se sacudió por dentro. Solo es un sentimiento, y los sentimientos no siempre son verdad. Gracias a Dios, era inmune a los hombres de palabras dulces y caricias tibias, a los que juraban amor el lunes para descubrir el martes que se habían equivocado. Sin embargo, allí estaba ella, con un hombre que no prometía nada más, ansiando su beso. Puso las manos sobre las de Graham y las apartó de su cintura, luego salió de su alcance. Cruzó los brazos sobre el pecho, como si se protegiese del frío.

Por alguna razón, aquel pequeño instante la golpeó y se le quedó clavado en el pecho como un peso. Buscó, a la desesperada, un tema de conversación seguro.

—¿Cómo estaba Duncan? ¿Lo has visto esta mañana?

Blackwell sonrió como si supiera lo que ella intentaba, pero se dio la vuelta, reunió a los caballos y los llevó al agua.

—Estaba bien. Un poco distraído, quizá. Pero eso es todo.

Ella lo siguió hasta la orilla del arroyo.

—Supongo que él y Sybil han vuelto a pelearse.

Cait se arrodilló junto a la ribera y recogió una piedra lisa.

Graham se volvió para mirarla.

—Hay mucha tensión en el castillo.

—Sí. Sea cual sea el motivo de su disputa, es muy grave, porque ninguno de los dos cede ni un milímetro.

Graham frunció el ceño.

—He llegado en medio de una disputa doméstica.

«Así es todo el matrimonio de Duncan: tormentoso, violento y lleno de pasión». Hubo momentos en los que Cait anheló la paz. Alzó la piedra en la palma.

—Creo que ya no creo en el matrimonio.

—Yo tampoco. —La sostuvo con la mirada y se encogió de hombros—. Al menos, no para mí. Sin embargo, a mis hermanos parece agradarles bastante ese arreglo. A mi hermana también.

—¿Solo tiene una hermana? Pobre mujer.

Él sonrió, y los ojos se le arrugaron de la manera más desarmante.

—No la compadezcas. Sara se defiende más que bien. Cuando yo tenía ocho años, escondí un caracol en su cama. Esperé y esperé a que gritara, pero no hizo nada en absoluto. Dos noches después

encontré un ejército entero de hormigas en la mía. Había echado azúcar en las sábanas y me llevó semanas deshacerme de ellas.

Cait rió entre dientes.

—Te lo merecías.

—Desde luego que sí, aunque, a la avanzada edad de ocho años, me sentí muy maltratado.

—Pobrecito. —Dejó caer la piedra y se puso en pie—. ¿Te gustaría ir al pueblo?

—¿Qué hay allí?

—En realidad, nada. Pero es un paseo precioso.

Él la miró directamente.

—Aquí es precioso.

—Sí, pero… pronto querrás comer.

—Tienes razón. —Se volvió hacia Thunder y desabrochó la alforja que colgaba del lomo—. Por eso he traído el almuerzo.

Ella soltó una carcajada grave y musical.

—Un hombre con recursos.

Graham se sorprendió riéndose con ella mientras sacaba el almuerzo.

Se sentaron bajo un árbol y comieron. Graham procuró mantener una charla ligera, contando esto y aquello, recuerdos de sus hermanos y de su hermana, pero le resultaba difícil. Cada vez que Cait abría los labios para morder uno de los hojaldres que había robado de la cocina de Cairndale, la imaginación de Graham estallaba en llamas ardientes y sensuales. Apenas probó bocado; se limitó a observarla. Dio la bienvenida al calor creciente: era lo que había previsto para salvarlo del anillo. Con cada respiración, con cada palabra, Cait se mostraba como la mujer capaz de impedir que el talismán obrara su magia.

Aun así, requería un poco de cortejo. Aunque ella no se estremecía al contacto, él percibía tanto su vacilación como su anhelo, y algo en su interior deseaba cambiar eso, calmar sus miedos. Así que habló y, mejor aún, escuchó, aprendiendo de cada cosa que ella contaba. Pronto la conversación derivó hacia la cristalería. Él se asombró del proceso y del tiempo que exigía. Se preguntó qué otras habilidades poseía. Al verla hacer un puchero, decidió que había una o dos que, si aún no conocía, él estaría encantado de enseñarle.

Las sombras crecieron y se alargaron, y antes de que ninguno de los dos se diera cuenta, el sol empezaba a descender. Cait murmuró:

—Por San Jorge, es tarde.

Se levantó de un salto y sacudió las hojas adheridas a la falda.

—¿Tienes que irte?

—Sí. Los muchachos se preguntarán qué ha sido de mí y tenemos un pedido que cumplir antes de…

Se sonrojó.

—No querrás oír esto.

Graham descubrió, con sorpresa, que sí quería escucharlo.

—Por favor, continúa.

—No. —Sonrió con tristeza—. De verdad debemos irnos. Saldrán a buscarme si no vuelvo pronto. Tienden a esperar lo peor.

Como estaba decidida, él se incorporó y empezó a recoger los restos del almuerzo.

Cuando se acercó para ayudarla a montar en Thunder, los claros ojos verdes de ella se encontraron con los suyos, inquisitivos.

Sabía que pensaba en el beso prometido. No estaba seguro de si buscaba seguridad o solo era curiosidad. Sonrió y le tomó la mano.

El contacto de sus dedos le provocó una sacudida de consciencia. Ella se recogió la falda, preparándose para montar, y él volvió a preguntarse qué terrible casualidad la había apartado de la sociedad, tan asustada que se ocultaba en lo profundo del bosque como una princesa dormida, a la espera de un príncipe.

Bueno, él no era un príncipe. Ni se le acercaba. Y, fuera o no un compañero encantador, no tenía intención de quedarse en Cairndale más tiempo del previsto. Pero, al menos, quizá podría darle algo que hiciera memorables las próximas dos semanas. Tal vez incluso lograría que bajara la guardia y demostrarle que confiar no siempre era doloroso.

Con ese pensamiento, antes de ayudarla a subir a la silla, inclinó el rostro hacia el de ella y la besó.

Graham no recordaba a todas las mujeres a las que había besado. Aun así, resultaba novedoso besar a alguien cuya boca estaba tan tentadoramente cerca de la suya: no tuvo que inclinarse en absoluto. Lo que convirtió aquel beso en uno de los mejores fue

la respuesta de Cait. No se contuvo, sino que se entregó al abrazo con todo el corazón y el alma.

Le rodeó el cuello con los brazos, su cuerpo se amoldó al de él, su boca se abrió y la lengua recorrió el borde de sus dientes, encendiendo su sangre.

No supo cuánto tiempo la besó. Pero cada caricia de su lengua, cada leve movimiento de sus caderas, amenazaba con llevarlo al límite. Por fin se separó, con la respiración entrecortada y la mente entumecida por una avalancha de lujuria imperiosa.

Ella lo miró también sin aliento.

—Ha sido… memorable.

Él soltó una risa breve.

—Sí, lo ha sido. Memorable, sin duda.

Ella le dedicó una sonrisa conmovedoramente dulce, luego se giró y permitió que la ayudara a montar. Él pensó en aquella sonrisa durante todo el camino de vuelta a la cabaña.

La verdad era que Cait Cameron lo fascinaba. Le ofrecía una amistad sin complicaciones teñida de una pasión tan salvaje que no podía apartarla de la mente. Por supuesto, estaba convencido de

que, una vez probada esa pasión, ella se desvanecería como todas las demás. Pero, mientras tanto, le proponía un reto singular, perfectamente adecuado para su paladar ya hastiado. Uno destinado a protegerlo de la traición del anillo talismán.

Cuando llegaron al claro, los muchachos salieron en tropel del taller. Simon iba en cabeza y se plantó ante Graham.

—¿Dónde habéis estado?

—Montando a caballo. —Graham mantuvo la calma, aunque lo irritaba que le preguntaran de ese modo. Señaló a Thunder y luego a Trusty—. A estos caballos.

Simon se ruborizó.

—Sabía que estabais montando a caballo, maldito…

—Simon. —Cait le lanzó una mirada de advertencia desde debajo de las pestañas.

El enorme escocés apretó los labios y no añadió nada, aunque, si las miradas derritieran, Graham ya sería un charco.

Uno de los otros muchachos gruñó:

—Estábamos preocupados por usted, señorita Cait.

—¿Por qué? —replicó con frialdad, desmontando de Thunder sin ayuda—. ¿Porque creéis que no soy capaz de cuidar de mí misma?

Siguió un silencio denso y un inquieto arrastrar de pies. Se cruzaron más de una mirada incómoda.

Graham tuvo que fingir un estornudo para ocultar su diversión. La frialdad de Cait y su aplomo habían dejado boquiabiertos a aquellos ruidosos hombres, reduciéndolos a jóvenes avergonzados.

Simon carraspeó.

—Señorita Cait, ya sabe que no estábamos diciendo que no pudiera cuidarse sola. Solo que nos preocupaba cómo el sassenach podría… bueno, ya sabe.

—No, no lo sé. —Alzó una ceja—. ¿Os preocupaba cómo el sassenach podría qué?

Simon se frotó el cuello, claramente turbado.

—Ay, mujer, no me mire así. Ya sabe a qué me refiero.

Ella cruzó los brazos.

—Simon, me decepcionas. ¿Cómo puedes pensar semejante tontería?

Simon rascó el suelo con la punta del pie, con la cara tan roja que Graham temió que estallara en llamas.

—Señorita Cait, no quería insinuar nada… Es solo que ese hombre es un sassenach y usted estuvo fuera tanto tiempo… Entonces Hamish sugirió que quizá el sassenach había…

—¿Yo lo sugerí? —saltó uno de los muchachos más corpulentos.

—No fui yo. —Simon hizo un gesto de desdén—. Entonces fue Neal.

—No —gruñó otro, con voz grave y retumbante.

Simon soltó un suspiro exasperado.

—¡No sé cuál de vosotros lo dijo, pero uno de vosotros lo hizo!

Nadie abrió la boca.

Cait hizo un gesto de impaciencia.

—No importa. Simon, le debes una disculpa al señor Blackwell.

—¿Le debo una qué? —Simon sacudió la cabeza, como para despejarse.

—También me la debes a mí. —Cait entrecerró sus ojos verdes.

—¿Por qué?

—Por albergar pensamientos tan indecentes.

—No puedo disculparme por mis pensamientos —rezongó Simon.

Graham tuvo que darle la razón. Si a él lo hubieran obligado a hacer penitencia por cada pensamiento indecente que había tenido en presencia de Cait, habría pasado quince días enteros en un confesionario hablando sin parar.

Simon suspiró y masculló una disculpa, aunque no dejó de lanzarle miradas airadas. Graham asintió con sequedad. Tendría que acostumbrarse a su presencia, pues no sería su última visita al pequeño claro del bosque.

Graham se volvió hacia Cait.

—Gracias por un día tan agradable.

Ella se encogió de hombros, con un leve rubor en las mejillas.

—Gracias por un paseo tan hermoso. Y por dejarme usar tu montura. —Alargó la mano para acariciar el cuello de Thunder—. Es un animal precioso.

Y ella era una persona encantadora, por dentro y por fuera, algo que Graham empezaba a advertir y apreciar. Le tomó la mano y besó el dorso; notó el temblor de los dedos de ella contra sus labios. Ignorando la maldición que murmuró Simon, mantuvo su mano entre las suyas y sonrió.

—¿Mañana?

—No. Tengo que trabajar.

—¿Al día siguiente, entonces?

Ella tiró suavemente de sus dedos y él la soltó.

—Al día siguiente —aceptó.

Con una última sonrisa, montó a Thunder. Poco después, cabalgaba hacia Cairndale, temiendo la cena que le aguardaba con los beligerantes Duncan y Sybil, y la astuta Priscilla. Quizá pudiera colarse sin que lo vieran.

Con esa idea, tomó las escaleras traseras. Al doblar la esquina hacia su habitación, se detuvo.

—¡Señor Blackwell! —exclamó Priscilla, que surgió de entre las sombras.

Eso lo hizo frenar, ya que su aposento no estaba en aquel piso. Miró a su alrededor con inquietud y luego hizo una reverencia.

—Señorita Spalding, disculpe mi atuendo. Acabo de regresar de montar.

—Qué maravilla para usted. —Le dedicó una sonrisa impecable, la imagen de una dama encantadora, elegante y bien educada—. Me atrevo a decir que la señorita Cameron lo ha agotado. Es una mujer bastante… robusta.

Aunque el gesto de Priscilla no cambió, Graham percibió el desprecio en su voz. Apretó los labios.

—Es una mujer encantadora —corrigió en voz baja, con un filo peligroso.

Priscilla supo reconocer una advertencia cuando la oyó y el corazón se le encogió. Aun así, su orgullo no le permitió pasarlo por alto.

—¿Ha disfrutado del paseo?

Él la sostuvo un momento con la mirada y respondió, con deliberación:

—Sí. Lo he pasado muy bien.

A Priscilla le dolía la mandíbula de tanto apretarla. No estaba acostumbrada a no dirigir la situación. Él debería haber dicho algo como que lamentaba no haber estado en casa, que habría deseado pasar más tiempo con ella. Que había pensado en ella, al menos una vez.

Esto no iba bien. ¿Cómo podía cautivarlo si estaba fuera todo el tiempo?

Frustrada y sin saber cómo continuar, jugueteó con su pañuelo, un gesto que había adoptado después de que un pretendiente enamorado mencionara que así atraía la mirada hacia sus manos.

—Señor Blackwell, usted no es de aquí… No quiero entrometerme, pero la hermana de Fairfax es…

Se interrumpió, como avergonzada.

—¿Qué? —la animó Blackwell.

—Debería preguntarle a Duncan qué ocurrió en Edimburgo. Estoy segura de que se lo contará, aunque entonces fuera bastante embarazoso.

Blackwell apoyó un hombro en la pared, con una media sonrisa en el hermoso rostro.

—¿Es eso lo que cree que debería hacer? ¿Recabar información de Duncan sobre su hermana?

Priscilla asintió y añadió, en un tono suave, como si le costara decir más:

—No soy de las que cotillean, y Dios sabe que no culpo a la pobre señorita Cameron. Pero si le llama la atención, tiene derecho a saberlo todo.

Lo observó por debajo de las pestañas, esperando que negara que Cait le interesara. Él, sin embargo, se limitó a cruzar los brazos; el abrigo se tensó sobre los hombros y un mechón de cabello oscuro le cayó sobre la frente. Ella se humedeció los labios. Era muy atractivo, tan hermoso como ella. Formarían una pareja brillante, admirada por su belleza, su cultura y su educación, y envidiada por su fortuna. Bueno, ahora era su fortuna, pero podría serlo de ambos si jugaba bien sus cartas.

La determinación le creció en el pecho. No iba a dejar escapar a Graham Blackwell: era el hombre perfecto para ella, el que había estado esperando.

—Señor Blackwell, me preguntaba si quizá mañana le gustaría salir a cabalgar conmigo y…

—¿Cabalga usted? —se extrañó él, como si hubiera confesado que su pasatiempo era saltar desde los tejados.

—Sí, claro. Por supuesto que cabalgo.

—Ah. ¿Pero monta bien?

¿Qué era aquello? Frunció el ceño.

—Por supuesto que sí.

Él entrecerró los ojos, y a ella la fascinó el modo en que las pestañas se le entrelazaban en las comisuras. Era inusual: pestañas negras y esos ojos azules, tan azules.

—¿Cuándo fue la última vez que montó?

No estaba muy segura. Recordaba halagos y dos propuestas de matrimonio impulsivas antes incluso de subirse al animal arisco que le habían ensillado.

—Creo que fue hace dos años. Quizá tres.

Entonces él rió, y el sonido la sobresaltó. Ella alzó la barbilla.

—No veo qué tiene de gracioso.

—No se preocupe. —Se separó de la pared y pasó a su lado hacia su habitación—. No me reía de usted, sino de mí mismo. Por

temer una leyenda tonta. Al parecer, el anillo talismán de San Juan puede vencerse, después de todo.

Con aquel comentario críptico, entró en su cuarto, cerró la puerta y la dejó sola en el pasillo.

# Capítulo 10

—Nunca está aquí.

Sybil se presionó la frente con los dedos, donde un fuerte dolor de cabeza amenazaba con aparecer.

—Priscilla, solo llevas aquí una semana, más o menos. ¿Cómo puedes…?

Priscilla se giró para mirarla.

—¡No seas tonta, Sybil! ¿Cómo voy a conseguir que se enamore de mí si ni siquiera se queda a mi alcance? Lleva tres días seguidos montando a caballo con la hermana de Duncan. Nunca lo veo.

Priscilla tenía razón y Sybil lo sabía, pero le dolía tanto la cabeza que no pudo hacer otra cosa que asentir en silencio. Algo estaba saliendo terriblemente mal en su plan: no solo Blackwell no

parecía afectado por Priscilla, sino que Duncan, a pesar de ir ganando la apuesta, se mostraba cada día más frío. Era como si, cuanto más se acercaba a la victoria, más se enfadaba.

A Sybil le temblaron los labios y contuvo las lágrimas con un sorbo de té. Priscilla detestaba ver llorar a la gente.

La joven se dejó caer en la silla de enfrente envuelta en una nube de muselina azul pálido, con una expresión petulante.

—Tenemos que pensar en alguna forma de mantener a Blackwell aquí, en el castillo. Al menos una o dos noches. Sé que, si pudiera pasar más tiempo con él, empezaría a darse cuenta de lo bien que encajaríamos.

Sybil suspiró.

—No sé qué decir. Blackwell vuelve a casa todas las noches, pero se va directamente a la cama o se encierra con Duncan en la sala de billar. Solo ha cenado dos veces desde que está aquí.

Por supuesto, parte de eso podía ser culpa suya. Tenía que admitir que el cocinero era horrible, pieza clave del plan original de Sybil para obligar a Duncan a marcharse de Cairndale. Cómo conseguía Duncan que el hombre preparara esos desayunos

escapaba a su entendimiento. Imaginaba que el cocinero, como todos los demás hombres de la casa, estaba del lado de Duncan.

Priscilla frunció los labios.

—Mi cuñado no me desea ningún bien.

—Tonterías. Simplemente disfruta de la compañía de Blackwell y le gusta jugar al billar.

—Oh, Sybil, déjalo ya. A Duncan no le importo; nunca le he importado. Y no me importa, porque yo tampoco le importo a él. ¿Cómo has podido casarte con un…?

—No.

Sybil no estaba segura de quién resultó más sorprendida por el tono gélido de su propia voz.

Priscilla se recuperó primero. Se recostó con una sonrisa conciliadora que no alcanzó a sus ojos.

—Solo estaba bromeando, hermana. No hay necesidad de alterarse.

Sybil inclinó la cabeza en señal de asentimiento, más que nada porque no se atrevía a hablar de nuevo. Cielos, ¿qué había provocado aquella reacción?

—Todo esto es muy desconcertante —prosiguió Priscilla, apoyando el codo en el brazo de la silla y la barbilla en la mano—. Ojalá hubiera alguna forma de desenmascarar a Cait Cameron y mostrarla tal como es: torpe y sin forma.

—En realidad tendría una figura muy bonita si no fuera por la moda actual —apuntó Sybil, distraída—. No le sienta bien a una mujer con esas curvas.

—¿Curvas? Yo no las llamaría así. Pero poco importa, ya que la mujer no tiene nombre, pesa prácticamente unas doce libras más de lo que debería y ha arruinado cualquier reputación que pudiera tener. No hay razón para que Blackwell tontee con ella, a menos que lo esté recompensando de alguna manera.

A Sybil se le encendieron las mejillas.

—¡Priscilla! Ni se te ocurra sugerir algo así. Conozco a Cait Cameron y no es nada de eso.

—Cait Cameron no tiene el menor motivo para considerarse digna de Blackwell. No posee una belleza digna de mención.

Sybil tampoco lo entendía. No es que guardara rencor a la hermanastra de Duncan; de hecho, Cait había sido muy amable con Sybil cuando llegó a Cairndale. Aun así, tenía que admitir que había

muchas más razones para que Blackwell evitara a una mujer como Cait que para que deseara estar con ella. A menos que, por supuesto…

Sybil se enderezó.

—Priscilla, ¿crees que Blackwell podría haber desarrollado un verdadero afecto por Cait?

—Por Dios, no —replicó la otra, frunciendo los labios—. Solo se está divirtiendo a su costa. Es dolorosamente obvio que huye de ese maldito anillo. Incluso me dijo algo al respecto. En su momento no lo entendí, pero ahora, bien mirado, tiene mucho sentido.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo hablaste con él…?

—No importa. Creo que teme que lo obliguen a casarse. Y con Cait… ¿cómo va a alegar que la arruina si ya estaba arruinada? Ella es segura para él. Perfectamente segura.

—¿No crees que vaya a casarse con ella?

—¡No! No es tonto —su impaciencia era evidente—. Ojalá pasara más tiempo aquí.

Se recostó en la silla con la mirada dura.

—Lo que necesitamos es una razón para retenerlo mientras demostramos lo horriblemente inadecuada que es la hermana de Duncan, incluso para un simple coqueteo.

Sybil intentó forzar a su cansado cerebro a trabajar, pero casi no podía. Se presionó la frente con un dedo.

—Quizá debería organizar una cena. Una grande. Así podríamos invitar a Cait y él podría ver…

—¡Sybil, eso es! Pero no una cena —una lenta sonrisa se dibujó en los labios de Priscilla—. Un baile. Un auténtico baile. Oh, ya me lo imagino: ¡todo Edimburgo estará aquí y los deslumbraríamos con el castillo de Cairndale!

Sybil miró alrededor. Aunque era una de las estancias más limpias del castillo, las alfombras seguían cubiertas de polvo y la repisa de la chimenea llevaba semanas sin limpiarse. Había pensado en poner al personal a trabajar mejor, pero eso solo complacería a Duncan. Además, ¿por qué esforzarse en hacer de Cairndale un lugar encantador si él se negaba a permitirle vivir en otro sitio, ni siquiera parte del año?

Sacudió la cabeza.

—Priscilla, se necesitarían semanas para preparar Cairndale para un gran baile. No sé cómo…

—Entonces organiza uno pequeño y contrata ayuda del pueblo. Me da igual. Solo sé que has dado con el plan perfecto para demostrarle a la señorita Caitlin Cameron que no pertenece a la misma sala que Blackwell, que está muy por debajo de él. Mientras tanto… —golpeó con los dedos el brazo de la silla, con una sonrisa pícara— haré lo que pueda para demostrarle a Blackwell que a quien debe temer es a mí, que soy la mujer con la que debe casarse.

—¿Y cómo lo harás?

—Déjamelo a mí. Tú ocúpate del baile. Le mostraremos a Blackwell las desventajas de tener por compañera a Cait.

Sybil contuvo un suspiro, deseando que Priscilla no pareciera tan feliz ante la idea de humillarla. Pero lo haría: celebraría el baile aunque solo fuera para ganar la apuesta y mantener intacto su matrimonio.

Miserable, se excusó y subió a su habitación para entregarse a un llanto a gusto.

Para disgusto de más de uno, Graham volvió al claro dos veces más durante los dos días siguientes. En ambas ocasiones, pese a los intentos de Priscilla por convencerlo de que se quedara en el castillo y a los de Simon por distraer a Cait con trabajo, Graham consiguió llevársela en Thunder. Cabalgaron por todas partes, exploraron senderos y galoparon por prados; cada día almorzaban bajo un árbol elegido por Cait.

Graham mantenía la conversación deliberadamente ligera. Y al final de cada paseo, antes de montar para regresar, besaba a Cait. Solo una vez. Lo justo para dejarla a ella —y a él— con ganas de más.

Era un tipo de seducción que nunca antes había practicado, lenta y cuidadosamente planeada. Cada día suponía un reto tentador y Graham descubrió que disfrutaba cada minuto.

Además, resultaba agradable alejarse del castillo. Sybil intentaba interponer a Priscilla en su camino una y otra vez, aunque él había dejado claro que deseaba mantenerse al margen. Y Priscilla, con el brillo del oro en sus hermosos ojos, animaba a Sybil a perseverar. Al final no le quedó más remedio que evitar Cairndale

hasta que llegara el momento de partir hacia Edimburgo: un día que debería anhelar y que, curiosamente, no deseaba. De hecho, se negaba a recordar la fecha exacta; cada vez que trataba de pensar en el futuro, lo invadía una inquietud sorda.

Cait, por su parte, habría podido decir exactamente cuántos días faltaban para su partida, pues la idea no se apartaba de su mente. Aquella misma mañana, al despertar, se quedó tendida en su gran cama mirando las cortinas del dosel mientras la mente echaba a andar. Se había dormido y despertado pensando en Graham Blackwell. Era extraño: algunas personas entraban en tu vida y se iban sin dejar huella, mientras que otras apenas se quedaban un instante y dejaban un vacío que tardaría años en llenarse. Cait sabía que empezaba a preocuparse por Blackwell. Oh, no de forma romántica —aunque disfrutaba de sus besos—. Se necesitaba mucho más que un beso para conquistar su corazón. Pero estaba empezando a valorar su amistad. Sí. Eso era.

Aun así… aunque era un buen amigo, no hacía más que pasar el tiempo, esquivando el castillo de Cairndale; cualquiera podía verlo. Cait debía recordarlo.

Suspiró.

—Menos mal que se marcha pronto —murmuró.

Esa era la única razón por la que había permitido que la relación llegara tan lejos: sabía que todo terminaría en una semana, poco más, y que su vida volvería al ritmo de costumbre. Pero le quedarían recuerdos para toda la vida: paseos por el bosque, picnics bajo los árboles, risas compartidas y la compañía de un buen amigo. ¿Qué podía haber de malo en eso?

Se oyó un golpe seco en la puerta y Annie entró. La mujer, menuda, parecía empequeñecida por la enorme bandeja plateada que traía entre las manos.

Annie dejó la bandeja en la mesilla y empezó a disponer los platos; un agradable tintineo llenó la habitación.

Cait se incorporó y se echó el cabello hacia atrás.

—¿Qué es esto? ¿Desayuno en la cama? Pero, Annie, ¡no estoy enferma!

—Tampoco lo está el príncipe, y me atrevo a decir que desayuna en la cama todos los días.

—Sí —rió Cait—, y mira lo gordo que se ha puesto.

Annie hizo un gesto con la mano.

—No está gordo, señora; está redondeado. Es distinto. En cuanto al príncipe, nada sé de él, que intento evitar los periódicos sensacionalistas siempre que puedo.

Cait soltó otra risa. Annie le traía todos los pliegos escandalosos que conseguía de sus primos de Londres; Cait lo sabía porque se los había leído, uno tras otro, en alguna ocasión.

—Entonces, ¿por qué me has traído el desayuno a la cama? —tiró de una manta y luego de otra, y el aroma del beicon y el jamón calientes flotó en el aire.

—Calle, señorita Cait. ¿No puedo hacer algo agradable por usted sin que me acusen de falsía?

Cait alzó las cejas.

—No.

Annie suspiró y se sentó al borde de la cama; el colchón apenas cedió bajo su peso.

—Está diciendo tonterías. Anda, muchacha, coma y charlemos un rato mientras tanto.

Ahí venía.

—¿Sí? —preguntó Cait con educación, cortando el jamón en trozos pequeños.

—He estado pensando, sí —admitió Annie.

Cait llevó un bocado a la boca.

Annie cruzó las manos en el regazo.

—Verá, señorita Cait, aunque sé que cree tenerlo todo bajo control en lo tocante al sassenach, me pregunto si es así.

—¿Por qué?

—Porque hay indicios de que no es tan inmune a él como cree.

—Por el amor de Dios, Annie, solo he salido a cabalgar con él unas cuantas veces. No planeo comprometerme.

—Sí, eso está bien, porque no lo conseguiría. Por lo que he oído, el sassenach es un libertino.

—¿Un libertino? ¿Quién te ha dicho eso?

—Mi prima Janie. Oyo a la señorita Spalding decir que el único propósito del señor Blackwell al venir a verla era… —se interrumpió, apartó la mirada y se sonrojó—. Ya sabe a qué me refiero.

Cait lo meditó. Al cabo, dijo despacio:

—¿Y si fuera cierto? ¿En qué cambiaría eso?

—¡Señorita Cait!

—Annie, no ha sido más que un caballero, y no le permitiría ser otra cosa. Además, se marcha en una semana. No tengo nada de qué preocuparme.

—¿Está segura?

—Sí. Lo estoy.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se sentirá cuando se vaya? Me preocupa que ya esté demasiado encariñada.

Cait tomó un panecillo y se aplicó a untarlo con mantequilla.

—Estoy bien. De veras. Cuando Graham se haya ido, me quedarán recuerdos preciosos. ¿Qué hay de malo en eso?

—Hmph. Asegúrese de no quedarse con un bebé de recuerdo.

—¡Annie!

—Calle. Ya sabe lo que quiero decir. Un hombre con ese porte… si tropezara conmigo, me tiraría al suelo y yo rezaría para que cayese encima.

Cait no pudo contener la risa.

—Eres incorregible.

—No sé muy bien qué significa, pero suena bien, así que lo agradezco —Annie se puso en pie—. Ahora coma, y volveré en un rato a recoger la bandeja.

—Gracias, Annie.

—Bah, no ha sido nada —la delgada ama de llaves hizo un gesto con la mano—. Por cierto, Simon está preocupado por usted. Quizá quiera tranquilizarlo antes de que haga alguna tontería.

—Simon siempre está preocupado. Siempre lo ha estado.

—Sí, y eso lo hace más peligroso: es propenso a meterse donde no lo llaman si decide que las cosas no progresan como, a su juicio, deberían… o no deberían.

Cait asintió. Hablaría con Simon. Entretanto, su mente volvió a Graham. ¿Tenía razón Annie? ¿Se estaba encariñando demasiado? Solo sabía que no iba a dejar de verlo. Aún no. Dejaría pasar los días y los disfrutaría uno a uno, y ya se preocuparía por la partida de Graham cuando llegara. Solo debía asegurarse de no dejar escapar el corazón.

Con el propósito fijado, acercó la bandeja y comió.

Graham entró en el claro y, a diferencia de los días anteriores, Cait no salió a recibirlo. Claro que llegaba con más de una hora de retraso por culpa de las maquinaciones de Priscilla. Ella lo había sorprendido en los establos y lo había interrogado sin piedad sobre su caballo. Graham apretó los dientes.

Desmontó, ató a Thunder a una barandilla y ladeó la cabeza para escuchar. Apenas alcanzaba a distinguir un murmullo de voces procedente del taller: timbres graves de hombres y una sola voz femenina, algo ronca.

Se encaminó hacia allí y se detuvo fuera. ¿Estaría Cait enfadada por no haber llegado a la hora convenida?

—Es una completa ruina —se oyó la voz de Cait.

—Sí —coincidió uno de los muchachos—. El tonto ni siquiera supo apuntar bien.

—Y mira la mancha de la parte de abajo —añadió otro.

—Un trabajo chapucero, como nunca había visto —reconoció la voz de Simon.

—Tendremos que fundir las juntas y desmontarlo todo —concluyó Cait.

Graham entró sin hacer ruido. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse y, cuando lo hicieron, la escena lo intrigó.

En el centro del taller se alineaban grandes mesas cubiertas de trozos de vidrio de todos los colores, además de varios cuadrados ya montados. En un extremo, un fuego apagado dormía bajo una capa de brasas; junto a él, una mesa grande y plana mostraba varillas largas y salpicaduras de metal solidificado. En el muro sin ventanas, estantes repletos de planchas se alzaban con cada lámina apilada en vertical y ordenada por tonos: cobaltos y cielos, verdes intensos y mentas, amarillos sol y dorados, púrpuras reales y violetas pálidos, y todos los matices intermedios. La estancia parecía mágica de tantos colores.

Aun así, no fue el color lo que más lo atrapó, sino Cait. De pie con uno de sus sencillos vestidos grises, rodeada de sus muchachos, examinaba una pieza aparentemente terminada: un gran cuadrado que representaba a un unicornio pastando sobre hierba.

Trazó con un dedo la unión entre dos colores.

—Nunca había visto una pieza tan horrible.

Simon se frotó la barbilla.

—¿Crees que podríamos…? —Entonces vio a Graham. Se le endureció la mandíbula.

La mirada de Cait siguió la suya; el rubor le encendió el rostro.

—Blackwell.

Nunca su nombre había sonado tan desagradable.

Graham reprimió otra oleada de irritación por la pegajosa insistencia de Priscilla. No quedaba más remedio que decir la verdad.

—Cait, siento llegar tarde. Me ha retenido en el castillo una persona muy decidida.

—Priscilla.

—Sí. Intenté escabullirme, pero no me lo permitió.

Hubo un breve silencio. Cait se encogió de hombros.

—Podemos ir a montar otro día.

¿Otro día? Ni loco volvería al castillo sin pasar al menos un rato con ella. Además, quería su beso. La sola idea de marcharse sin ese

mínimo consuelo le tensó la mandíbula. Ignorando las miradas hostiles de los muchachos, juntó las manos a la espalda y se acercó a la mesa.

—Me prometiste enseñarme tu taller.

—En efecto, lo prometí. —Señaló a su alrededor—. Aquí lo tienes.

Graham miró los cristales frente a ellos.

—¿Acabáis de hacer esto?

—¿Esto? —Cait se mostró sorprendida.

Simon escupió sobre la tierra apisonada.

—Somos buenos en nuestro oficio. Que no se te ocurra dudarlo.

—Tranquilo, Simon —intervino Cait, desenrollándose las mangas para abotonarlas de nuevo en las muñecas—. Es hora de volver al trabajo. Simon y yo veremos cómo mejorar esto, si no arreglarlo del todo.

Los muchachos regresaron a sus faenas, salvo Simon, que se quedó al alcance del oído.

Graham esbozó una sonrisa apaciguadora hacia Cait.

—Temo no saber gran cosa de vidrieras. ¿Qué tiene esta pieza que te indigna tanto?

—Mil cosas. —Inclinó la cabeza, evaluando—. ¿Ves la línea de soldadura? Es más gruesa en un lado que en otro.

Él asintió.

—Trabajo mal hecho. Y mira aquí, en la esquina remendada, ¿lo ves? Otra chapuza.

—Tus hombres no harían algo así, ¿verdad?

—No, si aprecian su empleo. Todos cometemos errores de vez en cuando, soy la primera en admitirlo, pero este tipo de metal, más pesado donde no debe, vuelve la ventana débil y propensa a agrietarse.

—Ah. De modo que el problema no es solo la desigualdad del metal, sino el peso que añade.

—Exacto. El secreto está en el equilibrio. Si un lado pesa más que el otro, la ventana se deforma. El metal une los vidrios y da forma al conjunto; la verdadera resistencia está en el marco.

Graham observó el brillo en su rostro con una leve punzada de envidia.

—Te encanta esto.

—No puedo imaginar la vida sin ello. Me apasiona todo: diseñar, cortar, aplicar el metal y contemplar la ventana terminada.

Él dio unos toques al cuadrado del unicornio.

—¿Y arreglar errores ajenos?

Cait rió, con esa risa suya contagiosa.

—También. Por suerte, no nos lo piden a menudo. Si esta pieza no se hubiese seguido rompiendo, nadie más que los chicos y yo notaría los defectos. Es preciosa a pesar de ellos.

Graham apoyó la cadera en la mesa, frente a ella, para no perder ningún matiz de su expresión. Salvo por Simon, que permanecía a menos de metro y medio con el ceño fruncido, cualquiera habría pensado que estaban solos: nadie más estaba lo bastante cerca para oírlos.

—Eres muy distinta de las mujeres de mi mundo.

Cait se cerró un poco; tardó en responder.

—No tan distinta.

—Sí lo eres. La mayoría de las mujeres que conozco consideran el matrimonio su objetivo. Tú no.

—No. Yo no.

No pudo evitar sonreír ante su compostura. Por lo general era él quien lucía esa indiferencia exacta.

—¿Renunciarías a todo esto por el hombre adecuado?

Ella resopló, se contuvo enseguida y se sonrojó.

—Perdona. Ahí tienes los peligros de trabajar a diario entre hombres: pierdo delicadeza.

Oh, pero él no estaba de acuerdo. Incluso con su ropa de faena y una raya de hollín en la mejilla, seguía siendo hermosa, femenina, elegante. No sabría explicar cómo lo lograba, pero lo lograba. Alargó la mano y le borró el hollín con la yema del pulgar. Luego bajó la mano.

—Me pregunto si resoplaste porque jamás abandonarías tu vocación por el hombre adecuado.

—El hombre adecuado no me pediría que renunciara a nada. —Lo miró de frente, limpia y clara, como si lo atravesara—. El hombre adecuado me aceptaría tal cual soy y aprendería a amar lo que yo amo, o al menos a apreciarlo.

Uno de los muchachos se acercó para consultar el corte de un cristal, y Graham se quedó un instante aparte. Se preguntó cómo sería ser amado por una mujer como Cait. Comprendió entonces por qué sus relaciones anteriores habían resultado tan insatisfactorias: aquellas mujeres eran sombras pálidas de lo que una mujer podía ser; Cait empezaba a demostrárselo.

La pasión que había compartido con sus antiguos amores ya no le parecía tan emocionante. Era pura conquista, nada más. No le extrañaba que ninguna durase más de unas semanas.

Miró el unicornio. Aunque el metal estaba mal trazado, el animal aparecía bien representado. ¿Cómo sería ser amado por Cait? La había besado al menos seis veces, cada una más ardiente que la anterior. Aunque había querido mantenerlos dulces, incluso castos, para tranquilizarla, había sido ella quien los llevaba al borde. Cait respondía con fiereza y pasión; a él le hervía la sangre y le ardía el alma.

Sabía que se acercaba el momento en que un solo beso no bastaría. Lo esperaba y lo temía, porque anunciaría el principio del fin. Como siempre. Una vez cruzado cierto umbral, la persecución terminaba.

Recordó su último beso; el cuerpo le respondió de inmediato. Miró hacia la puerta, calculando cómo apartarla de las miradas indiscretas de sus amigos para saborearla otra vez.

De pronto cayó en la cuenta: apenas quedaba una semana y algunos días para su partida. Maldición, ¿a qué estaba esperando? Tocaba dar un paso más, aunque fuese pequeño. Si no lo hacía, se iría sin descubrir el verdadero alcance de la pasión de Cait, y no estaba dispuesto a permitirlo.

La voz de ella sonó a su lado.

—¿Te gusta el unicornio?

—Intentaba ver todos los defectos.

—A veces es mejor fijarse solo en la belleza.

Él sonrió.

—Señorita Cait, ¿me haría el honor de acompañarme hasta mi caballo?

Le ofreció el brazo y, tras vacilar, ella deslizó la mano en la suya. Por el rabillo del ojo, Graham vio a Simon, en pie con los brazos cruzados y el ceño fruncido en el rostro anguloso.

—Cait, mi amor —susurró—. Creo que tenemos un problema.

Ella lo miró, sorprendida, con los grandes ojos verdes.

—¿Qué problema?

—Tu amigo Simon no me tiene mucha estima.

—Solo es un poco protector.

—Hum. Ya veo. No le caigo bien. En absoluto.

Ella pareció sopesarlo mientras caminaban hacia la barandilla donde Thunder aguardaba. El caballo, ya familiar con el lugar, asomaba el hocico por la puerta del granero para mordisquear el heno que sobresalía de una esquina.

—Simon es como de mi familia. Cuida de Annie y de mí por igual.

—¿Annie es tu ama de llaves? ¿La mujer menuda como un pajarito?

—Sí. Es su hermana, y nos trata a las dos del mismo modo.

—Hum.

Ya junto a Thunder, Graham echó un vistazo alrededor. Incluso desde allí distinguía la silueta de Simon en la ventana del taller. Le tomó la mano a Cait y la condujo al otro lado del caballo.

—¿Qué haces…?

La besó. Esta vez no se contuvo. La rodeó con los brazos, la apretó contra él y, con el cuerpo pegado al de ella, le robó la boca con ardor. La besó hasta sentirle los temblores, hasta que las rodillas se le debilitaron y tuvo que sostenerla para que no cayera.

Cuando por fin alzó la cabeza, la miró a los ojos.

—Cait, quiero más. Más de ti.

Ella respiraba entrecortada, los ojos muy abiertos y brillantes. Él vio que estaba tan afectada como él. La ayudó a afirmarse de nuevo.

—Piénsalo, ¿quieres? Volveré mañana.

Montó en Thunder y partió silbando, todo el camino de vuelta al castillo de Cairndale.

# Capítulo 11

Bentley le tendió a Graham su abrigo de montar.

—Su abrigo, señor.

Graham se lo puso con un leve encogimiento de hombros.

—Gracias, Bentley. ¿Has llamado para que ensillen mi caballo?

—Sí, señor —resopló el ayuda de cámara—. Otra vez.

Graham sonrió.

—Siento que mis hábitos te resulten tan tediosos.

—En efecto, señor. Pero me esfuerzo por no dormirme mientras cumplo con mis obligaciones. Lo considero una cuestión de orgullo profesional.

Iba a replicar cuando algo pequeño y brillante en el suelo captó su atención. Se agachó, lo recogió y lo hizo girar entre los dedos.

—Mi alfiler de corbata con zafiro. Me pregunto cómo habrá terminado en el suelo.

A Bentley se le borró la frivolidad del rostro. Frunció el ceño, fue al tocador, tomó el joyero y lo abrió. Repasó alfileres y colgantes con gesto cada vez más adusto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Graham.

El ayuda de cámara se detuvo, miró una vez más y cerró el estuche.

—El anillo talismán, señor, ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

Graham fijó la vista en el joyero. No podía ser… ¿Estaba seguro? Quizá también hubiera caído al suelo, como el alfiler.

—No hay nada más en el suelo —negó Bentley.

—Entonces quizá esté detrás de la cómoda.

Graham empezó a registrar la estancia con el corazón encogido. Maldita sea, sus hermanos lo matarían. Y él los dejaría hacerlo. Si había extraviado el anillo talismán, se merecía una paliza y algo peor.

—¿Dónde demonios está? —gruñó al cabo de una búsqueda exhaustiva, sin dirigirse a nadie en particular.

—No lo sé, señor. Alguien tuvo que entrar y robarlo.

Sí, pero ¿quién? ¿Quién se molestaría en llevárselo dejando otras joyas de mayor valor? Graham se pasó la mano por el pelo, preguntándose qué hacer.

Por mucho que le disgustara tenerlo en su poder, el anillo había sido el favorito de su madre. La familia entera lo apreciaba por esa razón, pese a la horrenda maldición que se le atribuía.

Se sentó al borde de la cama, se calzó las botas de montar y, urgido por la necesidad de actuar, se levantó.

—Hablaré con lord Fairfax. Quizá tenga alguna idea de por dónde empezar.

—Hmph. Pues el primer lugar que deberían revisar son los bolsillos de esa criada perezosa del piso de arriba. La he visto durmiendo bajo las escaleras más de una vez, apestando a ginebra.

—Se lo diré a Duncan —asintió Graham.

Tomó los guantes y salió. Apenas había bajado el último peldaño cuando vio a Sybil salir de la sala principal. Caminaba

deprisa, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas delante de sí. Al observarla, notó cómo se volvía sobre sus pasos, paseándose de un lado a otro, visiblemente alterada.

—¿Lady Fairfax? —preguntó, dejando a un lado su propia ansiedad.

Ella se detuvo en seco y lo miró.

—S-sí, señor Blackwell.

—Creo que he perdido algo. Un anillo. Estaba en mi habitación y ahora no está.

—Vaya… ¿Cree que algún sirviente lo ha robado?

—No culpo a nadie por ahora. Pero ¿podría hacer algunas averiguaciones? Es el anillo talismán, y a mi familia le disgustaría perderlo.

—El talismán… ¡Vaya! Por supuesto que haré indagaciones.

Graham solo podía esperar que fuese más minuciosa investigando que supervisando las tareas de la casa.

De pronto Sybil pareció reparar en su atuendo.

—¿Va a montar? ¿Otra vez?

Él vaciló, sin saber muy bien por qué.

—Voy a reunirme con la señorita Cameron para visitar el Bosque del Norte. Duncan dice que es magnífico.

A Sybil le brillaron los ojos.

—¿Duncan? ¿Ha estado dándole sugerencias para sus paseos?

—Sí. No conozco la zona y ha sido muy amable al señalarme los mejores senderos.

Ella apretó los labios.

—¿Ha estado haciendo eso? Y ahí está Cait, lista para acompañarle. Qué conveniente.

Graham arqueó una ceja.

—La señorita Caitlin se ha cuidado de asegurarme que no es en absoluto conveniente. Está muy ocupada y deduje que no le complacía convertirse en guía.

—Oh. Bueno, si es así, quizá debería llevar a Priscilla en su lugar. Seguro que le agradaría hacer ejercicio. Si quiere, puedo regresar al salón y…

Se dio media vuelta mientras hablaba, pero Graham le tocó el brazo con suavidad.

—No es necesario, se lo aseguro. —Titubeó, con la necesidad de añadir algo—. Además, veré a la señorita Spalding en la cena.

El rostro de Sybil se iluminó.

—¡Excelente! Será una oportunidad mucho mejor para conversar que a caballo.

También sería mucho mejor con una acompañante presente. Últimamente los intentos de Priscilla por captar la atención de Graham resultaban más decididos de lo que a él le agradaba. Aun así, podía soportar una hora frente a ella en la mesa y, si se comportaba con educación, quizá la llevara al jardín, siempre con chaperona. Sin ella, la señorita Spalding se quedaría sola entre las rosas.

Graham se inclinó.

—Lamento marcharme tan pronto, pero la señorita Caitlin me espera.

—Oh. Sí… —Sybil inspiró hondo, como para armarse de valor —. Por cierto, quería contárselo y lo había olvidado. Yo… bueno, Duncan y yo hemos pensado organizar una pequeña reunión en su honor. Ayer envié las invitaciones. Se lo habría dicho antes, pero no ha estado muy presente.

Graham casi se estremeció ante la suave reprimenda.

—Espero de veras que no se haya tomado demasiadas molestias. No estoy seguro de cuánto tiempo me quedaré y…

—Está prevista para el próximo miércoles.

Cuatro días después de la fecha en que pensaba partir. Necesitaba viajar a Edimburgo, pero… Podía permitirse unos días más. Le darían un poco más de tiempo con Cait.

—Muy bien. Lo espero con interés.

Una sonrisa incierta se dibujó en el rostro de Sybil.

—Excelente. Avisaré a los sirvientes de que ha perdido su anillo, señor Blackwell.

—Gracias. Ahora debo irme. Que tenga un buen día, lady Fairfax.

Ella le ofreció una sonrisa y lo vio alejarse. Al salir, Graham se detuvo en los escalones. El día no era tan claro como los anteriores; nubes bajas se deshilachaban en el cielo y una brisa ligera prometía lluvia.

Tomó el camino hacia los establos. Al doblar la última esquina, se detuvo. Cait estaba en el patio con el caballo bayo más grande

que había visto jamás. Sostenía una manzana a la espalda y la yegua intentaba arrebatársela por detrás.

Por muy hermoso que fuese el animal, Cait lo eclipsaba. Adorablemente despeinada, esquivaba de un lado a otro el hocico aterciopelado. Irradiaba salud y alegría.

Graham esperó hasta estar casi a su altura.

—Es el caballo más alto que he visto nunca.

—¡Shhh! —le guiñó Cait, entregándole la manzana a la yegua —. La señorita se cree una cosita delicada. Intento no desengañarla. Si supiera lo pesada que es, se negaría a saltar otra valla.

Graham acarició la nariz sedosa del animal con una sonrisa.

—Esperaría a que le salieran alas, ¿eh?

—O a que alguien la llevase. Está terriblemente mimada.

—No tanto, digo yo.

—Oh, sí. Es la favorita de todos. Incluso Duncan le trae zanahorias y azúcar cuando cree que nadie lo ve.

Graham no lo dudó, aunque sospechaba que esas golosinas iban dirigidas menos al caballo que a la dueña. Sonrió.

—Y yo que pensaba que Trusty era tu montura predilecta.

—¿Trusty? ¿Por qué lo crees?

—Porque fue el caballo que me diste cuando te permití montar a Thunder. Cuando dos personas intercambian algo, hay una implicación tácita: ambas procurarán que lo cedido tenga un valor equivalente.

Los ojos verdes de Cait se encendieron de picardía.

—¿Ah, sí? ¿Insinúas que Trusty no estaba a la altura?

—No en comparación con esta yegua.

—Bueno… de todos mis caballos, Trusty es el de carácter más dulce.

—¿Y?

Cait frunció los labios.

—También tiene una crin preciosa.

Graham intentó no mirar demasiado tiempo esa boca carnosa.

—¿Qué más posee Trusty?

—¿No es suficiente?

—No después de ver a Lady. —Se acercó y acarició el cuello de la yegua—. Supongo que debería preguntarte si es tu mejor montura

en lugar de darlo por hecho.

Cait sonrió.

—Sí, lo es. No la he montado en una semana: se lesionó la pata delantera. Pero parece que ya está recuperada.

—Es una belleza. Hará que mi pobre caballo parezca cojo.

—¿Thunder? —Cait cubrió las orejas de Lady con las manos, divertida—. Por favor, no le des falsas esperanzas. Se desanima mucho si cree que va a ganar y luego no lo consigue.

Era una tontería, pero ayudó a disipar parte de la tensión que había sentido antes, aunque no alivió su preocupación por el anillo perdido. Apartó esos pensamientos; seguro que el anillo aparecería.

—¿Qué te trae por aquí esta mañana? Creía que íbamos a vernos en la cabaña.

—Me estoy escapando —repuso ella—. Simon ha estado muy obstinado últimamente. Además, pensé que podríamos salir de aquí y cabalgar hacia el norte. Solo te quedan unos días y, si llueve, quizá no tengas otra oportunidad.

—En realidad, puede que me quede unos días más de lo previsto.

No tuvo que esperar mucho para ver su reacción. Ella dio un salto impulsivo.

—¡Maravilloso!

El entusiasmo natural de su voz le alegró el corazón.

—Milady Fairfax está planeando algún tipo de reunión —explicó—. Parece que no tengo más remedio que posponer mis asuntos en Edimburgo.

—Tu hermano no estará contento.

—Jason estará bien; rara vez está contento, de todos modos.

—¡Pobre hombre! Aun así, me alegra que te quedes.

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! —La sonrisa de Cait iluminó el día nublado —. Egoístamente, espero que eso signifique que podamos dar más paseos juntos.

—¿Todos juntos?

—Tú, Thunder, Lady y yo. De hecho… ¿te gustaría montar a Lady hoy?

—Eres muy amable —agradeció Graham, conmovido a su pesar. Se acercó para acariciar el cuello de la yegua—. Es una

preciosidad.

—Sí. Sabes, si no tuviera ya un nombre, podría plantearme llamarla Blackwell, pero no le disgusta en absoluto que la dominen, así que… —se encogió de hombros con una sonrisa descarada.

—Así que esta magnífica bestia podría haber sido mi tocaya. Qué honor.

El caballo empujó el bolsillo de Cait y la hizo tambalearse hacia un lado.

—¡Tranquila! —ordenó—. Eso es para más tarde.

—¿Otra manzana? —preguntó Graham.

Ella asintió, palmoteándose los bolsillos, donde se marcaban dos protuberancias redondas.

—Tengo una para ella y otra para Thunder.

La yegua olisqueó ruidosamente su bolsillo, dejó una huella húmeda y, acto seguido, tiró de la bufanda blanca que colgaba de los hombros de Cait. Ella suspiró mientras rescataba la prenda.

—Por el amor de…

Graham rió por lo bajo.

—Será mejor que nos vayamos antes de que empiece a morderte la ropa para conseguir otra manzana.

Aunque… morder la ropa de Cait tenía cierto atractivo. Mucho, si era sincero.

Pronto tomaron el sendero. Cabalgaron un buen rato, con el viento susurrando entre las hojas y un sol velado bañando el mundo con su luz difusa. Al cabo, Cait moderó la marcha y quedaron uno al lado del otro.

—¿Cómo van las cosas en el castillo?

Graham vaciló. Quería contárselo, pero no estaba seguro de cuánto debía confesar.

Ella captó su mirada.

—Sé cómo son las cosas allí. Yo también viví en Cairndale, ¿recuerdas?

—Tienes razón, por supuesto. No había pensado en eso —suspiró—. Las cosas están tensas: Duncan y Sybil se miran con odio cuando Sybil no está llorando en el sofá, o Duncan enfurecido por la casa. Y Priscilla…

Se interrumpió con un gesto.

—Yo también la conozco. Deberías estar en guardia, he oído que… —Cait cerró la boca—. Solo, ten cuidado.

Él curvó una sonrisa irónica.

—Puede que no lo creas, pero llevo en guardia contra las trampas del matrimonio desde los quince años. No deseo pasar de soltero a prometido, y aun así he visto cómo les ocurría a amigos míos.

—Conmigo no tienes que preocuparte. No me atrae la idea del matrimonio.

La miró con curiosidad.

—¿Puedo preguntar por qué te opones tanto?

Ella se encogió de hombros y apartó la vista.

—Hay personas que nacen para eso. Yo descubrí que no soy una de ellas.

—Personas… te refieres a mujeres.

—Como Sybil.

—Y Priscilla —añadió él.

Cait le lanzó una mirada penetrante.

—¿Priscilla ha intentado echarte el guante?

—No lo diría exactamente.

Cait arqueó las cejas.

Graham acabó riendo.

—Está bien, quizá sí lo diría.

Tenía un aspecto tan travieso y tentador que la atracción que Cait llevaba combatiendo se intensificó y le encendió la sangre. Lo sofocó al instante, aunque su cuerpo dolía como si le hubieran negado algo esencial.

—Perdona la intromisión —dijo—. No debería hablar de Priscilla ni de tus otras aventuras.

—Si vamos a hablar de mis amoríos, habrá que hablar de los tuyos.

—Yo no tengo.

—Bueno, ahora no. Para que alguien te encuentre y pueda cortejarte, necesitaría un mapa de la cabaña y un garrote para abrirse paso entre tus muchachos.

Ella sonrió.

—Cierto. Lo que me lleva a mi problema: simplemente no hay hombres capaces de leer mapas.

—Yo leo mapas. Pero solo si hay un tesoro al final —contuvo a Lady—. Quizá deberíamos buscar un lugar para comer antes de que descargue la lluvia.

Cait miró el cielo y asintió. Los condujo hasta un pequeño cantil con vistas a los campos azotados por el viento. Graham desmontó y ató a Lady a un arbusto bajo. Luego se acercó a Thunder y ayudó a Cait a bajar. Sentirla en sus brazos avivó el calor acumulado durante el día: sus caderas a la altura de las suyas, el rostro apenas unos centímetros más abajo. Para besarla, bastaba inclinarse un poco…

Y, al pensarlo, la besó. Cait respondió de inmediato, le devolvió el beso, le rodeó el cuello y fundió su cuerpo con el de él. Graham la devoró, buscando y exigiendo. Sus manos se extendieron por la espalda mientras la pegaba a sí. La pasión estalló. Resbaló las manos hasta rodearle el trasero y le sujetó las caderas con firmeza contra las suyas.

Ella gimió y se apretó más. Dios, cómo la deseaba. Cada día con ella había alimentado el anhelo. Cada carcajada le pedía besarla;

cada vez que echaba la cabeza hacia atrás para seguir un pájaro o las copas de los árboles, él quería abrir su vestido y liberar aquellos pechos exuberantes, sostenerlos, acariciarlos y saborearlos hasta oír su nombre como un susurro. Cada vez que hablaba del vidrio, de Duncan, de sus caballos o de cualquier cosa que encendiera su pasión, él quería alzarla y probarla por sí mismo, dejarse arrastrar con ella.

Ahora la tenía en los brazos, moviéndose tan inquieta como él. Graham rompió el beso, pero no la soltó. Esta vez simplemente la abrazó. Ella se aferró a su abrigo, con la cara hundida en su cuello y la bufanda en el suelo, a sus pies. Su aliento cálido le cosquilleaba la piel encendida, y él solo la estrechó con más fuerza. Esperó a que la respiración de ambos se calmara, descansando la mejilla en su cabello sedoso, antes de murmurar:

—Algún día, pronto, tendremos que hacer algo al respecto.

Ella alzó el rostro y lo miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Se sonrojó, pero no lo negó.

—Se está creando algo entre nosotros. ¿Lo sientes?

Asintió. Él elevó los dedos y le acarició la línea de la mejilla.

—Te deseo —confesó sin rodeos—. Quiero hacer el amor contigo.

—Quizá… quizá deberíamos comer —se apartó de sus brazos y se agachó para recoger el pañuelo caído.

Graham la observó abrir la bolsa de cuero y disponer la comida. Ella no había aceptado, pero tampoco lo había rechazado. Por ahora, tendría que conformarse con eso.

Preparó el almuerzo mientras Cait repartía manzanas a los caballos, hablándoles con voz queda como si fueran niños. Thunder y Lady gozaban con la atención y relinchaban en respuesta, buscando más fruta en los bolsillos de Cait.

Graham los vigilaba de reojo. Cuando se descubrió envidiando a los caballos, negó para sí con amargura divertida. Estaba tan desarmado que empezaba a comportarse como un enamorado, cosa que nunca le ocurría, ni siquiera en los primeros ardores de un romance.

Menos mal que ninguno de sus hermanos estaba allí para mofarse. En especial Jason, que, a sus treinta y nueve años, se estaba volviendo un tirano.

Graham señaló el almuerzo extendido sobre la manta.

—El viento arrecia y parece que lloverá. Comamos rápido.

Ella sonrió por fin y se apartó de los caballos.

—¡Sí, capitán!

Se dio cuenta de que todavía estaba ruborizada y se preguntó en qué pensaría.

—No creo que me guste que me digan "capitán".

—Oh… —la sonrisa se le apagó un poco.

—Pero puede llamarme "almirante", si lo prefiere —hizo un gesto magnánimo—. O "almirante, señor", si le resulta más fácil.

Una risa le brotó de la garganta y parte de la tensión se le diluyó del rostro.

—Espero que no estés invocando tu rango para quedarte con el trozo más grande de tarta de manzana.

—En el amor y en la tarta, todo vale.

Ella volvió a reír, y Graham se sorprendió alzando la mano para apartarle un mechón de la mejilla. Cait se retiró de golpe al sentir el contacto. Él frunció el ceño.

—Solo era un mechón rebelde. —Entrecerró los ojos—. No confías con facilidad, ¿verdad?

Cait se sonrojó y respondió con un matiz defensivo:

—Confío en la gente. Confío en Duncan, Donald, Annie, Simon, Neal y… bueno, en muchísima gente.

—Pero no en mí.

Se mordió el labio, deseando saber qué sentía de verdad. Sus instintos guerreaban con su cabeza y no sabía a cuál obedecer. La razón le decía que Graham era un libertino y solo buscaba unos momentos de placer; que al final de ese camino no había más que dolor. En cambio, sus instintos le aseguraban que podía confiar en él, que no trataría de robarle el corazón; que había sido sincero, dolorosamente sincero, y no merecía su desconfianza.

La idea de acostarse con Graham no era, en sí, terrible. A juzgar por cómo reaccionaba su cuerpo cada vez que él estaba cerca, unas horas de placer mutuo podían ser satisfactorias para ambos. Solo de pensarlo, los pechos le dolían como si él ya los hubiera tocado.

Pero, por grande que fuese la tentación de Graham Blackwell, un pensamiento martilleaba al fondo de su mente: él le haría el

amor y luego la dejaría. No le había ofrecido nada más. ¿Podía aceptar esas condiciones?

La verdad era que Cait no lo sabía. Así que, en lugar de seguir dándole vueltas, decidió esperar.

—Quizá debamos comer primero y luego hablar de… esto.

Los ojos de él se oscurecieron y, por un instante, ella temió que se negara. Pero una sonrisa azul le encendió la mirada.

—Un respiro, entonces. Solo hasta que hayamos comido.

# Capítulo 12

Cait fue dolorosamente consciente de Graham durante todo el almuerzo. Él, por su parte, parecía el mismo de siempre: hablador, bromista, capaz de hacerla reír varias veces con sus ocurrencias. Solo una vez lo sorprendió mirándola con una intensidad distinta. Justo cuando terminaron, las nubes se oscurecieron. El viento se levantó y la manta a cuadros salió volando mientras guardaban los restos en la alforja. Cait tuvo que echar a correr para atraparla, riéndose mientras lo hacía. El viento era rápido y liberador; le agitaba la falda y el cabello, y soplaba fresco y limpio.

Su ánimo empezó a mejorar, aunque una parte de ella aún temía la conversación que se avecinaba.

Graham guardó la manta y alzó la vista al cielo sombrío.

—No sé si llegaremos a Cairndale.

Ella siguió su mirada y asintió. El cielo estaba muy negro.

—Hay un bosquecillo donde podemos refugiarnos.

Él la miró con una sonrisa torcida que le hizo latir el corazón.

—Supongo que sería demasiado pedir una cabaña como la tuya.

—Demasiado. Lo único que hay cerca es un cobertizo que usaba el cobrador del peaje. Tiene solo tres paredes y probablemente gotea como un colador.

—Qué suerte la mía. —Desató los caballos y acercó a Lady—. Menos mal que soy almirante. Puede que tengamos que nadar hasta casa.

Ella dejó que la ayudara a montar. La alzó sin esfuerzo y, un instante, se quedó mirándola con las manos aún en su cintura.

Cait se removió, incómoda ante la intensidad de esa mirada.

—¿Qué pasa? ¿Tengo el pelo revuelto?

Él sonrió.

—Solo pensaba que el viento te ha dejado como si acabaras de revolcarte en el heno… aunque todavía no te he tocado.

Pero la había tocado. De muchas, muchísimas maneras. En las semanas transcurridas desde la llegada de Graham, Cait sentía que

él la había despertado; la había devuelto a la vida tras un largo y solitario sueño.

La pregunta era: si permitía que aquello fuese más allá, ¿podría volver a conformarse con ese sueño solitario o sería una tortura recordar lo que había tenido y ya no podría tener?

Su sonrisa debió vacilar, porque él retiró las manos y, con cierta dureza, dijo:

—Vamos. Está a punto de llover. ¿Dónde está ese refugio?

Ella esperó a que él montara y tomó la iniciativa, guiándolos por el sendero hacia el cobertizo, casi oculto por un bosquecillo de árboles y matorrales.

Llegaban justo cuando el cielo se abrió y la lluvia empezó a caer a cántaros. Graham se deslizó de Thunder tan pronto como alcanzaron el refugio, luego ayudó a Cait a bajar. Ella ya estaba empapada y apenas veía a través de la cortina de agua.

Él tomó las riendas de Lady, empujó a Cait hacia el cobertizo y le gritó que iría enseguida. Cait avanzó a trompicones, con la visión velada por la lluvia; apenas distinguía el contorno del edificio.

El lugar era pequeño y húmedo, pero el techo no estaba tan mal como había imaginado: solo goteaba en dos o tres puntos.

Se abrazó a sí misma, temblando. La brisa, que antes le había resultado agradable, ahora era fría y desagradable. Miró alrededor por si había leña seca, pero decidió que, si intentaba encender fuego allí, podía arder entero.

Graham apareció, empapado hasta los huesos, con algo oculto bajo el abrigo. Se apartó el agua de la cara y echó un vistazo.

—Servirá.

—Tiene que servir —repuso ella con una sonrisa leve.

Un escalofrío la sacudió.

Graham sacó la manta de picnic de debajo del abrigo y se la tendió.

—Toma. Quítate la chaqueta y cúbrete con esto. Está bastante seca y te abrigará mejor que esa lana mojada.

A Cait le castañeteaban los dientes; se quitó la chaqueta y la bufanda blanca empapada. Miró alrededor y las colgó de un clavo suelto.

—Ojalá hubiera algo de mobiliario. Al menos un par de sillas.

Se volvió para coger la manta justo cuando notó que él le miraba el pecho. Bajó la vista y se estremeció: la lluvia había calado

su blusa de lino y la camisa interior hasta la piel. La tela se le pegaba al cuerpo, revelando mucho más de lo que pretendía.

Graham pensó que nunca había visto nada más hermoso. El sentido común le decía que Cait tendría unos pechos espléndidos, pero los altos y plenos montículos que transparentaba la tela mojada superaban con creces su imaginación.

El deseo lo inundó: quiso verlos, saborearlos, abarcar su peso en las manos.

—Tenemos que hablar —dijo, y le dolió oír la aspereza de su propia voz.

Ella se sonrojó, casi arrebatándole la manta para envolverse en ella.

—Pues habla.

Él se secó el cuello, se quitó el abrigo y aflojó la corbata.

—Sentémonos.

Rebuscó entre los restos del cobertizo y encontró una silla con el asiento roto y un cubo que, puesto boca abajo, serviría de taburete. Colocó la silla contra la pared más seca, encajó una tabla

sobre el hueco del asiento, dio la vuelta al cubo e improvisó un segundo asiento.

—Después de usted, señorita.

Cait tomó la silla y se sentó con recato en el borde. Quizá por los nervios, quizá porque la lluvia le había pegado el cabello hacia atrás, sus ojos parecían más grandes.

—Bien —dijo él, sentándose en el cubo y pasándose la mano por el pelo—. No creo haber estado en una situación más incómoda. Tampoco he deseado nunca hablar… de una relación.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Nunca?

—No. Prácticamente todas… sucedieron. Por mutuo acuerdo, digamos. La mayoría de las mujeres con las que estuve no esperaban ni deseaban conversar. Querían joyas, admiración, atención… y alimentaban la esperanza de que, una vez probados sus encantos, yo me enamorara tanto como para desear otra cosa, matrimonio quizá.

Por supuesto, eso nunca ocurría; cuanto más querían, menos deseaba él dar.

Cait era distinta. No pedía ni esperaba nada de lo que sus antiguas amantes ansiaban. Y aquello lo empujaba a querer hacer más por ella.

Era un sentimiento nuevo y desconcertante. A eso se sumaba su decisión de ser sincero. Por primera vez disfrutaba de una relación sostenida en la verdad sencilla: no se sentía obligado a soltar trivialidades ni cumplidos huecos. Cait tampoco parecía querer promesas falsas de amor eterno. Sabía que, aunque la verdad a veces costara, ella no aceptaría menos.

La miró: estaba completamente cubierta, con la manta apretada al cuello, ocultando la ropa mojada.

—Cait, no se me da bien hablar de estas cosas. Soy hombre de acción. Pero por ti, lo intentaré.

Ella asintió; sus ojos, cálidos bajo la luz plateada.

—Lo sé.

Graham acercó el taburete al borde de su silla, luego se inclinó y la atrajo. Ella se tensó.

—Tienes frío. Lo mínimo es mantenerte caliente.

Se relajó un poco y lo miró a través de las pestañas húmedas.

—Si eso es todo lo que vas a hacer…

—Hasta que digas lo contrario, eso es todo.

Se quedaron allí, escuchando la lluvia, mientras sus cuerpos recuperaban el calor. Graham apoyó la mejilla en su cabello; un tenue aroma a lavanda flotó en el aire. Ya asociaba ese perfume con Cait: ligero y encantador, como ella.

Cait suspiró y se movió, rozándole el pecho con el hombro. El cuerpo de Graham reaccionó al instante. Dios, qué mujer. Qué persona.

La tensión entre ambos —nacida al mediodía— crecía con cada minuto. Cuanto más tiempo permanecían así, con su brazo rodeándola y la cabeza de ella en su mejilla, más insistente se volvía el impulso.

Graham tomó un mechón de cabello y lo besó. Mojado, se enroscó en sus dedos, aferrándose como él hubiera querido que Cait se aferrase.

—Al menos a tu pelo le gusto.

Ella parpadeó, con una sonrisa burlona en los labios.

—Nunca he dicho que no me gustaras.

—Sí, pero tampoco has dicho que te guste. Lo tomo como mala señal.

Ella se volvió y, para su sorpresa, rozó sus labios con un beso en la mejilla. Inocente, sí, aunque su reacción no lo fue en absoluto.

Casi se le escapó un jadeo.

—Si no quieres que te toque, tendrás que renunciar a muestras así.

—¿Un simple beso en la mejilla?

—Cualquier beso, en cualquier parte. Me enloquecen y me dan ganas de sentarte en mi regazo y saborearte como es debido.

Durante un instante, el calor se encendió en sus ojos; luego bajó las pestañas.

—Tengo un rompecabezas que resolver.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

—¿Ah, sí?

—Si acepto llevar esto a un plano más físico, ¿qué garantía tengo de que no me dolerá cuando te vayas? —Suspiró; el sonido resultó dulce en el aire húmedo—. Mi mente y mi cuerpo están en guerra.

Él llevó aquel mechón a los labios, saboreando su seda.

—A veces el cuerpo es más sincero y sencillo que la mente.

—Y a veces lo que parece una respuesta honesta no es más que una reacción irreflexiva, como apartarte de una abeja o de una brasa que cae junto al pie.

Él sonrió.

—¿Te han dicho alguna vez que piensas demasiado?

Ella ladeó la cabeza; mojado, su cabello parecía más rojo que dorado.

—No.

—Entonces solo estaban siendo educados.

Los labios le temblaron con una sonrisa que reprimió sin piedad.

—No creo que se pueda pensar demasiado.

—Hum. ¿Te gustaría ponerlo a prueba?

Su recelo creció.

—¿Qué clase de prueba?

—Probemos con un beso mientras piensas… —rozó su mejilla con la boca y susurró— y otro sin pensar.

Su piel no era el blanco cremoso de tantas debutantes, sino un rosa luminoso. Le acarició la línea de la mejilla con la yema de los dedos.

—A veces, pensar nos impide disfrutar del momento. Bloquea sentimientos, emociones, energía… incluso el placer.

—¿Todo por pensar?

—Todo por pensar.

—Entonces me sorprende que alguien se moleste en pensar —replicó con un filo irónico, aunque las pestañas le revoloteaban.

Él sonrió. Si atendía solo a sus palabras, debía abandonar la seducción antes de comenzar. Pero aunque ella se negaba a rendirse a sus halagos, no era inmune a él en lo físico. Si lograba demostrarle que estaban destinados a tocarse, a estar juntos —no para siempre, no—, sí para ese momento…

—¿Y bien? ¿Probamos tu teoría?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que podemos. No podremos movernos hasta que escampe. —Se reclinó un poco en su brazo—. Adelante, bésame.

Él bajó la boca hacia la suya, se detuvo un latido.

—¿Este es el beso pensado o el beso sin pensar?

—No te lo diré. No quiero que hagas trampas para ganar tu punto.

—Muy bien. Pero tendrás que ser sincera después sobre cuál fue cuál.

—¿Confiarás en mí?

—Con toda mi alma.

El sonrojo le tiñó el rostro.

Él no le dio tiempo a pensar. Le tomó el rostro y la besó, poniendo en ese gesto todos sus anhelos, todo su deseo. Todo.

Ella se quedó exhausta en sus brazos cuando se apartó. La manta había resbalado y jadeaba tenuemente, atrayendo otra vez su mirada a ese pecho casi visible.

—¿Lista para el siguiente?

Ella alargó la mano.

—No. Ya he demostrado mi punto. Ese fue el beso pensado y yo estaba recitando los nombres de todos los reyes y reinas de Escocia todo el tiempo. No pasé del siglo XII. —Se llevó la mano a la garganta—. Pensar no interfiere en absoluto con sentir.

Él no pudo evitar reír.

—Creo que necesitas otro beso. Por seguridad.

Ella bajó la vista a su boca; él vio la duda.

—Solo uno más —murmuró, inclinándose hasta quedar a un susurro.

—No puedo —jadeó ella, apartándose—. No más, por favor.

Lo miró con los ojos verdes brillantes por lágrimas repentinas.

—Te lo ruego. No más.

Graham aflojó el abrazo.

—Cait, no entiendo…

Ella negó con la cabeza; una lágrima cayó de su ojo y se quedó prendida a la mejilla.

—No soy tonta, ¿sabes? Sé lo que haces. Intentas seducirme.

Él apretó los labios.

—Sí. Eso pasa cuando hay atracción. Como la nuestra.

—Lo sé. No soy inocente.

Él rió quedo.

—No estoy de acuerdo.

—Graham, no soy inocente —repitió, ahora firme.

—Ah —dijo él, comprendiendo por fin.

Una mueca de angustia le cruzó el rostro.

—He cometido errores.

—Todos los hemos cometido, cariño.

Quería a esa mujer. Más que a ninguna otra. El problema era que, si la seducía a cualquier precio, podría herir justo lo que más admiraba en ella: su espíritu.

Graham no era egoísta. Al menos, no a propósito. Y sabía —por lo que habían hablado— que Cait no era propensa a tristezas ni a dramas. Por eso aquellas lágrimas significaban tanto.

Suspiró y se frotó la nuca. El deseo menguó, aunque apenas. La quería en su cama, sí, pero no a costa de su orgullo.

—De ningún modo deseo hacerte daño.

Una sonrisa amarga le curvó los labios.

—Ya he oído eso antes.

—Pero no de mí. Cuando te digo algo, lo digo en serio. Y espero que hagas lo mismo conmigo.

Cait tragó el nudo que amenazaba con cerrarle la garganta. El cabello negro de Graham le caía sobre la frente; sus ojos azules no se apartaban de su rostro. Se había quitado la chaqueta; los pantalones negros se ceñían a sus caderas estrechas y delineaban los músculos de los muslos. Su mirada resbaló hasta su garganta descubierta. Llevaba la corbata suelta, colgando a ambos lados, y la camisa entreabierta. A través de la abertura se adivinaba una franja de vello en el pecho; sintió el deseo de tocarlo, de pasar los dedos por él y sentir la textura de aquellos rizos negros y apretados. Dios, era tan guapo. Guapo y… atento. La escuchaba. Le preguntaba qué pensaba, qué necesitaba.

En ese instante supo por qué era distinto de Stephen. Stephen la había conquistado con palabras suaves y manos urgentes; y ella, torpe y fea a sus propios ojos tras ser exhibida en una fría sala de recepción tras otra, lo había aceptado como un gato hambriento acepta un cuenco.

Graham tenía la misma pasión que Stephen, pero poseía algo más. Tal vez paciencia. Tal vez afecto. Fuera lo que fuese, estaba a su lado, ofreciéndole calor y nada más, la cabeza inclinada, los ojos fijos en los de ella.

En todas las veces que vio a Stephen, no recordaba que él la mirase con esa seriedad, ni que aguardase para oír lo que pensaba sobre nada. Se preguntó por qué no lo había advertido antes.

Curioso: lo pequeñas que son las expectativas a los diecisiete años. Con los años, esas mismas expectativas se transformaron en una lista de virtudes requeridas tan larga que, a veces, temía que el hombre que deseaba conocer no existiera.

No solo quería pasión, aunque eso era parte de ello. También quería a alguien con quien hablar, alguien que la escuchara, alguien que riera con ella y compartiera su vida del mismo modo en que ella deseaba compartir la suya.

Graham se inclinó y le rozó la mejilla con un dedo. El contacto dejó un hilo de fuego delicado que encendió un rastro ardiente por el cuello, descendió por el pecho y siguió más allá.

—¿Qué quieres, Cait? Porque, sea lo que sea —si no es matrimonio—, te lo daré.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Por qué odias tanto la idea del matrimonio?

Su humor se desvaneció.

—Porque… —una sombra le cruzó los ojos— tengo que confesarte algo. No es bonito y quizá no quieras volver a hablarme.

Ella aguardó, sin atreverse a aventurar qué diría.

—Cait, por mucho que desee lo contrario, parece que no consigo seguir… enamorado de una mujer más de dos meses.

—¿Dos meses?

—Suena mal incluso a mis oídos, así que imagino cómo sonará a los tuyos. No puedo evitarlo: al poco me aburro, de modo que sé que nunca podré casarme. No haré una promesa que sé que no cumpliré.

Cait asintió.

—Es lo que corresponde. Eres honorable.

Él torció la boca.

—No voy a fingir que no me atraes, porque me atraes y lo sabes. Y tampoco voy a fingir que no deseo algo más físico de lo que tenemos ahora. Con toda sinceridad, renunciaría a Thunder por

una sola hora en la cama contigo, sin nada entre nosotros salvo sábanas enredadas y el sudor de nuestros cuerpos.

Un escalofrío delicioso la recorrió. Era tan hermoso, con esa mirada azul, tan intensa. Mejor aún, la honestidad le brillaba. Por un instante creyó ver la verdad resplandeciendo sobre él como una luz.

Él se pasó otra vez la mano por el cabello mojado, y a ella no se le escapó que temblaba levemente.

—Esto es una locura —sonrió con tristeza—. Estoy arruinando mis posibilidades contigo, pero me niego a ser menos que sincero. —Le tomó la mano—. Cait, no sé qué pasó en Edimburgo, pero…

—Deberías saberlo.

—No es necesario…

—Sí lo es. —Lo miró de frente, armándose de valor—. Si vamos a continuar con esta… relación, por breve que sea, no quiero secretos.

Él vaciló y suspiró.

—Si quieres contármelo, hazlo.

Ella tomó aire, apretó los puños a los costados.

—Lo he repasado cientos de veces, hasta creer que al fin entiendo qué hacía y por qué. No me crié en el castillo como Duncan. Nuestro padre tuvo poco que ver con mi madre después de mi nacimiento.

—¿Las descuidó?

—Se ocupaba de que no pasáramos hambre y de que tuviéramos lo justo para vivir. Pero a veces pasaban meses sin verlo.

—Es triste.

—Fue duro para las dos —admitió—, sobre todo porque sabíamos que vivía muy cerca. Para mi madre fue peor, porque era a ella a quien rechazaba. Creo que siempre lamentó haberla conocido. Al menos, eso parecía.

Cait hablaba con llaneza, sin exhibir dolor, pero Graham intuía cuánto le costaba. No halló nada mejor que añadir.

—Ya veo.

Se preguntó si debía abrazarla, pero ella siguió.

—Ahora duele menos. Cuando mi padre murió, gané a Duncan. —El rostro se le suavizó—. Jamás me he arrepentido del intercambio.

—¿Duncan sabía que existías?

—Oyó a su madre decir a un mayordomo que iban a echarnos de la cabaña. Solo tenía doce años, pero intervino y exigió que nos dejaran en paz. Creo que ya nos había visto y adivinado la verdad. Nunca lo hablamos.

Graham sonrió.

—La terquedad de Duncan es tan legendaria como mi determinación.

—¿Determinación o terquedad? ¿No son lo mismo?

—Uso "determinación" cuando hablo de mí y "terquedad" cuando hablo de los demás.

La risita silenciosa con que lo recompensó le dolió de gusto.

—Entonces es un defecto que compartimos los tres. —Prosiguió—: Después de que Duncan supo de nosotras, venía casi a diario. Su madre intentó detenerlo, pero él la ignoró y… se convirtió en mi hermano. Siempre que he necesitado algo, ha estado. Soy muy consciente de su bondad, lo que me dificulta decirle que no.

—Puede ser muy persuasivo.

—Mucho. Cuando cumplí dieciséis, mi madre murió. Duncan quiso que viviera en Cairndale. Contra mi mejor juicio, acepté.

—De ahí la habitación azul.

—Por eso la habitación azul —asintió—. Me ofreció una estancia mayor, pero me sentía fuera de lugar. Además, su madre me guardaba rencor.

—Empiezo a tomar antipatía a la madre de Duncan.

—Claro que no —lo reprendió en voz baja—. Tan solo le recordaba una época de su matrimonio que deseaba olvidar. No puedo culparla.

—Supongo que no —cedió sin convicción—. ¿Te gustó vivir en Cairndale?

—No. Había pasado media vida fuera del castillo. Creí que estar dentro sería mágico. No lo fue. Me sentía perdida y creo que Duncan lo notó. Decidió que necesitaba compañía y que debía "lanzarme" a la sociedad, como si perteneciera a ella.

—¿Como si?

—Era ilegítima y todo el mundo lo sabía. No tenía más dinero que la dote que Duncan quería darme. Y… —se encogió de hombros

— no soy guapa. Nunca lo he sido. Pero Duncan estaba decidido a que lo pareciera. Forzó a su madre a patrocinarme y, por una vez, coincidimos: yo no quería ir tanto como ella no quería llevarme. Pero se salió con la suya y fuimos.

—Sonaba a desastre anunciado.

—Lo fue. Y empeoró. Creo que milady Fairfax fue sincera al intentar vestirme bien y enseñarme, pero yo no lo acepté.

—Lo siento.

—Yo también. Cada evento era doloroso y agotador. Y los vestidos que elegía… ahora que sé de colores y texturas, veo sus errores y los míos.

Graham negó.

—Los hombres lo tenemos más fácil.

—Desde luego. A la segunda semana en Edimburgo, era miserable. Mientras tanto, Duncan conoció a Sybil y pasaba mucho tiempo fuera, cortejándola. Me quedé con milady Fairfax y… entonces conocí a Stephen.

—Un libertino de primera, supongo.

—Peor. De lo peor. Era mal visto en casi todas las casas, lo cual me parecía tremendamente injusto.

—Ah, palabras de juventud.

—Palabras de tonta. Era elocuente y me hablaba. —Un leve rubor le tiñó las mejillas—. Me temo que eso bastó. Al final creí estar enamorada y acepté… Huí con él.

—¿Te fugaste?

—Eso creía. Pero, al parecer, incluso eso fue demasiado para Stephen. Nunca pensó casarse conmigo: solo quería un escándalo para forzar a Duncan a comprar su silencio. —Las mejillas se le encendieron.

Graham tragó un nudo de ira antes de poder hablar.

—Todos cometemos errores.

—La mayoría no avergüenza a su familia con ellos —respondió áspera—. Fui tan necia que permití que unas palabras bien ensayadas nublaran mi juicio.

—Por eso prefieres pensar antes que sentir. Crees que te librará de repetirlo.

—Sí. —Mantuvo fija la mirada—. Debes saber que estuve con Stephen dos semanas antes de que Duncan nos encontrara. Y aquí es donde se supondría que debería asegurarte que no fui tocada. Pero… —apretó los labios— no puedo decir eso. Yo creía amarlo.

—Muchas cosas se hacen en nombre del amor.

—Y muchas se deshacen. Creí sus promesas de que quería casarse conmigo y que lo haría tan pronto como Duncan lo aprobara. Pero, por supuesto, Stephen jamás pidió esa aprobación: pidió mil libras por devolverme a casa y callar.

Graham nunca había estado tan furioso. Jamás.

—Ese maldito Stephen merece el látigo.

Si alguien hubiera osado tratar a su hermana así, lo habría dejado hecho trizas. Y luego sus hermanos se habrían turnado.

—Me temo que tendrás que cavar —replicó Cait—. Murió dos años después. Oí que se emborrachó hasta morir, aunque no lo supe con certeza.

—Aún me parece poco.

Ella hizo un gesto leve.

—Lo pasado, pasado está.

El ademán le templó la cólera y volvió el impulso de abrazarla. Le tomó la mano entre las suyas.

—Cait, eres una mujer apasionada. No hay nada malo en ello.

Ella torció el gesto.

—Como la madre de Duncan se apresuró a señalar, soy igual que mi madre.

—Entonces tu madre era cálida y alegre.

Una emoción fugaz le cruzó el rostro y exhaló hondo.

—Gracias. Cuando tuve que enfrentar la ira de Duncan y la decepción de su madre, me sentí una necia.

—Tenías diecisiete y estabas sola. —Graham la acercó y le besó la nariz—. Escúchame, Cait: no eres mala persona. Ni vil. Ni confusa. Eres fuerte y hermosa. Y no hay nada malo en ser apasionada con alguien a quien quieres.

—No todos lo ven así.

—¿Entonces a quién vas a escuchar? ¿A mí o a la madre amargada de Duncan? Y recuerda que nunca te he mentido ni te he obligado a usar vestidos que no favorecen tu cuerpo.

Los labios le temblaron y las lágrimas se desvanecieron.

—Eres un miserable por hacerme sonreír cuando estoy perfectamente feliz en mi infelicidad.

—Es un don. —Le acarició la barbilla y le frotó la mejilla con el pulgar—. Bien, ¿algo más que confesar? ¿Algo realmente importante?

—Eso era importante.

—Si ese fue tu único pecado, me temo que debería empezar a confesar los míos, porque mi vida no ha sido tan inmaculada.

—¿Ah, sí?

—Solo espero que no quieras que detalle todos mis pecados de índole apasionada. Me quedaría sin voz antes de cubrir la mitad.

Ella rozó con los dedos el botón superior del chaleco.

—¿Han sido muchos?

Hasta entonces, Graham habría respondido sin remordimiento. Nunca había sobrepasado los límites de la decencia: no cortejó inocentes, no comprometió reputaciones salvo cuando la dama misma buscó el riesgo y jamás mencionó nombres, ni borracho. Sin embargo, ante aquellos ojos verdes sintió el rubor arderle las mejillas: algo rarísimo desde los catorce años.

—Sí —admitió—. Han sido muchos.

—Hum. Y, según dices, si no mantienes el interés más de unos meses, habrá cientos, quizá miles más.

Graham no respondió. No podía. Una hondísima soledad lo atravesó. ¿Tenía razón? ¿Estaba condenado a vagar de cama en cama, buscando a una mujer perfecta que tal vez no existía?

Por supuesto, Cait se acercaba a esa idea de perfección, cada vez más. Era inteligente, atractiva, capaz, fuerte y apasionada… Frunció el ceño. ¿Se acercaba ella a su imagen ideal o estaba él moldeando ese ideal hasta que se pareciera a Cait?

Fuera como fuese, no resolvía el problema de su inconstancia, de su falta de compromiso, de la tendencia a herir a quien llegara a quererlo.

Hiciera lo que hiciera, no quería dañar a Cait. Ella ya había sufrido bastante. Con esfuerzo, se puso en pie y la ayudó a levantarse.

—La lluvia amaina. Pronto habrá pasado.

Una sombra le cruzó el rostro.

—¿Eso significa que…? —lo miró—. ¿No quieres estar conmigo ahora que sabes…?

—¡No! Solo significa que no quiero que hagamos nada de lo que podamos arrepentirnos. Disfruto demasiado de tu compañía para permitir que se vuelva falsa.

—Ya veo —murmuró, con una decepción honda en la voz.

Él casi rió. Así debía de parecer él cada vez que ella se le escapaba. Le resultaba adorable: natural, libre. Y a él cada vez le gustaba más estar con ella. Gracias al cielo que se marchaba pronto.

Aunque aquel pensamiento le dolía casi tanto como lo aliviaba. Él se iría y Cait seguiría allí, entre los bosques, mientras nuevos invitados de Duncan iban y venían. Quizá, algún día, uno se daría cuenta de lo extraordinaria que era y se la llevaría. En un relámpago de claridad, Graham creyó ver ese futuro.

Maldita sea. Eso era exactamente lo que ocurriría.

—¿Graham?

Se dio cuenta de que Cait lo observaba.

—¿Sí?

Ella se humedeció los labios. Un gesto inocente que volvió a alterarlo.

—Y si decido que quiero que estemos más cerca, ¿qué pasaría?

—Cait, si nos acercáramos más que ahora, eso…

—Crees que me afectaría el corazón.

Él se detuvo y asintió.

—No quiero herirte.

—Crees que me enamoraría si nos acostáramos. Ese sería mi problema, no el tuyo. —Posó las manos sobre su pecho, alzó la boca hasta la de él y lo envolvió en un beso.

La virilidad de Graham se endureció al instante. Ya no pudo resistirse al cuerpo exuberante de Cait, pegado con tanta firmeza al suyo. Sus pechos turgentes apenas estaban separados de su piel por un chaleco y una camisa; sus caderas se ceñían íntimas a las de él. Ardía, hambriento, mientras los pensamientos se le desmoronaban ante el asalto de aquella boca suave y de aquel cuerpo delicioso.

Ella rompió el beso y él advirtió que la había estrechado otra vez. Los ojos verdes brillaban en los de él y, con un ronroneo definitivo, murmuró:

—Mañana terminaremos eso.

En ese instante supo que tenía razón: lo terminarían. Y, por alguna razón, el pensamiento le estremeció el alma.

# Capítulo 13

Sybil entreabrió la puerta de la habitación de invitados verde y asomó la cabeza. Al ver que estaba vacía, soltó un suspiro de alivio, cerró sin ruido y cruzó hasta la ventana, con la falda susurrando sobre la gruesa alfombra. Ya allí, corrió las cortinas y se alzó de puntillas. Alcanzó a ver a St. Thomas conversando con Cait en el patio.

La mirada de Sybil se posó en Cait y abrió los ojos de par en par. La pobre Caitlin había caído presa de la tormenta repentina: iba empapada y desaliñada. El hábito se le veía casi negro, pegado al cuerpo; el cabello, suelto en mechones largos alrededor del rostro; el pañuelo, chorreando, dejaba un reguero de agua tras de sí. Graham no estaba mejor: los pantalones se le adherían de forma indecorosa, el abrigo lo llevaba abierto y la camisa, desabrochada. Por el aspecto, deberían estar desdichados; sin embargo, reían.

A Sybil se le encogió el corazón. Parecían tan felices… como lo habían sido ella y Duncan en otro tiempo. Los labios le temblaron al pensarlo. Tenía que ganar la apuesta. Lo único que podía salvar su matrimonio era sacar a Duncan de Cairndale y llevarlo de vuelta a Edimburgo, donde habían sido despreocupados. Una vez allí, estaba segura de que él se olvidaría de tener hijos y cesaría la discordia. Quizá entonces reconocería que aún la amaba, si es que la amaba.

Entretanto, tendría que afinar sus métodos. Lo detestaba, pero era necesario. Contempló a Cait largo rato y decidió que, aunque el hábito favorecía su figura generosa, un vestido de baile —con cintura alta y pliegues voluminosos— no le sentaría igual de bien.

Priscilla tenía, como siempre, razón. Cait, con un vestido ceñido y a caballo, era una cosa; Cait en un salón de baile, otra muy distinta. Y por mucho que Blackwell gozara del coqueteo, no toleraría por compañera a una mujer que no supiera conducirse en público.

Sybil dejó caer la cortina justo cuando una voz le susurró al oído:

—¿Qué crees que haces?

El corazón le dio un brinco. Retrocedió, llevándose una mano al pecho.

—¡Duncan! ¡No te acerques así! Pensé que eras el odioso ayuda de cámara de Blackwell. Te juro que ese hombre me da miedo.

Duncan miró por encima de ella, hacia la ventana.

—Hum. Espiando a Graham y a Cait, ¿verdad?

—No —replicó, ruborizada—. Solo venía a… asegurarme de que la habitación estuviera limpia.

—Qué anfitriona tan abnegada —respondió con ironía—, siempre pendiente de la salud y el bienestar de los invitados.

Ella se tensó.

—Hago lo que puedo, aunque no comprendo cómo se mantiene limpio un castillo. Es como fregar tierra: lo único que consigues es más barro.

—¿Cómo lo sabes? Nunca has fregado nada.

—No es culpa mía. Tú me trajiste a este lugar húmedo.

—Es mi hogar, Sybil. Pensé que al menos podríamos compartirlo.

Había un cansancio en su voz que se le clavó hondo.

—Duncan, yo…

¿Qué? ¿Que lo amaba pero no quería hijos? ¿Que lo adoraba y no soportaba la casa donde él había nacido?

Él la sostuvo con la mirada, inquisitivo.

—Sí, amor. ¿Qué ocurre?

—Duncan, sabes que te quiero. Que yo…

¿Podía decirlo? ¿Podía confesar que lo amaba profunda, desesperadamente? Y si lo hacía, ¿perdería algo?

Miró a Duncan con la seriedad con que él la miraba; el rizo del cabello sobre la oreja; el hoyuelo en la barbilla que tantas veces había besado. Sybil respiró hondo y, por fin, se atrevió:

—Duncan, te quiero. Pero no deseo tener hijos hasta estar segura de que no me querrás menos. Necesito que me prometas que no será así.

Él se tensó, como si hubiera recibido un golpe.

—Sybil, te quiero. Creo que siempre te querré.

«Creo». Ella necesitaba más que eso; más de lo que él parecía capaz de dar.

—Quiero que volvamos a ser como antes, antes de venir aquí y de que todo se torciera —murmuró, mordiéndose el labio para contener las lágrimas—. No quiero vivir en este castillo viendo desvanecerse nuestro matrimonio.

Una sombra de dolor le cruzó el rostro.

—No podemos volver atrás. Nadie puede. Solo cabe seguir adelante.

Tenía razón. Con el corazón dolorido, Sybil se recompuso y alzó la barbilla.

—Por supuesto. Adelante, entonces. Dejaremos nuestro matrimonio en manos de la apuesta —lo miró fijamente—. Puede que creas que has ganado, pero no es así. Aún no.

Duncan suspiró, visiblemente decepcionado.

—Tu hermana te busca. Está en la sala.

—Iré enseguida.

—Pensé que lo harías. —La mirada de Duncan se afiló—. Priscilla ha mencionado un baile.

Sybil captó el tono.

—Sí. He decidido organizar uno pequeño. Nunca usamos el salón de baile y pensé aprovechar ahora que están Blackwell y Priscilla.

La expresión de Duncan se endureció.

—Sé lo que pretendes. No permitiré que avergüences a Cait.

—Entonces no tiene por qué asistir. Será su decisión.

—Ya. La invitarás de modo que no pueda negarse.

Sybil asintió, de pronto miserable. No deseaba usar a Cait así, pero no veía alternativa.

Duncan la observó un instante más y pasó junto a ella hacia la ventana.

—Priscilla te espera.

Eso fue todo; la despachó como a una doncella molesta.

—Iré… enseguida.

—Hazlo. —Levantó un extremo de la cortina, con la vista clavada en Cait y Graham—. Bajaré en un momento —añadió distraído, como si ya la hubiera olvidado.

Ella aguardó un segundo, anhelando cualquier señal, alguna indicación de que le importaba. No llegó. Tras un largo momento

silencioso, se volvió y salió de la estancia, dejando atrás a Duncan.

Desconsolada, se dirigió al salón.

Priscilla giró hacia ella en cuanto entró. El rostro, por lo general sereno, mostraba líneas de tensión.

—Gracias a Dios que ya estás aquí. Me estaba muriendo de aburrimiento.

—Sí, ha sido un día bastante tedioso. Tal vez por la lluvia.

—Eso no ha impedido que Blackwell salga —replicó Priscilla con desagrado—. No entiendo cómo sigue viendo a Cait. Si hubo atracción, ya se habrá desvanecido. Es hora de separarlos.

Sybil suspiró ante el tono irritable; odiaba cuando su hermana estaba de mal humor, algo cada vez más frecuente.

—¿Dónde está Blackwell ahora? —preguntó Priscilla—. Estoy harta de sentarme a esperar su regreso.

—En el patio, despidiéndose de la señorita Cameron. Los ha sorprendido un chaparrón.

Priscilla se alzó y corrió al espejo de la chimenea.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —Se alisó el cabello—. ¡Vamos! Si salimos a la terraza, podremos verlos.

—Sí, pero…

—Ven conmigo. No pienso ir sola.

Priscilla dio media vuelta y salió presurosa. Sybil se quedó mirando la puerta vacía: empezaba a creer que su hermana era algo egoísta. Suspiró y la siguió por el pasillo hasta la biblioteca y de allí salieron a la terraza.

Tenían una vista perfecta de la despedida de Graham y Cait. Aunque él no la tocó, había algo íntimo en su modo de estar. Sybil sintió una punzada de celos. ¿Por qué Cait tenía lo que a ella le estaba negado?

Priscilla, por su parte, pensaba lo mismo. Le ardía el alma ver a un hombre —cualquiera que considerara suyo— prestar atención a otra. Pero había formas de manejar esos contratiempos: una palabra aquí, otra allá. Con insinuaciones se lograba más que con hechos.

Priscilla sonrió.

—No temas, Sybil. Me aseguraré de que nuestra querida Caitlin aparezca en nuestro maravilloso baile.

Observó cómo Graham murmuraba algo a Cait y abandonaba el patio, alejándose con paso firme y expresión divertida. Priscilla juzgó reveladora la mirada melancólica con que Cait lo siguió.

—De eso puedo ocuparme —murmuró.

—¿Ocuparte de qué? —preguntó Sybil, parpadeando como si despertara de un sueño largo.

¿En qué andaba Sybil últimamente que siempre estaba distraída? Resultaba molesto.

—Vuelve a la sala —dijo Priscilla—. Te alcanzo enseguida. Creo que debo extenderle personalmente la invitación del baile a Caitlin.

—Pero yo puedo…

—Requiere un toque personal. Nos vemos en diez minutos y trazamos el entretenimiento.

Sin esperar respuesta, Priscilla se dirigió al patio. Alcanzó a Cait cuando esta iba a montar.

—Ahí estás —saludó con jovialidad.

Cait se volvió: empapada, el cabello rojizo lacio a ambos lados del rostro, el traje de montar pegado al cuerpo. La imagen hizo que Priscilla se detuviera y, por primera vez, admitiera que quizá Cait Cameron era más de lo que había supuesto.

—Cait, me alegra haberte encontrado.

—¿De veras?

La expresión de Cait era cauta: la hermanastra de Duncan no era ninguna ingenua. Priscilla desplegó su mejor sonrisa.

—Sybil y yo nos moríamos de aburrimiento, así que hemos organizado un baile pequeño. Duncan insistió en que te invitásemos.

—Qué amable por su parte.

—Sí, bueno, le dijimos que no querrías venir, pero se mantuvo firme.

Cait la miró sin expresión. Priscilla lo tomó por buen síntoma y dejó vagar la vista más allá de ella.

—No sé mucho de caballos, pero ese parece indómito. ¿Cómo lo montas?

Cait posó la mano con naturalidad en el cuello del animal.

—Un kilómetro y medio cada vez.

Priscilla sostuvo la sonrisa a duras penas.

—Qué graciosa.

—¿Qué quieres, Priscilla? No has venido a hablar de mi caballo.

—No, he venido a darte un consejo.

Hizo una pausa, como avergonzada.

—Espero que no te moleste, pero noto que llevas mucho tiempo sola. Y también que estás… digamos «encariñada» con el señor Blackwell.

Las mejillas de Cait se tiñeron.

—No sé de dónde sacas eso, pero lo que pienso y siento no es asunto tuyo.

Priscilla arqueó las cejas.

—No hay motivo para avergonzarse. Razones no te faltan: el señor Blackwell es encantador. Guapo, rico, de linaje impecable y con modales muy agradables. —Rió por lo bajo—. Diría que la mitad de las mujeres del castillo suspiran por él. La pobre Sybil no consigue que la criada del piso alto haga nada.

—La criada del piso alto nunca hacía nada antes de la llegada del señor Blackwell, así que no veo la relación.

La risa impostada se le borró. Era irritante tratar con alguien que no seguía las reglas de la charla educada.

—No sé qué pretendes —atajó Cait—. Ve al grano. Tengo poco tiempo.

Priscilla apretó los labios.

—Como quieras: además de todos sus encantos, Blackwell es un seductor consumado. Es agradable con todas las mujeres con las que trata, incluida yo.

Cait cerró más fuerte las manos sobre las riendas.

—Para tu información, no estoy enamorada del señor Blackwell. Y aunque lo estuviera, no te corresponde advertirme. Si quieres proteger un corazón, cuida el tuyo.

—Ay, querida, te he ofendido. Lo siento. Es solo que… bueno, alguien debía ponerte al tanto.

—¿Al tanto de qué?

Estaba claro que la mujer se avergonzaba; justo lo que Priscilla quería. Para añadir leña, suspiró, doliente.

—Es desagradable. Pero eres la cuñada de Sybil, casi como una hermana. Lo menos que puedo hacer es evitar que pases vergüenza en el baile del miércoles.

—¿Vergüenza? ¿Cómo?

Priscilla sonrió con dulzura.

—Habrá mucha gente. Es bastante obvio lo que sientes. Aunque procures ser prudente, tu rostro te delata y todos lo

notarán. Todos.

Siguió un silencio denso. Cait la sostuvo con el semblante impenetrable, pero el blanco de los nudillos en las riendas lo decía todo. Hirviendo por dentro. Hirviendo y un poco avergonzada: tal como estaba planeado.

Priscilla hizo un leve gesto.

—Ya te avisé. Decidas lo que decidas, haré lo posible por suavizar las cosas.

—No necesito que nadie me allane el paso. Nadie se atrevería a ridiculizarme en casa de mi hermano.

—No delante de ti —repuso Priscilla, suave. Dejó que calaran sus palabras y añadió con firmeza—: Pero tienes razón: debes asistir. Es tu casa. Yo ignoraría los cuchicheos. Estoy segura de que el señor Blackwell tampoco advertirá nada.

—No quieres que vaya.

—¿Yo? Me da lo mismo. De hecho… —le recorrió el porte con la mirada—, espero sinceramente que vayas. Harás la velada mucho más agradable para el resto.

Los labios de Cait se estrecharon. Priscilla supo que había dado en el clavo.

—Priscilla, no sé cómo agradecerte tanto desvelo.

—Ya se te ocurrirá algo. Quizá algún día te pida un trabajo de vidrieras en mi casa, pues hay ventanas que agradecerían un toque de esmaltes.

Sonriendo por encima del hombro, dio media vuelta y se marchó. Procuró disimular el triunfo mientras regresaba a la terraza. Cait asistiría al baile, estaba segura. Mejor aún, iría incómoda con Graham, preguntándose si él leería en su rostro lo que Priscilla había insinuado.

Arriba, el sol de la tarde brillaba cálido y el cielo azul solo lucía unas nubes esponjosas. Priscilla decidió que era un día precioso. Un día precioso para ganar.



Cait entró en su dormitorio con paso airado, y Annie la siguió de cerca.

La ama de llaves cerró la puerta y la observó con rostro imperturbable.

—¿Qué ha pasado para que venga de tan mal humor?

Cait se dejó caer sobre la cama.

—Nada.

Maldita Priscilla Spalding y sus aires de rubia. Cait no era de odiar a nadie, pero había conseguido despertar en su corazón —por lo común indulgente— un rechazo feroz.

—No me diga que no está enfadada por algo —replicó Annie—. Casi le arranca la cabeza al pobre Donald por nada más que un alegre "buenas tardes".

—No le he gritado a Donald.

Annie alzó las cejas, cruzó sus delgados brazos bajo el pecho y dio un golpecito incrédulo con el pie.

—No me mires así. —Cait dio una patada a la falda, frustrada —. ¿Debo ir a ese estúpido baile? Priscilla se burlará de mí y Graham… —frunció el ceño—. ¿Qué hará Graham?

Captó la mirada severa de Annie y recordó de pronto que estaba esperando respuesta.

—Lo siento, Annie. No quería volver a oír a Donald quejarse del conducto de la nueva chimenea. Sé que hay que arreglarlo, pero no estoy de humor para escucharlo día y noche mientras él…

—Le ha dicho "buenas tardes" y nada más.

Cait se encogió de hombros. Quizá había sido un poco dura.

—Tienes razón. Solo estaba enfadada por… No importa. Me disculparé con Donald en cuanto termine.

—¿Terminar qué? —preguntó Annie con recelo.

Cait se levantó de la cama con una energía que no sentía y fue al armario. Abrió de par en par y saludó con la mano a la variedad de prendas que colgaban allí.

—Me disculparé cuando decida qué ponerme para el baile de Sybil y Duncan la semana que viene.

Annie se animó.

—¿Un baile? Vaya, eso suena prometedor.

—No estoy tan segura.

Cait enderezó los hombros y se quedó mirando los vestidos, la mayoría demasiado sencillos para servirle.

—Ojalá tuviera tiempo de encargar uno.

Annie se subió al borde de la cama para ver cómo Cait sacaba primero un vestido viejo y luego otro.

—Deberíamos encargarlo ya para la próxima invitación. Si es que llega. Me sorprende que se hayan acordado de usted esta vez —resopló con desdén—. En el pasado han sido algo negligentes.

—No, no lo han sido. Siempre me invitan. Y yo siempre rechazo. Saben que no me gustan sus eventos pomposos y yo sé que mi compañía en un acto tan formal les resultaría pesada. Pero esta vez…

Cait sacó su mejor vestido: seda azul cielo, muy a la moda… hace varios años. Lo sostuvo delante y se miró al espejo, comparándolo con los trajes de Sybil. Dios mío, cuánto había cambiado la moda.

Suspiró y dejó el vestido sobre la cama, junto a Annie.

—Lo que diferencia a este baile es que la hermana de Sybil, Priscilla, estará allí y cree que seré una vergüenza.

Annie puso cara de asco.

—Ay, esa. Maliciosa, sí señor.

—Lo es. Y grosera. Y posesiva. Y, si una presta atención, nota que tiene los ojos un poquito demasiado juntos.

—Es una zorra altiva, y no en el buen sentido.

—Dicen que anda con el diablo —añadió Annie con tono misterioso.

Cait no pudo evitar sonreír.

—No te llevaré la contraria. También está decidida a que todos los hombres en muchos kilómetros a la redonda le rindan pleitesía.

—¡Oh, oh! Supongo que se refiere a Blackwell. Así que la señorita Spalding anda preocupada porque se acerca demasiado a él, ¿eh?

—No me estoy acercando demasiado. Al menos, todavía no. Mañana… —eso podría ser otra historia.

Aunque, tras probar el veneno de Priscilla, todo parecía menos claro. Si permitía que Graham se acercara más, ¿no se volverían sus sentimientos más fuertes? ¿Más obvios para cualquiera?

No es que estuviera enamorada. No aún. Pero estaba cerca, lo sabía. Si miraba a sus pies, juraría que estaban justo en la línea que separa la amistad del amor.

Quizá no fuera buena idea dejar que la relación avanzase a un terreno más físico. Quizá…

—Hmph. Entiendo por qué duda con el sassenach. Es bastante buen partido si le gustan los hombres altos, guapos y ricos.

—No empieces, Annie.

—Dios la bendiga, señorita Cait, ¿qué puede no gustarle de un hombre así?

Cait, sabiamente, no respondió. Rebuscó más hondo en el armario, sin encontrar nada que se acercara a un vestido de noche aceptable.

—No debería haber dejado que Priscilla me provocara.

—Sí, no tiene un vestido decente.

—Lo sé. Pero ahora no puedo negarme.

Annie soltó un bufido.

—Le provocó, ¿verdad? Ahora irá, pase lo que pase, con sol o con lluvia. Irá aunque tenga que caminar descalza y desnuda como el día en que naciste.

—Esperaba encontrar algo menos dramático que ponerme que mi propia piel —repuso Cait, seca—. Por desgracia, mi armario no

alcanza la década actual.

Tocó la seda azul cielo sobre la cama y suspiró.

—Haré el papel de rústica desaliñada toda la noche… o no iré.

Desde el borde de la cama, Annie tomó el vestido y lo sacudió.

—¿No le vale este? Es buena seda y el color te favorece.

—Está pasado de moda. Seré el hazmerreír, supongo, pero eso no es nuevo. Al menos no me quedaré en casa, deprimida porque una pedante engreída me ha ordenado no ir. Al diablo con Priscilla Spalding y sus aires.

—¡Así se habla, señorita Cait! —Annie saltó de la cama con determinación en el rostro delgado—. Y yo le ayudaré. Quizá tenga tiempo de convertir este vestido en algo aceptable si lo hacemos sencillo.

—¡Annie! —Cait se conmovió ante el ánimo de su ama de llaves—. Gracias.

—Och, lo justo es que vaya y que se vea bien. Además, debo ayudarla después de todo lo que ha hecho por mí.

Frunció los labios, pensativa.

—La última vez que vi a milady Fairfax, llevaba un vestido precioso que era… —entrecerró los ojos, asintiendo, mientras doblaba el vestido sobre el brazo—. Lo que necesitamos es uno de esos libros de moda apilados en su vestidor. Esa tonta de Jane se encarga de la planta de arriba. Pediremos prestado un libro y le confeccionaremos un vestido que enseñe a esa descarada de Priscilla quién es la verdadera dama.

—Sí, pero no tenemos tiempo para…

—¡Cállese, señorita Cait! Hay tiempo de sobra. Nos quedan metros de esa seda color paja que sobró de forrar las cortinas del salón. Empezaré con eso y quizá… —extendió el viejo vestido, haciendo ondular la seda azul a la luz—. Quizá aprovechemos este también. Puedo usar el corpiño y las faldas, añadir mangas nuevas y tal vez…

Sonrió.

—Puedo hacerlo. No se preocupe.

La seda color paja combinada con el azul cielo… quedaría impresionante, decidió Cait. Aportaría un toque dramático a su aspecto más bien sobrio.

—Annie, ¿de veras crees que estará listo para la semana que viene?

—¡Sí, señorita Cait! Déjelo en mis manos.

Se echó el vestido al hombro y se dirigió a la puerta.

—Enviaré a Donald al castillo a por el libro. Sigue abajo, deprimido, porque cree que está enfadada con él. Luego veremos qué hace falta. Tal vez pida prestada alguna cinta, aunque de hilo voy bien.

—Parece una tarea enorme. ¿Podrás…?

—Oh, no se preocupe. Solo necesitamos un vestido sencillo y elegante. Permitirá que su belleza resalte.

Un vestido nuevo, sencillo y elegante… Una oleada de felicidad la invadió.

—Annie, eres un tesoro.

Media hora después, un jinete solitario llegó al castillo de Cairndale. Donald, provisto de instrucciones precisas de la señora Annie, se

dirigió a la entrada del servicio y pidió hablar con su prima Jane.

Jane tardó en aparecer: milady Fairfax había decidido que el castillo se limpiara de arriba abajo para el próximo baile, algo que la horrorizaba. Por lo general, se las arreglaba para no ser fácil de encontrar cuando había trabajo y esta vez se había escondido tras la cortina de la biblioteca y se había quedado dormida, apoyada en el cristal. Tuvo suerte de que solo Thomas, el lacayo, la descubriera, porque había babeado un poco y manchado la ventana. Milady Fairfax no era la jefa más exigente, pero Jane sospechaba que babear el vidrio quizá era demasiado. Así que, suspirando como si cargara con el mundo, limpió el rastro con el trapo del polvo que había soltado al dormirse y regresó pesadamente a la cocina.

Se detuvo en seco al ver al hombre enorme que la esperaba.

—Vaya… ¿quién eres tú?

—Donald. La señora Annie me envía a buscarte.

Jane lo recorrió de arriba abajo. Se detuvo en los lugares adecuados y alzó las cejas con franca admiración.

—Annie siempre ha sido buena prima conmigo.

El hombre frunció el ceño. Jane se apresuró:

—Así que eres uno de los muchachos de la cabaña, ¿eh? Eres bastante grande, ¿no?

—No soy el más grande.

¡Caramba! Difícil de imaginar. Aquel gigante debía rondar los dos metros y la cabeza casi le rozaba el techo. Jane decidió que, además, era apuesto. Manos grandes, perfectas para sujetar a una mujer.

De pronto más despierta, se alisó el cabello y confió en no llevar marcada la frente por la siesta contra el cristal.

—¿Qué quiere Annie de mí?

Donald miró alrededor. La cocina bullía con los preparativos del baile. Criadas y cocineras iban y venían en un frenesí de pasos y voces. No era lugar para hablar con calma.

—La señora Annie te ha escrito una nota. ¿Podemos ir donde haya menos ruido?

Jane frunció los labios.

—Hay un cobertizo junto al granero.

—¿Un cobertizo? —parpadeó Donald—. No hace falta. Con todo el mundo aquí, nadie nos oirá si salimos al patio.

—Pero el cobertizo es muy privado. —Se inclinó y le posó la mano en el brazo, grueso y musculoso—. Nadie sabrá ni que estamos allí.

Donald negó.

—La señora Annie me ha dicho que me dé prisa, así que el patio servirá.

Se dio media vuelta y desanduvo el camino. Jane suspiró, decepcionada, y lo siguió. Se preguntaba qué querría Annie. Siempre estaba inquieta por su puesto con la señorita Cait, lo que a Jane le parecía una tontería, pues todo el mundo sabía que era más honroso servir al vizconde y la vizcondesa en el castillo que a la señorita Cait en su cabaña del bosque. Aunque… volvió a mirar al hombre corpulento que iba delante, fijándose en el trasero firme y los muslos musculosos. Quizá, después de todo, trabajar en la cabaña de la señorita Cait tuviera sus ventajas.

Donald la condujo a una zona junto a la muralla exterior. Salvo por unas cuantas criadas agrupadas al otro lado del jardín, estaban solos. Metió la mano en el bolsillo y sacó una nota arrugada.

—La señora Annie me ha pedido que te entregue esto.

Jane abrió el papel, lo alisó y entornó los ojos para leer. Donald la observó con recelo.

—¿Sabes leer?

—Por supuesto —se indignó—. No muy bien, claro, pero lo suficiente.

Volvió a forzar la vista sobre la letra apurada y, poco a poco, descifró:

—¿Quiere un libro?

Donald asintió. Ella estudió un instante más la nota y volvió a asentir.

—La señorita Cait necesita uno de los libros de moda de milady Fairfax.

—¿Puedes conseguirnos uno?

Jane dobló con cuidado el mensaje y se lo guardó. Se tomó su tiempo para admirar los hombros anchos de Donald y cómo empequeñecía incluso los enormes arbustos del jardín de hierbas.

—Posiblemente.

—¿Qué significa «posiblemente»? ¿Vas a ayudar a la señorita Cait o no?

—Tendré que tomarlo prestado de mi señora.

—Tomarlo prestado —remarcó Donald.

—Si ella se entera, entonces es robar.

Él la sostuvo con la mirada un largo instante, recorriéndola de arriba abajo. Sus ojos azul oscuro ponían la piel en alerta allá donde se posaban. Jane deseó haber llevado su mejor vestido precisamente ese día. Se conformó con sacar pecho y hundir barriga. Ojalá hubiera tenido tiempo de peinarse también.

—Debo darme prisa —dijo al fin—. La señora Annie insistió en que no perdiéramos tiempo con ese libro.

—Entonces tendrás que asegurarte de que lo reciba. Pero primero iremos al cobertizo.

—¿Al cobertizo?

—Quiero un beso —declaró con firmeza, mirándolo de frente—. Y más.

Dios bendiga a esa mujer: estaba loca, sin duda. Pero era joven, limpia y bastante atractiva, con su cabello castaño y sus ojos azules. Además, él no era hombre de regresar de un recado con las manos vacías.

Se humedeció los labios.

—El cobertizo detrás de los establos está vacío.

Se frotó la nuca. Las cosas que tenía que hacer por la señorita Cait. Aun así, no pensaba dejar que aquella muchacha le marcara el paso sin dar nada a cambio. No toleraba que lo manejasen como si fuera menos.

La recorrió con el mismo descaro con que ella lo había evaluado.

—No necesitamos un cobertizo.

—¿No? —Ella echó un vistazo a las mujeres que, al otro lado del jardín, reían y los miraban con complicidad.

—No necesitamos un cobertizo ni ningún otro sitio. Aquí estará bien. —Se agachó y se desabrochó el cinturón.

Varias criadas soltaron risitas y cuchicheos. Jane le atrapó la muñeca y lanzó una mirada fulminante a sus amigas.

—¡Silencio! ¡Aquí no!

—¿No? Pero…

—El cobertizo —siseó. Le sostuvo la mirada y debió de advertir que él bromeaba, porque se le dibujó una sonrisa—. ¿El cobertizo?

Él no se movió.

—Por favor —añadió en voz baja.

Ahí estaba. Él se inclinó y le dio una palmada en el trasero, de un modo que a ella pareció gustarle.

—Muy bien, pequeña. Al cobertizo de leña. Pero nada de trucos. Esto es por la señorita Cait y por nadie más.

Con el rostro encendido de placer, Jane resopló y se alejó contoneándose, la nariz en alto y las caderas marcando el paso.

Donald, tras ella, reconoció no solo su desparpajo agradable, sino también un contoneo encantador. Y era un hombre que apreciaba los contoneos.

Bastante satisfecho consigo mismo, cerró la puerta del cobertizo tras de sí. Increíble, las cosas que tenía que hacer por su señora.

# Capítulo 14

La vida, decidió Graham, era una empresa endiabladamente compleja. Justo cuando creía tenerlo todo claro, ocurría algo que le demostraba que estaba equivocado otra vez.

Mojado y desaliñado, fue directo a la biblioteca, donde sabía que lo aguardaría una chimenea encendida. Acertó: una llama alegre le dio la bienvenida en cuanto abrió la puerta. Para su alivio, la estancia estaba vacía.

Entró, arrimó una silla al fuego, se dejó caer y estiró las piernas enfundadas en botas.

Tenía la cabeza desbordada por lo ocurrido aquel día. Estaba enamorado de Caitlin Cameron.

El mañana quedaba demasiado lejos, y saberlo era una tortura.

Se alargó y tomó un ejemplar del *Morning Post* de tres semanas atrás. Leería y dejaría de pensar en cosas como el brillo verde de los ojos de Cait o la curva de sus caderas cuando cabalgaba sobre Lady por los prados.

Pasó las páginas sin atención, incapaz de hallar nada que frenara el torbellino de sus pensamientos. Al fin, irritado, arrojó el periódico al suelo. Resultaba extraño topar con un vestigio de su vida de antes. Desde que había llegado a Cairndale, se sentía como si viviera en una tierra remota y casi mística. Incluso Cait, en su cabaña firme y pequeña entre los árboles, rodeada de sus siete gigantes hoscos, parecía irreal.

Pero lo era. Y sus sentimientos crecían. Lo admitía. Aunque no a la manera de siempre. En este punto, por lo general, ya iba camino de declarar un amor que se le evaporaba en cuanto lo nombraba. Con Cait, no. Intuía que detestaría una demostración impulsiva y, en el fondo, hueca. Si le decía que la amaba, tendría que hacerlo con todo el corazón, el alma y el cuerpo, porque ella no aceptaría menos.

Hasta ahora, su vida no había sido precisamente admirable. Si alguna vez quería una relación que fuese "más", él tendría que ser

más, hacer más, dar más. Aquello se le volvía cada vez más evidente.

Se removió, inquieto. Era raro, pero no echaba de menos Londres tanto como había imaginado. Recordó su asombro cuando supo que su hermano Brad pensaba cerrar la residencia londinense —salvo dos miserables meses al año— para residir en la mansión que había comprado cerca de la casa donde había crecido su nueva esposa.

Graham no lograba imaginar qué haría su sofisticado y antaño disipado hermano en el campo. Sin embargo, cuando le comentó sus reparos, Brad se echó a reír y le enumeró un par de centenares de tareas y planes que él y Agatha ya tenían en marcha, incluido un nuevo sistema de esquileo y almacenaje de lana que, según decía, revolucionaría toda la industria.

Entonces comprendió cuánto había cambiado Brad. Ahora se preguntaba si, en realidad, Brad no había cambiado, sino que por fin había encontrado dónde gastar sus energías. Energías que desperdiciaba antes de conocer a Agatha.

Frunció el gesto. Pamplinas. Tal vez Brad necesitara cambiar, pero a Dios gracias él no. Salvo por su indecisión con las mujeres, le

gustaba quién era y cómo era; y si a veces le inquietaba su incapacidad para sentir algo duradero, era solo porque no estaba listo para sentar cabeza. Sí, eso debía de ser.

Se oyó un golpe suave en la puerta.

—Adelante —respondió, agradecido por la interrupción.

La hoja se abrió y apareció Bentley, vestido y peinado con exactitud impecable, la encarnación del caballero perfecto.

—Dispense, señor. ¿Podría hablar con usted?

—Por supuesto.

Bentley se detuvo junto al brazo de la silla, a la distancia exacta de rigor.

—Señor, aún no he encontrado el anillo talismán.

—¡Maldición!

Otra preocupación para la lista que preferiría no tener. Bentley inclinó la cabeza, impasible.

—En efecto, señor. He registrado la habitación y, salvo descubrir un alfiler de corbata con rubí que definitivamente no le pertenece, no he hallado nada.

Graham frunció el ceño. Estaba seguro de que Bentley daría con aquel maldito anillo; tan seguro que ni se había molestado en pensarlo. Ahora, sin embargo… Se frotó la cara, preguntándose qué debía hacer.

Recordó el anillo en la mano de su madre, la luz jugando en los grabados cada vez que ella la movía. Era lo único que le pertenecía por entero. De pronto comprendió cuánto significaba, no solo para él, también para sus hermanos y su hermana.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea. Hay que encontrarlo.

—Sí, señor. Seguiré hacer indagaciones discretas entre los criados, aunque nadie parece saber nada hasta el momento.

—Al diablo con la discreción. Ofrece una recompensa. Tengo que recuperarlo antes de la semana que viene.

Cuando tenía que marcharse.

El pensamiento le cayó como plomo y lo apartó de un empujón.

—Le pediré a lord Fairfax que me permita anunciarlo.

—Hágalo. —Bentley miró el traje de montar empapado—. Supongo que querrá cambiarse antes de visitar a Su Señoría.

—No. Quiero verlo ahora.

—Pero está calado.

—No me sentaré en ninguna de sus buenas sillas. Solo en las viejas, esas que parecen a punto de venirse abajo.

—Qué dicha para las buenas sillas —replicó Bentley, severo.

Graham se puso en pie, encantado de tener algo que hacer que no fuera lamentarse.

—Y mala suerte para mi trasero. La mayoría de las malas tienen los muelles rotos. Seguro que me arrepiento de no seguir su consejo.

—Siempre se arrepiente de ignorar mis sugerencias y, aun así, no tarda en desatenderlas.

Sonriendo, Graham salió en busca de Duncan. Lo encontró de pie ante la sala, merodeando en el pasillo como si escuchara la conversación apagada del interior.

Duncan le hizo un gesto para que callara.

—¿Qué haces? —susurró Graham.

—Hablan del baile. Quiero saber a quién van a invitar.

—Ah. ¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque todo es una conspiración. Lo sé. Pero aún no descubro sus intenciones.

Resultaba curioso cómo un hombre cuerdo podía volverse paranoico al casarse. Graham bajó la voz.

—He perdido algo.

—¿Sí? ¿El qué?

—El anillo talismán.

—El anillo talismán…

Duncan cerró la boca de golpe. En la sala, el murmullo se interrumpió un instante y volvió enseguida, más bajo.

Duncan tomó a Graham del codo y lo llevó a la esquina.

—Dios mío. ¿Cuándo?

—Hace un día, tal vez. Se lo dije a milady Fairfax y aseguró que preguntaría a los criados. ¿Crees que lo ha hecho?

—No lo sé. No me ha dicho nada. Preguntaré y veré qué averiguo. —Frunció aún más el ceño—. Graham, si alguien lo encuentra…

—Espero que me lo devuelva. Aunque no quiera cargar con él, perteneció a mi madre y por eso me es valioso.

—No, no. Quiero decir… si el anillo cae en manos ajenas, ¿terminarás casándote?

Esa sí que era una idea. Graham la sopesó y al final negó.

—No lo creo. A fin de cuentas, lo llaman el talismán de San Juan.

Duncan no parecía convencido.

—Espero que tengas razón. Y espero que ni Sybil ni Priscilla lo hayan encontrado.

—¿Qué harían con él?

—No lo sé —admitió—, pero con lo que traman, cabe que una de las dos, o ambas, lo tenga.

—Te precipitas.

Duncan suspiró y se encogió de hombros. Se le dibujó una sonrisa apaciguadora.

—Quizá solo esté extraviado, como dices. Buscaré a ese mayordomo remolón. Tal vez Flynn sepa algo.

Graham se dio cuenta de que nunca había visto al mayordomo en Cairndale.

—Ojalá sepa dónde está. Debo hallarlo antes de marcharme.

—Lo haremos. No temas. Es demasiado peligroso dejarlo por ahí. Entretanto, será mejor que te vistas para la cena. Estás algo… húmedo.

—Lo haré. Gracias por tu ayuda, Duncan. Te lo agradezco.

—Busco ese triste artefacto más por mí que por ti. Es lo último que quiero rodando por ahí, no sea que un hombre de bien tropiece con él.

Dicho esto, Duncan bajó las escaleras llamando a Flynn.

Graham lo siguió con la mirada. ¿Por qué su madre no pudo tener un anillo que aumentara la salud o la buena fortuna? Cualquier cosa, menos uno que empujara al matrimonio. No era justo.

Suspiró, se dio media vuelta y regresó a su cuarto, deseando no tener que presentarse a cenar aquella noche.

La cena fue tan horrible como Graham temía. Sybil estaba sonrojada y parlanchina, con un brillo desesperado en los ojos. En un par de ocasiones, Graham la sorprendió mirando a Duncan con tal anhelo

que lo alarmó. Duncan, por su parte, pasó casi toda la velada buscando dobles sentidos detrás de cada frase de su esposa, mientras Priscilla hacía cuanto estaba en su mano por encarnar a la compañera perfecta.

Cuando él y Duncan se retiraron a por un brandy, Graham estaba listo para alegar cansancio y huir a la relativa calma de su cuarto. Pero una vez allí, se encontró resentido con la quietud, pues le dejaba demasiado margen para pensar en Cait.

Inquieto, se acercó a la ventana, apartó la cortina pesada y miró la noche estrellada. ¿Qué estaría haciendo Cait a esas horas? ¿Trabajaba con los muchachos? ¿Pensaba en las promesas que él le había hecho? ¿Seguiría despierta? Lo más probable era que ya estuviera en la cama, profundamente dormida.

Eso lo condujo a preguntas más peligrosas. ¿Qué llevaría para dormir? ¿Un camisón largo de franela, sin encajes ni adornos? No lograba imaginársela con algo tan prosaico. ¿Tal vez una camisola fina de algodón, con cintas y lazos? Tampoco. Demasiado común. Quizá solo una camisa de seda, con pequeñas flores bordadas alrededor de un escote bajo. Un escote que delineaba la curva de sus generosos pechos…

Se apartó de la ventana y cogió el abrigo, con la imaginación —y otras partes de su cuerpo— en llamas. Era casi medianoche y, cuando llegara a su casa, ya sería mañana. Además de demostrarle que hablaba en serio sobre avanzar en su relación, bien podía dar ejemplo de una virtud poco frecuente en él: la puntualidad.

Sonriendo ante su propia fantasía, cruzó la noche bañada de luna hasta el establo, donde despertó y sobornó sin remilgos a un mozo somnoliento para que ensillara a Thunder.



Cait arrojó la bufanda sobre el tocador y buscó el peine. Soltó un hondo suspiro, se sentó ante el espejo ovalado y puso cara de pocos amigos.

—Peina ese cabello y deja de pensar en Ese Hombre.

Como de costumbre, no se obedeció a sí misma, y por tercera vez pasó el peine de dientes anchos por la melena, mientras se sorprendía preguntándose qué estaría haciendo Graham. ¿Una partida de billar con Duncan? ¿Escuchando a Sybil hablar del próximo baile? ¿Paseando bajo la luna con Priscilla?

—¡Ay! —el peine se enganchó en un nudo.

Ese era el problema del pelo grueso: se enredaba con facilidad. Trabajó el nudo con paciencia y sonrió cuando, por fin, cedió.

—Ya está —le dijo a su reflejo—. ¿Ves lo que consigue un poco de empeño?

El espejo le devolvió una mueca. El empeño era una cosa, pero desear lo imposible era otra, justo lo que le ocurría cuando pasaba el día con Graham Blackwell. Tenía el don de inspirar confianza y parecer sincero, dos talentos que lo convertían en un hombre peligrosamente convincente.

Curioso: con Graham, todo parecía perfecto. Sin él, las dudas se colaban como bruma. Esos pequeños pensamientos implacables que le preguntaban qué demonios creía que estaba haciendo, dejándose ver con un hombre que —por palabras suyas y por insinuaciones de Priscilla— cambiaba de afectos con la misma facilidad con que otros cambiaban de ropa.

Se peinó una última vez y se hizo una trenza. La situación con Blackwell era demasiado desconcertante para desentrañarla a esas

horas. Quizá, al verlo mañana, encontrara la respuesta. La encontraría mejor a la cálida luz del sol y de un día nuevo.

Se oyó un rasguño en la ventana. Cait detuvo la trenza, pero el sonido no se repitió. Terminó de recogerse el pelo, se levantó y llevó la vela hasta la cama.

Otro rasguño. Esta vez reconoció el roce de una rama cuando soplaba viento del sur y se doblaba hasta alcanzar el vidrio. Frunció el ceño. No parecía soplar tanto… ¿se avecinaba tormenta? Se aproximó, abrió el pestillo y empujó para abrir.

—¡Cait! —susurró una voz apremiante.

Dio un respingo y se llevó la mano al corazón.

—¡Cait! —otra vez, más cerca.

Parpadeó y se inclinó. La rama se curvaba hacia la casa, pero no había viento. Lo que sí había era un hombre corpulento trepando, con paso seguro, por el árbol hacia su dormitorio.

—¡Blackwell!

Él se detuvo y sonrió. Los dientes le brillaron a la luz pálida de la luna.

—Es más de medianoche.

Ya estaba a menos de dos metros. Cait distinguía la forma del rostro, la sombra de la nariz, los ojos y aquellos labios sonrientes.

—Sé que es más de medianoche. ¿Qué haces aquí? —balbuceó, asombrada, perpleja y un poco asustada.

Él seguía acercándose, con la soltura de quien escaló incontables árboles de niño. De pronto, ella recordó que él había dicho «mañana».

Dios santo. Había venido porque ella lo había prometido. ¿Qué, exactamente?

Lo sabía. Y lo había dicho en serio. O al menos hasta que Priscilla le hizo ver lo lejos a que había llegado Cait. La verdad: ya se preocupaba demasiado por Blackwell como para tener con él un simple coqueteo. Si no andaba con cuidado, terminaría desnudando sus sentimientos y arruinando la amistad más valiosa que había conocido.

Se llevó una mano a la mejilla. El corazón le golpeaba, las palmas sudaban, la garganta se ceñía. Una parte quería huir. Otra se sentía halagada, emocionada y… feliz. Graham Blackwell trepaba al árbol de su ventana. Su ventana, no la de Priscilla Spalding, la mujer más hermosa de Escocia.

Él ya estaba casi a su altura; la luz de la habitación le iluminaba el rostro. La emoción le ardía en los ojos.

—Dijiste que resolveríamos esto entre nosotros «mañana». —Apoyó la mano en el marco—. Ya es «mañana».

Su cuerpo le susurró que bastaba un paso para tenerlo dentro, para saciar los pensamientos abrasadores y el anhelo nocturno. La mente la obligó a quedarse inmóvil, a no ceder a palabras dulces.

¿Qué pesaba más, mente o cuerpo? Aquella doble tracción era una tortura. Cait apretó los dientes.

Él la miró, con una suave pregunta en los ojos.

—No puedo entrar si no te haces a un lado.

—No sé si debería dejarte pasar.

—¿Me pides opinión? —la sonrisa le blanqueó los dientes—. Porque, si es así, creo que deberías dejarme entrar para que podamos…

—Estoy bastante segura de lo que tú crees. Lo que no sé es lo que creo yo.

—Decidas lo que decidas, hazlo pronto. Puedo caer en cualquier momento. Estas ramas no son lo más firme del mundo.

Se estaba riendo de ella. Y no le gustaba.

—Por muy dura que tengas la cabeza, una pequeña caída no te matará.

—¿No? Cait, ¿a qué temes? No confías en ningún hombre salvo tus amigos y tu hermano. Y mientras, te quedas aquí, escondida del mundo y de quien pueda herirte.

La tomaba por miedosa. ¡Ridículo!

—Te equivocas por completo. No tengo miedo. Ni de ti ni de nadie.

—Ya. —Calló un instante—. ¿Y si entro solo a beber un trago de agua?

—Hay agua en el barril del granero.

—Ajá. —Se apoyó en el marco con el brazo libre; la luz de la vela dibujó un brillo dorado en su rostro hermoso—. Beberé al irme. Pero… tengo algo de frío.

—Entonces será mejor que vuelvas a tu habitación en Cairndale.

Él miró por encima de su hombro, hacia el hogar encendido.

—Tu chimenea no echa humo. ¿Y si entro solo a calentarme?

Cait cruzó los brazos y lo sostuvo en silencio. Él soltó un suspiro hondo.

—Eres la mujer más terca que he conocido. Bien. Me iré. Pero antes debo descansar. ¿Puedo entrar y solo…?

—¡No! —Por Dios, qué hombre tan decidido—. Buenas noches, señor Blackwell.

Puso la mano en la hoja para cerrarla, esperando que él se apartara. En lugar de eso, se dejó caer fuera de su vista. La negrura ocupó el hueco de golpe.

—¡Graham…!

Seguía allí, agachado en una rama gruesa, aferrado a otra más alta. Los dientes le relucían débilmente.

—Me echarías de menos si me fuera. Admítelo.

—No admitiré nada —repuso, con el corazón aún tembloroso —. Ha sido una broma horrible.

—Soy un hombre desesperado. Subir fue una cosa; bajar, en plena noche, otra. —Volvió a asomar, apoyándose en el marco con

esa sonrisa torcida y melancólica que siempre la ablandaba por dentro—. Cait, mi amor, ¿y si eliges una silla para mí y yo prometo quedarme en ella?

—¿Sin levantarte?

—El asiento y yo no nos separaremos. Salvo que tú lo ordenes.

Parecía una oferta razonable. Además, si seguía colgado de la ventana, alguno de los muchachos podía verlo. Simon, sobre todo, era de sueño ligero y solía levantarse a deshora.

Cait cerró los ojos un instante.

—Es una locura, pero… maldita sea. Supongo que no me queda otra.

Y con ello, Cait Cameron tomó una decisión monumental, una que recordaría el resto de sus días: se apartó y permitió que Graham Blackwell subiera por su ventana.

# Capítulo 15

Graham subió el resto del camino y pasó por encima del alféizar con facilidad. Se detuvo para cerrar la ventana; el clic sonó desmesurado en el silencio.

—No puedes quedarte mucho tiempo —advirtió ella, con un deje defensivo.

Él iba a responder, pero el camisón de Cait le robó las palabras. Solo acertó a asentir… y a mirar. Llevaba un vestido de seda verde pálido que le llegaba a los pies y se ceñía, descarado, a cada curva. Peor —o mejor, según cómo se valorara aquella deliciosa tortura—, el escote profundo dejaba al descubierto unas redondeces que le hicieron la boca agua.

—Sí, bueno —repuso Cait, con un rubor que delataba que había notado su mirada—, la próxima vez que decidas trepar a un

árbol y entrar en la habitación de una mujer, quizá quieras hacer más ruido.

—¿Ruido?

—Sí. Silbar, por ejemplo. Podría haberte confundido con un ladrón dispuesto a llevarse mis joyas. De milagro no he llamado a uno de los muchachos.

—No silbo. Al menos, no bien.

—Entonces canta. Supongo que serviría.

—No —rechazó con firmeza—. No voy a cantar, ni siquiera para ti. Respeto demasiado a mis semejantes como para someterlos a semejante tortura.

—Qué considerado por tu parte.

—Tomé la decisión después de soportar no sé cuántas actuaciones de madres ansiosas que creen que los hombres admiran a las mujeres que cantan.

A ella se le curvaron los labios.

—Pobrecito, lo que has tenido que soportar.

—Nunca hago caso a las madres casamenteras. Pero me enseñaron algo: creer que uno tiene talento no significa que lo

tenga.

—Una lección sensata.

El silencio que siguió fue incómodo, como si hubieran agotado la broma fácil y ya no quedaran palabras. Cait miró alrededor, inquieta; se aclaró la garganta tres veces.

Graham se apiadó.

—Creo que se supone que debo ocupar una silla. ¿Nos sentamos?

—¿Sentarnos? —Desvió la vista de la cama a las sillas, como si vacilara entre una idea y otra—. Sí, claro.

Caminó hacia la zona de estar. La seda dibujaba el contorno de sus muslos a cada paso y a Graham le faltó aire. Dios, qué hermosa era. Siguió con los ojos la trenza largo rojiza que le caía por la espalda y se preguntó cómo le quedaría el cabello desparramado sobre almohadas blancas. Notó la sangre encendida.

Ella se sentó en el borde de la silla, las manos enlazadas en los brazos del asiento. En cuanto él tomó la otra, Cait preguntó:

—¿Por qué estás aquí?

—Pasaba por la zona y pensé en ver qué hacías.

—¿A medianoche?

—Son las doce y veinte —apuntó con educación.

Cait entrecerró los ojos y él negó con una tristeza burlona.

—Oh, mujer de poca fe.

—Tengo fe. Pero no en los hombres que llaman a mi ventana en mitad de la noche.

—Debería haber usado la puerta principal, pero estaba aburrido y esto me pareció una aventura.

Le temblaba un poco la voz. Estaba nerviosa y asustada… y también un poco emocionada. Graham sonrió apenas; a su manera, se sentía igual.

Ella cruzó las manos en el regazo, los pies bien plantados. El gesto recatado contrastaba con el camisón descaradamente sensual.

—Graham, no soy una mujer aventurera. No creo que debas…

—Pamplinas. Eres aventurera. Vives aquí, sola, salvo por la compañía de tus criados y siete gigantes ceñudos. Levantas un negocio que, por lo que veo, será muy próspero. Y montas como un ángel. ¿Cuánta aventura más necesitas?

Cait se mordió el labio. Nunca se había visto así, pero… llevaba razón: arriesgaba. Solo que no con el corazón.

Buscaba cómo decirlo cuando él se puso en pie. Desde su silla, ella se echó hacia atrás, de pronto demasiado consciente de su proximidad y de lo poco que llevaba puesto.

—Solo voy a beber un poco de agua —anunció tranquilo—. ¿Me lo permites?

Las mejillas de Cait ardieron. No quería sobreactuar, pero los nervios le nublaban el juicio.

—Por supuesto. Sírvete.

Ella lo observó por debajo de las pestañas mientras él iba a la cómoda donde Annie guardaba jarra y vasos. Graham se sirvió agua, bebió, y se apoyó en el borde bajo del mueble. La miró.

—Es un camisón precioso —dijo grave, con la voz más baja.

Cait tuvo que luchar para no estremecerse. Aquella prenda de seda había sido un regalo de Duncan. A veces sospechaba que la había pedido para Sybil, pero le quedó grande y se lo pasó a Cait. Fuera como fuese, a ella le encantaba la caricia de la seda sobre la piel y lo usaba a menudo. Jamás lo había llevado ante nadie. Ahora

era dolorosamente consciente de cada centímetro de tela abrazando su desnudez.

Graham tomó distraído la bufanda blanca del tocador y la pasó entre las manos.

—Me intrigas.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Eres una mezcla fascinante de vulnerabilidad y valor. Me pregunto qué puedo hacer para demostrarte que soy digno de tu confianza.

—Si tuviéramos años para debatirlo, lo mismo acabaría confiando. Pero te irás pronto.

Graham asintió sin replicar. Contempló la bufanda con expresión pensativa.

—Cait —dijo, sin apartar la vista de la tela—, creo que sé cómo demostrarlo.

Se colgó la bufanda del antebrazo y se acercó. A ella se le aceleró el corazón.

—¿Qué… qué haces?

—Te han herido con palabras, te han dicho falsedades. Te lo demostraré con hechos.

—¿Hechos?

—Con acciones que te prueben que puedes confiar en mí.

Cait se aferró a los brazos de la silla.

—¿Y por qué te importa?

—Porque, si no vuelves a confiar en nadie, estarás sola el resto de tu vida. Y no quiero que te pase.

—No estoy sola. Tengo a Duncan. Me basta.

—Necesitas más. Amigos, conocidos… amantes.

Amantes. En plural. Aquello decía mucho de Graham Blackwell. Cait frunció el ceño.

—No te incumbe a quién permito entrar en mi vida.

Ni con quién. Aunque, siendo sincera, desde Stephen ningún hombre había logrado atraerla. Excepto Graham.

Él esbozó una media sonrisa deliciosa que le hizo perder un latido.

—Cait, ¿crees que puedes confiar en mí durante cinco minutos?

—¿Cinco?

—Sí. Durante cinco minutos puedo hacerte todo lo que quiera, siempre que no te haga daño.

—¿Hacer…? —la voz le tembló; todo el cuerpo ardía con la sola sugerencia—. ¿Qué…?

—Nada que duela. Solo placer.

Ridículo… y tentador.

—¿Y si quiero que pares?

—Dices "para", y pararé. —Su mirada la recorrió, se detuvo un instante en sus pechos y volvió a sus ojos—. Te prometo que solo te tocaré de modo que te haga jadear de gusto.

Cait sintió la cara abrasarse.

—Yo… no sé…

Él ya estaba frente a ella, erguido. Estaba guapísimo. Pero era más que eso: el deseo latía entre los dos, envolviéndolos como oleaje. Una sensación que ella casi había olvidado.

La verdad: quería a ese hombre. Pero también sabía que empezaba a importarle; cualquier paso más pondría su corazón en mayor riesgo.

La cuestión era si podría seguir sin arriesgar más. Graham se arrodilló.

—Cinco minutos, Cait. No más.

Ella tragó. Bastaba extender la mano y el mundo del placer sería suyo.

—¿Por qué? —acertó a susurrar—. ¿Por qué yo?

Él le rozó la mejilla con las yemas.

—Porque eres la mujer más emocionante, hermosa e inteligente que he conocido.

Dicho así, se sintió emocionante, hermosa e inteligente. Era extraño el poder de unas pocas palabras. Pero no eran solo palabras: había verdad en su mirada.

—Está bien —se oyó decir—. Tienes cinco minutos.

Los ojos de Graham brillaron.

—No te arrepentirás.

—¿Y ahora…? —tuvo que humedecerse los labios—. ¿Qué hacemos?

—Ganar tu confianza.

—¿Cómo?

—Muy, muy despacio. —Tendió el brazo y la bufanda revoloteó —. Inclínate un poco y apoya bien los pies.

Cait obedeció, aunque aquello hacía que las rodillas le rozaran el pecho.

—¿Tienes miedo? —la voz de él era honda, seductora.

Le lanzó una mirada que quiso altiva.

—¿Debería?

—¿De mí? Nunca.

Una sola palabra, cargada de sentido, que la detuvo.

Graham rasgó la bufanda en dos tiras largas.

—¿Qué…?

Le colocó un extremo en la palma y lo enrolló con suavidad alrededor de la muñeca; luego sujetó el otro al brazo de la silla hasta dejarla amarrada.

—Graham, no puedo…

Él le puso el cabo suelto en la mano.

—Solo tienes que soltarlo y desenrollar. Serás libre. Tú tienes el control, Cait. No yo.

Tenía razón. Mientras sujetara el cabo, podía liberarse. Lo vio repetir el gesto con la otra muñeca.

No podía creerlo: en su propio dormitorio, con un camisón de seda indecente, atada a una silla frente a un hombre hermoso.

—Ahora —dijo Graham poniéndose en pie—. Aquí empieza todo. ¿Te importa si me quito el abrigo?

De repente hacía calor. Mucho, y no por el fuego.

—Por supuesto.

Se despojó del abrigo y dejó a la vista un chaleco azul oscuro, ceñido. Lo colgó del respaldo.

—¿Y si me quito chaleco y camisa?

Dios mío, se estaba desnudando. Un escalofrío la recorrió y la piel se le erizó. Los pechos respondieron, turgentes. Cuando habló, la voz le salió ronca.

—Sí.

En segundos, chaleco y camisa acompañaron al abrigo. Quedó ante ella con hombros anchos, caderas estrechas, brazos poderosos

y el pecho cubierto de vello rizado. A Cait le picaron los dedos de ganas de tocarlo.

Se retorció contra las ataduras.

—Solo tienes que soltarlas y desaparecerán —le recordó, arrodillándose otra vez, la cara a su altura—. Tú decides qué quieres. Y si alguna vez pides que pare, pararé.

Se inclinó al oído:

—Puedes confiar en mí.

Ella giró la cabeza hasta pegarle la mejilla. Todo su cuerpo vibraba de conciencia y necesidad. Quería que la tocara. Que la besara.

Él se apartó despacio, rozándole la piel, hasta buscar su boca. La besó hondo, con labios cálidos y firmes. Cait gimió contra él, se inclinó, volcó la pasión en aquel abrazo.

Luego dejó su boca para besarle la mejilla, el cuello, el borde del escote; labios que provocaban y acariciaban. Cait se arqueó, ofreciéndose, pidiendo más.

Graham bajó hasta posar la boca en la cresta del pecho. Los pezones se endurecieron, tensos bajo la seda. Ella echó la cabeza

atrás, embriagada por la sensación.

Las tiras de la bufanda se tensaron cuando, por puro instinto, intentó alzar las manos para hundir los dedos en su cabello y atraerlo. No soltó los cabos. Había algo liberador en dejarle hacer, en tener el poder de detenerlo y no hacerlo.

Él descendió más. Presionó la boca sobre el pecho a través de la seda. Ella jadeó y se quedó inmóvil cuando él lamió el pezón; el tejido se humedeció con su empeño. Aquella boca, a través de la tela fina; el calor húmedo sobre el pezón… la hacía temblar.

Era tan grato, tan delicioso, que apenas podía soportarlo. Sus hombros desnudos, tan cerca, volvían la tortura exquisita.

Siguió bajando. Las manos dibujaron su cintura, sus caderas, sus piernas. Llegó a los pies. Se detuvo y la miró largo.

—Si quieres que pare, basta una palabra.

Ella asintió, pero no pronunció ninguna.

Sonrió. Puso una mano en cada tobillo.

—Esto es para ti, mi amor.

Alzó el dobladillo del camisón, deslizó la seda por su piel desnuda, empujó la tela hasta que reposó sobre las rodillas. Inclinó

la cabeza y besó el interior de cada tobillo. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

Cait ahogó un gemido. A él pareció encenderle: subió con los besos de los tobillos a las rodillas. Le sostuvo un tobillo y levantó un poco más la seda, separándole las piernas al hacerlo. El aire fresco le acarició las pantorrillas y el interior de los muslos.

Se sentía una libertina, expuesta ante él. Y, aun así, no podía evitarlo. No podía apartarse ni fingir que la atracción no la consumía.

Él besó la parte interna del muslo, un toque súbito e inesperado. La reacción fue tan intensa que Cait creyó que saltaría de la silla.

—Graham… —jadeó.

Él se detuvo al instante y la sostuvo con la mirada.

—¿Sí?

Solo tenía que decir una palabra y él se detendría. Podía soltar los cabos de la bufanda, bajar el camisón y volver a su vida de dignidad inquebrantable. Miró el círculo húmedo que él había dejado sobre su pezón. Miró el camisón recogido casi hasta las caderas. Miró sus piernas desnudas y abiertas y a Graham, arrodillado entre ellas.

Dios la ayudara: no quería parar. Ni ahora ni nunca. Alzó los ojos a los suyos y dijo, no una, sino dos palabras:

—Más, por favor.

# Capítulo 16

Graham se recostó. La luz de las velas le acariciaba el rostro y delineaba la línea de su mandíbula. Estaba tan increíblemente apuesto que a Cait se le cortó la respiración. Así debía de ser el ángel Gabriel: una visión de belleza masculina que cautivaba la mirada y enviaba un dolor punzante directo al corazón.

Cait carraspeó, preguntándose si sus muslos parecerían gruesos desde el ángulo en el que Graham podía verlos. De pronto deseó tener una manta.

—Tengo un poco de frío.

Él arqueó las cejas.

—¿Tienes miedo?

Las palabras, suaves, quedaron suspendidas entre ambos. Cait apretó la mandíbula.

—¿De ti? No. Por supuesto que no.

—Bien. Hay muchas cosas que me gustaría que sintieras cuando me miras. El miedo no es una de ellas.

Desafortunadamente, justo entonces una forma de temor la recorrió: miedo a que sus sentimientos estuvieran ya tan hondamente comprometidos que no pudiera dar marcha atrás. No es que su cuerpo se apartara de él. Oh, no. Dios no permitiera que Graham la tocara con más intimidad de la que ya lo había hecho, o estallaría en una conflagración de llamas al rojo vivo.

La verdad era que Graham Blackwell le inspiraba miedo y mucho más; también era el responsable directo de cada punzada de lujuria, deseo y anhelo sin paliativos que la habían desvelado desde que lo conoció. Ya era hora de dejar de luchar y aceptar el simple hecho de que lo deseaba.

Lentamente soltó los extremos de la bufanda y liberó los brazos, primero uno y luego el otro. Él se balanceó sobre los talones con una sombra de decepción en el rostro. Ella desenrolló los restos

de la bufanda de sus muñecas y los recogió en una bola. Graham permaneció de pie, mirándola con una expresión inescrutable.

—Cait, yo…

Ella señaló hacia un lado. Su mirada siguió el gesto y los ojos de él se agrandaron al comprender que le estaba indicando la cama. Le tendió los restos de la bufanda.

—Puedes atarme ahí, si lo quieres. Creo que será más cómodo para los dos.

Graham parpadeó, desconcertado por los lazos de la tela y una comprensión gradual se reflejó en su rostro.

—Cait, ¿estás segura de…?

—Más, por favor —repitió ella, y esta vez se puso en pie y fue hacia la cama sin esperar a ver si él la seguía.

Se detuvo junto al lecho y estiró la mano para desatar el único lazo que sujetaba el camisón verde pálido, dudando un segundo al darse cuenta de que, por primera vez en años, un hombre iba a verla desnuda. Y no cualquier hombre, sino Graham Blackwell, uno de los solteros más codiciados de Londres. Si lo que insinuaba Priscilla era cierto, estaba acostumbrado a que las mujeres

más delicadas y elegantes de la alta sociedad se desvistieran para él a diario.

Los labios de Cait temblaron de improviso. Ojalá no se hubiese aficionado tanto a los pasteles en los últimos años. ¿Quién podía prever que un hombre tan apuesto y deslumbrante la esperaría, en ese preciso instante, para verla desnuda, con los ojos oscurecidos por la pasión?

La vida era un misterio. Y Graham Blackwell también. Solo esperaba que él no dejara de sentirse atraído por ella cuando la viera tal cual era: demasiado alta, demasiado grande, demasiado torpe, demasiado ruidosa y demasiado… poco delicada. Aquellos pensamientos horribles le congelaron los dedos sobre los lazos.

Justo cuando iba a obligarse a actuar, un par de manos cálidas se cerraron sobre las suyas. La voz de Graham le resonó al oído:

—Vas a destrozar este precioso vestido. Eso, mi amor, es asunto mío.

El tono jocoso la relajó un poco.

—Lo siento. No suelo desnudarme por encargo.

Él deshizo con rapidez el lazo, pero no se apartó. Su cuerpo cálido quedó pegado a la espalda de ella y sus manos se deslizaron despacio por sus hombros.

—Listo. Ya estás desatada.

Así era. Respiró hondo y se aflojó el vestido por el cuello, aunque no se lo quitó del todo. De hecho, se lo apretó contra el pecho, sintiéndose tan desnuda y vulnerable como si volviera a tener diecisiete años y fuese arrojada a los brazos hostiles de la sociedad de Edimburgo. No se atrevía a volverse hacia Graham, así que bromeó con una risa nerviosa:

—Estoy segura de que hiciste muy felices a muchas damas de la alta sociedad.

Hubo un breve silencio. Él se inclinó hacia delante y la rodeó con los brazos.

—Cait, no tengas miedo. No de mí. Eres una de las mujeres más naturales y apasionadas que conozco. No quiero que te sientas inferior por mi causa. No voy a fingir que no deseo verte sin ese maldito camisón. Lo deseo, y mucho. Pero no a costa de tu orgullo.

¿Su orgullo? ¿Eso la detenía? Lo pensó, y decidió que tenía razón. Le sorprendió que él la entendiera con tanta facilidad.

Su primer impulso fue girarse, rodearle el cuello con los brazos, pegar su cuerpo al suyo y besarlo con la misma intensidad y pasión con que él la había besado el día anterior. Tras pensarlo, descubrió que ese era también su segundo, tercer y cuarto impulso. Quería besarlo. Besarlo y mucho más. Quería saborearlo, sentir su boca en sus labios y en su piel. Quería tocarlo y sentirlo contra ella, dentro de ella…

Basta, se advirtió de pronto. Su cuerpo ya respondía a la embriagadora cercanía de Graham; no necesitaba que su viva imaginación añadiera más presión a su cerebro ya alborotado.

Graham observó el vaivén de emociones en su rostro, fascinado a pesar del dolor que le anudaba las entrañas. Nunca había conocido a una mujer cuyo semblante mostrara con tanta claridad sus sentimientos, y dudaba que se cansara de contemplar ese repertorio de expresiones.

El camisón cayó al suelo.

Graham contuvo el aliento mientras la recorría con la mirada, de los pies a la gloriosa corona de cabello. Era magnífica, aún más exuberante y hermosa de lo que había imaginado. De extremidades

largas y curvas, cada centímetro de aquel cuerpo generoso le hacía la boca agua, le aceleraba el pulso y le encendía el deseo.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, y su atención volvió al rostro.

—No voy a ser la única sin ropa.

La barbilla, erguida con obstinación, dibujaba un desafío en cada línea de su cuerpo opulento. Graham se desabrochó los pantalones —los calzones— y se los quitó con una rapidez que nada tenía que ver con la prudencia y mucho con la visión de la mujer que tenía ante sí.

Cait lo miró de arriba abajo, se humedeció los labios con la punta de la lengua y se volvió para subir a la cama alta. Graham la siguió, desorientado, con el cuerpo convertido en un río embravecido de deseo y necesidad. Maldita sea, ¿qué se suponía que debía hacer ahora? Se había prometido obrar con nobleza, tomarse su tiempo y ser gentil.

Pero quedó prendido de sus hombros blancos y redondeados, de la suavidad nacarada de su piel, de los mechones sedosos que se rizaban en la unión de sus muslos. Dios, era magnífica. ¿Cómo había

podido creer que las mujeres menudas le bastarían? Eran pálidos espectros en comparación con la sensual mujer que tenía delante.

No pudo esperar más. Se unió a Cait en la cama y se acomodó a su lado. El aroma de lavanda y jazmín le provocó una oleada de expectación. Se irguió sobre un brazo y admiró el premio que creía haber conquistado. Nunca, en todas sus experiencias, había visto unos pechos tan hermosos. Llenos y maduros, colmarían la mano de un hombre y más. Cada montículo suave y abundante estaba coronado por una areola del tamaño de una guinea, de color rosa oscuro y tensa por la excitación. Debajo, el vientre se redondeaba hasta…

Cerró los ojos. Ella iba a matarlo. El corazón le golpeaba en el pecho, el estómago le temblaba y su virilidad le dolía de tan erguida.

Siempre le habían gustado las mujeres y el gozo carnal: el aroma único de cada una, la sensación de tenerla bajo él, a su alrededor. Pero esto era distinto. Más vivo en sabor, tacto y color. Había algo en Cait que lo inflamaba, lo enloquecía de deseo.

—No creo que vayamos a usar el pañuelo esta vez —gruñó, ronco—. Cait, te quiero enteramente conmigo. Sin nada entre nosotros.

—Como desees —susurró ella, con voz suave y entrecortada —. Solo tócame, Graham, y abrázame. Te deseo tanto…

Le acarició los brazos desnudos, los hombros, y bajó por el pecho con un contacto fulgurante. Su frágil dominio estalló en mil pedazos. Solo quedó el impulso desatado de hacer el amor con Cait, de escuchar sus gemidos y arrancarle más placer.

La tomó en sus brazos y la besó, cubriéndole la boca, buscando su lengua. Ella se aferró a su cuello, abrió la boca bajo la suya y se apretó contra él. Graham la atrajo, con las manos recorriendo sus curvas lujosas. El beso se intensificó y avivó las llamas. Ella le ciñó la cintura con los brazos y, para su grata sorpresa, lo acercó aún más, presionando sus caderas contra las de él.

Graham había dado placer a muchas mujeres y las había dejado sonriendo. Conocía el valor de quien disfrutaba sin complejos del acto físico. Y Cait era una de esas pocas. Se entregó a complacerla.

Cait se ahogaba en un mar de pasión, mantas enredadas y una entrega total a su propia locura. Una locura que amenazaba su paz desde que vio por primera vez a Graham Blackwell. ¡Dios, era

magnífico! Músculos largos y marcados, y un trasero firme que le despertaba un desconcertante deseo de pellizcarlo.

Él, sublime y sin pudor en su desnudez, tenía la atención puesta en sus pechos. Cait estaba acostumbrada a que los hombres se los miraran desde los catorce años, pero aquello era distinto: Graham apoyó la mano plana sobre sus pezones y los frotó con la palma. Se endurecieron de inmediato, y aun así él continuó, como si buscara algo más.

Pronto ella jadeaba, con el cuerpo dolorido y los muslos húmedos de deseo.

—Graham… por favor.

—Aún no —susurró—. Todavía no.

Le sujetó con firmeza las nalgas redondeadas, amasándolas y apretándolas. Ella gimió y se retorció, cada vez más caliente. Él vio la humedad brillar en la cara interna de sus muslos, y todo su cuerpo se tensó. Estaba tan madura como un melocotón recién cogido, lista para ser devorada.

—Dime qué te gusta.

—¿Qué… me gusta? —jadeó cuando sus dedos rozaron su centro—. ¿Te refieres a esto?

—¿Te gusta?

—¡Oh, sí!

Se arrodilló entre sus piernas, saboreó el calor de su piel y el aroma de su lugar más secreto. Se inclinó y la besó ahí, con suavidad ansiosa. Ella plantó los talones y se arqueó, sorprendida por el contacto. Esperó un instante, repitió el gesto… y otra vez. Pronto jadeaba con las rodillas abiertas mientras él la complacía. Al cabo de un momento alzó la cabeza.

—Dímelo, Cait. Quiero oírte.

Se inclinó y trazó una caricia en su punto más sensible.

—Oh, Dios… me encanta. No pares.

Ella se retorció, frotándose contra su boca. Él la chupó con delicadeza, luego con fervor creciente. Temblaba contra él, con las manos en su cabello, tirando de él, queriendo acercarse y, a la vez, escapar.

—¡Graham! No pares. Nunca pares.

Su ruego, entre jadeos, lo llevó a acariciarla con más ahínco. Deslizó el pulgar dentro de ella, maravillado por lo estrecha que estaba. Estaba tan caliente y húmeda que quiso sumergirse por

entero, recorrer su piel con las manos, saborearla hasta hacerla gritar de asombro y de dicha. Y justo mientras lo pensaba, ella se tensó y pronunció su nombre cuando el placer la asaltó. Graham se inclinó para capturarla otra vez, saboreándola y aumentando la presión de la lengua.

Su aroma almizclado y dulce, su sabor maduro y femenino, eran más de lo que podía soportar. Cuando los temblores remitieron, Graham se acomodó entre sus muslos. Estaba tan preparado para ella que le dolía; la mente, enloquecida por el deseo. Iba a empujar cuando ella le sujetó los brazos.

—Graham.

Algo en su voz —un atisbo de desesperación o de miedo— le hizo detenerse. Rígido y feroz como estaba, apretó la mandíbula, pero por ella conservó el control.

—¿Estás segura de que lo quieres?

Casi se echó a reír. En lugar de eso, la besó en la frente, tembloroso.

—Lo quiero más que nada.

El alivio, el asombro, la risa y el deseo pugnaron en el rostro de él. Para su fortuna, venció el deseo. Ella le rodeó la cintura con

las piernas y alzó las caderas. Él cerró los ojos al deslizarse dentro, y el calor abrumador le arrancó un estremecimiento que le llegó a los dedos de los pies. Ella jadeó ante la plenitud, pero solo un instante; pronto murmuraba en su oído, le clavaba los dedos en los hombros y se movía con creciente frenesí a medida que la presión en su interior aumentaba.

Graham tuvo que apretar los dientes para no derramarse. Era tan estrecha, tan cálida, tan increíblemente provocadora mientras se movía contra él y se retorcía con hechizo. Tenía un cuerpo hecho para el amor, y sus manos vagaron sin trabas, tocándola y atormentándola. Cuando su frágil control empezaba a desvanecerse, ella volvió a perderse, arqueó la espalda y se retorció, desatada.

Graham la sujetó por las caderas; el calor exquisito y su pasión sin freno lo llevaron al límite. Empujó, la penetró hondo y se derramó en una oleada ardiente. Luego se dejó caer a su lado. No sabría cuánto tardó en recuperar el aliento, pues pasaron varios minutos antes de poder hablar.

Jamás había conocido tal pasión, tal dulzura terrenal, tal entrega absoluta. Jamás.

Se incorporó sobre un codo y miró a Cait. Tenía los ojos cerrados, la cara vuelta y la trenza intacta, aunque algo deshilachada. Él jugueteó con los mechones sueltos, sonriendo. Qué experiencia. Incluso más de lo que esperaba.

Se inclinó y le besó el cuello.

—Cait, mi amor, ¿estás bien?

Una sonrisa le curvó los labios, pero no se volvió.

—¿Te muestras tímida? —bromeó él.

Eso le valió una mirada.

—¿Después de eso? No lo creo. Solo me falta aliento para moverme.

Él rió por lo bajo, la atrajo y se embriagó con la seda de su piel contra la suya.

—Ha sido increíble, mi amor. Sencillamente increíble.

—Mmmm —murmuró ella, acurrucándose con los brazos alrededor de su cuello—. Ha sido maravilloso. Y la próxima vez, usaremos el pañuelo.

Él volvió a reír, henchido de una satisfacción honda y reconfortante. Le besó la frente.

—Como desees, mi señora.

Una paz agradable lo invadió mientras la abrazaba, con los corazones recobrando su ritmo y las piernas aún entrelazadas. La cama era preciosa, llena de almohadas y mucho más cómoda que el colchón duro como piedra en el que dormía en Cairndale. Y, desde luego, su cama no olía a lavanda y a Caitlin Cameron, un aroma encantador del que podría enamorarse con facilidad.

Aquel pensamiento lo cautivó. Se volvió para apoyar la mejilla en la de ella y permaneció inmóvil para no despertarla. Nunca antes se había sentido así, con esa sensación de plenitud. Menos mal que se marcharía pronto, antes de que aquel embrujo se disipara.

Mucho más tarde, suspiró, le besó la frente y se levantó lentamente de la cama.



Diez minutos más tarde, Simon entró en el taller y encendió un farol junto a la puerta. Luego caminó hasta el fondo de la estancia, donde aguardaba una gran puerta roja. La abrió de una patada y alzó la

luz, iluminando una habitación llena de camas ordenadas. Los ocupantes empezaron a moverse, maldiciendo el resplandor.

—Maldita sea, Simon —gruñó Donald—. ¡Baja el farol!

—¿Qué quieres ahora? —masculló Hamish, incorporándose sobre los codos y entornando los ojos hacia Simon—. ¿He vuelto a roncar?

Simon dejó el farol sobre la mesa de un extremo de la habitación y se sentó en una de las sillas.

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora? —preguntó Neal, frotándose los ojos.

—Sí, ahora. No podía dormir, así que fui a la cocina a ver si Annie había dejado algo para comer.

—Más te vale tener una razón mejor que que Annie se haya olvidado de dejarte un trozo de queso —bostezó Will, enderezándose.

—La tengo —replicó Simon, severo—. He visto al sassenach. Bajaba por la ventana de la señorita Cait usando el viejo roble.

Todos se espabilaron de golpe.

—Ese bastardo —escupió Donald, poniéndose en pie de un salto.

—Yo lo mataré primero —espetó Neal, alzando los puños.

—No, yo seré quien lo mate —gruñó Hamish—. Tú puedes encargarte de descuartizarlo.

Simon soltó un suspiro.

—Silencio. Sé cómo os sentís. Yo estaba igual. Incluso pensé en tirarlo del caballo y hacerlo yo mismo. Pero no serviría de nada. La señorita Cait nos despellejaría vivos. Muchachos, creo que ha llegado el momento de invitar al sassenach a una reunión.

La propuesta cayó en un silencio denso. Al fin, Hamish resopló.

—Supongo que tienes razón. La señorita Cait necesita un pretendiente. El sassenach es un galán.

—¿Pero será bueno con ella? —inquirió Will.

—Lo será si tenemos algo que decir al respecto —sentenció Simon, con dureza.

Uno a uno, los hombres asintieron. Por último, Donald miró a Simon.

—Entonces estamos de acuerdo. Ha llegado el momento de invitar al sassenach a una reunión. Y tú, Simon, serás quien lo haga.

# Capítulo 17

Graham se despertó a la mañana siguiente con el estrépito de los comerciantes y los martillazos, el traqueteo de los carros en el camino y el murmullo de la multitud. Por un momento creyó que seguía en Londres, que quizá el castillo de Cairndale y todos sus ocupantes no habían sido más que un sueño.

La idea lo hizo incorporarse de golpe, y miró alrededor con alivio al reconocer la habitación verde. La familiaridad del lugar lo tranquilizó. Los recuerdos lo inundaron; se tumbó de espaldas, juntó las manos detrás de la cabeza y se dejó llevar por cada momento de la noche anterior.

Había sido increíble, una experiencia que no olvidaría. Sabía que Cait sería una amante apasionada, pero no imaginó cuánto aumentaría eso su propio placer.

Lo más sorprendente era que, tras haber dormido con ella, se había despertado ansioso por volver a verla. Otra novedad más en una cadena de novedades.

Su mirada vagó por la estancia. Tal vez debía levantarse e ir a verla. ¿Estaría ya despierta? ¿Habría pensado en él?

Dios mío, estoy actuando como un cachorro enamorado, se reprochó. Parpadeó y se irguió. ¿Amor? Seguro que no. Lo que sentía era un deseo explosivo y… algo más. Respeto, quizá. Conocía a pocas mujeres con la capacidad y el corazón de Cait. Así que no, no era amor. A menos que…

Posó la vista en el portavelas vacío junto a la mesilla.

¿Y si el anillo talismán lo había hecho enamorarse de Cait? Amor verdadero. Maldita sea, ¿y si el anillo había querido eso desde el principio y él, creyendo burlar su influjo, no había hecho sino caer en sus malvados planes…?

—Maldita sea, ¿qué me pasa? —murmuró.

El anillo no tenía poder alguno; no era más que un cuento de viejas que su madre inventó para entretener a seis niños muy vivos. Además, ya no estaba en su poder, sino en manos de otra persona. Frunció el ceño. A menos que Bentley lo hubiera encontrado.

Abajo, alguien gritó y luego dejó caer algo con tal estruendo que la vibración pareció recorrer los pasillos.

—¿Qué demonios es todo ese ruido? —masculló, saliendo de la cama para buscar la ropa.

La puerta se abrió y Bentley entró con una bandeja. Alzó las cejas al ver a Graham a medio vestir.

—Por favor, dígame que esos pantalones beige y esa chaqueta verde son un intento de divertir a su anfitrión y no un sincero esfuerzo por seguir la moda.

—¿Qué? ¿Esta chaqueta y estos pantalones? Me los puse en casa de los Whythe-Stanhope y todo el mundo me felicitó.

—Hum. ¿Le sonrieron con sorna cuando lo hicieron? ¿O corría el vino a raudales? Tengo entendido que los Whythe-Stanhope son célebres por alegrar el ponche con algo más que frutas.

Graham entornó los ojos hacia su ayuda de cámara.

—¿Me estás acusando de ir pasado de moda?

—Jamás me atrevería —repuso Bentley con inocente recato, dejando la bandeja en la mesilla—, por muy cierta que esa idea pueda parecer a los demás.

Graham bajó la vista a sus pantalones, meditó un instante y suspiró.

—Maldita sea, ya me has hecho dudar. Tráeme otro abrigo.

—Excelente, señor. —Bentley destapó los platos—. Quizá debería comer mientras lo busco.

Graham estaba más que dispuesto; el estómago le rugía con tanta fuerza que empezó a pensar que eso lo había despertado, y no el jaleo de abajo.

—¿Qué sucede para causar tanto ruido?

—Los preparativos del baile, señor. Por lo visto, lady Fairfax ha sido muy generosa, y Su Señoría lleva quejándose desde entonces.

—Ya veo.

Se había olvidado del baile. Últimamente parecía olvidarlo todo. Bostezó y se estiró.

Bentley le lanzó una mirada severa.

—¿Cansado, señor?

—Un poco.

—Sí, señor. Dormirse a caballo produce ese efecto.

—¿Dormirse… montando? ¿De qué hablas?

—Simplemente que, tras acostarse anoche, al parecer se levantó, se vistió y salió a dar un paseo.

—¿Cómo lo sabes? Era tarde y pensé que ya te habías retirado.

—Lo estaba, señor. Sin embargo, el hermano menor del lacayo menor fue arrancado de su cálida cama y, a cambio de una suma generosa, ensilló su caballo. —Bentley sostuvo la mirada de Graham, imperturbable—. A todo el personal le aseguré que usted suele salir a cabalgar todavía dormido. Se intrigaron, claro, y me hicieron mil preguntas, la mayoría sobre si, en caso de una urgencia… natural, usted estaría lo bastante despierto para notarlo. Superado ese escollo, quisieron saber por qué cabalga dormido hasta la cabaña de la hermana de Su Señoría. Me temo que no supe qué responder.

A Graham no le gustó nada cómo sonaba aquello.

—¿Entonces todos saben adónde fui?

—Oh, sí, señor. Las apuestas han sido encarnizadas. Algunos mantienen que la señorita Spalding aún conserva posibilidades.

—¿Y lo de mi paseo dormido? ¿Nadie lo creyó?

—Algunos de los más ingenuos, pero no los suficientes. No me extrañaría que la historia llegara a oídos de Su Señoría.

Maravilloso. Graham se preguntó cómo reaccionaría Duncan ante tal noticia, y una leve punzada de malestar le oprimió el estómago.

—¿Hay novedades del anillo perdido?

Bentley negó, ceñudo.

—No, señor. He interrogado a todo el personal. Nadie lo ha visto. Pedí a su lacayo, Joe, que preguntara a los mozos de cuadra.

Graham apuró un trago de su bebida para ocultar el alivio. Tranquilizaba saber que el anillo no había estado en su poder sin saberlo la noche anterior, cuando estuvo con Cait. No quería pensar que el tiempo que pasaron juntos hubiera sido predestinado por un mito familiar. Quería que fuese una elección libre por parte de ella, y nada más.

Le sorprendió lo importante que era eso. Se preguntó por qué y se encogió de hombros. Terminó el desayuno, cambió de abrigo y bajó la escalera. Duncan estaba en el tramo principal, contemplando con asombro el gran salón. Graham aguardó alguna señal de que su

amigo supiera de su visita nocturna, pero pronto fue evidente que Duncan solo percibía que su casa estaba patas arriba.

Había cajas apiladas por todas partes, grandes pliegos de telas plateadas y azules, mesas retiradas, sillas alineadas, y cuantos sirvientes había visto Graham en el castillo parecían reunidos allí, frotando, puliendo y limpiando. Graham dudó de que alguno hubiera trabajado jamás tan duro. Observó a aquel pequeño ejército y comentó a Duncan:

—Creí que sería un baile pequeño y privado.

—Yo también —replicó Duncan con severidad—. Al parecer, hubo un malentendido. Se ha invitado a todos en un radio de cincuenta millas.

—Qué horror.

Y lo era. Lo último que deseaba era pasar sus últimos y preciosos días haciendo cualquier cosa que no fuese estar con Cait. La idea de marcharse empezaba a incomodarlo. Se frotó distraídamente el pecho, donde una leve presión parecía acechar. ¿Qué tenía ella que lo atraía tanto? Al principio, había sido un refugio frente al embrujo del anillo, un escudo contra enamorarse de brujas del mundo —mujeres como Priscilla, por ejemplo—. Luego había

empezado a disfrutar de la compañía de Cait por el simple hecho de estar con ella.

Era de esperar, se dijo. Aparte de Cait, ¿qué diversión ofrecía el castillo de Cairndale? Ninguna. Duncan, por lo común el mejor de los camaradas, estaba consumido por su disputa con su esposa. Montar a caballo era grato, sí, pero no iba a hacerlo solo a todas horas. Solo quedaba Cait.

Una sensación de alivio lo invadió. Una vez dejara atrás el aislamiento de Cairndale y regresara a los deslumbrantes salones de Londres, olvidaría por completo a Cait Cameron.

Claro que no podía irse sin encontrar el anillo talismán. Animado por esa idea, preguntó a Duncan si había averiguado algo. Para su sorpresa, Duncan vaciló y luego asintió.

—He oído algo de una de las doncellas, pero… necesito tiempo para confirmar.

—Tómatelo —concedió Graham con un gesto—. No tengo prisa.

Duncan lo miró con curiosidad.

—¿Y tus asuntos en Edimburgo?

—De momento enviaré una carta y pospondré la reunión. Estoy seguro de que no les importará.

A Jason, su hermano, sí le importaría. Pero Jason estaba en Londres y, cuando descubriera el cambio de fecha, poco podría hacer. Graham añadió:

—No puedo marcharme sin ese anillo.

Duncan pareció estar de acuerdo, pero antes de responder entró otro grupo de operarios con más cajas, aumentando el estruendo.

—Maldita sea, ¿qué hace Sybil? —gruñó Duncan.

Graham no lo sabía ni le importaba. Solo se preguntaba si Cait asistiría. No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que vio el ceño fruncido de Duncan.

—No sé si vendrá; es muy particular con estas cosas. Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Te gustaría verla?

Graham deseaba verla, saborearla, tocarla y todo lo demás. Sin embargo, solo dijo:

—Me lo preguntaba, nada más.

—Hum —murmuró Duncan, sin saber cómo interpretar aquella fingida indiferencia. Había una chispa de interés, sí; la cuestión era si se trataba de un buen interés o del interés egoísta de un hombre. Por el bien de Cait, esperaba lo primero—. Me sorprendería que asistiera. No suele ir a ese tipo de eventos.

Descargaban otra pila de cajas pesadas y tuvo que apartarse para que los criados despejaran el suelo. Cuando se trataba de organizar un evento, Sybil se convertía en una especie de general: daba órdenes y tomaba decisiones a toda velocidad.

El corazón de Duncan se encogió un poco al pensar en ella. Últimamente la sorprendía mirándolo con tristeza, como si se debatiera ante una decisión dolorosa. ¿Estaría a punto de concluir que ya había tenido suficiente, que su matrimonio no merecía la pena?

Se frotó los ojos cansados. Aquella apuesta había sido una idea necia que los había distanciado más. Ni siquiera estaba seguro de querer ganar.

Con un nudo en la garganta, hizo un gesto a Graham.

—No podré jugar al billar esta noche. Sybil nos ha asignado tareas y debo asegurarme de que la biblioteca esté lista.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Solo mantente lejos de Sybil. Es una tirana con estas cosas.

Graham hizo una reverencia ligera.

—Eso puedo hacerlo. De hecho, empezaré ahora mismo.

Duncan esbozó una sonrisa y respondió a las cortesías de Blackwell como pudo, con el alma dolorida. Por fin, Graham se despidió y Duncan lo vio marcharse, preguntándose qué tendría al muchacho tan animado. Ojalá lo disfrutara mientras pudiera. Dios sabía que, en cuanto uno se enamora, la felicidad se vuelve escasa.

Suspirando hondo, Duncan abandonó el gran salón y se refugió en la quietud de su biblioteca.



Cait se despertó con una grata sensación de saciedad. Hacía tanto que no se sentía así que tuvo que detenerse a buscar la causa. Mientras se estiraba, con la mente aún perezosa, el tobillo se le enganchó en algo. Se agachó para soltarse y vio que era un trozo de pañuelo de seda blanco.

Se le encendieron las mejillas al recordar. Ella y Graham habían hecho el amor en esa misma cama. Y no solo amor, sino un amor exquisito y sobrecogedor. Los pechos le hormiguearon al evocar sus manos, su boca, la forma en que él la había saboreado y el poder de su cuerpo sobre el de ella.

Tembló y se acurrucó contra una almohada, hundiendo la mejilla en la tela. Si respiraba hondo, aún podía olerlo: el tenue aroma a sándalo aferrado a las sábanas.

Llamaron y la puerta se abrió. Annie entró con algo al brazo, seguida de Simon y Hamish. Traían la gran tina de latón y discutían por alguna nimiedad, aunque interrumpieron la disputa lo justo para darle los buenos días.

—¡Arriba, dormilona! —canturreó Annie, risueña—. Hay que bañarse y tomarte medidas antes de cortar la tela para tu vestido.

Cait empezó a incorporarse, y entonces recordó que estaba tan desnuda como el día en que nació. A toda prisa agarró la manta y se cubrió.

Simon y Hamish seguían discutiendo en voz baja sobre una reunión de algún tipo y no advirtieron el apuro. Annie sí. Abrió

mucho los ojos, buscó con la mirada y encontró la camisola tirada en el suelo. De inmediato apremió a los hombres:

—Id calentando más agua y traed los cubos en cuanto hierva.

Los sacó de la estancia y cerró.

—Ay, señorita Cait, se ha olvidado su camisón. Está en el suelo. —Dejó el viejo vestido de baile sobre el respaldo de una silla y recogió la prenda.

Cait se arrebujó aún más en las mantas.

—Anoche tenía mucho calor. Me lo quité y lo dejé ahí. Pensaba recogerlo, pero me quedé dormida.

—Hum. —Annie la estudió con ojo clínico—. No diría que hiciera tanto calor. Después de la lluvia refrescó.

Cait no supo qué contestar; desvió la mirada hacia el vestido.

—Me había olvidado del baile.

Annie se detuvo, asombrada.

—¿Cómo puede decir eso? Va a ser un gran acontecimiento.

—Lo sé, lo sé. Es solo que estoy un poco… —¿Cuál era la palabra? ¿Lujuriosa? Desde luego no estaba enamorada: eso

requeriría… bueno, requeriría un hombre capaz de preocuparse por una más de dos meses.

Esa idea le empañó la alegría. Él se marcharía pronto y debía recordarlo antes que nada. Se le encogió el corazón al pensar en lo cerca que estaba la despedida.

—Estoy deseando que llegue el baile —añadió al fin.

Al cabo, podría ser una de sus últimas oportunidades de verlo, hablar con él, reír con él. Para siempre.

Hasta ese momento, la enormidad de ese hecho había logrado esquivarla. Lo había usado como escudo para no preocuparse demasiado. Pero de alguna manera había permitido que su corazón se enredara. Lo amaba. Lo amaba con todo el corazón.

Comprenderlo le robó el aliento. Las lágrimas amenazaron con cerrarle la garganta. Dios mío, ¿cuándo había ocurrido?

Amaba a un hombre que le había dicho con claridad que no la amaría, que no podía amarla.

¿Y ahora qué haría? Había creído que estar con él era una apuesta segura. Segura porque él no era de los que se quedaban; segura porque jamás fingió ser otra cosa. Y ahora veía que precisamente eso lo hacía más peligroso.

—Debería estar emocionada —prosiguió Annie—, será un baile espléndido. Ahora venga, escuche lo que he planeado para su vestido.

Annie empezó a explicar, y Cait se obligó a sonreír, aunque no le salía del todo. No tardó en sonreír de veras cuando oyó la idea. La ama de llaves se había superado. Usaría seda color paja —prestada de los forros de unas cortinas guardadas— para un vestido con mangas abullonadas, y lo adornaría con nada menos que ocho pequeñas rosetas cosidas a mano con la seda azul del antiguo vestido de baile de Cait. La seda azul restante serviría para los vivos de las mangas y la enagua, que asomarían por las aberturas del vestido. El efecto sería precioso y, con el cabello rojizo de Cait, deslumbrante.

Al menos, cuando Graham la viera por última vez, no llevaría un vestido manchado de hollín. Alzó un poco la barbilla. Hiciera lo que hiciera, no le dejaría ver cuánto le importaba. Esta vez conservaría el orgullo, costase lo que costase.

Percibió la mirada especulativa de Annie y se apresuró a esbozar una sonrisa.

—Annie, será un vestido precioso.

Annie iluminó el rostro.

—Me alegra oírlo, señorita Cait. ¿Sabe? Está un poco sonrojada. —Le posó la mano en la frente—. ¿Tiene fiebre?

Cait negó.

—Es la emoción, nada más. —Y no solo por el baile.

—Hum. Bien, vaya al baño y luego veremos cómo se encuentra. —Annie abrió el armario y buscó una de sus batas—. Tome, póngase esto. No hay por qué pasar frío antes de meterse en la tina.

Un rumor en el pasillo anunció la vuelta de Simon y Hamish. Entraron con dos cubos humeantes y vaciaron el agua en la bañera de latón.

—Con un viaje más bastará —dijo Hamish, con los ojos fijos en Cait.

—Buenos días, señorita Cait —añadió Simon, mirándola aún con más atención.

Había algo raro en el modo en que la observaban, pero Annie no les dio margen.

—Vamos, fuera. Traer el último cubo de agua. —Y mientras ellos obedecían, ella puso la estancia en orden.

Cuando la bañera estuvo llena, Annie agregó unas gotas de perfume y probó la temperatura con el codo.

—Perfecto. Venga, métase ya.

Cait no se hizo rogar. Se deslizó agradecida en el agua perfumada con lavanda. Quizá sus problemas se disolvieran si se quedaba allí. Seguro que Annie le traería comida y los muchachos seguirían con el vidrio… Podría permanecer en la tina el resto de su vida y nadie lo sabría. El labio le tembló. ¿Quién la necesitaba de veras?

Deja eso, se reprendió. Estás siendo una tonta. Y lo era, pero aun así no podía evitarlo. El corazón intentaba no mostrar sus grietas y, entretanto, temblaba, resquebrajándose. Para dejar de pensar, se frotó a conciencia, como si pudiera borrar el dolor. Le ayudó… un poco.

Annie se asomó a la ventana.

—Por todos los santos… es su sassenach.

¿Graham? ¿Aquí? ¿Y ahora qué? Si lo veía y él adivinaba lo que sentía, lo arruinaría todo. Si no lo veía, notaría que algo iba mal.

¿Qué era mejor?

Cait respiró hondo. Podía hacer muchas cosas, pero fingir que él no le afectaba no era una de ellas. Al menos, no aquí ni ahora. Si esperaba al baile, la ampararía el esplendor del vestido. Sonreiría, reiría y bailaría, y nadie descubriría su secreto.

Se echó el pelo mojado hacia atrás, se sumergió hasta el cuello y dijo con calma:

—Annie, por favor, informa al señor Blackwell de que lo veré en el baile… y ni un segundo antes.



Decir que Graham se tomó bien la noticia de la deserción de Cait sería inexacto. No fue así. Primero se mostró incrédulo, después irritado y, por último, francamente enfadado de que lo rechazara con tanta calma cuando él había ido a verla una y otra vez.

Aunque no estaba enamorado, la noche que pasaron juntos le había demostrado algo: que la pasión no se agotaba y podía colmar, aun dejándolo con ganas de más. Jamás había tenido un encuentro

tan delicioso con una mujer. Si hubiese sentido su reacción habitual, tras probar sus encantos estaría ansioso por marcharse en busca de otro reto. Pero esta vez lo único que deseaba era estar con Cait. Cada vez más.

Y no solo en lo físico. Mientras cabalgaba hacia allí había pensado en tres cosas que quería decirle. Una, proponerle un paseo a caballo que terminaba en una pequeña abadía, un consejo de uno de los mozos de cuadra de Cairndale, perfecto para una tarde serena. La segunda, contarle cómo había encontrado a Priscilla en las caballerizas cuando él salía: exigía a gritos un caballo, decidida a montar. Los mozos se mostraron escépticos y no se apresuraron a complacerla; aun así, un palafrenero anciano accedió a ensillarle una montura… un pobre bruto viejo, de andares torpes y mala maña para morder. A Graham le costó no reír, pero se aseguró de no estar presente cuando ella intentara subir a aquella criatura. No quería a Priscilla a su lado mientras iba a ver a Cait. La tercera era hablarle del anillo talismán y de su desaparición, y confesarle que, sinceramente, no podía marcharse sin hallarlo.

Se preguntó si a ella le alegraría saberlo, pero, si acataba el ultimátum de Cait, tendría que esperar al baile para discutir cualquier cosa. Irritante. Ridículo esperar tanto: faltaban cuatro días

para ese maldito baile. Cuatro días sin Cait. Seguramente no lo decía en serio…

Una visita al claro le demostró que estaba equivocado. También una segunda. Y una tercera. Todo lo que logró fue ver la espalda de Cait alejándose con premura y las miradas avinagradas de sus muchachos.

Frustrado, y negándose a hacer el ridículo, Graham regresó a Cairndale. Los preparativos del baile siguieron adelante y, para llenar unas horas de pronto vacías, se puso a ayudar a Duncan con la lista de tareas que Sybil había repartido. Hizo que sus criados abandonaran la relativa comodidad de la posada donde se alojaban y pasaran la mayor parte del día en Cairndale, ayudando en cuanto hiciera falta. Aunque se mantuvo ocupado, su ánimo se ensombrecía a cada hora. Sin Cait, todo parecía… aburrido y sin vida. El humor de los demás no era mejor: Sybil andaba nerviosa, Malcohn extrañamente callado y Priscilla parecía dispuesta a arrastrarlo al armario de las escobas más cercano para desnudarlo.

La noche previa al baile dio un largo y solitario paseo a lomos de Thunder, ausentándose de la cena sin ceremonias. Volvió a su cuarto bien entrada la noche, embarrado, cansado y casi abatido.

Suspiró, se quitó el abrigo y se acercó a la ventana. Corrió la cortina y miró a lo lejos. El aire fresco se colaba por las junturas y hacía agradecer el fuego, por humeante que estuviera. La luna llena blanqueaba el cielo y las estrellas titilaban en torno a ella: una noche perfecta para un paseo de medianoche… si hubiese tenido a Cait con quien compartirla. Qué lío. Sus últimos días se habían arruinado. Estaba encerrado en un castillo destartalado, con un matrimonio en guerra y una arpía ansiosa por casarse, mientras la mujer a la que…

Se detuvo. ¿La mujer a la que qué? ¿Le gustaba? ¿Disfrutaba? ¿Deseaba? ¿Qué era ella? Su mente parecía incapaz de definirla.

Suspiró y apoyó la frente en el cristal húmedo. En lo hondo del bosque titiló una luz, un destello dorado. No podía dejar de pensar en ella: en la sensación de sus labios, en la plenitud de su cuerpo entre sus brazos. Amaba a las mujeres, sus debilidades, sus aires, sus frivolidades; le divertían, pero ninguna lo había atraído de veras.

Con Cait era distinto. Se preguntaba quién había bajo aquel exterior enigmático. No seguía las reglas sabidas de la feminidad. No coqueteaba. No reía sus bromas salvo por sorpresa. No intentaba impresionarlo ni despertar su interés. Carecía por completo de los artificios que tantas usaban y que a él, hasta hacía muy poco, le

habían entretenido. Lo extraño era que cuanto más veía a Cait, menos gracia le hacían esas artimañas; la compañía de Priscilla, de hecho, se le volvía pesada. Le mortificaba pensar que, de haber conocido a Priscilla dos semanas antes, quizá se habría encaprichado de ella… al menos durante un mes.

Corrió un poco más la cortina y apoyó el hombro en el marco para sentir el frío de su propia estancia. Estaba seguro de que la cabaña de Cait sería cálida: había algo casi mágico allí, acogedor, lo contrario del castillo de Cairndale. Suspiró. Una vez se marchara, todos los días serían como aquel: sonreír, conversar, asentir… y sentirse completamente solo. Estar con Cait lo había malacostumbrado.

Dejó caer la cortina y se volvió. La verdad era que Cait Cameron lo intrigaba como ninguna. No solo por la atracción, sino porque suponía un reto, una fuente nueva de diversión para un espíritu aburrido. Hacía mucho que no necesitaba esforzarse para conquistar a una mujer y llevarla a la cama. Y una mujer así, además.

Se quitó las botas y las dejó a un lado. Acababa de coger la corbata cuando algo tintineó contra la ventana. Se volvió hacia el

sonido. Volvió a oírse, más fuerte. Alguien trataba de llamar su atención arrojando piedras. ¿Sería Cait? ¿También ella lo echaba de menos? Nadie más obraría así. Duncan llamaría a la puerta; Sybil no tendría motivo; y Priscilla… Priscilla, si se descuidaba, simplemente entraría y se metería en su cama. Había una veta de latón bajo todo su pulimento. Casi podía saborearla.

Otra piedra golpeó el cristal, mayor que las anteriores, y cayó. Tenía que ser Cait. Sonriendo, abrió de par en par y se asomó… ¡zas! Una piedra le dio de lleno en la frente y lo hizo tambalearse hacia atrás, contra las cortinas de la cama. Cayó sobre el colchón y se quedó allí, parpadeando. ¿Pretendía matarlo? Se enderezó, tocándose con cautela el chichón que ya brotaba.

—¿Sassenach? ¿Estás ahí? —bramó una voz muy masculina.

No era Cait, después de todo. La irritación se mezcló con la decepción. Con una mano en la frente dolorida, Graham se alzó y miró afuera. En el patio, abajo, un escocés enorme y fornido —sin duda uno de los muchachos de Cait, aunque la penumbra no dejaba ver cuál— lo aguardaba.

—¿Quién demonios eres? —espetó—. ¡Casi me matas!

—No fue a propósito —replicó el gigante con mansedumbre—. Era una piedra pequeña.

Graham reconoció la voz: el temible Simon. Se frotó la frente.

—¿Qué quieres?

—He venido a ver si te apetece lavarte la barba con nosotros.

"Lavarnos la barba". ¿Qué demonios significaba? —Me temo que no puedo en este momento, ya que no tengo…

—¡Vamos, sassenach! En el Lion and Boar sirven una cerveza excelente. Yo me encargo de los alborotadores.

Graham apoyó las manos en el alféizar y se inclinó para verlo mejor. No parecía borracho: no se tambaleaba y su habla era clara.

—¿Cerveza, eh? ¿Eso quiere decir "enjuagarnos la barba"?

—¿Qué otra cosa habría de ser? —se asombró Simon.

—¿Y por qué esta espléndida invitación?

—Porque pensamos que te vendría bien una pinta.

—¿"Pensamos"?

—Los demás ya están en la posada. Me atrevo a decir que costará darles alcance, sobre todo a Hamish. Parece circunspecto,

pero puede beber más que cualquiera.

A Graham le palpitaba la cabeza por el golpe y le dolía el ánimo por los días miserables. Pero oía la voz de Duncan, aconsejándole que la mejor manera de ganarse a Cait era ganarse a sus muchachos. Era un rito tácito entre hombres: invitar a participar y ver quién soportaba la prueba con menos estragos. Y Graham reconoció la estratagema.

Aquella prueba tenía un propósito: ganarse la confianza de los amigos de Cait. Si todo lo que debía hacer era beber con una sala llena de levantiscos para conseguir tiempo con ella, lo haría cada noche durante un año.

—Muy bien —gritó—. Iré. Espérame ahí.

La sonrisa de Simon fue evidente incluso desde arriba.

—Hazlo, sassenach, pero no me hagas esperar. Tengo mucha sed.

—No te haré esperar.

Graham iba a cerrar cuando vio la piedra que había rodado hasta el borde de la cama. Sonrió, la tomó, calculó la distancia y la lanzó por la ventana. Un leve gruñido de dolor, seguido de una maldición sonora, flotó en el aire.

Sonriendo aún, se calzó las botas, se puso el abrigo y salió por la puerta.

# Capítulo 18

—Maldita sea —murmuró Graham, aturdido—. He muerto.

—Todavía no —replicó una voz femenina, aguda.

—¿Cait?

Trató de alzar la cabeza, pero gimió y la dejó caer sobre el montón de almohadas que lo sostenían. El movimiento le provocó un retortijón en el estómago.

—Quédate quieto —ordenó ella.

Como si pudiera hacer otra cosa.

—Mi cabeza… ¿alguien me ha golpeado?

—Lo único que te ha golpeado es el brandy del fondo de la botella.

Sonaba enfadada. Volvió a abrir los ojos, pero tuvo que cerrarlos enseguida.

—La habitación da vueltas.

—Pon el pie en el suelo.

—¿Qué?

Dos manos hábiles le tomaron el pie y lo dejaron caer en el piso. Al cabo de un momento, todo se calmó un poco y pudo susurrar:

—Ha funcionado.

—Esto también —dijo ella—. Siéntate y bébetelo.

Le costó todo su esfuerzo, pero se incorporó apoyándose en el codo. Estaba en un sofá, en una habitación pequeña: la cabaña de Cait, sin duda. Sentía la cabeza hinchada al doble de su tamaño y le dolía el cuerpo entero, salvo las partes que no estaban enfermas.

El rostro de Cait se le nubló y, por un segundo, olvidó sus penas y dijo lo primero que acudió a su mente:

—Te quiero.

Ella acababa de tomar un vaso con un líquido turbio; se detuvo y sus ojos claros buscaron los de él, nada claros.

—¿Qué has dicho?

¿Qué había dicho? Parpadeó, intentando recordar. Luego frunció el ceño.

—He dicho que te quiero.

Maldita sea, tenía buena memoria incluso borracho.

—Ya veo. Toma. —Le puso el vaso en la mano.

De repente sintió sed; llevó la copa a los labios, pero antes de que el borde los tocara, el aroma le invadió las fosas nasales, y sonrió.

—Huele a tarta de limón.

—Es un tónico y sabe horrible, así que no te hagas ilusiones.

—¿Horrible?

—Horrible.

Dejó el vaso, aunque le costó colocarlo sobre la mesita.

—No quiero tónicos horribles. Al menos hoy no. Quizá mañana, cuando esté más animado y los tónicos horribles no me den ganas de vomitar…

Ella le devolvió el vaso con brusquedad.

—Ahora. No tengo todo el día, sassenach. Bébete el tónico o súbete al caballo y vuelve a Cairndale inmediatamente.

La sola idea de montar le revolvió el estómago. Hizo un gesto débil.

—No quiero caballos.

—Entonces bebe el tónico.

Graham extendió la mano; ella le colocó de nuevo el vaso. La miró a través de las pestañas.

—Pareces enfadada.

—Figúrate —repuso Cait, esperando a que terminara la pócima.

Por fin, entre toses y arcadas, logró tragarse la mayor parte. Se limpió la boca con la manga.

—Maldita sea, ¿qué hay ahí? ¿Orina de caballo?

Ella tomó el vaso casi vacío.

—No, pero solo porque no tuve tiempo de recogerla.

Él parpadeó; su ingenio, perdido. Cait suspiró, le subió las mantas hasta la barbilla y concluyó:

—Duerme.

—Lo haré —aseguró él con voz ronca, mientras el tónico empezaba a hacer efecto—. Dormiré por ti, aunque preferiría dormir contigo. —Abrió los ojos y esbozó una sonrisa diabólica—. ¿Puedo convencerte de que te unas a mí en el sofá?

—No hay espacio suficiente —replicó ella, con el corazón acelerado.

—Hay de sobra si te tumbas encima de mí. —Se acomodó boca arriba—. ¿Ves? Cabes perfectamente.

—Tengo trabajo hoy. Basta de charla.

—Muy bien —murmuró—. Dormiré y dormiré y dormiré… y… dormiré… y…

La cabeza se le ladeó y las largas pestañas le rozaron las mejillas.

Cait se sentó sobre los talones, incapaz de sostenerse en pie. Apenas podía creerlo: Graham le había dicho que la quería. Claro que estaba borracho, pero aun así… ¿hablaba en serio? Y, aunque lo fuera, ¿duraría más de uno o dos meses, como de costumbre?

Fuera lo que fuese lo que él sintiera, lo de ella continuaría para siempre. Una oleada de soledad la invadió; tuvo que secarse una lágrima.

Simon asomó la cabeza por la ventana.

—¿Cómo está nuestro sassenach?

Detrás de él, Cait distinguió los rostros preocupados de Donald y Neal.

—Está borracho.

Una expresión de asombro se apoderó de Simon.

—¿Sabéis que se ha bebido más de siete pintas para quedar así? Ni siquiera Hamish puede con tanto.

—Y, lo que es más —añadió Donald—, ni siquiera es escocés.

Neal apartó a Donald de la ventana para mirar mejor.

—Es un récord en la taberna. Hemos grabado su nombre sobre la puerta.

Cait se preguntó si algún hombre maduraba de verdad.

—Gracias por la maravillosa información. Si vomita, os dejaré pensar en ello mientras limpiáis. —Recogió los vasos y se alzó—. Volved en unas tres horas y podréis llevarlo de vuelta a Cairndale.

—Sí, señorita Cait —dijo Simon—. Yo mismo lo llevaré.

—Yo te ayudo —se ofreció Neal con entusiasmo.

Al fondo, Donald asintió.

Eso era lo peor, decidió Cait. Fuera lo que fuese lo que había pasado la noche anterior, sus muchachos estaban completamente conquistados. Graham Blackwell no solo se había emborrachado en la posada; también había convencido a los suyos de que era un hombre de proporciones épicas o, como dijo Simon cuando cargó con ternura al sassenach hasta la cabaña esa mañana:

—Blackwell es buen tipo. Los muchachos y yo le hemos prometido enseñarle el arte del vidrio cuando se reponga.

Con eso, Cait comprendió que había perdido a sus únicos aliados en el intento de mantener a raya su corazón. Gracias a Dios, Annie seguía de su lado; de lo contrario, estaría completamente sola.

Aquel pensamiento la abatió. Con el ánimo encogido, dejó a Graham durmiendo en el sofá y se encaminó al taller.

Graham se despidió de Simon y de Neal y… bueno, de quienquiera que fuese el otro, y entró en el castillo con la cabeza aún dolorida, aunque, gracias al tónico de Cait, el mundo había dejado de girar.

Duncan se había equivocado al suponer que ganarse a los muchachos era la vía para llegar al corazón de Cait. Graham se había ganado a los muchachos, sí, pero aquel esfuerzo parecía haber enfurecido a Cait hasta el punto de apenas dirigirle la palabra. ¿O estaría molesta por otra cosa? Trató de recordar, pero no dio con nada. Quizá dijo algo inoportuno y su memoria, algo brumosa, no lo retenía.

Suspiró, atravesó los suntuosos preparativos del baile y llegó por fin a su dormitorio, agradecido de no cruzarse con nadie que lo obligara a hablar en frases completas. Se dejó caer en la cama con la esperanza de volver a dormirse. Estaba demasiado cansado para pensar. Ya encontraría la manera de resolver sus problemas, pero no ahora.

Apenas cerró los ojos cuando le pareció que Bentley estaba allí, sacudiéndolo.

—Estoy despierto, estoy despierto —murmuró Graham.

—Excelente, señor. Quizá podría demostrarlo abriendo los ojos.

Graham se dio la vuelta y quedó boca arriba.

—¿Qué hora es?

—Pasadas las siete, señor. He pedido que le preparen un baño para que pueda arreglarse para el baile.

Graham alzó la cabeza y vio una bañera en un rincón, ya llena.

—No puede ser tan tarde.

—Oh, pero lo es. ¿Abro las cortinas para que lo compruebe? La puesta de sol es preciosa esta tarde.

—¡No! No abra las cortinas. Mi cerebro se haría añicos si entra una gota de luz.

Se recompuso, colgó los pies por el borde del lecho y esperó náuseas o mareos, pero no sintió nada. El tónico de Cait había hecho efecto; se encontraba mucho mejor. Logró bañarse y vestirse sin demasiado alboroto, y permitió que Bentley lo ayudara a ponerse el traje de etiqueta.

—¿Alguna noticia sobre el anillo talismán?

Bentley negó con la cabeza.

—No lo entiendo, señor. Ofreció una recompensa sustancial. Esperaba que alguien aportara información, pero parece que nadie sabe nada.

—Sigue buscando.

—Sí, señor.

—Gracias, Bentley.

Graham suspiró y se dispuso a reunirse con sus anfitriones, aunque lo único que quería de veras era encontrar a Cait y arreglarlo todo.

Pronto, se prometió. Muy pronto.



El baile de Fairfax era un acontecimiento inusual. No solo se celebraba fuera de la ciudad en plena temporada, sino que además tenía lugar en la casa ancestral de Su Señoría. Era el primer evento verdaderamente formal en Cairndale en más de ciento cincuenta años.

Se ofrecía, además, en honor del señor Graham Blackwell, y toda la sociedad de Edimburgo estaba ansiosa por conocer a un soltero tan rico y codiciado.

Sybil lo había planeado todo con esmero. Había alquilado grandes macetas con flores en distintos tonos de violeta y azul; eran tantas que la sala parecía un jardín. Largas tiras de tela plateada caían por las antiguas paredes a modo de cascadas y devolvían el brillo de mil velas. Había ordenado levantar pérgolas sobre cada puerta y atestado aquellas arcadas de más flores. Encargó helados, una abundante provisión de ponche y nada menos que trescientos pasteles glaseados que se repartirían a medianoche, cada uno con un obsequio escondido en su interior. La mayoría eran naderías —parejas de dados, abalorios, bagatelas—, pero tres contenían joyas auténticas. Los invitados, excitados por la sorpresa, se agolpaban ya en torno a la mesa, preguntándose qué pasteles guardaban los premios.

El baile prometía un éxito rotundo.

Graham provocó un murmullo cuando por fin apareció. Sybil había convocado a toda la buena sociedad, y el gran salón resplandecía de seda, tafetanes y casacas. Con gesto algo acuciado,

ella lo fue presentando de grupo en grupo. Graham se sintió en seguida como un caniche de exhibición, sobre todo al advertir la codicia en ciertas miradas de damas solteras.

Peor aún: si Sybil se aferraba a su brazo izquierdo, Priscilla se pegaba al derecho. La incomodidad creció cuando percibió el tono posesivo en la voz de Priscilla. Decidió dejarse llevar, al menos por el momento. Estaba demasiado ocupado buscando a Cait para preocuparse por Priscilla.

Cait, entretanto, seguía en la cabaña. El vestido que Annie le había hecho era precioso: seda color paja sobre azul cielo; aquellos tonos hacían brillar su cabello. Se había quedado pasmada al verse en el espejo por primera vez, porque Annie había modificado lo justo la moda del día para realzar su figura.

Ahora estaba de pie ante el espejo del salón, esforzándose por no mirar el reloj una y otra vez. Había planeado salir a las diez, pero Simon aún no había traído el coche.

—¿Dónde está Simon? Voy a llegar tarde.

—Llegar tarde está de moda —repuso Annie con calma, prendiendo una flor de seda azul en el cabello de Cait—. Llegará enseguida. Solo tienes que esperar.

—Si tarda más, ensillaré a Trusty e iré yo misma.

Annie resopló.

—¡Ni se te ocurra! No después del tiempo que he pasado cosiendo ese vestido.

Cait suspiró. En realidad no debería ir. La gente hablaría; siempre lo hacía, y ella lo detestaba. Pero era su última oportunidad de ver a Graham. Quizá la última.

Le dolió el corazón al pensarlo, y comprendió que había hecho bien en no pasar con él más tiempo que unos pocos momentos en público. Ya no era dueña de su corazón; no lo era desde que entendió que lo amaba.

Llamaron y Annie se apresuró a abrir. Simon estaba en el porche.

Cait parpadeó. Llevaba su mejor traje de domingo, bien cepillado; el cabello, peinado hacia atrás; la piel, limpia y fresca.

—El dragón de San Jorge —murmuró, incrédula.

Él se sonrojó.

—Sí, parezco un bobo. Pero Annie dijo que convenía otra forma de llevarte al baile que no fuese el viejo carro, así que los

muchachos y yo te hemos preparado una sorpresa. —Dio un paso atrás y señaló con el pulgar por encima del hombro.

Cait miró más allá, hacia la oscuridad. Neal y Hamish aguardaban junto a un carruaje antiguo, con aspecto solemne. También ellos vestían sus mejores galas.

—¿No es ese el del doctor Lambert?

—Sí —asintió Simon—. Nos lo ha prestado con la condición de que la semana que viene le ayudemos a levantar su nuevo granero.

Annie aprobó con un gesto.

—Ahora ya tiene carruaje como corresponde a una dama, señorita Cait. Váyase.

Cait negó despacio, con el corazón rebosante.

—Simon… Annie… No sé qué decir.

—No diga nada —suplicó Simon—. Este cuello me ahoga. Suba y pongámonos en marcha, que ya llegamos tarde.

Así fue como, cuando Cait hizo su aparición en el baile de Fairfax, encontró a Sybil pálida y demacrada, a Duncan en paradero incierto y a Graham rodeado de bellezas de la alta sociedad, con Priscilla pegada a su lado, satisfecha.

Aunque Cait lo esperaba, no le resultó más fácil de ver. Nada la había preparado para Graham con su traje de baile: pantalones negros que se ajustaban a sus piernas musculosas, casaca a medida sentada sobre unos hombros anchos sin una arruga. Apenas se había arreglado el pelo —lo llevaba peinado hacia atrás—, pero un mechón rebelde le cruzaba la frente y le confería un aire levemente disoluto. Las tenues ojeras bajo los ojos azules y aquella mirada de aburrimiento impenetrable lo convertían, sin esfuerzo, en el hombre más guapo e intrigante del salón.

Cait se detuvo bajo el arco de la puerta con un impulso casi incontenible de darse la vuelta y huir. Resultaba ridículo presentarse con un vestido tan hermoso; ahora no sabía por qué le había importado. Por las miradas frías que ya notaba, era una paria sin importar cómo fuera vestida.

En cuanto la identificaran, los rumores volverían a rodar y habría más miradas, más susurros, más insinuaciones… El círculo nunca se detenía. Su espíritu se encogió.

No era así como había imaginado la noche. Pensó en una entrada airosa, en ser aceptada donde nunca la habían querido. Tal

vez porque enamorarse de Graham la hacía sentirse nueva. Fresca. Incluso encantadora.

Pero frente al ceño de la sociedad, ¿no sería eso otra ilusión?

Con el corazón oprimido, decidió retirarse a toda prisa. No llegó a moverse. Duncan apareció de pronto.

No le dio tiempo a discutir: la condujo de vuelta al interior, ofreciéndole el brazo para impedir la fuga.

—¿Adónde crees que vas?

—A casa —replicó con sequedad.

—Estás preciosa. —La recorrió con la mirada, admirado—. ¿De dónde has sacado este vestido? Te cae como hecho para ti.

—Lo ha hecho Annie.

—Es una maravilla. Algún día me la llevaré y no volveré a probar un guiso mal hecho.

—Es un milagro —concedió Cait.

Sabía lo que él hacía, una conversación ligera para que recuperara la compostura. Lo adoraba por ello, aunque deseaba que la dejara marchar.

—Ni siquiera sabía que Annie supiera usar la aguja. Otra razón para apreciarla por encima de todas.

—Excepto una —murmuró Cait.

La mirada de Duncan se ensombreció. La guio al otro lado de la sala, saludando con la cabeza a conocidos.

—Excepto una. Al menos toma un poco de ponche.

—Pero yo…

—Lleva hielo que me ha costado una fortuna. Lo menos que puedes hacer es beber y fingir que sabe tan bien como parece.

Cait no pudo evitar sonreír.

—¿Sybil te lleva a la ruina?

—Oh, no. Puedo con las extravagancias. Solo desearía… —Algo le cruzó el rostro y desapareció tras una sonrisa displicente—. Al menos déjame quejarme. Todo buen anfitrión lo hace y es la forma aceptable de mencionar gastos en la conversación.

—¿Por eso lo hacen?

—Por supuesto. ¿Ves esas macetas de violetas junto a la puerta? Sybil pidió trescientas. A cinco libras cada una. Lo peor es

que mañana estarán mustias y ni siquiera nos quedaremos con las malditas macetas.

Llegó a la mesa de refrescos, tomó un vaso de ponche y se lo tendió.

—¿Y bien?

—Está horrible, pero muy frío.

—Ya has mejorado mi velada. Por lo que me cuesta este maldito evento, exijo disfrutarlo al máximo; gracias, querida hermana, por beber mi ponche y admirar mi hielo.

Cait le devolvió el vaso.

—¿Más?

—No, gracias. Dejemos algo de hielo para los demás.

—Muy bien. Pero a medianoche debes estar en la fila para un pastel glaseado. Podrías ganar un premio.

Ella siguió su mirada hasta la mesa de dulces.

—¿Por qué está todo el mundo ahí ahora? Faltan casi cuarenta minutos para las doce.

—Porque algunos premios están pegados a los laterales y casi se adivina cuál hay en cada pastel. —Bajó la voz—. Yo voy a por el

tercero de la cuarta fila. Se asoma una especie de joya por debajo.

—Has visto los pasteles antes que nadie. Eso es hacer trampa. ¿Seguro que quieres comprometer tus principios?

—Duncan —sonó una voz grave—. Señorita Cait.

Cait supo quién era sin mirar. Maldición, la habían tendido una trampa. Duncan la había atraído al salón y la había entretenido hasta que Graham pudiera encontrarlos.

Cerró los ojos, reunió fuerzas y sonrió al volverse.

—Señor Blackwell. ¿Cómo está esta noche?

—Vaya, qué hielo —rezongó Duncan, frunciendo el ceño—. Debe de ser por el ponche. —Miró a Graham—. ¿Has venido a pedirle a Cait que baile?

Para horror de ella, la orquesta atacaba un vals.

—No sé bailar.

—Excelente —repuso Graham—. Yo te enseñaré. —Le tomó la mano, y Duncan se escabulló sin más.

—¡No se aprende a bailar en un baile! —protestó Cait, desesperada.

—¿Por qué no?

—Porque haré el ridículo. Y tú también.

—Pamplinas. Soy un maestro paciente. Pon tu brazo aquí y tu mano aquí. —Colocó una mano de ella en su hombro y sostuvo la otra con suavidad. La inquietud en el estómago de Cait se volvió tibia al instante.

—Bien. —Posó su otra mano en la cintura de ella.

Un escalofrío la recorrió; lo ignoró como pudo.

Los ojos de él brillaron.

—Ahora viene lo fácil: solo tienes que seguirme.

—¿Qué?

—Solo sígueme.

La música creció y él echó a andar. Consciente de que todos los ojos estaban en ella, Cait luchó por seguir el compás, contó pasos, tropezó dos veces y, en una ocasión, fue a la izquierda cuando él fue a la derecha. Él soltó un suspiro; su aliento le rozó el cabello.

—Tendremos que practicar.

—No hace falta —replicó rígida, deseando no haber venido jamás. ¿En qué pensaba? Debería haber rechazado la invitación. Ahora harían falta medidas drásticas para escapar. Tal vez

desmayarse… Había visto hacerlo en un baile años atrás y a la pobre se la llevaron de inmediato. Pero su audacia, al parecer, se había quedado en la cabaña junto con la ropa cómoda.

Detestaba ser el centro de todas las miradas. A estas alturas, todos sabían quién era, y cada giro sería escrutado, comentado, exagerado hasta lo irreconocible.

—Cait —la voz de Graham le rozó el oído—. Relájate, cariño. Confía en mí para salir de este laberinto de bailarines.

—¿Y qué tiene que ver la confianza con el baile?

—Cuando sigues a alguien, bailas de espaldas: no ves adónde vas y debes dejar que te guíen. A menudo pienso que los hombres no comprenden lo difícil que es relajarse y ceder el rumbo a una pareja a la que a veces apenas conoces. Pero tú y yo nos conocemos. Y si algo tenemos, es confianza.

Ella lo meditó. Quizá tenía razón. Las cosas cambiaron cuando descubrió que estar más cerca de él tenía un precio: su propio corazón. Pero eso no era culpa suya. Él había sido sincero desde el principio.

Le sostuvo la mirada y, al ver en los ojos de él un brillo esperanzado, sonrió.

—Sí, confío en ti.

—Lo sé —respondió sin solemnidad—. Afloja, mi querida Cait. Déjame al timón un rato. —La acercó un punto más—. Mientras tanto, descansa.

Ella obedeció, aunque al poco advirtió que las parejas a su alrededor guardaban buena distancia, mientras que Graham y ella casi no dejaban hueco entre ambos.

—No creo que debas sujetarme tan fuerte.

Él apoyó la mejilla en su cabello.

—Pero me gusta.

Ella calló un momento y luego alzó la cabeza.

—¿Por qué han de guiar siempre los hombres?

—También me lo pregunto. Podemos turnarnos. ¿Te gustaría guiar un rato?

¿Le gustaría? Lo pensó y asintió.

—Por supuesto.

Él sonrió y cedió el paso. A Cait no se le dio bien al principio: chocó dos veces con otra pareja y casi arrollan una mesa baja junto a la puerta. Pero, a la larga, empezó a entender y los llevó sin

tropiezos. A medida que se relajaba, fue consciente del pecho de Graham contra el suyo, de su mano en su cintura, de estar rodeada por él.

La música crecía y latía, pero ellos habitaban una burbuja de felicidad lenta, un calor que los envolvía. Cait se dejó ir contra él. Era celestial estar así, abrazada. Sus cuerpos se rozaron, luego se buscaron y, por fin, se quedaron pegados. La languidez la llenó; cerró los ojos y dejó que la melodía los condujera.

Se movían cada vez más despacio, perdidos en ese vaivén. Todo lo demás desapareció. Solo estaban ellos dos. Al cabo, los brazos de él la ceñeron y su boca descendió del cabello a la mejilla… y a la boca.

Cait se perdió. Correspondió con la misma hambre, gozando de la sensación de Graham —su Graham— alrededor y con ella. Sus manos le recorrieron la espalda y bajaron hasta rozar su trasero. Entonces advirtió que la música se había detenido. Y también las conversaciones.

El salón entero guardaba un silencio atroz.

Abrió los ojos, rompió el beso y se apartó, obligándolo a soltarla. A su alrededor, los invitados se amontonaban. Algunos

sonreían; otros estaban claramente escandalizados; otros solo podían mirar boquiabiertos. Dios santo: todos habían visto a Graham besarla. Peor aún, le había puesto las manos en el trasero.

Cait alcanzó a ver el rostro furioso de Priscilla y, a su lado, a Sybil, pálida y severa. ¿Qué había hecho? No se atrevió a mirar a Graham: debía de ser su peor pesadilla.

Se volvió hacia él, con la vista fija en el botón superior de su chaleco.

—No digas nada —susurró—. Déjame…

—Caitlin.

La voz de Duncan la interrumpió. Estaba a su lado.

Clavó la mirada en Graham.

—Parece que, después de todo, este baile tiene un propósito.

—Duncan, no… —empezó Cait.

Él alzó la mano.

—Mejor en privado. ¿Nos retiramos a la biblioteca?

Ella asintió, desolada, deseando encontrar algo que decirle a Graham. A su alrededor, los susurros crecían. Sabía cómo seguía: primero cuchicheos, luego murmullos de desaprobación, al final

acusaciones con fuerza de huracán que arrasan la reputación y el destino.

¿Cómo había permitido que ocurriera? Debía hallar un modo de arreglarlo, de impedir que Graham Blackwell pagara por sus errores.

Con el corazón encogido, entró en la biblioteca, con Graham detrás, mientras Duncan cerraba la puerta y se volvía hacia ellos.

# Capítulo 19

-Pssh —Duncan se frotó el cuello y miró a su hermana y a su mejor amigo—. No sé por dónde empezar. Sabéis muy bien que no debíais hacer algo así.

No respondieron; evitaron mirarse. Duncan vaciló.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? Se suponía que ibais a bailar.

—Estábamos bailando —contestó Cait, con las mejillas encendidas—. Al principio.

Graham asintió.

—Dejé que Cait llevara la iniciativa un rato…

—¿Dejaste que Cait llevara la iniciativa? —malditos sean, ¿qué le pasaba a ese hombre?

—Sí. Y, de algún modo, me sentí… bien. Así que la besé y, bueno, eso me sentó aún mejor. Supongo que olvidé dónde estaba

y…

Se pasó la mano por el pelo. No quedaba duda en el timbre ronco de su voz, ni en la mirada oblicua que Cait le lanzó: eran amantes. Duncan ya lo sospechaba, pero las miradas ardientes, junto con el beso apasionado y el abrazo íntimo que acababa de presenciar, lo confirmaban sin lugar a dudas. Tal vez debía…

La puerta se abrió de golpe y Priscilla apareció en el umbral, con Sybil asomando por encima de su hombro, ansiosa.

Priscilla entró con la mano cerrada en torno a un objeto.

—No continúen con esta farsa.

—¿Farsa? —Duncan frunció el ceño. Nunca le había gustado la hermana de Sybil, y cada día menos, si era posible.

Priscilla apretó los labios y miró a Cait.

—Estás intentando atrapar a Graham para que se case contigo. Pues no lo voy a permitir.

Graham se adelantó antes que Cait.

—No sabes de qué hablas. Cait nunca ha intentado atraparme a mí ni a nadie.

—No es inocente. Tampoco perfecta. Creo que deberías ponerla a prueba.

—¿Qué prueba? —preguntó Graham, cada vez más irritado.

Priscilla abrió la mano. En su palma reposaba el anillo talismán de los Blackwell. Sybil ahogó un grito.

—¡Priscilla! ¿De dónde lo has sacado?

—Gracias a Dios que ha aparecido —Graham se movió para tomarlo, pero Priscilla lo aferró entre los dedos.

Duncan tuvo que intervenir:

—Lo robaste del cuarto de Blackwell.

Priscilla sonrió, triunfal.

—Solo después de ver a tu querido hermano tomarlo "prestado".

Duncan se sonrojó. Miró a Graham y se encogió de hombros.

—Solo quería que Cait lo viera.

Sybil paseó la mirada de uno a otra.

—Priscilla, sabes que Blackwell buscaba ese anillo. No hay excusa para lo que has hecho.

—No lo robé. Iba a devolvérselo a Blackwell en cuanto… —cerró la boca.

Duncan aflojó la mandíbula.

—Esperabas que el anillo demostrara su magia, ¿verdad? Pero no ocurrió nada y te lo quedaste, esperando.

El rostro de Priscilla se tiñó de rojo.

—¡No te rías! Se lo llevaste a Cait, y tampoco pasó nada cuando se lo puso.

—Sí pasó —replicó Duncan, atento al puño de Priscilla.

Graham miró a Cait. Ella se sonrojó y se encogió de hombros.

—Se calentó, nada más.

La expresión de Priscilla se tensó.

—¿Se calentó? ¿Cuánto?

—Mucho. Tanto que yo… bueno, podía sentirlo por dentro.

—No lo entiendo —Priscilla miró el aro—. Lo he tenido y tenido en la mano y sigue frío. Tan frío que me duele…

Sybil le arrebató el anillo.

—Le debes una disculpa a Blackwell. —Cruzó la estancia y tendió la joya a Graham—. Aquí lo tienes. Y Te ruego que perdones las acciones de mi familia.

Graham contempló el talismán, que descansaba en su palma, tan brillante que parecía nuevo. Esa era una de sus rarezas: jamás parecía envejecer.

Siempre nuevo. El eco de esas palabras le rozó la mente. Ojalá pudiera mantener siempre nuevos sus sentimientos por Cait. Entonces no tendría reparos en casarse con ella.

Casarse con ella. Dios santo, ¿de dónde había salido eso?

¿Quería casarse con Cait? Cerró los dedos sobre el anillo y buscó la respuesta en el corazón. Llegó enseguida: amaba a Cait Cameron. De un modo que nunca creyó posible. De todas las mujeres que había creído amar, para dejar de hacerlo en sorprendentemente poco tiempo, jamás se había despertado con la necesidad urgente de contarles una noticia, de saber su opinión sobre asuntos que le eran apremiantes, de acumular preguntas para sonsacarles algo de su pensamiento o de su sentir.

Lo que hacía distinto su amor por Cait era que él había cambiado. Al conseguir que ella se abriera, él le había abierto su

propio corazón. Y, al hacerlo, había encontrado a una mujer dulce y compasiva que respondía a algo muy hondo en su interior.

Amaba a Cait Cameron. Y de repente supo que sería para siempre.

El anillo empezó a templarse, un cosquilleo le subió por el brazo. Abrió los dedos y lo miró, asombrado. ¿Cómo había podido huir de eso? ¿De su destino?

—Gracias —murmuró, y guardó el anillo en el bolsillo del chaleco.

—Priscilla —dijo Sybil, volviéndose—. Quizá deberías reunirte con los invitados. Nosotros iremos enseguida.

—Pero yo…

—Eso es todo, Priscilla —la voz de Sybil se elevó en un rechazo helado.

Priscilla se irguió.

—Sybil, no me hables así.

—¿Y por qué no? Robaste el anillo de Blackwell.

—Sí, pero… Duncan hizo lo mismo.

Duncan resopló.

—Yo lo tomé prestado una hora, nada más. Tú lo has tenido días. Si Cait no hubiese conquistado tan a las claras a Blackwell, aún lo tendrías.

—¿Conquistado? —Priscilla rió—. ¿Qué quieres decir?

—Los viste besarse y… otras cosas. Todos lo vieron.

—Sí —concedió Priscilla, con aire de superioridad—. Pero da igual. No puedes forzar a Blackwell a casarse con Cait por eso, ya que ella ya está arruinada. No tiene reputación que proteger.

Cait se encendió. Graham habría dado cualquier cosa por abrazarla, pero la rigidez de sus hombros lo detuvo. Ella tenía orgullo y no aceptaría un gesto que oliera a lástima. En su lugar, lanzó a Priscilla una mirada gélida.

—No sé de qué hablas.

—¿Ah, no? Entonces te lo contaré. Cuando tenía diecisiete años, Cait…

—Ya lo sé —cortó Graham, desdeñoso—. Solo quería decir que no entiendo eso de que "no tiene reputación que proteger". La tiene, y por muchas cosas: su excelente trabajo del vidrio, su amabilidad, su capacidad, su cariño, su inteligencia.

Cait lo miró, desconcertada. Priscilla chasqueó la lengua.

—No sé de qué hablas, pero es…

—No es asunto tuyo —zanjó Sybil—. Es hora de que te vayas. Ahora.

—Pero yo…

—O te vas, o le contaré a madre cómo nos avergonzaste colándote en el cuarto de Blackwell para robar una reliquia familiar.

—¡No te atreverías!

—Pruébame. Y ya sabes lo que seguiría. No volverías a ver Edimburgo, y mucho menos Londres.

Hubo un largo silencio. Priscilla miró con rencor a Sybil y a Graham.

—Supongo que no hay necesidad de que me quede, ¿verdad?

—Ninguna —terció Duncan, seco.

—Ninguna —añadió Graham—. Aunque el anillo talismán empezara a brillar al rojo vivo con tu nombre grabado, no me casaría contigo.

Priscilla se ruborizó, pero mantuvo la cabeza alta.

—Muy bien. Me voy. —Se volvió, y antes de salir escupió—: Por supuesto, eso significa que has perdido tu apuesta, Sybil. Y tu matrimonio. Espero que estés contenta.

Dio un portazo. Duncan miró a Sybil.

—Nunca te había oído hablarle con tanta firmeza.

Sybil se encogió apenas, los hombros de pronto pesados.

—Ya era hora. Supongo que debería volver con los invitados. —Hizo ademán de girarse, pero Duncan le sujetó el brazo.

—Quédate —pidió en voz baja—. ¿Por favor? Quizá puedas ayudarme a resolver esto.

Sybil abrió mucho los ojos y tras un instante, asintió.

Graham supo que había llegado el momento. Él y Cait conocían las reglas de la sociedad, pero juntos parecían desvanecerse: dejaban de importar frente a la pasión, la compañía, el amor. Se volvió hacia ella y tomó su mano.

—Cait, no es así como pensaba hacerlo, pero quiero arreglar las cosas. Para ahora y para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

—No.

La palabra resonó en el silencio. Graham no podía creerlo. Ella inclinó la cabeza.

—Graham, gracias, pero… no quiero casarme contigo.

Un dolor hondo le cerró la garganta. Aunque tenía claros sus sentimientos, descubría que no sabía cuáles eran los de ella. O no lo supo hasta ese instante. Se pasó la mano por el pelo, sin saber qué pensar ni qué sentir.

Ella no lo amaba. Había rechazado su propuesta sin titubear. Aquello le atravesó el pecho y por un momento no pudo respirar. El amor no debía doler así, ¿verdad? Si hubiera sabido cuánto dañaba, jamás habría permitido que ocurriera.

Maldito anillo. Esa era su retribución por haberlo perdido. A menos que… ¿y si el legado del anillo no fuera el matrimonio, como siempre creyó, sino simplemente el hallazgo del amor verdadero? Y en ese hallazgo cabían muchas cosas: el matrimonio… o el desamor.

Duncan parpadeó, tan desconcertado como él.

—Cait, muchacha, ¿sabes lo que dices?

—Lo sé —susurró, la mirada clavada en sus manos entrelazadas en el regazo.

Una sonrisa sin alegría cruzó el rostro de Graham. Había temido ese anillo todos estos años porque creía que representaba la inevitable pérdida de su libertad. Ahora que habría acogido con gusto esa pérdida, todo resultaba una quimera. Una falsedad. Un mito.

Increíble: justo cuando estaba dispuesto a aceptar el matrimonio, incluso a darle la bienvenida, se le negaba. Ella había dicho que no.

Entonces la miró… y por fin vio lo que su propio dolor le había ocultado: Cait lloraba. No unas pocas lágrimas, sino un torrente silencioso que le corría por las mejillas. Los labios le temblaban, pero no emitía sonido; solo un jadeo leve, como si se ahogara en su tristeza.

Su orgullo, comprendió. Eso los separaba. No que ella no lo amara.

El alivio le recorrió las venas. Buscó uno de sus pañuelos, pero Duncan fue más rápido: masculló una maldición, sacó uno del bolsillo y lo puso en las manos de su hermana.

—Och, no llores. Si te sientes tan mal, no tienes por qué casarte con Blackwell. —Lanzó a Graham una mirada dura—.

¿Verdad?

Graham apretó la mandíbula; la mente echó a andar. Tras un largo momento, se afirmó.

—En realidad, creo que sí tiene que casarse conmigo.

Pesaba algo en el pecho, pero lo ignoró. Si no decía y hacía exactamente lo correcto en los próximos minutos, corría el riesgo de perder al amor de su vida. Y eso era Caitlin Cameron: el final y el comienzo de su vida. Empezaba a comprenderlo.

Lo realmente hermoso era que había encontrado a su verdadero amor, a su alma gemela, y no había necesitado en absoluto el maldito anillo. Solo había hecho falta aminorar el paso lo suficiente para escuchar a su propio corazón. Y su corazón le decía, sin la menor sombra de duda, que Caitlin Cameron era la mujer que había estado buscando durante tanto tiempo.

La vida sin ella no sería más que una sucesión de decepciones tristes, risas perdidas y soledad dolorosa, y de eso ya había tenido bastante para toda una vida.

El problema era que, aunque él no estaba dispuesto a afrontar la vida sin ella, por alguna razón obstinada, ella parecía dispuesta a vivir sin él. Tal vez porque, desde su humillación pública,

había pasado años repitiéndose que no quería a nadie, que no necesitaba a nadie… sin comprender aún que el amor no consiste en necesitar a alguien en tu vida, sino en quererlo.

Solo había una manera de arreglarlo todo: reparar la reputación hecha añicos de Cait, acallar los rumores en Cairndale y no volver jamás a preguntarse si podría amar a alguien para siempre.

Graham cruzó los brazos y se balanceó sobre los talones.

—Duncan, mi honor ha sido mancillado y exijo satisfacción.

Un silencio explosivo siguió a la declaración. No los culpaba; él mismo jamás habría creído decir algo así.

Duncan frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo, Blackwell?

Graham volvió el rostro hacia Cait. Ella permanecía inmóvil como piedra, las manos fuertemente apretadas en el regazo y las mejillas pálidas. Se había secado a medias los ojos y retorcía el pañuelo de Duncan entre los dedos.

—Cait, detesto tener que contar a tu hermano nuestros secretos, pero es necesario.

—¿Secretos? —parpadeó, alzando hacia él unas pestañas todavía húmedas—. No tenemos ninguno.

—Alguno que otro, sí. Solo quiero que sepas que es preciso.

Ella frunció el ceño, tratando de adivinar a qué iba. Él, entretanto, se volvió hacia Duncan.

—Hasta ahora, mi reputación era impecable. Debe hacerse una reparación. Exijo que Caitlin Cameron se case conmigo.

Cait aspiró aire con un jadeo.

—Tú… pero yo… ¿cómo has podido…? —cerró la boca con fuerza y lo fulminó con la mirada—. No. No lo haré.

—Debes hacerlo; tú me sedujiste.

Duncan arrugó la frente.

—¿Seducir? Blackwell, mide tus palabras.

—Tu hermana me tentó a escaparme para visitarla —replicó Graham sin titubeo.

Cait se puso en pie de un brinco.

—¡Yo no hice tal cosa!

—¿Me dejaste entrar en tu dormitorio por la ventana o no?

Con las mejillas encendidas, espetó:

—Sí, pero solo porque temía que te cayeras del árbol.

—Si ella estaba dentro, ¿cómo pudo tentarte? —preguntó Duncan, genuinamente perplejo.

—Paseándose en una camisola de seda verde ante una ventana abierta y con un árbol estratégicamente situado al lado. ¿Cómo iba a resistirme?

—Cómo, en efecto —murmuró Duncan, ya comprensivo. Sybil abrió la boca, pero él le tomó la mano y se la llevó al pecho—. Graham, supongo que también culpas a Cait de que exista el árbol.

—Creo que lo plantó junto a su ventana con ese propósito.

—Ese árbol tiene trescientos años —saltó Cait.

—¡Ajá! Admites, pues, que la seducción fue premeditada.

Duncan contuvo la risa, e incluso Sybil sonrió.

Cait, sin embargo, lo miró con ira fría.

—No admito nada, salvo haberte dejado entrar. Esa fue mi única falta.

—Bueno, bueno —terció Duncan—. Esto es más grave de lo que pensaba. Cait Cameron, admites haber dejado entrar al señor

Blackwell en tu dormitorio de noche.

—Solo una vez.

Graham asintió y añadió:

—También cerró puertas y ventanas con llave, de modo que la única forma de entrar era trepando por el árbol. Así de astuta fue. Sabía que un reto así solo excitaría más a un hombre.

Duncan chasqueó la lengua.

—Tiene razón. Muchacha, ¿en qué estabas pensando?

—¡Siempre me dijiste que cerrara con llave!

—¿Y dejar la ventana abierta con un árbol pegado?

—Bueno, no, pero…

—Duncan, como ves, tu hermana me llevó por un camino oscuro. Y yo, en mi inocencia, la seguí como un cordero al matadero.

Una sonrisa leve curvó los labios de Duncan.

—Bien, Cait. ¿Qué alegas en tu defensa?

Cait plantó las manos en la cintura.

—¡Nada! ¡Absolutamente nada! Blackwell, no vas a salirte con la tuya. Tú quisiste entrar en mi cuarto. Y tú quisiste atarme con pañuelos y besarme y…

—¿Pañuelos? —Duncan parecía estupefacto.

Graham solo sonrió.

—¿Quién ató a quién con pañuelos? —insistió Duncan.

—Graham me ató. Él fue quien… —se detuvo, frunció el ceño y lo miró con suspicacia—. Espera. Me has engañado. Me has hecho confesar… ¡Oh! Ya veo… ¡Sinvergüenza!

Él parpadeó, inocente.

—¿Yo?

—Has lanzado esas acusaciones escandalosas para que admitiera… ¡Ajá!

Graham se colocó frente a ella, con aire interrogante.

—Siento el ardid, pero pensé que era mejor que Duncan supiera cómo están las cosas entre nosotros.

—Sí —concedió Duncan—. A mí tampoco me queda duda. Te casarás con este hombre, Caitlin Cameron, o me encargaré de que nunca…

—No —lo cortó Graham, tomando la mano de Cait—. Ella tiene elección. No quiero una novia forzada, como ella no querría un novio forzado. Pero si desea un novio dispuesto, aquí estoy.

Sybil murmuró una aprobación tenue.

A Cait se le hizo un nudo en la garganta. Él la conocía: sus miedos, su orgullo.

—No lo sé, Graham. No quiero volver a sufrir.

—Amor mío, la única forma de no sufrir más es dejar de vivir. Y ni tú, con tu orgullo obstinado y tus siete gigantes ceñudos, puedes lograr tal cosa.

Sin soltarla, se arrodilló ante ella.

—Escúchame, Cait Cameron. Quiero casarme contigo. Eso pondrá fin a los chismes mezquinos que tanto te han herido y dará un nombre a nuestros hijos. Pero, si no hallas la fuerza de venir a mí libremente, me conformaré con lo que me permitas. Viviendo, si hace falta, en ese árbol junto a tu ventana hasta que el viento me derribe. Te amo, Cait. Te amo ahora, te amaré mañana, y pasado, y el siguiente. Te amaré mientras tú me lo permitas.

El corazón de ella se llenó, se ensanchó, amenazó con desbordarse.

—Graham… ¿cómo puedes estar tan seguro?

—Siempre creí que me enamoraba y desenamoraba con demasiada facilidad. Ahora sé que, hasta conocerte, jamás había amado de verdad.

Cait no pudo hablar. Todas las emociones se le habían atascado en la garganta. Él la amaba; lo veía en sus ojos, en el modo en que sostenía su mano con tanta delicadeza, temiendo herirla; en que se arrodillara con paciencia y ternura.

Duncan sorbió por la nariz y se enjugó los ojos.

—Ay, muchacha, me temo que vas a tener que casarte con ese hombre. Está loco por ti, es evidente. Y si no lo haces, te arrepentirás el resto de tus días.

Miró más allá de Cait; sus ojos buscaron los de Sybil.

—Mientras haya amor, todo puede superarse.

Sybil dio un paso vacilante.

—Duncan… yo… quiero salir de nuestra apuesta.

—¿Salir? Pero, vida mía, creo que acabo de ganarla.

—Sí, bueno, fue una idea estúpida. —Se le temblaron los labios—. No sé en qué pensaba. Solo temía que, si teníamos un hijo,

dejaras de mirarme como…

Se mordió el labio. Hubo un instante de silencio; luego, Duncan le tendió la mano.

—Ven, amor. Hemos dejado que el orgullo hable por nosotros demasiado tiempo. Es hora de que hablen los corazones.

Sybil posó lentamente su mano en la de él, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero… ¿y si no logramos ponernos de acuerdo en lo que nos separó?

—Aprenderemos a transigir. —Su mirada buscó la de ella—. Pensaba que ganar era lo importante. Ahora empiezo a creer, como tú, que hay veces en que perder es más gratificante. Ven. Tenemos mucho de qué hablar, y este no es el lugar ni el momento.

—Cierto —asintió ella, recostando la cabeza en su hombro, con una sonrisa nostálgica—. Debemos volver al salón. Se acerca la medianoche. La gente querrá reclamar sus favores.

Duncan se volvió hacia Graham.

—¿Puedo anunciar que estáis comprometidos?

Graham miró a Cait. Ella tomó aire hondo.

—Supongo que sí.

El destello de felicidad en los ojos de él le templó el corazón. Duncan asintió.

—¡Excelente! Haremos el anuncio cuando terminen los pasteles. —Y, tomados de la mano, él y Sybil salieron.

Graham abrazó a Cait.

—¿Ves lo que la persistencia logra por un hombre? Ese es mi único defecto, ¿sabes? La persistencia.

—¿El único? —arqueó ella una ceja.

—Sí —replicó, desafiante.

A Cait se le dibujó una sonrisa en la comisura de los labios.

—Supongo que todo el mundo tiene derecho a uno. —Bajó la mirada a la mano de Graham, que envolvía la suya—. Necesito saber algo.

—¿Sí, mi amor?

—Prométeme por tu vida que siempre me dirás la verdad, aunque creas que no quiero oírla.

—lo prometo.

No vaciló. Era buena señal.

—Quiero un compromiso largo —añadió.

—Un mes —aceptó sin dudar.

—¿Un mes? No es suficiente —protestó, aunque no pudo evitar reír. Halagaba que él estuviera tan, tan ansioso.

—Cait, confía en mí. Un mes nos parecerá larguísimo a los dos, sobre todo si tu hermano está ahora mismo buscando un hacha para talar ese maldito árbol. —Tomó su mano y besó el dorso de los dedos—. En estas circunstancias, un mes puede ser un año.

A ella le hormiguearon los dedos bajo la caricia; un estremecimiento le recorrió la espalda.

—Tienes razón, como siempre.

—Mmmm. Me gusta cómo suena eso. Repítelo.

—Cuando te lo ganes; no antes —intentó ponerse severa, sin lograr borrar la sonrisa. Con un gesto travieso, rozó con un dedo el bolsillo del chaleco donde él guardaba el anillo—. Una vez dijiste que estaba maldito.

—Me equivoqué. Estaba, y está, bendecido. —Sacó el anillo y se lo deslizó en el dedo.

Quedó allí, cálido y brillante. Esta vez, su efecto fue más suave, más delicado… y más duradero. Ella acarició las runas plateadas. Quizá era una señal. Una invitación a abrir las frías puertas de su corazón y dejar entrar el sol, un rayo manso tras otro. Una invitación a dejar entrar a Graham.

El calor del anillo pareció percibir el cambio y comenzó a hormiguear, subiéndole por el brazo hasta el corazón. Cait lo miró.

—Supongo que no tengo elección. El anillo ha decidido.

Graham le rozó la oreja con la nariz; sobre la piel titiló una llamita delicada.

—He decidido yo. Al diablo con el anillo.

Ella lo miró entre pestañas.

—Si te rechazara, ¿me perseguirías?

—Durante todos mis días.

—¿Y convertirías mi vida en un infierno?

Él dejó asomar una sonrisa.

—No lo diría así. Creo que algunas partes serían muy agradables.

Cait rió, y pareció que el anillo se calentaba aún más con ese sonido.

—Sí, querido. Algunas partes serían muy agradables.

# Epílogo

Poco después, Graham tomó a Cait en sus brazos y bailó con ella por el salón de Cairndale. La gente seguía cuchicheando, pero a Cait ya no le importaba.

—No puedo creer que quisieras volver aquí. Todo el mundo está hablando de nosotros.

—Hablarán aún más cuando tu hermano anuncie nuestro compromiso. —La abrazó con más fuerza, rozándole las caderas con las suyas—. Mientras tanto, demosles algo más… emocionante de lo que hablar.

—Eres un hombre muy travieso. Veo que voy a tener mucho trabajo para evitar que me avergüences más de lo que yo misma me he avergonzado.

—Esa es otra razón más por la que me amas. —Suspiró—. ¡Dios mío, cuando lo pienso, hay cientos de razones para que me

ames! ¿Ves por qué debemos casarnos lo antes posible?

—Sin duda tienes muy buena opinión de ti mismo.

—No puedo evitarlo. La mujer más hermosa de la sala está bailando conmigo. Me siento muy superior cuando estás a mi lado.

—Oh, si eso es lo que lo provoca, entonces, por supuesto, continúa.

Iba a añadir algo cuando, de pronto, se armó un gran revuelo entre la multitud. Se oyeron exclamaciones y muchos empezaron a señalar el reloj.

—Ah —dijo Graham—. Los pasteles glaseados. Ven, mi amor. Veamos qué regalos enjoyados podemos encontrar.

Le ofreció el brazo y la condujo hacia la mesa, abriéndose paso como pudo entre el gentío. Al avanzar, Cait alzó la vista y vio a Duncan junto a los dulces. Levantó el brazo para saludarlo y, en ese instante, el reloj comenzó a dar las campanadas.

Hubo un grito entusiasta y una avalancha alocada hacia la mesa. Cait fue empujada adelante, con el brazo extendido. De pronto, ella y Graham vieron con consternación cómo el anillo talismán de los Blackwell salía volando: un aro de plata que giró por

encima de las cabezas para caer, ni más ni menos, sobre la mesa de pasteles.

A su alrededor reinaba el caos. Para Graham y Cait, en cambio, todo quedó en silencio.

Cait lo miró, aturdida.

—No sé cómo ha pasado. Me quedaba tan bien que no pensé que estuviera suelto.

—Yo tampoco. De hecho, creía que te ajustaba perfecto. —Se alzó sobre las puntas para escrutar la mesa y el lugar donde había caído.

Iba a decir algo cuando lo vio: el anillo, posado sobre un pequeño pastel glaseado, uno de los pocos que quedaban. Mientras Graham miraba, una mano femenina, esbelta, se alargó entre la muchedumbre, tomó el pastel… con el anillo… y desapareció.

Graham observó cómo los cientos de invitados se apretaban, reían y parloteaban. Algunos enarbolaban sus premios; otros los deslizaron discretamente en bolsos y bolsillos.

El talismán, recuperado hacía tan poco, se había desvanecido otra vez.

Cait se retorció las manos.

—¡No puedo creer que lo haya perdido así! ¿Qué dirá tu hermano? ¿No se supone que él es el siguiente en recibirlo?

—Oh, estoy seguro de que Jason quedará desconsolado. —A Graham se le dibujó una sonrisa leve—. ¿No deberíamos al menos intentar buscarlo?

—No servirá de nada —negó él—. Hay demasiada gente y demasiadas manos ávidas. Lo más probable es que alguien ya lo haya guardado en su bolso.

—¿Bolso?

—Oh, sí. —Graham sonrió, de oreja a oreja—. En algún lugar de este baile está la mujer con la que se va a casar mi hermano Jason.

Cait abrió mucho los ojos.

—Pero… ¿cómo la encontrará? ¿O el anillo?

—No sé si te has fijado, pero cuando el anillo quiere ser hallado, lo es. —Tomó el brazo de su futura esposa—. Mientras tanto, hablemos de cosas más importantes. ¿Qué te parece una

fuga? Algo con una larga luna de miel en el continente. Puedes traer a tus muchachos, y contemplaremos vitrales hasta saciarnos.

—¿Un viaje al extranjero? ¿De veras? Pero… ¿qué pasa con tu hermano? ¿No necesitará ayuda para encontrar el anillo? ¿Y a su futura esposa?

—No temas, querida. Estoy seguro de que tu hermano nos dará una copia de la lista de invitados. Jason puede empezar por ahí.

—¡Pero hay más de cuatrocientas personas aquí!

—Entonces, mejor que se ponga manos a la obra. Tiene casi cuarenta años; ya va siendo hora de que encuentre esposa. Quizá así se le ablande el genio: últimamente anda bastante tiránico. Mientras tanto, tú y yo, mi amor, tenemos que bailar.

Y, dicho esto, Graham condujo a su encantadora prometida de regreso a la pista, aunque, en el fondo de su mente, ya iba redactando la carta a su hermano:

*Querido Jason:*

*La vida está llena de ironías. Esta es una que, seguro, te gustará…*